

*Selecta*



UN  
PRETENDIENTE  
PARA LA  
SEÑORITA BOWLER

ANA F. MALORY



MINSTREL VALLEY

Un pretendiente para la señorita Bowler  
Minstrel Valley 7

*Ana F. Malory*

*Selecta*

**Minstrel Valley** es un proyecto novedoso, rompedor y sorprendente. Catorce mujeres que crean una serie de novelas gracias a una minuciosa organización que ha llevado tiempo y esfuerzo, pero que tiene su recompensa materializada en estas quince novelas que vamos a disfrutar a lo largo esta temporada. Esta labor de comunicación entre ellas, el apoyo mutuo, la coordinación y coherencia no hubiese sido posible sin nuestras queridas autoras, que hacen visible que con cariño, tiempo robado a sus momentos de ocio, de descanso y de familia, confianza, paciencia, esmero y talento, todo sea posible. Desde **Selecta** os invitamos a adentraros en **Minstrel Valley** y que disfrutéis, tanto como nosotros, de esta maravillosa serie de regencia.

*«Es preceptivo el uso de guantes siempre que se salga al exterior y también durante el transcurso de una velada (fiesta, soirée...).»*

Reglas del decoro de la señorita Sherman.

Escuela de Señoritas de lady Acton

## Prólogo

*Hertford, 23 agosto de 1833.*

Nerian, sentado junto a su padre, un hombre avejentado más por el trabajo en el campo que por los años cumplidos, observaba con el ceño fruncido al juez de paz que, paciente, aguardaba una contestación. Había sido todo tan repentino, tan inesperado que no sabía qué decir. Aunque, por la expresión contrita de su superior, se temía que solo una respuesta sería la acertada y que no aceptaría una negativa. Pero ¿qué se le había perdido a él en aquel pueblo?

«Absolutamente nada», se reveló para sus adentros.

Cierto que era una oportunidad única y que algunos de sus compañeros querrían para sí. Entonces ¿por qué lo había elegido cuando cualquier otro estaría dispuesto a ocupar el cargo de condestable en Minstrel Valley?

—No le des tantas vueltas, muchacho —quebró el silencio el juez con aquella voz suya demasiado aguda para alguien de su envergadura—. Te estoy ofreciendo la oportunidad de tu vida, y lo sabes.

—Con todo el respeto, señor... Me gustaría saber qué le ha...

—Seré franco contigo —lo interrumpió al intuir cuál sería su pregunta—. Conozco a tu familia desde hace años y a ti te tengo en alta estima. Eres uno de los mejores hombres de la guardia. —Dudó si continuar—. No me gustaría verte metido en problemas por un capricho pasajero, y por eso he tomado esta decisión.

—¿Qué quiere decir? —inquirió más ceñudo aún a causa de la sorpresa, porque ignoraba a qué capricho se refería.

—Tus tonteos con la señorita Dagger han tenido consecuencias...

—¿Tonteos?! —exclamó indignado, aunque sin alzar la voz; no era hombre de perder los estribos—. No he hecho nada de lo que deba avergonzarme, entre Maisie y yo solo existe... amistad. —El leve titubeo restó credibilidad a sus palabras.

—Estoy seguro de ello. Te conozco, sé que eres un hombre cabal y que nada reprochable has hecho. Sin embargo, esa *amistad* ha generado ciertas expectativas románticas en la señorita Dagger. —Alzó la mano para impedir que Nerian lo interrumpiera de nuevo. Cuanto antes aclararan aquel asunto, antes entendería que debía acatar su decisión—. Infundadas —concedió—, pero las tiene, y en este caso es lo único que importa, porque su padre tiene planes para ella y tú

no formas parte de ellos.

—¡Qué desilusión! —farfulló sarcástico. Cierto que Maisie era bonita y que le había robado un beso en la última fiesta del pueblo, pero de ahí a pensar que entre ellos existiera algún tipo de relación... Había que tener la cabeza llena de pájaros para creer semejante tontería.

—Como quiera que sea, el señor Dagger te quiere *lejos* de su hija —puntualizó—. Busca casarla con alguien importante...

—¿Más que yo?

—Que le reporte beneficios y, sobre todo, posición —continuó pasando por alto la mordaz exclamación del muchacho—. Por eso quiero que te traslades a Minstrel Valley.

—Me envía al otro extremo del condado y me aleja de mi familia por las fantasías de una niña malcriada y el capricho de su codicioso padre —sentenció entre incrédulo y divertido. Era todo tan absurdo—. Hablaré con Maisie, le explicaré que...

—Yo de ti no me acercaría a la muchacha, Dagger está... bastante molesto contigo. —Augus Dagger era un hombre poderoso, rencoroso y, cuando no conseguía lo que quería, también peligroso. Deseaba casar a su hija con un par del reino y nada ni nadie se lo iba a impedir. El terrateniente se saldría con la suya a como diera lugar y para ello no dudaría en quitar de en medio al joven.

—Deberías aceptar —se pronunció el señor Worth con la serenidad que lo caracterizaba, aunque Nerian pudo ver la preocupación en los cansados ojos de su padre.

—Me gusta mi trabajo en la guardia —se empecinó aun sabiendo que había perdido la batalla y su futuro se escribiría lejos de los suyos.

## Capítulo 1

*Minstrel Valley, 1 de octubre de 1837.*

Con Showy a la zaga y pendiente como siempre de todos sus movimientos, Nerian dejaba atrás North Road y se adentraba en la calle del cementerio dando por finalizada la ronda de esa tarde. Caminaba sin prisa, disfrutando del rutinario paseo con el que se aseguraba de que en el pueblo todo estuviera en orden. En la mano portaba una ramita desnuda de fresno —con la que de tanto en tanto se golpeaba de forma distraída la cara exterior del muslo— y en los labios, un conato de sonrisa producto de los recuerdos que ese día, y por capricho de su mente, le acompañaban.

Había evocado sus inicios en el cuerpo de la guardia siendo apenas un muchacho y pensado en su familia, a la que hacía demasiado tiempo no veía; había rememorado los acontecimientos de los últimos meses, algunos de ellos preocupantes, también el día en que Showy pasó a formar parte de su vida y en cómo esta última había cambiado desde que, cuatro años atrás, llegara a Minstrel Valley.

No era demasiado tiempo y, sin embargo, tenía la sensación de estar allí desde siempre, de pertenecer al lugar tanto como la abuela Joan o la leyenda del juglar. Conocía a todos y cada uno de los habitantes del valle, se había granjeado la amistad de algunos de ellos, contaba con el respeto de un buen número de vecinos y disponía de casa propia, modesta, y que él mismo había tenido que restaurar por entero... pero suya. Se trataba de un pequeño *cottage* situado a la entrada del pueblo, de planta baja, con ventanas a ambos lados de la puerta, paredes de piedra, techumbre vegetal oscurecida por el paso del tiempo y un pedacito de terreno en la parte de atrás que algún día esperaba convertir en un bonito jardín.

Sonrió divertido y no sin cierta nostalgia al recordar la reacción de Olivia Coombs —por aquel entonces maestra del pueblo y actual lady Northcott— al saber que había adquirido la casita del viejo Perkins: «¡Pero si se cae a pedazos!», había exclamado antes de ruborizarse por su falta de tacto.

Pero llevaba razón y se lo había hecho saber, aclarándole también que había sido gracias al ruinoso estado de la vivienda que le había salido a buen precio. Y después, demostrando una torpeza sin precedentes, le había hablado de su deseo de convertirla en un verdadero hogar; porque de haber surgido la oportunidad se habría casado con ella. Por supuesto que lo habría hecho, y hubieran tenido hijos.

«Incluso habríamos podido ser felices», adornó el sarcasmo con una sonrisa de medio lado sabiendo que no hubiera sido así a pesar del aprecio que se tenían.

Se aproximaba a la plaza, y las risas y gritos de los niños que en ella jugaban pusieron fin a sus cavilaciones y curvaron hacia arriba sus labios. Le agradaba escucharlos y pensar que, de alguna forma, con su labor, colaboraba a mantener su alegría.

\*\*\*

En el interior del carruaje, con la capa bien cerrada sobre el sencillo vestido de lana que eligiera para el viaje, Lorianne observaba divertida a Effie, la doncella que, sentada frente a ella, se había quedado dormida a pesar de lo incómodo de la postura y el constante traqueteo del vehículo. No la censuraba. El viaje desde Londres se hacía largo y tedioso, unas tres horas siempre y cuando los caminos se hallaran en buen estado, y la pobre mujer llevaba en pie, trabajando, desde antes del amanecer. Por suerte, faltaba poco para llegar a Minstrel Valley y todos podrían descansar, pensó al reconocer la zona, sintiendo entonces un cosquilleo de anticipación al saberse cerca del pueblo. Quiso creer que se debía a lo bien que se encontraba en la Escuela de Señoritas de lady Acton y a las buenas amigas que allí hiciera.

Aquel sería su segundo curso en la academia y sentía Minstrel House como un hogar a pesar de que las normas eran más estrictas que en su propia casa. Algo, por otra parte, comprensible si lo que se perseguía era convertirlas en damas educadas, elegantes y distinguidas: Damas Selectas, que diría lady Acton.

En su caso, una dama de dieciocho años que tenía muy claro qué clase de hombre quería por esposo: uno que la respetara y a quien poder respetar; un hombre sensato que tuviera en cuenta sus opiniones y contara con ella a la hora de tomar decisiones que les afectaran a ambos. Educado, amable y comprensivo eran algunas de las cualidades que deseaba tuviera su futuro marido. Así imaginaba a su compañero ideal. Por desgracia, también entendía que no sería tarea fácil encontrarlo y mucho menos captar su atención si lo anterior llegaba a ocurrir. De ahí que, tras saber de la existencia de la academia de lady Acton —un lugar con fama de extraordinario—, hubiera pedido a sus padres que usaran sus contactos para lograr que la admitieran como alumna; por su parte, ponía especial empeño en convertirse en la clase de mujer que todo caballero ansiaría tener por esposa y que solo uno —el de su elección— lograría llevar ante el altar.

Contaba ya con varios pretendientes que le enviaban fogosas cartas en las que le declaraban su amor incondicional y que trataban de visitarla cada vez que se encontraba en Londres. Por desgracia, ninguno de ellos se ajustaba a sus expectativas.

«Demasiado jóvenes, impetuosos e inmaduros para mi gusto», caviló contemplando el verde paisaje que corría ante sus ojos al otro lado de la ventanilla.

Una brusca e inesperada sacudida del carruaje provocó que se golpeará la frente contra el marco del ventanuco, interrumpiendo así sus pensamientos y arrancándole un gritito de dolor.

—¿Qué fue eso? —exclamó Effie tras despertarse con cara de susto al verse arrojada contra una de las paredes del coche.

—Tranquila, una de las ruedas ha debido de pasar sobre un socavón del camino.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó aún desorientada la doncella al tiempo que recuperaba la posición sobre el asiento.

—Todavía no, pero ya falta poco —respondió al volver a mirar hacia afuera y ver las tierras de cultivo que bordeaban el pueblo.

—Gracias al cielo, se me estaba haciendo eterno —dijo entre bostezos mal disimulados, acomodándose la cofia sobre el cabello negro salpicado ya con alguna que otra cana.

—Sí, eso me pareció —comentó Lori irónica.

—¿No le enseñan en esa escuela suya que es de mal gusto burlarse de las personas? —la reprendió con tono jocoso. Conocía a la muchacha desde que era poco más que un bebé y sabía que era una niña dulce, cariñosa, alegre y sin un ápice de maldad. Si se permitía alguna que otra broma era por la confianza que se tenían; por eso no se había tomado a mal sus palabras.

—¡Uy, sí! Y si lady Valery me hubiera escuchado, seguro habría tenido algo que decir al respecto. No te haces una idea de lo estricta que es y nada le pasa desapercibido. Aunque su relación con el señor Bissop la ha ablandado un poquito —dijo esto último con aire pensativo. Estaba segura de no equivocarse respecto al cambio experimentado por la profesora tras comprometerse con el maestro de equitación, lo que no alcanzaba a comprender era el origen de dicho cambio.

—¡Ay, el amor! —exclamó Effie con expresión soñadora.

—¿Qué tiene que ver el amor con el comportamiento de lady Valery? —Sonó despectiva sin pretenderlo.

—¡Bendita inocencia! —Sonrió cariñosa—. El amor todo lo puede, criatura —respondió antes de que Lori formulara una nueva pregunta—. Cuando uno se enamora, la vida se ve de diferente manera y hasta el carácter más agrio se dulcifica. —Lori torció el gesto en señal de desacuerdo—. Lo comprobará por sí misma cuando llegue el momento —dijo al tiempo que asentía solemne, como si sus palabras revelaran una verdad universal.

—No entra en mis planes enamorarme —repuso convencida.

—Poco o nada entiende de planes el corazón. Si aparece la persona adecuada, será él quien decida y no su cabeza, niña.

—No te suponía tan romántica, Effie —dijo con una enorme sonrisa de diversión en los labios.

—Romántica o no, poco importa; lo que le acabo de decir es tan auténtico como que el sol aparece cada mañana.

Lori la miró pensativa. Sonaba tan segura que la hizo dudar. ¿Estaría en lo cierto? Sería posible que, a pesar de tener claro lo que deseaba, terminara por enamorarse. «Imposible». Sacudió la cabeza y recuperó la sonrisa. ¿De quién hacerlo cuando ni siquiera le complacían sus pretendientes? Resultaba ridículo pensar que aparecería uno que, además de cumplir sus

expectativas, lograra conquistarla hasta ese punto.

—¿Te quedarás a pasar la noche en la posada? —preguntó solo por variar de conversación; de sobra sabía que solo cuando los sorprendía el atardecer o viajar entrañaba riesgo a causa del clima, pernoctaba en The Old Flute.

—No, no. Esta misma tarde regreso a Londres. Eso sí, después de que la señora Witt me alegre el paladar con una copita de jerez y algunas de esas deliciosas pastas que suele hornear —respondió con un guiño.

—Tienes razón, son realmente deliciosas —coincidió justo en el momento en que los cascos de los caballos repiqueteaban contra el empedrado de Legend Square. En cuestión de minutos llegarían a Minstrel House.

Recogió con desgana los guantes que al inicio del trayecto dejara sobre el asiento; detestaba usarlos. Le provocaban una sensación de ahogo indescriptible y se los quitaba a la menor oportunidad. Motivo por el cual ya había perdido varios pares —una vez se desprendía de ellos, los olvidaba allí donde los hubiera depositado— y sus manos, expuestas con demasiada frecuencia a los elementos, no lucían tan blancas ni delicadas como cabría esperar en una dama; como consecuencia, recibía constantes toques de atención por parte de lady Valery.

«Recuerde, señorita Bowler: es preceptivo el uso de guantes siempre que se salga al exterior y también durante el transcurso de una velada», le repetía incansable y dando muestra de una paciencia infinita cada vez que reparaba en sus manos desnudas.

Debía ponérselos si quería evitar que la recibieran con una reprimenda.

Un ladrido procedente del exterior le hizo interrumpir la enojosa tarea y mirar hacia afuera. Como sospechara, se trataba de Showy. Sin embargo, y aunque se alegró enormemente de ver a la perrita de orejas largas y pelaje cobrizo, no fue ella quien acaparó su atención sino unos increíbles ojos verdes que, a pesar de la distancia, consiguieron atrapar su mirada con aquel destello que siempre detectaba en ellos cuando se encontraban. En esa ocasión, quizá por escudarse tras un cristal, no bajó la vista como solía hacer, aunque sí se sonrojó. Había algo en la forma en que el señor Worth la miraba que, si bien no lograba interpretar, sí la ponía un poquito nerviosa. Aun así, le dedicó una sonrisa de reconocimiento en el instante mismo en que el carruaje se disponía a iniciar el giro para abandonar Legend Square. En respuesta, el condestable le devolvió el gesto, de forma tan amplia que Lorianne, maravillada, incluso se inclinó hacia delante para no perderla de vista.

Fue en ese instante, cuando el landó estaba a punto de completar la maniobra, que vio a Showy pasar frente a ella a toda velocidad.

—¡Detente, Showy!

Lori reconoció la preocupación en el grito del hombre y se le aceleró el pulso; más aún al escuchar las órdenes que el cochero vociferaba a los caballos, los agitados ladridos de la perra y los asustados relinchos de los jamelgos; se temió lo peor. Un instante después salía despedida hacia delante, cayendo sobre la desconcertada doncella. Ambas gritaron a un tiempo, más por la

sorpresa que por el daño que pudieran haberse hecho.

—¡Condenado animal! —masculló Nerian con la mandíbula apretada mientras corría hacia la esquina de la plaza.

Algunos de los vecinos allí congregados, salieron tras él; unos por pura preocupación, otros por simple curiosidad. Cuando alcanzó el coche, los caballos aún resollaban y pateaban inquietos el suelo. Por suerte el cochero había logrado detenerlos sin mayor problema, tenía la situación bajo control y Ronan O'Neill ya se acercaba para ofrecerle su ayuda con el tiro en caso de ser necesario.

—¿Se encuentran bien? —preguntó Worth nada más abrir la portezuela, con una voz firme y sosegada que camufló a la perfección la congoja que sintiera un instante antes.

Dentro, las dos mujeres se afanaban por recuperar la compostura sobre los asientos y también su aspecto, en ese momento un tanto desaliñado como consecuencia, supuso, de la brusca parada.

—Eso parece —resopló la doncella enderezando su cofia, observando a Lorianne que también recolocaba su sombrero.

—¿Y Showy...? —inquirió esta con un nudo de angustia en la garganta, intentando mirar fuera sin encontrar un solo hueco por el que hacerlo, puesto que el señor Worth tapaba con su cuerpo la entrada del vehículo.

Sin dejar a Nerian responder, la perrita, ajena al revuelo que se había generado por su causa y como si hubiera intuido que se interesaban por ella, se coló por entre las piernas de su amo hasta apoyar las patas delanteras en el interior del carruaje.

—¡Hola, preciosa! —la saludó Lori aliviada al comprobar que se encontraba en perfecto estado—. ¿Puedo...? —dudó—, me gustaría bajar un momento —dijo al fin, intentando sonar decidida.

La criada abrió la boca para protestar.

—De acuerdo —cedió en cambio ante la expresión de súplica que compuso la joven al intuir su negativa—. Un par de minutos de demora no supondrán un problema, y nos sentará bien tomar un poco el aire después de semejante susto.

Lori le dedicó a Effie una radiante sonrisa de agradecimiento que conservaba cuando se giró dispuesta a apearse. Le sorprendió comprobar que el señor Worth continuaba bloqueando la salida del coche. Algún motivo debía tener para permanecer allí parado, de lo contrario, correcto como era, ya se habría retirado para flanquearle el paso, caviló alzando la vista hacia su rostro. «¿Qué podrá estar observando con tanta fijeza?», se preguntó extrañada. Al menos hasta caer en la cuenta de que era su boca la que acaparaba la atención del condestable. En un acto reflejo miró la de él, bien definida, de aspecto suave... «Y atrayente». Se sonrojó al instante, pero no se desdijo; demasiadas veces se había descubierto observando los labios masculinos para negar que le resultaban tentadores.

Entre tanto, Nerian se preguntaba si sería consciente de lo maravillosa que era su sonrisa, de la alegría que transmitía y lo contagiosa que resultaba. Con seguridad se lo habrían mencionado

infinidad de veces, pensó en el instante mismo en que la criada carraspeaba de manera ostentosa.

Tuvo lugar un incómodo y breve cruce de miradas entre los tres, que se interrumpió con la llegada del cochero. Nerian se hizo a un lado, y entretanto el hombre ajustaba la escalerilla, él se encargó, siempre amable, de dispersar a los curiosos que se hallaban alrededor del carruaje. Cuando regresó, el empleado de los Bowler ayudaba a la joven a descender. No bien puso un pie en el suelo, Showy se acercó a ella agitando la cola.

Con la perrita a su lado, Lori se apartó unos pasos para que el señor Fenn ayudara también a Effie. Al moverse, algo que había quedado olvidado entre los pliegues del vestido y la capa cayó al camino. Solícito, Nerian se agachó. Lorianne también se inclinó y ambos agarraron el objeto a la vez. Divertidos por la coincidencia, buscaron la mirada del otro. Quizá hacerlo a tan corta distancia fue el motivo por el cual Lorianne notó que sus pupilas se conectaban. La sensación resultó tan intensa que la zarandeó por dentro.

Abrumada como siempre por la reacción que aquellos ojos provocaban en su cuerpo, apartó la vista. Worth aún la contempló un instante antes de estudiar la pequeña pieza de cuero que mantenían sujeta. De inmediato buscó la otra mano de la muchacha y una sonrisa torcida apareció en sus labios al corroborar que el guante que sostenían le pertenecía.

No era la primera vez, pudiera ser que tampoco la última, que la descubría sin la protección de la prenda. Ignoraba los motivos que la señorita Bowler tenía para desatender una norma de etiqueta tan básica que hasta él conocía; dudaba que se tratara de un acto de rebeldía, tal vez despiste. Fuera como fuese, aquellos descuidos eran los responsables de que las manos de la joven dama lucieran, en su opinión, un saludable y favorecedor tono dorado.

—Que alguien aparte a este animal, por favor.

Escucharon la tensa queja de Effie cuando la perra se acercó a olisquearla. Nerian, a pesar de preferirla sin ellos, soltó el guante para que pudiera ponérselo y él acudir al rescate de la criada.

—Showy, ven aquí —dijeron a la vez.

Un destello de complicidad apareció en sus ojos al cruzar una nueva mirada. Fue Showy la que, obediente, se aproximó a ellos y entonces acaparó toda la atención de Lorianne.

—Según me acaba de contar el señor Fenn, esa bola de pelo con patas persiguió a los caballos y provocó este desaguisado —apuntó la doncella manteniendo las distancias con el animal al que en ese momento la joven Bowler acariciaba con mimo.

A Lori le inquietó que lo ocurrido pudiera acarrear consecuencias para la perrita y, preocupada, alzó la mirada hacia el rostro del condestable. Este se había puesto serio de repente y, durante unos segundos, su mirada se tornó de un verde más oscuro que no la tranquilizó en absoluto.

—En realidad no perseguía a los caballos, iba en busca del palo que uno de los muchachos le había arrojado, me temo que con demasiada fuerza y sin controlar la dirección del lanzamiento —aclaró los hechos—, y a Showy le encanta correr en busca de cualquier objeto que vuele ante su hocico —justificó a la perra—. En todo caso —continuó—, ni los niños, y mucho menos la perra, son responsables de lo ocurrido, sino yo, que tendría que haber estado más pendiente de sus

juegos.

Al escucharlo, Lorianne supo que lo que había visto en sus ojos era culpabilidad y no pudo dejar de admirar su franqueza y que asumiera la responsabilidad cuando hubiera sido más sencillo acusar al pobre animal, incluso a alguno de los chiquillos.

—A Dios gracias solo ha sido un susto —apuntó la criada dando por zanjado el asunto—. Ahora, señorita, me temo que debemos continuar.

Lori asintió con desgana, pues sabía que si permanecía allí más tiempo se le echaría la noche encima antes de que pudiera llegar a Londres. Aprovechó que Effie regresaba al interior del carruaje con la ayuda del cochero para dedicarle las últimas carantoñas a Showy.

—Nos veremos pronto —le prometió con un susurro que aceleró el pulso de Nerian por el cariño que encerraba, y sí, ¿para qué negarlo?, porque también él disfrutaría de ese próximo encuentro aunque no fuera el destinatario del afecto de la muchacha; ni se atrevía a pretenderlo siquiera. No era mujer para él, lo sabía y aun así...

—Permítame que la ayude —se ofreció, cortando de raíz un pensamiento que, por su bien, prefería evitar.

—Gracias. —Se sorprendió cuando su mano percibió la robustez del antebrazo que le servía de apoyo. Durante una fracción de segundo deseó poder deslizar los dedos hacia arriba y comprobar si todos sus músculos eran realmente tan fuertes como aparentaban. Un cosquilleo le trepó desde el estómago hasta el pecho, donde su corazón había comenzado a latir con rapidez. Si de solo pensar en acariciar su brazo, tal vez también el hombro, reaccionaba de aquella manera, no quería imaginar qué podría sentir si llegara a encontrarse guarecida al abrigo de su imponente silueta.

—Que tengan buena tarde —les deseó, preguntándose qué habría provocado el rubor de la muchacha en esa ocasión.

—Igualmente, señor...

—Worth —volvieron a hablar a un tiempo él y Lori. Esta, a duras penas contuvo la risa, Nerian sin embargo soltó una carcajada espontánea y natural que Lorianne encontró deliciosa. Por el contrario, Effie enarcó una ceja mientras los observaba a ambos con suspicacia.

—Nerian Worth, condestable de Minstrel Valley, para servirla. —Recuperó la compostura y se presentó solemne con una leve inclinación de cabeza. La mujer asintió satisfecha.

Saber que se trataba del representante de la ley tranquilizó en parte a Effie. A fin de cuentas, el lugar no era Londres, y en un pequeño pueblo como aquel todo el mundo se conocía y las formas se relajaban en gran medida.

Nerian cerró la portezuela, retrocedió unos pasos y ordenó a la perra que se sentara a su lado. Lori les dedicó una última mirada antes de que el carruaje se pusiera en marcha. Qué buena estampa ofrecían juntos.

\*\*\*

Pasaron frente a la casa de los Randall y cruzaron la portilla que permitía el acceso a Minstrel House sin que nadie les saliera al paso; a esa hora el señor Barry se encontraría en la mansión o tal vez dando uno de sus paseos por los alrededores.

—Ya hemos llegado —anunció Effie al detenerse el coche frente a la gran escalera semicircular de la mansión. Un par de segundos después, el cochero abrió la portezuela, volvía a ajustar la escalerilla y le ofrecía a la joven su brazo como punto de apoyo.

Lorianne aceptó su ayuda y descendió con estudiada elegancia. Cualquier momento era bueno para poner en práctica las enseñanzas de la profesora de protocolo.

—Gracias, señor Fenn —le sonrió, volviéndose después hacia la doncella que continuaba en el interior del vehículo—. ¿Seguro que no prefieres pasar la noche en la posada? —insistió con tono amable.

—Su madre cuenta con terneros de vuelta esta noche. Si no regresáramos podría pensar que hemos sufrido algún percance por el camino —añadió antes de que la muchacha pudiera rebatir la primera frase.

—Llevas razón. —Torció el gesto contrariada; les hubiera sentado bien el descanso—. Aun así, disfrutad sin prisa de las pastas de la señora Witt —apuntó con picardía, evitando mencionar el jerez con el que acompañarían los dulces.

—Descuide, lo haremos —contestó la mujer con un guiño.

Lori asintió y, satisfecha, ascendió por el brazo central de la escalera hacia la amplia plazoleta en la que confluían tres tramos de peldaños separados por unos floridos parterres. Una vez arriba se dio la vuelta y agitó la mano en alto a modo de despedida cuando el carruaje reanudó la marcha en dirección a los establos.

—Buen viaje —les deseó alzando la voz para hacerse oír.

Detrás del cristal, Effie también sacudió la mano para devolverle el saludo.

—¡Señorita Bowler!

Lorianne se envaró al escuchar la severa voz que, a su espalda, pronunció su nombre con el inconfundible tono admonitorio de la gobernanta.

«¡Bulldog Burton!», lamentó su mala suerte; de haberse tratado del señor Barry, su falta de decoro hubiera pasado desapercibida, o al menos no habría sido tomada en cuenta. El viejo soldado, aunque un poco gruñón, las quería y protegía como si fueran indefensos polluelos. «Mis niñas», las llamaba.

—Buenas tardes, señora Burton.

Cuando Lorianne entró en su dormitorio aún llevaba las mejillas encendidas; una mirada de Bulldog Burton podía ser más intimidatoria que la más severa reprimenda de lady Eleanor, la directora. La mujer no necesitaba expresar con palabras su desaprobación para hacerse entender. Que hubiera cerrado la puerta mascullando algo acerca de su obsesión por la perra del condestable le había hecho pensar que, además de estricta, tenía dotes adivinatorias. Si no, ¿de qué otra manera podía saber que había estado con Showy? Fue al verse reflejada en el espejo de

cuerpo entero de su armario que reparó en las huellas de barro que adornaban su capa.

«Clarividente no, pero sí tiene vista de halcón», se dijo restregando la tela para desprender la suciedad.

## Capítulo 2

Nerian había permanecido parado en mitad del camino hasta perder de vista el carruaje. Cuando ya ni el sonido de los cascos alcanzaba a oír, dio media vuelta y caminó de regreso a la plaza. Al llegar a la esquina se detuvo a esperar a Showy, que continuaba mirando hacia delante con la cabeza ladeada.

—Regresemos a casa, tenemos una familia que alimentar.

La perra meneó la cola y corrió a reunirse con él como si realmente hubiera entendido lo que le decía y estuviera ansiosa por reunirse con los cachorros.

En la plaza aún quedaban un buen número de personas, y los que se encontraban frente al ayuntamiento lo saludaron al verlo pasar.

—¿Ya de retirada? —Ronan O’Neil se había despedido de los hombres congregados junto al pozo y con aire desenvuelto se aproximaba a Worth.

—Pensaba acercarme a la posada y tomar una pinta, ¿me acompaña?

—Eso no se pregunta —respondió el otro con su fuerte acento irlandés al tiempo que palmeaba efusivo la espalda del condestable.

—Si no le importa, primero debo ocuparme de los perros —dijo Nerian una vez reanudaron la marcha; su casa quedaba de camino y la tarea apenas le tomaría unos minutos.

Ronan asintió conforme.

—Oí comentar que el pariente de lady Acton, el...

—Lord Mersett —lo atajó Worth, impidiendo que el hombre empleara el *título* equivocado más por costumbre que con ánimo de ofender.

—Sí, eh... lord Mersett. —Se pasó la mano por el cabello castaño, clareado ya por las canas, y se rascó la nuca con cara de circunstancia—. Tengo entendido que se llevó uno de los cachorros a Londres.

—En efecto —confirmó Nerian ocultando su diversión. Hacía años que Lord Derek Lee, conde de Mersett, visitaba con regularidad Minstrel Valley. Todos lo conocían y, sin embargo, su presencia continuaba despertando la curiosidad de unos y la desconfianza de otros. Él mismo, recién llegado al pueblo, había recelado del *chino*—. Creo que lo hizo por lástima, al igual que el señor Randall. —Sonrió seguro de no equivocarse. Siete perros eran muchos perros y, de entrada, pensar en hacerse cargo de todos ellos lo había sobrepasado, pero tras haberlos ayudado a nacer,

se sentía incapaz de abandonarlos a su suerte.

—¿El jardinero de Minstrel House también?

Nerian asintió con un gesto que solo podía ser de agradecimiento, al menos así lo interpretó Ronan.

—Y ayer mismo, la señorita Mignon se encariñó con la más menuda de la camada —añadió con un ligero cabeceo y una incipiente sonrisa en los labios.

—No imagino a Marlene Mignon cuidando de algo que no sean sus rosas —dijo en verdad sorprendido.

—En realidad, fue el animal quien se encaprichó de la mujer. —Rio por lo bajo al recordar la escena; sin duda lo de la perrita había sido amor a primera vista—. La bribona solo necesitó que la dama le dedicara un par de caricias y unas palabras en francés para correr tras ella y no querer separarse ya de sus faldas.

—Posiblemente yo también habría corrido tras las faldas de la dama si hubiera tenido la suerte de disfrutar de sus caricias —bromeó entre carcajadas.

Marlene Mignon, a pesar de haber cumplido ya los treinta y cinco, continuaba siendo una mujer atractiva; alta y de cuerpo espigado, poseía, además de su marcado y sensual acento, unos bonitos ojos color ámbar, aun así y por toda respuesta, Nerian se limitó a esbozar una sonrisa. En ese instante tres cachorros aparecieron trotando por el camino librándolo de hacer comentario alguno al respecto.

Showy, que hasta entonces se había mantenido junto a su amo, se adelantó para controlar a su mermada prole. Nerian se inclinó y les frotó el lomo bajo la atenta mirada de la madre que, satisfecha, meneó el rabo y después abrió la marcha hacia la entrada del *cottage*.

\*\*\*

Encontraron la posada más concurrida de lo habitual y caras nuevas que de inmediato captaron la atención de Worth.

—El coche de punto ha sufrido un percance a las afueras del pueblo —les explicó Tom, el orondo propietario del local, cuando el representante de la ley lo interrogó sobre el pequeño grupo compuesto por tres hombres y una mujer, todos de mediana edad, que ocupaban una de las mesas próximas a la entrada—. Han venido caminando hasta aquí y tendrán que esperar hasta que solucionen el problema.

Nerian, acodado sobre el mostrador y con la jarra de cerveza en la mano, repasó con ojo crítico a los forasteros. Como cabía esperar, se veían bastante molestos por el contratiempo y el retraso que este implicaba; por lo demás parecían gente sencilla y sin ánimo de importunar a nadie con su presencia. De todas formas, se aseguraría de que los cuatro volvían a subir al carruaje una vez solventado el incidente. Nada tenía en contra de los visitantes, siempre habían sido y serían bien recibidos en Minstrel Valley, pero prefería no correr riesgos. En los últimos meses, cada vez que

un extraño había llegado al pueblo había sido para causar problemas... «Serios problemas», pensó con el ceño fruncido y la mirada enturbiada por los desagradables recuerdos.

—Déjelos —le pidió Ronan al observar el gesto ofuscado del condestable—, no tienen aspecto de criminales.

La expresión de Nerian se relajó y sus ojos recuperaron su tonalidad cristalina original al escuchar el guasón comentario del quesero. Si por algo destacaba O'Neil era por su naturaleza desenvuelta y su contagioso sentido del humor.

—Lleva razón, pero con todo lo que ha ocurrido últimamente, empiezo a desconfiar hasta de mi sombra —reconoció jocosamente con una sonrisa torcida en los labios.

—¿Se quedará a cenar, señor Worth? —le preguntó Dottie con el tono alegre que la caracterizaba—. He guisado cordero —lo tentó con un simpático guiño.

—Debería irse a casa, coronel, por hoy ya ha bebido suficiente. —La sugerencia de Tom a Simon Grenfell y la ebria réplica de este, impidieron que Nerian respondiera de inmediato a la hija del posadero y se decidiera a intervenir antes de que la discusión entre los dos hombres pasara a mayores.

—Resérveme una ración de ese delicioso guiso, por favor, Dottie —le dijo a la muchacha tras tomar un largo trago de cerveza. Después se volvió hacia O'Neil—. Si me disculpa. —Ronan asintió comprensivo.

—¿Necesita ayuda? —se ofreció.

—Me las apañaré solo, gracias. —No era la primera vez que el veterano soldado se embriagaba y Nerian tenía que acompañarlo hasta su casa. Posiblemente tampoco sería la última.

—Buenas tardes, coronel. —El hombre alzó la cabeza, pero le costó centrar la vista. Cuando lo consiguió, Nerian dudó que lo hubiera reconocido—. Será mejor que lo acompañe a casa; seguro que sus hijas le estarán esperando para cenar. —Tampoco creyó posible que esa noche el buen hombre compartiera la mesa con su familia.

—Mis hijas —farfulló tambaleándose sobre la silla; de haberse encontrado en pie se habría desplomado.

—Vamos, el paseo le sentará bien —apuntó Nerian ayudándolo a levantarse.

Por suerte, no opuso resistencia y se dejó guiar hacia la salida. Antes de alcanzar la puerta trastabilló y habría terminado de bruces en el suelo si Worth no lo hubiera sujetado a tiempo. Para evitar incidentes, colocó el brazo del coronel sobre sus hombros y el suyo en torno a las costillas del militar y así, sosteniéndolo con firmeza contra su cuerpo, iniciaron el descenso de la colina.

—Usted también debería irse a casa —balbuceó con dificultad, dejando caer todo el peso de su corpachón sobre Nerian—, seguro que su esposa lo está esperando. —Tan perjudicado iba que no sabía quién lo llevaba a casa.

—No estoy casado —respondió con una sonrisa torcida en los labios y un velo de pesar oscureciendo sus verdes ojos. Hacía años, demasiados, que deseaba formar una familia y empezaba a verlo como un sueño imposible de alcanzar.

—¿Y a qué está esperando, muchacho? —lo reprendió con voz marcial, como si se estuviera dirigiendo a un soldado—. Un hombre necesita una mujer... —hipó— e hijos —concluyó rotundo.

—Aún no he encontrado a la mujer adecuada, coronel. —A medida que las palabras salían de su boca, la imagen de un dulce rostro apareció en su cabeza.

—¡Pamplinas! —estalló Grenfell con un torpe pero brusco aspaviento que, además de fulminar de golpe los pensamientos de su acompañante, los desestabilizó a ambos—. Lo que sobran en este pueblo son muchachas —prosiguió ajeno a los esfuerzos de Nerian por mantenerlo erguido.

—Tiene razón, coronel —le siguió la corriente. No merecía la pena discutir con él; no en el estado en que se encontraba—. Seguiré su consejo.

—Eso es lo que debe hacer, sí. —Por la forma en que masculló el comentario, Nerian intuyó que ya había olvidado el tema del que hablaban—. Porque la vida es muy injusta —continuó con voz pastosa en el momento que tomaban el primer desvío a la izquierda y dejaban atrás el camino de Londres—. Uno hace planes y ¿para qué? Yo se lo diré, amigo mío: ¡para nada!

Nerian guardó silencio; conocía el discurso.

La suerte había esquivado a Simon Grenfell demasiadas veces y por eso se daba a la bebida, para olvidar sus infortunios, decía él. Sin embargo, el exceso de alcohol solo hacía que incrementar su desdicha y siempre terminaba despotricando contra el aciago destino que parecía empeñado en ponerle la zancadilla una y otra vez.

Nerian lo dejó hablar. Entendía que de alguna manera tenía que desahogar su frustración, y prefería que lo hiciera durante el trecho que les restaba del camino, que poco era ya, y no delante de sus hijas. Aunque las pobres muchachas debían estar acostumbradas a los excesos y desvaríos de su padre.

\*\*\*

Apenas tuvo que esperar ante la puerta de los Grenfell. Unos segundos después de hacer sonar la aldaba, la hija mayor, Edith, apareció ante ellos. El condestable no pudo más que sentir lástima al ver el gesto de resignación que apareció en su rostro de tez morena al comprobar el estado en el que regresaba su progenitor.

—Gracias, señor Worth —se limitó a decir al tiempo que se hacía cargo del hombre.

—Si necesita ayuda...

—Descuide —lo interrumpió esbozando una sonrisa que no alcanzó sus ojos color aceituna—, Aggie o mi hermana Marion me ayudarán. Usted ya ha hecho suficiente al traerlo a casa. Gracias de nuevo.

—No las merece —dijo devolviéndole el gesto para infundirle ánimo—. Buenas noches, señorita Grenfell. —Se despidió con una leve inclinación de cabeza antes de cerrar él mismo la puerta principal y regresar sobre sus pasos.

Al llegar junto al muro de piedra que bordeaba la finca volvió la vista atrás. En la planta

superior alguien acababa de encender una lámpara en una de las habitaciones. Aguardó, reacio a irse sin más. Solo al ver a una de las mujeres de la casa —no logró distinguir cuál de ellas— echar las cortinas y después apagar la luz en el dormitorio, se quedó tranquilo y reanudó la marcha.

Cuando lo hizo, el sol hacía rato que empezara a esconderse tras las lomas que rodeaban el valle, y las nubes que durante todo el día habían cubierto el cielo se teñían de color rojizo ofreciendo un bonito espectáculo a quienes alzaran la mirada.

Nerian no lo hizo.

Caminaba de vuelta a The Old Flute con andares distraídos y en mente, de nuevo, el recuerdo de Olivia Coombs. Una mujer preciosa e inteligente que, estaba convencido, habría sido una compañera ideal, además de una maravillosa madre, pero por la que, a pesar de su empeño, no lograra sentir más que una profunda amistad.

«¡A Dios gracias!», pensó con humor. Porque ella, aunque lo apreciaba, tampoco lo había querido a él. Sin olvidar, además, que el destino le tenía reservado un futuro bastante más prometedor del que hubiera podido ofrecerle él, un simple condestable de pueblo.

Sincerarse con ella, reconocer que de haber continuado habrían cometido un error que con el paso del tiempo terminarían por lamentar, le había servido para apaciguar en parte el ansia de encontrar el amor y formar una familia. Pero la necesidad de cubrir esa carencia continuaba latente y amenazaba con volver a brotar.

—¿A qué se debe esa cara tan larga, Worth? —La pregunta, formulada con más curiosidad que preocupación, puso fin a las cavilaciones de Nerian.

Había llegado a la posada y Angus McDonald lo observaba desde la entrada con una ceja arqueada. No estaba solo; un grupo de curiosos se había congregado fuera del edificio y se mantenían pendientes del carruaje apostado frente al establo; se trataba del coche de punto. Los pasajeros —los cuatro— se disponían a ocupar sus asientos en el interior en ese instante.

—No ha sido mucho el retraso —apuntó sin responder al dueño de la forja.

—Fue poco el estropicio. —Se encogió de hombros el pelirrojo—. Perdieron una de las estornijas.

—¿Y la rueda? —inquirió extrañado de que la avería hubiera sido leve; sin el anillo de hierro haciendo tope, la rueda se deslizaba sobre el eje hasta desencajarse y las consecuencias solían ser graves cuando esto ocurría.

—No llegó a salirse y solo se le partió un radio antes de que el cochero advirtiera el daño —explicó Angus—. El señor Gambier reparó la varilla dañada y yo me encargué de la estornija.

—¿Qué tal una pinta como recompensa a su labor, señor McDonald? —propuso Nerian de buen humor cuando el coche se puso en marcha.

—Una idea brillante, señor Worth —respondió el pelirrojo con el mismo tono jovial—, además, me parece que no soy el único que necesita remojar el gaznate —añadió con intención.

Nerian esbozó una sonrisa torcida y le dedicó una mirada entornada de advertencia al herrero,

propinándole un suave y amistoso empujón para obligarlo a entrar.

Angus alzó las manos como muestra de respeto hacia su silencio y se dirigió hacia una de las mesas que se encontraban libres; Nerian lo seguía de cerca. Apenas habían tomado asiento cuando Tom se acercó con una jarra de cerveza en cada mano.

—A esta ronda están invitados, señores —dijo al tiempo que depositaba las bebidas sobre la deslucida superficie de madera—. Cortesía de milord —aclaró señalando con un gesto al hombre situado al otro extremo de la barra.

—¿Se nos une, lord Mersett? —inquirió Nerian al reparar en la presencia del noble que iba pertrechado con un grueso redingote. Tal vez se disponía a salir.

—En otra ocasión será, debo regresar a Londres —confirmó las sospechas de Nerian al detenerse ante su mesa.

—Entonces buen viaje, y gracias —dijo alzando su jarra.

—Y tenga cuidado —sugirió Angus irónico. De sobra sabía, porque lo había visto con sus propios ojos, que el conde sabía defenderse.

Sin apenas mudar la expresión, Mersett realizó una leve inclinación de cabeza a modo de despedida y, sin más, se dirigió hacia la salida.

—No me gustaría tenerlo como rival en una pelea —reflexionó en voz alta el herrero con la vista clavada en la puerta.

Worth se limitó a reír por lo bajo antes de tomar un trago de cerveza. También conocía, aunque solo de oídas, la destreza del oriental en el cuerpo a cuerpo. En más de una ocasión había lamentado no haber tomado parte en la escaramuza orquestada por lord Clifford tres meses atrás en Londres.

«Desventajas del cargo», pensó con humor.

—Por cierto —interrumpió Angus sus pensamientos—, ¿qué hay de esa reparación de la que habíamos hablado?

Con las últimas lluvias, Nerian había detectado una pequeña gotera en la techumbre que debía tapar cuanto primero mejor o con la llegada del invierno tendría problemas.

—Mañana mismo me acercaré al taller del señor Gambier y le pediré que inspeccione las vigas. —El otro se mostró de acuerdo con un cabeceo.

—Si la madera está en buen estado, será cuestión de horas que revisemos el tejado y reforcemos la paja en los puntos necesarios —calculó McDonald.

—Solo espero que no vuelva a llover antes de ponernos a ello —reflexionó en voz alta el condestable.

—¿Sigue queriendo el cordero, señor Worth? —le preguntó Dottie al pasar junto a su mesa con varias jarras vacías.

—¿Has cocinado cordero? —preguntó el pelirrojo con expresión glotona—. ¿Cuentas con una ración extra? —quiso saber después de que la moza asintiera mostrando una sonrisa de satisfacción por el éxito obtenido con el guiso.

—Sí, señor, aún queda algo que rascar en la olla —respondió desde detrás de la barra.

Angus festejó la noticia frotándose las manos.

—Entonces que sean dos platos, Dottie —se le adelantó Nerian.

—Y cerveza —añadió el otro.

\*\*\*

Lorianne se había puesto hacía un rato el camisón y se estaba cepillando la melena, oscura y larga hasta mitad de la espalda, cuando escuchó un par de suaves golpes en la puerta. Sin demora dejó el cepillo sobre el tocador y corrió a abrir, dando por sentado que se trataba de alguna de sus amigas. No se equivocó: en el pasillo y también en camisón, aguardaba Jane. Sin mediar palabra, Lori se hizo a un lado para que Walpole entrara y, cuidándose mucho de no hacer ruido, volvió a cerrar.

—¿Llego en mal momento? —preguntó al verla aún con el pelo suelto.

—No, estaba terminando de desenredarlo para hacerme la trenza. Ponte cómoda —señaló la cama—, solo me llevará un par de minutos. —Con las mismas regresó frente al espejo, recuperó el cepillo y, con la cabeza ladeada, reanudó la tarea. Su amiga se sentó en el centro del colchón—. ¿Y Amanda y Christine? —preguntó mientras sus dedos entretejían con rapidez los sedosos y oscuros mechones.

—Amanda ya se había acostado y Christine... no estaba en su cuarto. —Las muchachas intercambiaron una mirada intrigada a través del espejo.

Lady Christine Bradbury tenía la fea costumbre de desaparecer —en ocasiones durante horas— y nadie sabía dónde se ocultaba ni por qué lo hacía. Cada vez que le preguntaban respondía con evasivas, cambiaba de tema o simplemente guardaba silencio.

—Pues tendrán que esperar a mañana para recibir sus obsequios —sentenció Lori mientras rodeaba la cama para dirigirse hacia el armario situado al otro lado de la habitación.

—¿Nos has traído regalos? —inquirió Jane pasmada por la sorpresa; no estaba acostumbrada a que la gente tuviera ese tipo de gestos con ella.

—Son unos detalles sin importancia. —Se encogió de hombros—. Mi madre me obligó a recorrer medio Londres para ir de compras y no pude resistir la tentación —aclaró tendiéndole un pequeño paquete.

Por la forma y el tamaño, Jane supo que se trataba de un libro. Nerviosa, rasgó el papel que lo envolvía.

—¡*Los castillos de Athlin y Dunbayne*, de Ann Radcliffe! —exclamó emocionada, acariciando la cubierta con cuidado—. No tengo palabras...

—No sabía si ya lo habrías leído...

—No, no lo he leído, pero me habría encantado de todas formas, muchas gracias.

—No las merece, y me alegra que te guste. —La observó risueña mientras Jane examinaba con

detenimiento el volumen—. Ahora —dijo tras concederle unos minutos—, cuéntame todo lo que haya ocurrido en la escuela durante mi estancia en Londres.

Habían sido solo tres los días que estuviera fuera, pero Lorianne sabía que era tiempo más que suficiente para que en Minstrel Valley ocurriera algo inesperado.

—No hay mucho que contar —respondió Jane con el libro sobre el regazo—, salvo que Becca añora mucho a Patrick y por momentos se la ve bastante alicaída.

—Pobre, tener que separarse justo ahora ha debido ser duro para ellos —dijo Lori apenada—. ¿Sabes?, estoy empezando a creer que en Minstrel Valley hay algo que propicia el romance —caviló la joven en voz alta—. Tal vez sea la influencia de la leyenda o algo que flota en el aire...

—O en el agua —añadió Jane con sorna.

—No lo descartaría —rio divertida—. A este paso hasta nosotras encontraremos el amor —soltó entre risas que revelaban que no hablaba en serio.

—Si viene acompañado de un título no pondré ninguna objeción —bromeó Jane riendo también.

Ninguna de las dos buscaba casarse por amor; Jane, sobre todas las cosas, ansiaba un matrimonio que le proporcionara la seguridad económica y el estatus social de los que se había visto privada y, sentía, tenía derecho a gozar.

—Bromas aparte, espero que al final Becca logre lo que desea y sea feliz junto a Patrick —sentenció Lorianne cuando dejaron de reír.

Jane asintió distraída, acariciando de nuevo el lomo repujado del libro. Lori imaginó que estaría deseando regresar a su dormitorio para comenzar la lectura. Se cubrió la boca con la mano y fingió un bostezo.

—Será mejor que me vaya, estás que te caes de sueño —apuntó Jane bajándose de la cama.

—¿No te importa? La verdad es que estoy agotada —reconoció, porque lo estaba, mientras acompañaba a su amiga a la puerta.

—Que descanses y... gracias de nuevo —sonrió estrechando el libro entre sus brazos.

—No te entretengas demasiado con él o mañana serás tú quien se caiga de sueño —susurró cuando Jane salió al pasillo; su sonrisa se amplió confirmando las sospechas de Lori.

—Hasta mañana —se despidieron al tiempo.

En cuanto cerró la puerta, le sobrevino un nuevo bostezo, real en esta ocasión. Regresó junto a la cama y apagó la llama de la lamparita colocada sobre la mesilla de noche, se acurrucó bajo las mantas y dejó escapar un suspiro de satisfacción. Su cuerpo se relajó por completo y poco a poco fue notando cómo el sopor previo a un sueño más profundo se apoderaba de ella. También de su mente, que incapaz ya de hilar pensamientos coherentes, se conformó con evocar, en forma de imágenes, instantes vividos en los últimos días en Londres: los otoñales colores de Hyde Park, la cariñosa sonrisa de su madre o la mirada siempre alegre de su progenitor.

No, el amor no era necesario para ser feliz, prueba de ello era la cordial relación que mantenían sus padres, se coló el pensamiento en su cabeza casi sin que se diera cuenta. La siguiente imagen tuvo como protagonistas a unos ojillos negros y vivarachos que lograron instalar

una sonrisa en sus labios en el instante justo en que se dormía.

Sin embargo, no fue la mirada de Showy la que asomó a su cabeza en ese primer instante de inconsciencia, sino otra de un color mucho más vivificante y atractivo que la del animal.

## Capítulo 3

«¿Me acompañas esta tarde al pueblo?», le había preguntado lady Christine Bradbury aquella mañana durante la clase de baile. «Debo ir al colmado de la señora Gibbs», había añadido en el instante en que debían realizar un complicado giro que ella no terminaba de dominar. Distraída con la propuesta, había perdido la concentración y también el paso. Como consecuencia del despiste había tropezado, pisado a su compañera de baile y recibido una amonestación del señor Hastings. No le importó. Contar con un motivo para salir de la escuela después de tres días sin poder asomar la nariz porque no había parado de llover, bien valía soportar la riña del profesor y las risitas mal disimuladas de las otras alumnas, pensó risueña al traspasar los límites de Minstrel House junto a lady Christine, lady Jane y Lucy, la doncella que las seguía con gesto hastiado e intentando mantener el ágil ritmo al que ellas caminaban.

No había caído ni una sola gota de lluvia durante la jornada, pero el cielo estaba cubierto de oscuros nubarrones y soplaba un viento frío que se colaba bajo sus capas, obligándolas, sin poner en entredicho sus modales, a apurar el paso para no helarse.

—¿Y qué es eso tan importante que has de recoger hoy mismo en el colmado? —preguntó Jane, que comenzaba a lamentar el haberse apuntado al paseo con un tiempo tan desapacible. Amanda, lady Amanda Etherington, había demostrado ser más prudente al quedarse en la escuela disfrutando de una buena lectura junto a la chimenea del salón lavanda.

Lori, atenta a la conversación, ladeó la cabeza hasta que el ala de su capota le permitió espiar de reojo a Christine; la conocía lo suficiente para imaginar qué tipo de encargo le había hecho a la señora Gibbs.

—Son... —La joven hizo una pausa, como si en verdad necesitara hacer memoria—, revistas de moda. Las envían desde París —apostilló ufana, «demasiado para no resultar sospechoso», pensó Lorianne, segura de que no estaba siendo del todo sincera.

—¿Tan solo unas publicaciones de moda? —indagó suspicaz Jane.

La hija del conde de Telford no destacaba por su afición a la actividad física y, aunque vestía de forma más que adecuada en cada ocasión y con ropa de excelentísima calidad, tampoco se preocupaba en exceso por su apariencia, por lo que algún otro motivo debía tener para ir caminando hasta Legend Square a pesar del mal tiempo.

—De acuerdo, también unas pastas de nata que solo elaboran en Crawley —reconoció con el

gesto torcido, pero cuidándose mucho de no mencionar los dulces de yema que completaban el encargo; eran difíciles de conseguir y estaban demasiado buenos para compartirlos.

—Christine... —Suspiró pesarosa Jane.

—¡Están deliciosas! —se justificó entusiasta.

Lorianne tuvo que esforzarse para no reír ante la vehemente respuesta de la muchacha; su desmedida pasión por la comida no era algo que pudiera tomarse a la ligera, y en ningún caso, motivo de broma.

—Estoy segura de ello, pero recuerda que mostrar mesura es una de las cualidades que debemos cultivar —citó Jane una de las normas que trataban de inculcarles en la escuela.

—Lo sé, pero...

—Comer en exceso no solo es inapropiado...

—Si las hubieras probado lo entenderías. —De solo imaginarse tomando una de las galletas se le hizo la boca agua, porque las de nata eran de sus preferidas—. Son tan suaves que se deshacen en el paladar —explicó con sumo deleite—. Tienen un sabor tan sublime y delicado que no puedes comer solo una. —Cerró los ojos y ronroneó como si las estuviera paladeando en ese mismo instante—. ¡Mmm! ¡Son pura ambrosía!

Se había detenido en mitad del camino y las otras dos la miraban pasmadas por la expresión de éxtasis que lucía en ese momento. ¡Sí que debían ser especiales!

—Aun así —reaccionó Jane, siempre sensata—, no es correcto atiborrarse de comida, y mucho menos a escondidas. —Intentó no sonar demasiado severa, pero Christine debía comprender que lo decía por su bien. ¿Qué hombre mostraría interés por ella si descubría su voraz apetito?—. Piensa que ganar peso no te beneficiará en absoluto a la hora de encontrar esposo. —Lori la miró sorprendida por la crudeza de sus palabras. Sabía que se tomaba muy en serio todo lo referente a las normas de conducta y lo importante que era para ella hacer una buena boda, pero estaba siendo demasiado dura con Christine—. Lamento ser tan directa, pero estamos aquí con un solo propósito: convertirnos en Damas Selectas y lograr el mejor matrimonio posible. —No recibió réplica—. Una vez lo hayas conseguido... —Hizo una pausa, y la seriedad que hasta un segundo antes mostraba su bonito rostro se suavizó en gran medida, incluso esbozó una sonrisa tiznada de picardía—, podrás comer cuanto desees sin importar que deban ensanchar tus vestidos.

Christine la contempló pensativa durante unos segundos y Lori se mantuvo expectante, pendiente de su reacción; era una buena muchacha, pero en ocasiones podía ser un poco mal tomada.

—Si consigo un buen partido no tendré que molestarme en arreglar mis vestidos, podré encargar unos nuevos —soltó entre risas que las otras dos corearon.

Lucy, a tan solo unos pasos de ellas, las observaba con envidia apenas disimulada; le molestaba sobremanera escucharlas hablar con tanta ligereza de todo aquello que ella ansiaba para sí, pero que sabía jamás conseguiría.

—Exacto —convino Jane—. Ahora vayamos a por esas pastas tan sublimes que confío estás dispuesta a compartir.

—Eso espero, porque el entusiasmo con el que has hablado de ellas me ha abierto el apetito — aseguró Lorianne entre risas reanudando la marcha.

\*\*\*

Al llegar a la plaza, en la que solo un par de mujeres conversaban cerca del lavadero, Lori pasó esperanzada ante la casa de la vieja guardia. Encontrar el lugar cerrado echó por tierra toda posibilidad de saludar a Showy y apagó en parte el entusiasmo de la muchacha.

—Tal vez puedas verla a la vuelta —señaló Jane al percatarse de la expresión mohína de su compañera; de sobra sabía, como todos los habitantes de la escuela y parte del pueblo, el desmesurado cariño que esta sentía por el animal. Tanto que en más de una ocasión había convencido a Mariana, Hester y Margaret para que la acompañaran a pasear frente a la casa del condestable. Lori solía ser comedida y responsable, pero parecía olvidar toda prudencia cuando se trataba de su amiga de cuatro patas.

—Sí, tal vez. —Ensayó una sonrisa que no alcanzó sus ojos y que terminó por convertirse en una mueca torcida de desilusión. Su paso por el colmado, aunque hubiera otros clientes, sería breve y era poco probable que en ese lapso el señor Worth regresara de donde quisiera que hubiese ido.

Christine no participó del diálogo; llegadas a aquel punto, su único objetivo era alcanzar cuanto antes la tienda de la señora Gibbs, situada en el extremo opuesto de la plaza y visible desde cualquier punto de esta; la fachada, pintada de rojo y provista de dos enormes escaparates, no pasaba en absoluto desapercibida. Sin duda la llamativa tonalidad era un buen reclamo.

—¡Ánimate! En un par de días se celebrará el mercadillo mensual, seguro que entonces tendrás ocasión de ver a tu adorada Showy —observó Jane justo antes de entrar al establecimiento de Bella Gibbs.

—Es cierto, lo había olvidado —reconoció contenta. El condestable tenía por costumbre rondar el mercado durante todo el fin de semana y, por supuesto, Showy le acompañaba. Sería un buen momento para verla.

\*\*\*

Dentro del local tres vecinas ocupaban gran parte del oscuro mostrador; detrás de este, pendiente de la conversación de las clientas mientras envolvía unos arenques ahumados, se encontraba la dueña.

—Pues yo continúo sin entender qué persiguen esas mujeres —decía la más anciana de las tres.

—Buenas tardes —saludaron al unísono las alumnas de lady Acton.

—Buenas tardes, enseguida las atiendo —respondió Bella dedicándoles una radiante pero breve sonrisa; las otras, aunque se habían girado para mirar a las muchachas y las habían saludado

con un gesto, continuaban hablando y ella no quería perderse ningún detalle en tanto las despachaba.

—Dicen que luchar por nuestros derechos —apuntó la que se encontraba en el medio, tan corpulenta y alta que resultaba intimidante.

—¡Nuestros derechos! —repitió despectiva la que vestía por completo de negro—. Lo que son es un grupo de desvergonzadas.

Lori y Jane intercambiaron una mirada; no necesitaban escuchar más para saber que hablaban de la Liga de las Mujeres. Christine, pendiente de los dulces expuestos en las estanterías, no prestaba atención a la charla.

—He oído que han vuelto a reunirse en casa de la señora Crown —apuntó Bella en tono confidencial.

—Precisamente esa reunión fue la que provocó el enfrentamiento entre la señora Taylor y su esposo —añadió la grandullona bajando también la voz—. ¡Y menuda discusión! Eran tales los gritos que se escuchaban desde la calle que hasta el condestable se vio obligado a intervenir.

—No cabe duda de que es un hombre muy capaz —aseveró la que iba de luto—, pero simpatiza en exceso con esas insolentes.

—¿Lo hace? —inquirió asombrada la de más edad.

—Por supuesto que sí, ¿si no cómo explica que terminara por convencer a Taylor de que nada malo había en que su esposa acudiera a la dichosa reunión? —espetó airada la otra.

Mientras Christine curioseaba por la tienda y Jane escuchaba la conversación conteniendo su enojo, los labios de Lorianne se curvaban ligeramente hacia arriba como consecuencia de aquel último comentario.

Resultaba satisfactorio descubrir que un hombre apoyaba la labor que las mujeres de la Liga intentaban llevar a cabo en el pueblo y que, por lo tanto, respetaba sus derechos y opiniones. Se habría alegrado de igual manera de haber sido otro el mencionado, se dijo, convencida de que el aprecio que sentía por el señor Worth—que no era poco— nada tenía que ver con la agradable sensación que se había instalado en su pecho.

—Disculpe, señora Gibbs, ¿estos perfumes están a la venta o son simples muestras? —quiso saber Christine, que observaba unos delicados frasquitos colocados en una vitrina, en uno de los extremos del mostrador.

La pregunta interrumpió la charla y acaparó la atención de Lori que, curiosa, también se acercó a mirarlos; eran bien bonitos y debía tratarse de un nuevo producto, pues de otra manera los habría visto con anterioridad.

—Por supuesto que están a la venta. Si le interesan puedo mostrárselos —añadió solícita. Se llevaba una buena comisión por la venta de aquellos perfumes y, sobre todo, por mantener en secreto su procedencia. Cuando le interesaba, bien sabía tener la boca cerrada.

—Tal vez en otra ocasión. Hoy solo he venido a recoger el encargo que le hice la semana pasada —respondió la muchacha perdiendo interés en las colonias; le apetecía bastante más

hacerse con sus galletas.

—¿Y a ustedes, señoritas, no les apetece olerlas? Son fragancias exclusivas.

Jane negó con un movimiento de cabeza. No se podía permitir ese tipo de caprichos.

—En otro momento, gracias. Debemos regresar a la escuela —respondió Lorianne amable, aunque sus ojos volvieron a posarse sobre los recipientes de cristal tallado, fijándose en uno en concreto: «FRESIA Y BERGAMOTA», rezaba la etiqueta que colgaba del cuello de la pequeña botella. Pensó en pedir a la señora Gibbs que se lo mostrara, pero cambió de parecer; volvería en otra ocasión.

—Comprendo —disimuló la tendera su fastidio tras una sonrisa—. Ahora mismo le traigo su pedido —se dirigió a Christine antes de volverse hacia sus otras clientas, que estudiaban a las jóvenes de arriba abajo sin el menor disimulo y con diferentes grados de desaprobación en la mirada—. Si no les importa aguardar un instante, despacharé a milady y después continuaré con ustedes.

—Vaya, vaya —la instó la mujerona sin apartar la vista de las tres amigas.

\*\*\*

—Estoy segura de que en cuanto hemos salido, les ha faltado tiempo para criticarnos —comentó Jane malhumorada apenas se hubieron alejado unos pasos del colmado.

—¿Y por qué iban a hacer algo así? —preguntó Christine extrañada.

—¿No has visto cómo nos miraban?

La otra elevó las cejas dando a entender que no se había dado cuenta del detalle.

—Me dirás que tampoco has escuchado la forma en que se referían a la Liga de las Mujeres.

—Lo cierto es que no les presté atención —reconoció—. Y tú tampoco deberías haberlo hecho, son unas chismosas.

—Imposible no hacerlo —sentenció tajante Walpole—. Me indigna que se hable mal de alguien cuando no está presente para defenderse, y más aún tratándose de estas mujeres que solo buscan mejorar nuestra situación en esta sociedad en la que nuestra voz no tienen ningún valor.

—No te exaltes y sé realista, Jane. Poco pueden hacer catorce mujeres, y más en un lugar como Minstrel Valley.

—Ahora son catorce, pero estoy segura de que pronto serán más, seremos muchas más las que apoyaremos su causa, nuestra causa, porque lo hacen por el bien común.

—Si tú lo dices... —Se encogió de hombros Christine.

Su desinterés enervó a Jane.

—No discutáis —pidió Lori, conciliadora, antes de que esta última pudiera replicar—. En el fondo todas deseamos que se respete nuestra opinión y se nos tenga en cuenta. ¿O me equivoco?

Durante unos segundos, una mezcla de tristeza y resentimiento empañó la mirada de Christine. Ella mejor que nadie sabía lo que era sentirse ignorada y en absoluto tomada en consideración,

pero, como siempre, se tragó su desdicha y no dijo nada al respecto. Nadie en la escuela sabía que su padre, el conde de Telford, nunca le había dedicado ni la más mínima muestra de cariño, no la quería, pero ese era su secreto. Uno de ellos.

—Tienes razón, no debemos discutir —exclamó fingiéndose animada—, somos amigas y, además, las Damas Selectas no pelean.

Jane hizo un gesto que pretendía ser de reprobación, pero terminó convertido en una sonrisa.

—No tienes remedio —sentenció Lori sonriendo a su vez, segura de que Jane pensaba lo mismo, y contenta por el cambio de actitud de las otras dos.

Había momentos más adecuados para debatir que durante un paseo.

\*\*\*

—Hasta mañana, entonces —se despidió Nerian de Joseph Gambier al tiempo que acariciaba la peluda y negra cabeza de Bob, el enorme perro que siempre acompañaba al carpintero.

Este, mudo a causa de una apoplejía, asintió, se despidió de Worth con un gesto y con señas le indicó que cerrara la puerta al salir.

Al día siguiente, el hombre pasaría a revisar las vigas del tejado; con un poco de suerte no necesitarían reparación y se podrían tapar las goteras. Nerian solo esperaba que el clima le concediera una tregua, porque bastante lo había retrasado ya, pensaba al elevar la vista al cielo cubierto de nubarrones.

Fue al bajarla de nuevo cuando se topó con el grupo de muchachas que abandonaba la plaza en dirección a King's Road. No necesitó de los agudos sentidos de Showy, a la que hacía rato dejara en casa, para saber quiénes eran, sobre todo una de ellas.

Sin ser consciente de ello, aceleró el paso.

«No tienes remedio», la escuchó decir al acercarse. Su voz delataba la diversión que encerraba el comentario y, sin verle el rostro, supo que sonreía.

—Buenas tardes, señor Worth. —El saludo de Lucy hizo que las otras tres jóvenes se giraran a la vez.

—Buenas tardes. —Inclinó la cabeza para completar el saludo a la doncella antes de volverse hacia al trío—. Miladies, señorita Bowler. —Repitió el ademán, sosteniendo la mirada de la última.

—Señor Worth —respondieron a coro las amigas.

—¿Van de regreso a la escuela?

—En efecto —respondió Jane correcta, en tanto que Lorianne espiaba el camino tras el señor Worth.

Este supo a quién buscaban los oscuros y grandes ojos de la joven sin necesidad de preguntar.

—Me temo que en esta ocasión la señorita Showy no me acompaña. —El desencanto de ella fue evidente—. De haber sabido que las encontraría...

—¿Se encuentra bien...?

Hablaron al tiempo, solapándose sus palabras.

—Las damas primero —la instó a repetir su pregunta, sosteniéndole la mirada, y en los labios una sonrisa sesgada que Lorianne encontró de lo más interesante.

—Solo quería saber si Showy se encuentra bien, me ha sorprendido no verla a su lado. —Se obligó a sostenerle la mirada y rezó para que sus mejillas no se encendieran.

—Aparte de bastante mojada, la última vez que la vi estaba en perfecto estado.

—¿Mojada?!

—Esta tarde decidió darse un baño en el lago.

La aclaración las sorprendió a todas.

—¿Con este frío? —inquirió Christine horrorizada sin que nadie, a excepción de Jane, escuchara su pregunta.

—Ha de ser todo un espectáculo contemplarla en el agua —apuntó Lori fascinada de solo imaginarlo.

—Es una excelente nadadora —aseguró Worth con evidente satisfacción—, pero lo sensacional es ver cómo se lanza desde el embarcadero.

—¡Oh! Me habría encantado verla. —Lori sintió un cosquilleo en el estómago, pudiera ser de emoción por la hazaña de la perra o como consecuencia de enfrentar el chispeante verde de la mirada del condestable. Que resultara tan turbador como atrayente la inclinaba a pensar que la segunda opción era la causa del revoloteo.

—Ha descubierto lo mucho que le gusta ahuyentar a las aves con sus zambullidas y no pierde oportunidad de hacerlo cada vez que nos acercamos al lago.

Lori, maravillada, pensó que también a ella le encantaría disfrutar de aquel espectáculo. Una idea le cruzó la mente. A Nerian se le secó la boca al contemplar el gesto de la muchacha.

—Tal vez una de estas tardes... podríamos... —titubeó, dándose cuenta a tiempo del disparate que estaba a punto de cometer.

¡De ninguna manera podía ella concertar una cita con el señor Worth! Ni aun siendo Showy la razón primera del encuentro.

Apretó la mandíbula y agachó la cabeza a modo de disculpa, lo que hizo que él la mirase de forma comprensiva, pero aún con el deseo de besarla.

—Buenas tardes.

Todos se giraron al escuchar la conocida voz y luego respondieron al saludo de la hija mayor del coronel. Después, y apenas durante unos segundos, las miradas de Nerian y Lori volvieron a coincidir.

—¿Viene de hornear alguna deliciosa tarta, señorita Grenfell? —la interrogó Christine al reparar en la cesta de mimbre que colgaba del brazo de la joven.

—Así es. Hoy la señora Randall me ha enseñado cómo hacer un pastel de zanahorias. —A Edith le apasionaba la repostería y se le daba bien; prueba de ello era el premio que había ganado

ese verano en el concurso de tartas celebrado durante la *Boat Race*.

—Debe de estar deliciosa —apuntó Christine como si ya la estuviera saboreando.

Sus amigas alzaron la vista al cielo ante su glotonería.

—Estaba a punto de decir lo mismo —señaló Worth divertido por la expresión golosa de la muchacha.

—Tendrá ocasión de comprobarlo, señor Worth, pues me dirigía hacia su casa para dejarle un pedazo —comentó Edith—. Quería agradecerle que la otra noche...

—No era necesario —la interrumpió Nerian al notar su apuro, evitándole así mencionar el origen de su gratitud ante las otras damas.

—¿No irá a hacerme el feo? —preguntó la joven muy seria.

—En ningún momento he dicho que pensara rechazar el dulce. —La respuesta del Nerian y el guiño con el que lo acompañó hicieron reír a Edith.

—Nosotras debemos regresar ya a Minstrel House —dijo Jane, sensata; si se demoraban más, llegarían tarde—. Que disfrute del pastel, señor Worth —añadió a modo de despedida.

—Gracias, estoy seguro de que así será. —Miró entonces la señorita Bowler—. Aviseme la próxima vez que decida pasear junto al lago. —Fue al ver el rubor de la joven que se dio cuenta de lo inapropiado de su petición. Cuatro pares de ojos lo observaban con diferentes grados de curiosidad, incluso había cierta reprobación en los de lady Jane Walpole—. Entonces podré acercarme con Showy para que la vean arrojarse al agua desde el embarcadero. —Empleó el plural para enmendar su error.

—Sería maravilloso —festejó Lori—, y seguro que a Johnny no le importará llevarle el recado.

\*\*\*

—No estarás pensando hacer lo que te ha pedido el condestable, ¿verdad? —inquirió Jane con un tono de advertencia que delataba lo mucho que desaprobaba la idea.

—¿Qué habría de malo en ello? —contestó con otra pregunta Lori—. No es como si el señor Worth me hubiera invitado a pasear a solas. —Se dio cuenta de que la idea no le disgustaba, pero evitó decirlo en voz alta.

—Tú verás lo que haces.

—Me pregunto si las visitas a la perrita no serán solo un pretexto para ver a su amo —fingió Christine reflexionar en voz alta con el ceño arrugado en exceso y los labios fruncidos.

—¿Cómo se te ocurre semejante disparate? —protestó Lori, dudando que en verdad lo fuera.

—Es un hombre atractivo —apuntó Jane suspicaz.

Cierto que para ella sería impensable fijarse en alguien que no ostentara un título nobiliario y, ya puestos, tampoco le servía cualquier título; debía ser justa y reconocer que el condestable era bien parecido. Sería comprensible, aunque poco factible, que su amiga se sintiera atraída por él.

—Lo es —reconoció Lori notando una oleada de calor en el rostro—, además de educado,

amable y prudente —enumeró sintiendo un nuevo hormigueo en el estómago—, lo que no implica...

—No es necesario que te justifiques, solo bromeaba —la interrumpió Christine al comprender que Lori se había tomado en serio su comentario.

—¡Ah! —exclamó sintiéndose un poco tonta y sin saber qué decir.

—No te mortifiques —dijo Jane buscando aliviar su apuro—, tan solo ha sido un malentendido. Sabemos que no te sientes en absoluto atraída por el señor Worth, y que es Showy quien te interesa.

Lorianne se limitó a sonreír, consciente de que la afirmación de su amiga no era del todo cierta; el señor Worth era demasiado atractivo para pasarlo por alto.

## Capítulo 4

Stuard Bradbury, conde de Telford, desistió en su empeño por leer la documentación que sostenía en sus manos porque el constante movimiento y la escasez de luz en el interior del carruaje lo hacían poco menos que imposible. Arisco, arrojó los papeles sobre el asiento que tenía enfrente. Aunque su estado de ánimo no obedecía a la imposibilidad de completar la lectura del legajo, bien lo sabía.

Recibir la noticia de que su hija estaba enferma y verse obligado a desplazarse hasta Minstrel Valley era la causa de su mal humor. El requerimiento de lady Eleanor, la directora de la escuela, había trastocado sus planes para esa noche y, por lo avanzado de la hora, también los del día siguiente. Christine, inoportuna como siempre, había elegido el peor momento para enfermarse, pensó sin rastro de remordimiento.

Su relación con la muchacha era poco menos que inexistente y sus sentimientos hacia ella, nulos. Se ocupaba de cubrir sus necesidades y, cuando la situación lo requería, las apariencias; nada más. Buena parte del resentimiento que había albergado hacia su difunta esposa resurgía cada vez que tenía cerca a la mocosa. Madre e hija se parecían lo suficiente como para que el simple hecho de mirar a Christine le hiciera recordar a Camila y su traición.

Su presencia le resultaba insoportable. Por ese motivo la mantenía lejos de él, en la escuela de lady Acton. Con un poco de suerte y gracias a la sustanciosa dote que la respaldaba, encontrarían un esposo para ella. Cuando eso ocurriera, desaparecería por completo de su vida y dejaría de torturarse pensando si en verdad era hija suya o había criado una bastarda.

Imposible saberlo, y la duda le reconcomía las entrañas desde el instante mismo en que Christine llegara al mundo. Si no la había repudiado fue solo por evitar el escándalo y salvaguardar el buen nombre de su familia.

Pero no quería —no debía— pensar en ello o sería incapaz de ocultar su indiferencia una vez hubiera llegado a la escuela, y ya no podía faltar mucho, calculó al mirar hacia afuera y distinguir, a lo lejos, las primeras luces del pueblo.

\*\*\*

En cuanto la gobernanta de Minstrel House se fue, dejando la puerta abierta, Telford miró a su

alrededor y estudió el despacho con escaso entusiasmo. Todo continuaba tal y como lo recordaba de su primera y última visita: paredes verde musgo a juego con las cortinas y el tapizado de la silla; cuadros de paisajes, flores y algún que otro retrato; una colección de estatuillas sobre la chimenea de mármol rosa; el sólido escritorio de caoba colocado delante de los ventanales que daban al jardín frontal; un par de sillones tapizados en rosa con brocado de oro, y la mullida alfombra de estampado rosa, verde y ocre.

«Todo muy... femenino», pensó despectivamente.

—Buenas noches, lord Telford —lo saludó la directora desde la entrada anunciando así su presencia. Su tono de voz, aunque amable, denotaba preocupación.

—Buenas noches, lady Eleanor. —No tolerar la presencia de Christine no le impedía estar al tanto de cuanto ocurría en la escuela, y en los últimos meses más de una sorpresa se había llevado al enterarse de que la mujer que se encontraba frente a él y una de las profesoras, lady Valery Clayden, habían mantenido en secreto sus orígenes nobles—. Le agradezco que me haya avisado.

—Tanto el doctor Aldrich como yo lo consideramos oportuno.

—¿Tan mal se encuentra? —Se obligó a no mostrarse escéptico. La idea de que todo fuera una pantomima de Christine para llamar su atención se le había pasado varias veces por la cabeza. No sería la primera vez que lo hacía.

—Tiene mucha fiebre, no retiene nada en el estómago y sufre calambres en el abdomen —refirió concisa la directora, echando por tierra su teoría del fingimiento.

—¿Qué ha dicho el doctor...?

—Aldrich —tuvo que recordarle. Stuard se lo agradeció con un sutil movimiento de cabeza—. No sabe a qué atenerse —reconoció consternada. Sus ojos grises destilaban inquietud; ciertamente más de la que él sentía—. En un primer momento consideró que pudiera tratarse de algún alimento en mal estado —prosiguió con las explicaciones—, los síntomas coinciden, pero nadie más en la escuela se encuentra mal.

—¿No cabe la posibilidad de que hubiera comido algo diferente al resto? —especuló por pura curiosidad.

—Me consta que ayer adquirió unas galletas en el colmado del pueblo, pero las ha compartido con sus compañeras y ninguna de ellas ha enfermado. —El conde cabeceó.

—¿Se le está aplicando algún tratamiento?

—Intentamos bajarle la fiebre y le procuramos líquidos pero, como le digo, no logra mantenerlos mucho tiempo en el estómago; por el momento es todo cuanto podemos hacer.

—No lo pongo en duda.

Eleanor esbozó una fugaz sonrisa de agradecimiento.

—Le acompañaré arriba, para que pueda verla.

—Gracias.

¿Qué otra cosa podía decir? ¿Que no era necesario, que su palabra era suficiente y se hacía una idea del estado en el que se encontraba la muchacha sin necesidad de visitarla? No, por supuesto

que no podía expresar en voz alta nada de aquello sin ponerse en evidencia.

Recorrieron en silencio el largo pasillo del ala este que, desde el despacho de la directora, transcurría entre el comedor de diario, la biblioteca, diferentes salitas y varias aulas, hacia el amplio vestíbulo con suelo de mármol blanco y paredes vestidas con un papel pintado de finas rayas azules y grises. Cuadros de temáticas diversas engalanaban las paredes, bajo estos y en prácticamente todos los rincones había peanas o pequeños muebles en los que se exhibían estatuas, jarrones y figuritas de todo tipo. Y de frente, al fondo, la gran escalera central que subía hacia un espacioso rellano, presidido por el impresionante retrato de cuerpo entero de una joven lady Acton, antes de dividirse en dos para continuar hacia el primer piso. Las habitaciones de las alumnas se disponían en el ala oeste y hacia allí giraron sin mediar palabra.

Lady Eleanor se detuvo ante la segunda puerta situada a la derecha del desierto corredor y entró cautelosa, pero sin llamar. Stuard, puesto que se trataba del dormitorio de su hija, la siguió sin más y no dio muestras de sorpresa al encontrar a una muchacha de cabello oscuro, sentada en el borde de la cama, de espaldas a la puerta. Era fácil deducir, por lo erguido de su postura y la calidad de su vestido, que se trataba de una alumna de la escuela.

«Otra joven dama a la caza de marido».

—¿Qué hace aún levantada, señorita Bowler? Debería irse a la cama. —Fue el cariñoso consejo de la directora.

Para Telford, escuchar aquel nombre fue como recibir una patada en el pecho. De repente el aire no le llegaba a los pulmones, se la había disparado el pulso y la sangre le golpeaba las sienes con tanta fuerza que fue incapaz de escuchar la respuesta de la muchacha.

Solo podía mirarla, con la mandíbula apretada y el cuerpo agarrotado por la rabia, preguntándose quién era y qué relación podía tener con Peter Bowler.

—¿Se encuentra bien, lord Telford?

Oyó a medias la pregunta de lady Eleanor que, extrañada, lo observaba con el ceño fruncido. La joven, parada a un par de metros, lo miraba con disimulo.

—Disculpen —carraspeó, obligándose a recuperar la compostura—. Me ha impresionado ver a Christine postrada en la cama —mintió; ni siquiera se había fijado en ella. ¡Imposible estando presente aquella mujer! Su apellido le había removido las entrañas y reavivado el odio que albergaba en su interior desde que, dieciocho años atrás, descubriera la traición de la que había sido objeto.

Descubrir en la noche de bodas que su flamante esposa no era virgen había sido un duro golpe que jamás había superado.

—Es comprensible —aceptó Eleanor su respuesta—. Puede retirarse, señorita Bowler. —Entendía que las circunstancias no eran las más adecuadas para una presentación formal.

—Buenas noches, milord, lady Eleanor —se despidió al tiempo que realizaba una graciosa reverencia a la que Bradbury correspondió con una inclinación de cabeza.

Sus ojos la siguieron hasta que salió del dormitorio, y hubiera seguido con la vista clavada en

aquel punto vacío del pasillo si la directora no hubiera hablado.

—Le dejaré un momento a solas para que...

—No es necesario que se marche, solo me quedaré un momento —la cortó con demasiada rapidez, se dio cuenta—. Christine duerme y no veo conveniente despertarla.

Aunque estaba deseando abandonar la habitación y salir en busca de aire fresco con el que aliviar la presión que sentía en el pecho, se acercó a la cama y contempló a Christine. Nunca había sido guapa, pero en ese instante su aspecto era deplorable.

Se veía pálida en exceso, ojerosa y el cabello, húmedo como consecuencia de la fiebre, se le pegaba a la frente. Y de repente no era su hija a quien veía bajo las mantas, sino a su esposa tras dar a luz. Revivió la desesperación, el desprecio y los gritos con los que le exigiera saber de quién era la hija que acababa de parir.

Su esposa, a pesar de encontrarse demasiado débil para enfrentarlo, le había jurado que era suya. No la había creído. No quiso hacerlo y, minutos después, ella había muerto sin confesar el nombre de su amante. Pero días más tarde, al revisar las pertenencias de su difunta esposa para deshacerse de ellas, descubrió un atado de cartas. Tentado había estado de lanzarlas al fuego y tal vez hubiera sido lo mejor, pero no lo hizo; las leyó y fue a través de las letras de la amiga de Camila que averiguó a quién se había entregado su mujer por primera vez.

«¡Bowler!», gritó para sus adentros, consumido una vez más por la furia.

—Debemos confiar en que se repondrá.

La voz de lady Eleanor le sonó lejana, como entre un mar de bruma; fue el breve roce de una mano sobre su antebrazo el que lo trajo de vuelta al presente.

Inspiró con fuerza y relajó los puños que, sin ser consciente, mantenía apretados con fuerza.

—Sí, confiemos en que así será. —Sonó áspero, pero no le importó. A buen seguro la directora lo achacaría a la emoción del momento.

—Si me disculpa... me cuesta verla así —reconoció, aunque sus motivos distaban mucho de ser los que cabía esperar.

—Me hago cargo. Y no se preocupe, nos turnaremos para velarla durante la noche.

Stuard asintió.

—Se lo agradezco. Me hospedaré en la posada, si hubiera algún cambio...

—Se lo comunicaré de inmediato —terminó ella la frase.

—Gracias.

\*\*\*

Al entrar en la posada, a Bradbury le sorprendió encontrar todas las mesas ocupadas y el mostrador sin apenas un hueco por el que acercarse a solicitar una habitación. La camarera corría de un lado a otro con bandejas repletas de comida y el hombre tras la barra servía cerveza sin descanso.

Con la postura erguida y sin apenas girar la cabeza, Stuard miró displicente a su alrededor. Una mueca de repulsión torció sus finos labios cuando un cliente, demasiado ebrio para mantenerse en pie, se tambaleó frente a él estirando la mano en busca de apoyo. El conde echó el brazo hacia atrás y se hizo a un lado para evitar que el otro lo tocara sin importarle que estuviera a punto de caer de bruces.

Desde una de las mesas situadas a la derecha del mostrador, Nerian observaba con el ceño fruncido al recién llegado. Aparte de su falta de consideración, había algo en él que no le gustaba; la tensión que percibía en su cuerpo, la dureza de su mirada...

—Worth, le toca —le advirtió lord Ditton al verlo distraído.

—Paso —dijo tras revisar sus naipes—. Su turno —le dijo a Richard Bellamy.

El conde de McEwan arrojó entonces una carta sobre la mesa.

—¿Aún no ha aprendido a jugar, milord? —se mofó Angus al superar la jugada del sobrino de lady Conway y, por lo tanto, ganando la partida.

—Algún día se le acabará la suerte. —Richard aceptó la derrota y la burla de buen humor.

—Necesito un trago —dijo el conde de Clifford al comprobar que su vaso estaba vacío. Estiró el cuello tratando de localizar a Dottie—. Creo que yo mismo iré a por él —comentó al ver a la muchacha dirigirse de nuevo hacia la cocina.

El mercadillo mensual comenzaba al día siguiente y muchos de los vendedores que acudían desde otros pueblos pasaban la noche en la posada; los menos, acampaban junto al lago, al pie de la colina, pero todos cenaban y bebían en The Old Flute.

Ashton intentó acercarse a la barra por el lado más próximo a su mesa, al no conseguirlo, optó por dirigirse hacia el otro extremo, que parecía menos abarrotado. Fue entonces que reparó en el hombre de pelo negro y ojos oscuros que también intentaba alcanzar el mostrador.

Para estar a punto de cumplir los cuarenta, Bradbury se conservaba bien. No era guapo en el sentido estricto de la palabra, pero sus masculinos rasgos agradaban a las damas.

—Buenas noches, Bradbury.

—¡Clifford! —Solo el sutil movimiento de su ceja izquierda delató su sorpresa.

Desde su posición y con tantas cabezas de por medio, Nerian apenas podía ver lo que ocurría al otro lado de la taberna, y mucho menos escuchar lo que hablaban los dos hombres. No le extrañó que lord Clifford conociera al otro, su aspecto delataba su origen noble; seguro que Ditton y McEwan también lo conocían, aunque fuera de oídas. Pero poco importaba que perteneciera a la nobleza, seguía sin gustarle.

Supuso, por sus ademanes, que Clifford le invitaba a acompañarlos; el otro negó con un gesto y dijo algo que hizo asentir a Ashton antes de abordar a Dottie. Unos minutos después la muchacha acompañaba al aristócrata al piso superior, donde se encontraban las habitaciones.

—¿Es amigo suyo? —preguntó Nerian con una indiferencia que no sentía cuando Ashton regresó a la mesa.

—Conocido sin más, pero no se preocupe, Worth, de lo único que se podría acusar a Bradbury

es de ser sumamente formal. —Sonrió socarrón; de todas formas, después de lo ocurrido en la cripta de Clifford Manor con el conde de Belford, no le extrañaba que el condestable desconfiara de cada forastero que llegaba a Minstrel Valley.

—¿Se encuentra aquí el conde de Telford? —inquirió Ditton mirando a su alrededor sin localizar al hombre—. Su reputación es intachable.

—Me tranquiliza saberlo.

El sarcasmo de Worth fue evidente y Angus soltó una sonora carcajada. Clifford, algo más discreto que el herrero, también rio.

—Despreocúpese de él —le recomendó—, está en el pueblo porque su hija se ha puesto enferma y Eleanor le pidió que viniera. —Se encontraba entre amigos y no vio necesario referirse a su prometida de un modo más formal.

—Lamento que la muchacha esté enferma —comentó Worth poniéndose serio, y pensando que quizá lo que había detectado en aquel hombre era la preocupación por la salud de su hija—. ¿Otra mano, caballeros? —los tentó olvidándose del conde.

\*\*\*

Una vez en la habitación, que había conseguido gracias a la intervención del conde de Clifford, Stuard se despojó del gabán, aflojó el nudo del pañuelo que desde hacía rato lo asfixiaba y se desabrochó el chaleco. Cerró los ojos, echó hacia atrás la cabeza e inspiró con fuerza. Retuvo el aire en los pulmones un instante y después lo expulsó despacio. Sus demonios habían regresado con la presencia de aquella joven y le habían acompañado durante el breve trayecto hasta la posada, sospechaba que para quedarse. Aunque en realidad siempre habían estado ahí, agazapados y ponzoñosos, negándole la posibilidad de olvidar y ser feliz, como lo fuera antes de saberse un cornudo.

¡Maldita Camila! ¡Y maldito el bastardo al que se había entregado!

Juntos habían acabado con el hombre cariñoso y enamorado que fuera para convertirlo en un ser rencoroso y desconfiado.

Un par de golpes en la puerta aplacaron —solo en parte— la ira que le hacía borbotar la sangre.

Abrió sabiendo que sería la moza que lo había acompañado hasta allí hacía solo un instante. Dottie, le había dicho que se llamaba.

—Le traigo el licor que me pidió. —Stuard se hizo a un lado para dejarla pasar y la joven depositó sobre la mesa, situada junto a la ventana, una botella y un vaso. Caminó de vuelta hacia la puerta, pero se detuvo a mitad de camino, colocó los brazos en jarra y lo miró de frente—. ¿Está seguro de no querer algo con lo que acompañar la bebida, milord?

—Lo estoy, gracias. —Pasó por alto el atrevimiento de la muchacha, a fin de cuentas, se encontraban en un pueblo y el comentario era bien intencionado, aunque no podría ingerir un solo

bocado así le fuera en ello.

—Si cambia de parecer...

—Se lo haré saber.

Le dedicó un amago de sonrisa que ocultó a la perfección su impaciencia. La camarera le devolvió el gesto y avanzó hacia la puerta que ella misma cerró al salir.

Stuard se hizo con la botella, se sirvió una generosa cantidad del líquido ambarino y la apuró de golpe. No tenía en mente emborracharse, pero necesitaba aquel trago para templar sus nervios. Rellenó de nuevo el vaso y con él en la mano se acercó a la ventana. No le importó que la oscuridad le impidiera disfrutar del paisaje; los engranajes de su cerebro se habían puesto en marcha tratando de unificar la información que poseía sobre Bowler y miraba hacia afuera sin ver.

No le costó sumar fechas y atar cabos: la muchacha tenía que ser hija de aquel libertino. Estaba seguro de no equivocarse y comprobarlo sería sencillo, no obstante, tampoco le preocupaba en exceso si era hija de Peter Bowler o de su primo. Una Bowler en resumidas cuentas, que era lo importante.

Qué caprichoso el destino al propiciar la amistad entre las dos muchachas cuando pudiera ser que fueran medio hermanas. Por desgracia, esa sería una incógnita que quedaría sin resolver y la duda lo acompañaría a la tumba. A todos los efectos y por más que le pesara afirmarlo, Christine era su hija. Pero al fin tenía ante sí la posibilidad de resarcirse del agravio sufrido hacía tantos años. Y sabía cómo hacerlo.

Utilizaría a la joven Bowler. Mancillaría su honor como el otro hiciera con su prometida, y le negaría la posibilidad de realizar el buen matrimonio que seguro tenía planeado para ella. Él se iba a encargar de que eso no fuera posible.

Después de todo, la enfermedad de Christine estaba resultando de lo más conveniente, pensó al tiempo que una péfida sonrisa aparecía en sus labios.

Tomó un sorbo de *whisky* y, a pesar de la escasa calidad del licor, lo paladeó como si se tratara del mejor néctar.

¡Había llegado el momento de vengarse!

## Capítulo 5

—¿No vienes al mercadillo? —le preguntó Rose a Lorianne al verla salir del dormitorio sin capa y con su cuaderno de dibujo bajo el brazo.

—Me quedaré a hacerle compañía a Christine. Durante el almuerzo la señorita Culier dijo que había comenzado a bajarle la fiebre.

—Me quedaría contigo, pero Richard me espera frente al ayuntamiento —se justificó consternada.

—Ve a la cita con tu prometido y disfruta del paseo. —La sonrisa que le dedicó no estaba exenta de picardía.

—¿De verdad no te importa? —Los ojos de Rosemary adquirieron un brillo especial que Lori veía cada vez con más frecuencia a su alrededor.

—Por supuesto que no. —Lorianne acompañó la respuesta con un leve movimiento de cabeza.

—¿Qué es lo que no te importa? —inquirió Noelle acercándose a ellas en compañía de Constance, preparadas ambas para salir.

—Lori se quedará con Christine.

—Si quieres puedo quedarme contigo —se ofreció Constance.

—Te lo agradezco, pero no es necesario y, si no os marcháis ya, se hará tarde y no podréis visitar todos los puestos.

—Tienes razón —coincidió Noelle, siempre práctica—. ¿Necesitas algo del mercadillo o del colmado? —quiso saber antes de irse. Lori, risueña, negó con la cabeza—. Entonces luego nos vemos.

En cuanto las otras desaparecieron por las escaleras secundarias en dirección al saloncito lavanda donde el resto las aguardaban, Lorianne se dirigió hacia el dormitorio de su amiga enferma.

Se detuvo ante la puerta. Del otro lado del panel no se escuchaba ni un solo sonido; seguro que continuaba dormida. No queriendo despertarla, golpeó la puerta una sola vez y con sumo cuidado. Al suponerla sola, abrió sin esperar respuesta. Entró con sigilo y cerró sin hacer ruido.

A Stuard, sentado junto a la chimenea, no le había dado tiempo a contestar a la discreta llamada, y le molestó que irrumpieran en el dormitorio sin permiso. De entrada, descubrir de quién se trataba aumentó su enfado, y a punto había estado de hacerle notar su falta de educación.

Solo al darse cuenta de lo ventajoso de aquella visita su humor mejoró considerablemente.

La posición del cómodo sillón orejero de Christine le permitía pasar desapercibido y observarla con detenimiento siempre y cuando ella no se volviera.

La muchacha se había acercado a la cama casi de puntillas y dejado sobre la floreada colcha una especie de cartapacio. Después retiró el paño que cubría la frente de Christine, lo remojó en la palangana colocada sobre la mesilla de noche y volvió a ponerlo, una vez escurrido, sobre la frente de su hija.

Sabía que debía decir algo y hacerle notar su presencia; sería bochornoso que lo descubriera espiándola. Tomó aire antes de hablar; quería sonar sosegado y, sobre todo, afable. Se puso en pie.

—Gracias, señorita... Bowler, ¿verdad?

Que Lorianne brincara sobresaltada al verlo, le produjo una perversa satisfacción que se cuidó bien de no demostrar.

—Disculpe, milord, de haber sabido que se encontraba en el cuarto no habría entrado sin permiso. —Apurada recogió su cuaderno y dio unos pasos hacia la puerta.

—No se preocupe, me agrada comprobar que mi hija cuenta con una buena amiga que se interesa por ella. —Le dedicó una sonrisa tan fugaz que Lori creyó haberla imaginado.

—Todas aquí apreciamos a Christine, milord.

Hablaban en voz baja para no importunar el sueño de la convaleciente.

—Me alegra saberlo. Pero no se marche —pidió cuando Lori reanudó su avance hacia la salida—. Estoy seguro de que a Christine le gustará descubrirla a su lado cuando despierte. —Lorianne dudó—. ¿Qué le parece si la dejamos abierta? —propuso al tiempo que se acercaba a la puerta y la abría por completo.

—Aun así, no sé si debo... —apuntó cohibida.

—Stuard Bradbury, conde de Telford, para servirla. —Se presentó e inclinó la cabeza con falsa solemnidad, los ojos clavados en los de Lorianne, pendientes de su reacción. El breve destello de aceptación que captó en las pupilas de la joven le incitó a pensar que sería una presa fácil de cobrar. No podía sentirse más satisfecho.

—Señorita Bowler, Lorianne Bowler, milord —cedió a pesar de lo poco ortodoxo de la situación.

—Disculpe mi curiosidad, ¿tiene algún tipo de relación con Peter Bowler? —Tuvo que hacer un esfuerzo titánico para no escupir el nombre de aquel cretino.

—Es mi padre —respondió alegre—. ¿Le conoce? —inquirió expectante, los ojos muy abiertos y en los labios una sonrisa.

—No tengo el placer, pero sí he oído hablar de él. Cuando se trata de negocios su nombre suele salir a relucir. —La expresión de la joven delataba lo orgullosa que se sentía de los logros de su progenitor. No lo estaría tanto si supiera la clase de hombre que era su querido padre—. Ahora que ya sabemos quién es cada cual, concédame al menos unos minutos de conversación. El

silencio empieza a resultar abrumador. —Desvió la mirada hacia el lecho y aunque su expresión no se alteró en absoluto, sí inspiró y espiró por la nariz de forma un tanto dramática. ¿Qué mujer le negaría consuelo a un hombre abatido?

Lori también miró hacia la cama, donde Christine continuaba con los ojos cerrados; después volvió a mirar al conde, y tras unos segundos asintió, accediendo así a su petición. Se veía afectado por el estado de su hija.

¿Y qué podía haber de malo en acompañarlo unos minutos? Se trataba del padre de su amiga, y conde para más señas.

Con un gesto, Bradbury la invitó a tomar asiento junto a la chimenea. Él permaneció en pie frente a ella.

—Tal vez me equivoque, pero intuyo que le gusta dibujar —dijo mirando brevemente el cuaderno que Lori sostenía sobre el regazo.

—Es solo una afición —confirmó la suposición de Telford.

—¿Me permite? —pidió tendiendo la mano hacia ella.

—Son simples bocetos —aclaró con las mejillas sonrosadas, mientras le hacía entrega de la colección de dibujos. Jamás le había incomodado mostrar su trabajo.

A Stuard, que había esperado encontrarse con unos burdos garabatos, le sorprendió la seguridad de los trazos y la calidad de los diseños. Para tratarse de *simples bocetos*, eran buenos.

—Son magníficos. —El halago fue sincero, aunque habría dicho lo mismo en el caso contrario, porque era un caballero y porque su plan se había puesto en marcha en el mismo instante en que ella entró en la habitación—. ¿Es suyo este perro? —quiso saber tras varias páginas dedicadas al mismo animal.

—No. —Sonrió melancólica y sacudió la cabeza—. Es Showy, la perrita del señor Worth, el condestable del pueblo.

Bradbury malinterpretó el nostálgico suspiro de la joven y enarcó la ceja izquierda. ¿Acaso se sentía atraída por el tal Worth?

«¿Un condestable?», se preguntó desdeñoso. En realidad, no le sorprendería que así fuera, a fin de cuentas, no era más que una burguesa. De todas formas, tendría que averiguar si el hombre suponía un estorbo real para sus planes.

—¿Este boceto pertenece a las ruinas que se ven en lo alto de la colina? —Cambió de tema al pasar a la siguiente lámina.

Lorianne se levantó y se situó a su lado para comprobar si efectivamente se trataba del esbozo de las ruinas de Scott Hill. Se acercó tanto a él que percibió el olor a limpio que desprendían sus ropas. ¡Qué agradable!

—En efecto. ¿Las ha visitado en alguna ocasión? —le preguntó alzando la vista del papel. Reparó entonces en lo atractivo de sus rasgos y el escaso parecido que el conde guardaba con su hija.

—Lo cierto es que no. —Giró el rostro y se topó con los ojos oscuros de la muchacha; eran

bonitos y expresivos.

—Entonces le recomiendo hacerlo, es un lugar maravilloso. Se respira tranquilidad y las vistas desde allí son inmejorables. —Le sostuvo la mirada al hablar.

—No sé por qué, pero esperaba que basara su recomendación en... —Hizo una pausa para buscar las palabras adecuadas; Lori lo miró interrogante—. No sé, tal vez en que se trata de un paraje lleno de magia y misterio o el más romántico rincón del valle.

Lorianne apretó los labios para no reír a carcajadas, pero el brillo de su mirada delató su diversión y despertó la curiosidad del conde.

—Lamento decepcionarlo, milord, pero no seré yo quien relacione amor y fantasía con el castillo en ruinas, aunque si le interesan esos temas, pregunte a cualquier vecino del pueblo por la leyenda. Estarán encantados de contársela, más ahora que está en boca de todos tras la aparición de un esqueleto en la cripta de Clifford Manor.

—¿Qué tiene eso de excepcional? —preguntó con la ceja arqueada.

—Nada, salvo que los restos encontrados pertenezcan al juglar de la leyenda.

—¿Padre?

La febril voz de Christine interrumpió la conversación y acaparó la atención de ambos. Bradbury dejó el cuaderno sobre la repisa de la chimenea y, disimulando el fastidio que le provocó que Christine se hubiera despertado, se acercó a la cama, seguido de cerca por Lorianne.

—¿Cómo te encuentras? —Tuvo que esforzarse para no sonar en exceso desabrido. No en presencia de Bowler; necesitaba causarle buena impresión.

—¡Ha venido a verme! —exclamó emocionada la hija del conde.

«Qué remedio», pensó cínico.

—Lady Eleanor se encargó de enviarme aviso —respondió en cambio, escueto.

Lorianne se mantuvo en un discreto segundo plano mientras padre e hija conversaban. De hecho, Christine ni cuenta se había dado de que ella estaba allí. No la culpaba. Se notaba que adoraba a su progenitor y eran pocas las ocasiones de las que disponía para disfrutar de su compañía, pues, como la propia Christine le había contado, se trataba de un hombre sumamente ocupado. Sabiendo como sabía que aquel era un momento excepcional, lo correcto sería dejarlos a solas, decidió volviendo sobre sus pasos para recoger sus dibujos antes de irse.

—¿Se marcha ya, señorita Bowler?

—He de terminar una labor para la clase de costura —improvisó para evitarles el compromiso de pedirle que se quedara—. Me alegra que te encuentres mejor, Christine —sonrió a su amiga—. Milord, ha sido un placer conocerle.

—Lo mismo digo, señorita... Bowler.

—Gracias, Lori —se despidió Christine con la mirada, aún vidriosa por la fiebre, puesta sobre su padre.

\*\*\*

—¡Ha sido tan divertido! —decía Mariana cuando irrumpió en la salita acompañada por un coro de risas.

—¡Ay, Lori!, tendrías que haber ido con nosotras al mercadillo —apuntó Mily con la sonrisa aún en los labios al reparar en ella.

—Menudo espectáculo ha ofrecido la señora Cotton. —El comentario de Becca provocó nuevas risas.

Lorianne, a quien la bulliciosa llegada del grupo había logrado distraer de sus pensamientos, paseaba la mirada de una a otra aguardando que alguna se decidiera a contar lo ocurrido y satisfacer su curiosidad.

—Si la hubieras visto —se carcajeó Margaret—. *¡Es un adorador de Satán!*

Todas, a excepción de Lori, volvieron a reír al escuchar a lady Margaret imitar el estridente grito de la beata.

—Contádmelo de una buena vez, por favor —pidió intrigada, dejando el bastidor a un lado.

—Entra en situación —pidió Margaret teatral—: el mercadillo abarrotado de gente, voces, risas, algún que otro empujón...

—No lo adornes tanto y cíñete a los hechos, que no disponemos de tiempo —la apremió Noelle.

Margaret torció el gesto, pero no replicó.

—Nosotras —prosiguió—, curioseábamos en un puesto de jabones y potingues de belleza, cuando de repente oímos a la señora Cotton gritar: «¡Es un adorador de Satán!» —repitió a voz en grito la radical proclama—. Imagina el revuelo que se formó en un instante. Todo el mundo quería saber qué había pasado para que la mujer tachara de satánico al mercader, y por supuesto él no se quedó callado; la discusión fue tremenda.

—De no ser por la intervención del señor Worth, a saber cómo habría acabado todo —apuntó Hester.

—Pero ¿qué motivos tenía para acusarlo de esa manera? —quiso saber Lorianne.

—La señora Cotton consideraba que las tallas de madera que el hombre tenía a la venta representaban figuras demoniacas —aclaró Jane sin poder ocultar su diversión por lo absurdo de la idea.

—Tallas que, seamos sinceras, eran feas como demonios —señaló Constance componiendo una mueca de horror.

—Y demasiado caras —observó Amanda, el resto la miraron interrogantes; ninguna se había fijado en el precio—. Eran simples ramas mal trabajadas —añadió encogiéndose de hombros; no era momento de ponerse a hablar sobre cálculos y márgenes de beneficio.

—Yo nunca había visto al señor Worth tan enojado como cuando les obligó a callar —comentó Tiberia dejándose caer en el sillón junto a Lorianne.

—Es cierto, no necesitó alzar la voz para decir que no hablaran a la vez, pero su cara daba un poco de miedo cuando le hicieron repetir que guardaran silencio —dijo Mariana acaparando

entonces la atención de Lori.

—¿Miedo? —rio incrédula—. Exageras, el condestable Worth es un hombre risueño y...

—Tendrías que haberlo visto —la interrumpió Rosemary coincidiendo con su compañera.

—Lo que ocurre es que el condestable siempre sonríe cuando Lori está presente y por eso no logra imaginarlo enojado —comentó Noelle con picardía, recibiendo por ello un leve codazo de Constance; la aludida, sin embargo, lo aceptó como una broma.

—No creo que la expresión del señor Worth, risueña o no, guarde relación alguna con mi persona, pero llevas razón, no logro imaginarlo con un rictus tan severo que infunda temor.

—Quizá temor no, pero sí respeto —apostilló Jane Walpole pensativa. Eso, a Lori, ya le cuadraba más.

—Respeto, miedo... ¿a quién le interesa? —desdeñó Noelle el tema, tal vez un poco impaciente—. Lo realmente importante es que esta noche habrá música y baile en Legend Square.

—¿Cómo puedes saberlo? —inquirió Hester

—Lo escuché en el mercadillo. —Se encogió de hombros por lo irrelevante de la información, al menos eso quiso transmitir. Si ninguna la había echado en falta durante el alboroto provocado por Mildred Cotton, no sería ella quien les contara que se había zafado del grupo para hacerse la encontradiza con Wesley Catesby en el extremo opuesto del mercado.

—¿No sería estupendo poder asistir? —palmoteó entusiasmada Rose, ante la idea de volver a encontrarse con Richard.

—Sería divertido —apuntó Margaret, siempre dispuesta a pasarlo bien.

—Conmigo n-no contéis —se pronunció Amanda.

A Lorianne la idea del baile no le apasionaba, pero sí le apetecía salir y disfrutar del aire alegre y festivo que se respiraba en la plaza cada vez que, si el clima acompañaba, se celebraban aquellas verbenas.

—¡Ay, sí! Pidamos permiso.

—Alguien debería preguntárselo a lady Eleanor.

—¿Tendríamos que cambiarnos de vestido?

Agitadas, hablaron todas al tiempo.

—¿Existe algún motivo que justifique tanto alboroto, señoritas? —inquirió desde la entrada lady Valery. El tono admonitorio que empleó no amedrentó el entusiasmo de las muchachas.

—Esta noche celebran fiesta en el mercadillo —explicó Noelle sin titubear— y nos preguntábamos si lady Eleanor nos permitiría asistir.

—¿No le gustaría acudir con el señor Bissop, profesora? —se apresuró a preguntar Margaret con intención de tentarla.

El resto de las presentes sonrió; tener a lady Valery como aliada incrementaría considerablemente las posibilidades de éxito.

Valery también supo ver lo que pretendía la alumna, sin embargo, ocultó con maestría lo mucho que le gustaba la idea de acudir al festejo con su prometido.

—Tendrán que consultarlo con lady Eleanor.

Todas las miradas se posaron de nuevo en Noelle.

—Tranquilidad, chicas. No es necesario que discutáis por ver quién se encarga de preguntar — soltó ella sarcástica—. De acuerdo, ya voy yo —añadió la joven al tiempo que se dirigía hacia la puerta.

Las demás aplaudieron su determinación. Lady Valery permaneció estoica, conteniendo a duras penas las ganas de reír

\*\*\*

Noelle empleó con lady Eleanor la misma fórmula que su compañera utilizara con la profesora, y por suerte para todas, la posibilidad de pasar la velada en compañía de lord Clifford también sedujo a la directora. Aunque no cedió de inmediato, alegando que la cena estaba preparada y a punto de servirse.

—Servirá para el almuerzo de mañana —rebatió Noelle y cuando Eleanor le recordó que Christine continuaba en cama y con fiebre, la muchacha también tuvo respuesta.

—Amanda no se anima a acompañarnos, seguro que no le importa estar pendiente de Christine hasta que regresemos. Y mañana es domingo y no tenemos que madrugar para asistir a clase — añadió para descartar que el acostarse tarde fuera a suponer un problema.

Al final, sin argumentos para negarles la salida, la directora se rindió.

Media hora más tarde, tiempo que tardaron en presentarse el señor Bissop y lord Clifford tras recibir el recado, abandonaban Minstrel House, dispuestas a divertirse.

## Capítulo 6

El bullicioso grupo al que terminaron por sumarse Melinda Culier, el profesor Hastings y la señorita Thompson, caminaba a buen ritmo hacia el centro del pueblo. No querían perderse ni un poquito de la fiesta que, a buen seguro, no tardaría en comenzar. Las agitadas muchachas, para consternación de lady Valery, parloteaban todas a la vez; incluso alguna avanzaba dando saltitos.

—No seas aguafiestas —le susurró Dunhcan al oído, adelantándose al toque de atención que, sabía, tenía en la punta de la lengua su prometida. Valery lo miró con el ceño fruncido. ¿Qué clase de profesora sería si consentía ese tipo de comportamiento en sus alumnas?—. Es una romería de pueblo, no un baile de la corte. Permíteles que lo disfruten. Nadie pondrá en tela de juicio tu trabajo, si eso es lo que te preocupa —añadió para tranquilizarla—. Las muchachas saben comportarse como es debido... al menos la mayor parte del tiempo —apuntó jocoso.

Valery sonrió entre divertida y resignada. Dunhcan tenía razón, aquella noche bien podía hacer una excepción. A fin de cuentas, más pronto que tarde se verían obligadas a acatar las estrictas normas sociales, y pocas o ninguna oportunidad tendrían de ser ellas mismas y divertirse con libertad. Eran buenas muchachas y sabían dónde estaba el límite; no harían nada que pusiera en entredicho su reputación o la de la escuela.

Los primeros acordes de una alegre melodía llegaron hasta ellos, arrastrados por el frío viento que agitaba las capas de las damas, revolucionándolas aún más. Valery se dejó contagiar por su entusiasmo y notó un cosquilleo en los pies. Bissop debió advertir el cambio y le dedicó un guiño que acompañó con una deslumbrante sonrisa en sus labios. Valery sintió que se derretía por dentro.

—¿Sabes si tu hermano estará en la fiesta? —le preguntó Mariana a Hester.

—¿Y para qué quieres que esté? —inquirió a su vez Margaret con un bufido.

—Bueno, pensé que de esa manera tendríamos más posibilidades de que alguien nos sacase a bailar —se justificó ante su amiga.

—No se inquiete, milady —intervino Lionel Hastings—, estoy convencido de que los mozos del pueblo estarán más que dispuestos a bailar con todas ustedes. De no ser así, yo mismo las acompañaré gustoso.

—¿Has oído, Lori? —Se incorporó Noelle a la conversación—. Todas podremos bailar esta noche —comentó maliciosa.

—Tal vez lo haga si quien me lo pide es el señor Catesby —le devolvió la pulla, eso así, bajando el tono para que solo ella pudiera escucharla.

—Dudo mucho que Wes... el señor Catesby —se corrigió a tiempo— participe en la fiesta.

Noelle no lo dudaba en absoluto, estaba segura de ello. Wesley intentaba pasar desapercibido, y lo último que haría sería aparecer en una plaza llena de gente. Y con las profesoras rondándolas, volver a escabullirse quedaba descartado.

—Pues a mí no me importaría que el señor Worth me invitara a bailar —dijo Hester, sorprendiendo a más de una con su comentario, Lorianne incluida—. ¡Es tan apuesto! —suspiró con aire soñador.

El resto, en mayor o menor medida, estuvieron de acuerdo con ella, excepto Lori, que no se pronunció al respecto. Por algún motivo que no lograba comprender, le molestaba que Hester deseara bailar con el señor Worth.

¡Qué absurdo!

En primer lugar, ¿qué podía importarle a ella si el señor Worth solicitaba un baile a su amiga? Y, en segundo lugar, Hester era muy enamoradiza, y al parecer esa semana suspiraba por el responsable de mantener el orden en Minstrel Valley; la próxima lo haría por otro, calculó despreocupada. Solo un instante después se dio cuenta de que tampoco era asunto suyo si a Hester le gustaba realmente el hombre o solo se trataba de un capricho pasajero, no debería afectarle nada de aquello, pero si no lo hacía, ¿por qué le estaba dando vueltas?

—Estás muy seria. —Se acercó a ella Noelle—. Espero no haberte incomodado con mi comentario.

—En absoluto. —Recuperó la sonrisa—. Por cierto, yo tampoco pretendía molestarte.

—¡Menudo par de arpías! —Rieron con ganas las dos.

—Señorita Bowler, ¿acaso olvidó sus modales en Londres? Y usted, lady Noelle, siendo la mayor, debería dar ejemplo —les llamó la atención la directora ante lo escandaloso de sus risas.

—No seas así, Eleanor —murmuró Valery a su espalda.

—Me sorprende que precisamente seas tú quien las defienda —dijo volviéndose para mirar a la profesora.

Valery se encogió de hombros.

—Seamos tolerantes por una noche; hemos salido para divertirnos. —Dunhcan estalló en carcajadas al escuchar la respuesta de su prometida y ver la expresión estupefacta con la que Eleanor la miraba.

\*\*\*

Delante de la iglesia, los músicos interpretaban una animada canción irlandesa al son de la concertina, el violín, el tambor y la flauta. Los más jóvenes bailaban en corro alrededor del pozo y varias parejas giraban ya al ritmo de la vivaz melodía que, a ratos, se confundía con las risas de

la gente y las voces de los vendedores. El aire olía a empanada, rosquillas dulces y manzanas de caramelo... Olía a fiesta y diversión.

Esa noche, consciente de que los vecinos pasarían la velada en la romería del mercadillo y no queriendo perder la oportunidad de hacer negocio, Tom también había colocado una larga mesa frente al establecimiento de la viuda Gibbs, bajado varios barriles de cerveza y enviado a Dottie para que se ocupara del improvisado tenderete; él se encargaría de la posada. Como los otros puestos, el suyo contaba con un par de farolillos para iluminarse, que además aportaban vistosidad a la plaza y contribuían a animar el ambiente. Visto de lejos, parecía que una colonia de luciérnagas se hubiera asentado en el centro del pueblo.

Worth, Angus y Kerian O'Neill conversaban a unos metros de la casa del médico, y ni cuenta se dieron de la llegada de las agitadas muchachas de la escuela. Fue un rato después, mientras algunas de ellas se paseaban ante los diferentes puestos de comida, que el dueño de la fragua divisó a la profesora de literatura.

—Creo que la noche acaba de ponerse interesante. —Sonrió con la vista clavada en la mujer que en ese momento mordía una porción de empanada.

Intrigados, los otros dos miraron en la misma dirección. Al reconocer a las risueñas damas que acompañaban a la señorita Culier, los ojos de Nerian se pasearon curiosos por entre el gentío buscando un rostro en concreto; no encontrarlo fue bastante decepcionante.

—Si me disculpan, hay una dama a la que deseo sacar a bailar —dijo Angus antes de ir al encuentro de Melinda Culier.

Una sonrisa adornó los labios de la profesora en cuanto McDonald apareció a su lado. Cinco minutos después la pareja giraba al compás de la música bajo la atenta y desconsolada mirada de Deirdre O'Neill.

La joven había albergado la esperanza de que Angus reparara en ella y la sacara a bailar, pero el herrero ni cuenta se había dado de que se encontraba allí, en compañía de la señora Crown y de Johnny. El muchacho no se había despegado de ellas ni un solo momento, y cada vez que se volvía hacia él, lo encontraba mirándola. Comenzaba a ser enojoso.

Nerian notó que el joven O'Neill se removía inquieto y observaba indeciso a las alumnas de lady Acton que continuaban junto al puesto de los pasteles de carne.

—Por mí no se prive —lo animó apuntando a las jóvenes con un movimiento de cabeza.

El otro asintió, tiró del cuello de su chaqueta y se pasó la mano por el cabello oscuro.

—Deséeme suerte, Worth —se despidió.

«Como si la necesitara», pensó Nerian divertido.

De buena estatura y musculoso, Kerian poseía, además de un notable acento irlandés, el mismo carácter alegre de su padre, se llevaba bien con todo el mundo y sin duda gustaba a las mujeres. Prueba de ello fueron las risitas nerviosas con que lo recibieron las chicas, y lo colorada que se había puesto la voluptuosa pelirroja a la que el lechero del pueblo había elegido como pareja. Si la memoria no le fallaba, se trataba de la señorita Emily Langston.

Abandonado por sus amigos y sin el menor interés por unirse al baile, Nerian se acercó al puesto de Dottie y pidió una pinta. Con la jarra en la mano, se dedicó a contemplar a las parejas que, cada vez en mayor número, bailaban al otro lado de la plaza. Bissop y lord Clifford también estaban allí con sus futuras esposas.

«Pero ni rastro de la señorita Bowler», observó, estirando el cuello por si le hubiera pasado desapercibida entre tanta gente; a fin de cuentas, era bastante menuda.

Para Lorianne había sido una suerte que la señorita Thompson también las acompañara. Desde el principio, gracias a lo mucho que le gustaba bordar y a la destreza que había demostrado tener con la aguja, se había creado un vínculo especial entre ella y la profesora de costura. Gracias a este, Lori solo había necesitado mirarla y Annie, comprendiendo su deseo de mantenerse lejos del jolgorio, le había propuesto visitar juntas los tenderetes situados a lo largo de North Road.

Se detuvieron a curiosear en el puesto de los colgantes y las pulseras de cuero trenzado con cuentas de colores o pequeñas conchas, en el que vendía simpáticas muñecas de trapo, y en otro que tenía expuestas unas sencillas, aunque bonitas, mantelerías de hilo. En ese se entretuvieron un buen rato para conversar con la artesana sobre los tejidos que mejor se prestaban para la labor y los diferentes puntos de bordado. Después se acercaron a una mesa en la que un hombre de aspecto rudo y pronunciado acento escocés aseguraba despachar la miel de brezo más exquisita de toda Inglaterra. Convencida por los argumentos del tendero, o bien porque sintió un poco de hambre, Lorianne se decidió a probar una rebanada de pan untada con el dulzón producto. No habría sabido decir si en verdad se trataba de la mejor miel del reino, pero sí que era deliciosa.

A pesar de que Annie se había ofrecido para hacerle compañía y parecía contenta por la forma en que golpeaba el suelo con el pie, marcando el ritmo de la música cada vez que se paraban, Lori supuso que a la profesora le apetecía bailar tanto como al resto. Se sintió culpable por retenerla a su lado y estropearle la diversión. Que a ella no le gustara bailar —porque lo hacía francamente mal— no era motivo para que la otra se quedara con las ganas de hacerlo. Decidió que lo mejor sería regresar a la plaza y darle así la oportunidad de unirse a las demás parejas. Seguro que algún vecino del pueblo se lo pedía y, de no ser así, siempre podría recurrir al señor Hastings.

Quiso la casualidad que, al llegar junto a la estatua de la Dama y el juglar, un joven de pelo rubio y ojos oscuros se acercara a ellas para saludar a la señorita Thompson e intercambiar unas frases de cortesía antes de —en teoría— despedirse. Pero el mozo daba demasiados rodeos al hablar, y resultó evidente que quería solicitarle a Annie la siguiente pieza; que estuviera acompañada parecía ser el motivo de su indecisión.

—Vayan a bailar, por favor —los animó Lori, apiadándose de ellos; ambos lo estaban deseando—. Yo aprovecharé para sentarme un rato y dar descanso a mis pies, de otra manera se negarán a llevarme de vuelta a Minstrel House.

—Pero no es correcto que se quede sola, yo...

—Estaré rodeada de gente —la interrumpió rechazando su más que válido argumento—, y desde ahí puedo verlos bailar —dijo señalando los bancos que estaban a su espalda, cerca de la

estatua.

Titubeante, Annie se mordió el labio. Lorianne, con una sonrisa en los labios, asintió para ayudarla a decidirse.

—Solo un baile y regreso —prometió conteniendo a duras penas su entusiasmo.

—Aquí la espero —se despidió de ellos Lori.

Suspiró. En absoluto le apetecía estar sola y la temperatura de la noche tampoco ayudaba a sentirse cómoda allí sentada; por una vez se alegró de llevar puestos los guantes. De todas formas, la otra opción de la velada le atraía aún menos y estaba por asegurar que prefería helarse a causa del frío que bailar. Si no lograba ejecutar de manera acertada los pasos que practicaba a diario, ¿cómo iba a realizar todos aquellos giros y brincos sin tropezar o destrozarle los pies a su acompañante? Ciertamente que aquella música era muy alegre y la danza en absoluto formal, pensó golpeando —a destiempo— la puntera del botín contra el suelo adoquinado.

«Mejor no intentarlo», se advirtió, resignada a pasar un buen rato en aquel lugar.

\*\*\*

Nerian vio a Annie Thompson encaminarse hacia la improvisada pista de baile y sonrió. La conocía del pueblo y le parecía una joven muy agradable; algo cándida para su edad, pero encantadora.

«Tal vez me anime a sacarla a...», el pensamiento quedó a medias al divisar, al fin, a la muchacha que de un tiempo a esa parte se colaba cada vez con más frecuencia en sus pensamientos.

Sintió el impulso de acercarse a ella aunque, más allá de un cortés saludo, carecía de motivos para hacerlo. El ambiente era distendido, la gente iba de acá para allá sin tener en cuenta qué hacían los demás, pero al margen de que lo vieran o no, acercarse a Lorianne Bowler era una tentación que debería evitar.

Teniéndolo tan claro, encontró bastante frustrante comprobar que había terminado por hacerlo. Sus pasos lo llevaban directamente hacia ella; ni siquiera se molestó en fingir que daba un paseo distraído.

Los hermosos ojos oscuros no tardaron en localizarlo. Le agradó sobremanera que, para variar, su timidez no la hiciera bajar la vista al suelo y le sostuviera la mirada a pesar del rubor que teñía sus mejillas.

El corazón de Lorianne había brincado al descubrir a lo lejos al condestable, y en ese momento, mientras se aproximaba a ella mirándola directamente, sintió que el rostro le ardía, aun así, se obligó a sostenerle la mirada.

—Buenas noches, señorita Bowler.

Un conato de sonrisa se adivinaba en su rostro al saludarla. Por más que lo intentara, Lori no lograba imaginarlo enojado.

—Señor Worth. —Dudó si levantarse. Era tan alto que para mirarlo debía echar la cabeza hacia atrás, y estando sentada, la postura resultaba bastante incómoda.

—¿Se ha quedado sola?

—Eso parece. —El breve destello de diversión que Nerian percibió en su mirada le hizo tomar conciencia de lo absurdo de su pregunta.

—Cierto, es bastante evidente —sonrió apurado. A Lori se le fueron los ojos hacia sus labios y de golpe se le secó la boca. Hasta con aquel gesto abochornado se veía atractivo—. ¿Cómo es que...?

—¿Le importa si caminamos un rato? —lo interrumpió a toda prisa, no fuera a ser que se le ocurriera proponerle bailar—. Hace demasiado frío para permanecer sentada —se justificó poniéndose en pie.

—Me parece una idea excelente. —En verdad se lo parecía, y con un gesto la invitó a iniciar el paseo.

Lori, buscando mantenerse lo más lejos posible de la zona de baile, dirigió sus pasos hacia el ayuntamiento y de allí continuó hacia el colmado.

Nerian caminaba a su lado con las manos tras la espalda para evitar la tentación de rozarla siquiera. De tanto en tanto, sí la miraba de reojo y con el corazón alborotado. Le gustaba la muchacha, para qué negarlo. Aunque reconocerlo tampoco le servía de nada.

—Le pido disculpas de antemano, pero me puede la curiosidad. —En verdad se sentía intrigado—. ¿Por qué estaba sola? —preguntó sin rodeos.

—Detesto bailar y no hubiera sido justo...

—¿No le gusta bailar? —Hablaron al mismo tiempo—. Lo siento —se disculpó por interrumpirla.

Lori le dedicó un leve gesto con el que restó importancia al incidente.

—No es ningún secreto que soy, con diferencia, la peor alumna del profesor Hastings. —«Al menos lo soy desde que Molly se fue», apuntó para sus adentros.

—No se ofenda, pero no la creo. —Lori volvió a mirarlo, en esa ocasión con evidente sorpresa—. No puede ser tan terrible como dice. —Seguro que no lo era. La había visto caminar infinidad de veces y de sobra sabía, porque cuando la tenía cerca no podía dejar de contemplarla, que se movía con gracia y, a su modo de ver, con bastante elegancia.

—Cambiaría de opinión si pudiera verme. Poseo dos pies izquierdos y carezco completamente de oído musical, una combinación terrible.

A Nerian le sorprendió su respuesta. Pocas damas, tal vez ninguna, reconocerían abiertamente algo que pudiera señalarlas como imperfectas. Le gustó que se mostrara desinhibida y se expresara con libertad en su presencia.

—Podríamos comprobarlo ahora mismo —soltó sin pensar.

—¿El qué? —Se detuvo y lo miró con los ojos muy abiertos, sospechando sus intenciones.

—Si en verdad es tan poco hábil como asegura o si por el contrario yo llevo razón y solo

exagera.

Avanzó un paso hacia ella, sosteniéndole la mirada. Lori tragó para deshacer el nudo que se había formado en su garganta, ¿o era en su estómago? Su fragancia la distraía.

—Se pondría en evidencia por mi causa —musitó, con las rodillas flojas y el mentón en alto para poder sostenerle la mirada.

—No es algo que me preocupe —dijo acortando de nuevo la distancia—, pero si le incomoda que la vean podemos hacerlo aquí.

—¿Aquí?! —Parpadeó confundida y miró a su alrededor.

Se encontraban en Church Street, a tan solo unos metros de la plaza y a la vista de todo el que mirara en aquella dirección, pero que en esa ocasión la calle estuviera libre de barracas y tenderetes reducía en gran medida la probabilidad de que eso ocurriera. Que la zona estuviera también menos iluminada ayudaba a hacerlos pasar desapercibidos.

Sin embargo, la música llegaba hasta ellos sin problema.

Había observado a las parejas de la plaza, no parecía tan difícil.

¿De verdad se lo estaba planteando?

¿De verdad iba a perder la oportunidad de sentir aquellos brazos en torno a su cuerpo?

—Nunca he practicado este tipo de...

—Esta música no se practica, se disfruta. —Sin darle tiempo a replicar, le hizo a un lado la capa, cerró una mano alrededor de su cintura y con la otra sostuvo la enguantada de ella; por inercia, Lori apoyó la que tenía libre sobre el hombro masculino—. Déjese llevar, señorita Bowler.

El primer giro la tomó por sorpresa y dio un traspie que pensó lo haría desistir antes siquiera de empezar, pero Nerian la tenía bien sujeta y realizaron el siguiente movimiento como si nada hubiera pasado. Una vuelta y otra más; los pasos cada vez más amplios, rápidos y marcados; con acompañados saltos se desplazaban de un lado a otro de la calle sin importarles que pudieran verlos.

Saberse segura entre los brazos del condestable le proporcionó la confianza que solía faltarle, y estaba disfrutando como nunca del alegre y dinámico baile.

Experimentaba tal sensación de júbilo que aun sin resuello sonreía. Por primera vez en su vida se divertía al bailar, tal vez porque no se sentía evaluada ni juzgada, solo bailaban. Estaba eufórica. Y todo gracias a que él, intuitivo, evitaba a tiempo sus tropiezos, o eso pensó echando la cabeza atrás para mirarlo a los ojos que, con las pupilas dilatadas, parecían estar aguardándola.

Sintió entonces, al detenerse ambos, una excitación que nada tenía que ver con la danza, y que le hizo darse cuenta de lo cerca que estaban sus cuerpos, de la fuerza contenida de aquella mano que la sostenía de la cintura, del estimulante aroma que lo envolvía y que no lograba identificar, del calor que traspasaba la fina piel de su guante... Tomó conciencia de que nunca había estado tan cerca de la boca de un hombre.

Adivinar el anhelo en la mirada de Lorianne a punto estuvo de hacerle perder el control.

¡Robarle un beso sería tan fácil! Una leve inclinación y sus labios se posarían sobre los de ella. Olían a miel y la tentación era grande. El deseo, aún mayor.

Lori supo el momento justo en que pensó besarla. Nerviosa, contuvo la respiración. Por instinto, al ver que se le acercaba, dejó caer los párpados. Le temblaron las piernas al percibir la caricia de su aliento y jadeó a la espera de aquel primer roce.

Nerian se acercó. Apenas había ya distancia entre ellos; estaban tan cerca que casi se tocaban, tan cerca que sin moverse podría besarla y, sin embargo, en el último instante, cuando ya parecía inevitable el contacto, entrelazó sus dedos con los de ella, cerró los ojos y a fuerza de voluntad posó los labios sobre la frente de Lorianne.

—Creo que deberíamos regresar a la plaza —propuso con tono grave y la respiración agitada, resistiéndose a dar un paso atrás y poner distancia entre ellos.

A pesar de la decepción, Lori comprendió que era un caballero, que no se aprovecharía de la situación y que no habría beso. Al menos no aquella noche.

—Sí..., será lo mejor —coincidió respirando también con dificultad e intentando poner orden en el lío de emociones que se agitaban en su interior.

## Capítulo 7

Se encontraban cerca del hogar de los Randall, de vuelta ya de la fiesta, cuando las primeras gotas empezaron a caer. Previendo que no tardaría en llover de manera más copiosa, el grupo había apurado el paso, aunque de poco les había servido. Apenas habían sobrepasado la casa del señor Barry cuando el aguacero comenzó. Entre gritos, risas y alguna que otra maldición mascullada por lo bajo, con las faldas recogidas las damas, habían corrido hacia la mansión.

La tormenta había arreciado durante la noche y esa mañana continuaba lloviendo. Se había echado a perder el último día de mercadillo...

«Y el domingo también», pensó Lori contemplando el jardín posterior tras el cristal cubierto de gotas.

El mal tiempo les había obligado a utilizar los carruajes para ir a la iglesia y tampoco les había dado tregua a la salida, teniendo que regresar a la escuela nada más acabar el oficio religioso. Bien pensado, Lorianne casi se alegraba de ello. De otro modo se habría encontrado con el señor Worth a la salida y no hubiera sabido cómo proceder tras lo ocurrido en la romería. Ciertamente que suceder no había sucedido nada, pero estaba convencida de que el condestable había estado a punto de besarla y eso ya era todo un acontecimiento que —por supuesto— no había contado a nadie. No cuando Hester se creía enamorada de él, pero, sobre todo, porque no sabía cómo sentirse al respecto.

Sí, había deseado que la besara, ¿para qué negarlo? Pero no tenía claro si en diferentes circunstancias también habría ansiado el roce de sus labios o si aquello solo había sido fruto del momento, de la excitación propia del baile. Se preguntaba si habría reaccionado de igual manera de haberse tratado de otro hombre.

Esos interrogantes, la decepción que aún borbotaba en su interior, y fantasear con cómo habría sido el contacto de sus labios, le habían impedido conciliar el sueño durante la noche. En ese momento, las mismas cuestiones la mantenían sumida en un silencio que nadie, a excepción de Amanda, parecía haber advertido, o quizá lo habían achacado al aburrimiento propio de una tarde de lluvia.

—¿Te parece que v-visitemos a Christine? —le propuso Amanda con bastante discreción. Lori asintió distraída y como con desgana la siguió hasta el pasillo—. ¿Qué te ocurre? —la interrogó al empezar a subir las escaleras secundarias hacia el primer piso—. Llevas todo el día muy callada.

No es necesario que me lo cuentes si no quieres —añadió, comprensiva como era—, pero...

—Lo sé —le sonrió Lori agradecida. Reservada y muy inteligente, Amanda era, al igual que Jane, su amiga y confidente—. Y no debes preocuparte, estoy bien, es solo que... —Apretó los labios e inspiró con fuerza, retuvo el aire un par de segundos y lo expulsó después en forma de suspiro. Amanda la observaba esperando que se decidiera a hablar—. Olvídalo, en realidad no es nada importante.

Se habían detenido en mitad de la escalera y aquel no era lugar para hablar de según qué cosas; cualquiera podría escucharlas.

—Pero no me he equivocado al pensar que algo te inquieta, ¿verdad?

Cuando estaban a solas, Amanda se sentía más segura de sí misma y superaba sus tropiezos al hablar. Sabía que Lorianne, al igual que el personal de servicio, no la evaluaba ni la juzgaba porque nada esperaba de ella. Saberlo le permitía relajarse.

—Yo diría que más bien me descoloca —puntualizó encogiéndose de hombros—, pero te lo contaré en otro momento, ahora vayamos a ver a Christine.

\*\*\*

—Adelante —respondió con voz apagada la enferma al escuchar los golpes en la puerta.

Lorianne fue la primera en pasar, y tras asegurarse de que lord Telford no se encontraba en el dormitorio, hizo una señal a su lista, pero extremadamente tímida amiga para que entrara. Juntas se acercaron a la cama en la que se encontraba una ojerosa y bastante desmejorada Christine, recostada sobre un par cojines.

Lorianne se acomodó en el borde del colchón mientras Amanda ocupaba la silla que alguien había colocado junto a la cabecera.

—¿Qué tal te encuentras?

—No sabría decirlo —contestó intentando sonreír con escaso éxito—. A ratos me sube la fiebre, me duele todo el cuerpo y me siento sin fuerzas. El doctor Aldrich me ha dicho esta mañana que lo peor ya ha pasado, pero que debo tener paciencia, que me tomará unos días recuperarme del todo.

—¿Ha d-d-descubierto lo que te ocurre? —se interesó Amanda.

La otra, esquivada, clavó la mirada en la colcha de tonos rosados y evitó responder.

—¿Christine? —dijo Lori segura de que les ocultaba algo.

—¿Recuerdas el día que Jane y tú me acompañasteis al colmado? —preguntó varios segundos después, mirándola de soslayo. Lorianne asintió—. Además de las galletas de mantequilla que compartí con vosotras... —hizo una pausa y suspiró abatida—, también le había encargado a la señora Gibbs unos dulces de yema que quería para mí sola —reconoció avergonzada.

—¿Cómo supo el d-doctor que los dulces fueron la causa? —le preguntó Amanda en absoluto molesta porque se los hubiera guardado para ella. Eran suyos, estaba en su derecho.

—Mi padre los encontró ayer en el cajón de la mesilla y se los mostró a Aldrich. Nada más verlos dijo que estaban en mal estado y que había tenido suerte al no habérmelos comido todos.

Las otras se estremecieron ante la idea de que su compañera pudiera haber muerto por ingerir un producto en apariencia tan inofensivo como un pastelillo.

—¿Y no te diste cuenta de que se habían echado a perder? —la regañó Lori enojada. Su glotonería podría haberle costado la vida.

—Noté que no tenían el delicioso sabor de siempre —torció el gesto contrariada—, por eso no me los terminé.

—¡Gracias a Dios! —bufó poniendo los ojos en blanco—. Lo que no comprendo es por qué no lo mencionaste desde el principio —le recriminó Lorianne molesta—, tal vez el doctor hubiera podido hacer algo para aliviar los síntomas.

Christine agachó la cabeza y no dijo nada.

—¿Hoy t-también ha v-venido a verte tu padre? —Hábil, Amanda cambió de tema para concederle una tregua a Christine y que a Lori se le pasara el enfado.

—Se fue anoche. Tenía asuntos que resolver en Londres, pero me prometió que mañana mismo estaría de vuelta —les contó emocionada como pocas veces la habían visto—. Por cierto, Lori, le has causado muy buena impresión —dijo frotándose los ojos.

—Vaya... —parpadeó sorprendida.

—Cree que eres... —se interrumpió para bostezar—, una joven muy agradable. Mencionó también algo sobre visitar las ruinas del castillo, pero me había vuelto a subir la fiebre y no recuerdo qué dijo exactamente —comentó con los párpados medio cerrados.

—Deberíamos irnos —susurró Amanda señalando con la mirada a una soñolienta Christine. Aunque un instante antes se había mostrado muy animada al mencionar a su padre, no había que olvidar que continuaba convaleciente y bastante débil. Por suerte no se veían en su rostro signos de que la fiebre hubiera regresado.

—Sí, le conviene descansar —convino Lorianne.

Christine logró despedirse de ellas, pero cuando las otras dos alcanzaron la puerta ya se había dormido. Salieron sin hacer ruido.

\*\*\*

Tras sacudir las gotas de agua de su pelliza, Nerian entró en la posada. Localizó a Angus McDonald de pie, junto a la barra, y se dirigió hacia él.

—¿Han servido de algo las lonas? —le preguntó el de la forja cuando lo vio acercarse.

El chaparrón de la noche anterior había creado más goteras en el tejado del condestable y esa mañana se había visto obligado a cubrirlo en parte con unas lonas engrasadas para evitar más desperfectos.

—Al menos la casa ya no parece una prolongación del lago —respondió cáustico, sin el menor

rastró de humor en la voz.

—No se ofusque, Worth. —Le palmoteó el hombro para animarlo—. En cuanto cese la lluvia nos pondremos manos a la obra y en un par de horas, tres a lo sumo, habremos resuelto el problema.

Nerian se limitó a asentir. Ciertó que parte de su malhumor obedecía al inoportuno aguacero y al estropicio que había ocasionado en la techumbre y en el interior de la casa, pero ese no era ni de lejos el motivo principal de su hosquedad, sino el haber estado a un paso de besar a la señorita Bowler.

Cada vez que lo recordaba, y no se lo había podido quitar de la cabeza desde que ocurriera, lo invadía la culpa. No por lo que había estado a punto de hacer, sino porque al pensar en aquellos labios tan próximos a los suyos se arrepentía de no haberla besado. Ahí se encontraba la raíz del problema: deseaba hacerlo.

No robarle un beso como hiciera con Maisie unos años atrás en la feria del condado; ya no tenía edad para esos juegos. A Lorianne Bowler había querido besarla de verdad, como un hombre besaba a una mujer, con pasión. Sabía que solo pensarlo era una locura; pretenderlo, un imposible. Y, sin embargo, el anhelo que había adivinado en sus ojos...

«Simple curiosidad», se dijo desechando la posibilidad de que la muchacha sintiera, ya no afecto, sería descabellado pretender tanto, sino el más mínimo interés hacia su persona. Perteneían a mundos completamente diferentes, ella era una dama y él un simple condestable de pueblo; amistad era a todo cuanto podía aspirar con la señorita Bowler. Incluso esa tendría que disputarla con Showy y seguro salía perdiendo.

—Póngame una pinta cuando pueda, Tom.

—Sospecho que hoy le vendría bien algo más fuerte —comentó Angus al tiempo que se llevaba la mano al pecho, allí donde Nerian sabía que el herrero llevaba su petaca con el *whisky* que él mismo destilaba.

¡Para consumo propio decía! Medio pueblo lo había probado ya y no eran pocos los que tenían en su poder alguna botella del potente licor.

—Un día de estos me veré obligado a confiscarle su preciada petaca y dismantelarle el alambique.

La amenaza, a pesar de la severidad con la que Worth habló, no amedrentó a Angus. El destello socarrón que detectó en los ojos de él confirmaba que no lo decía en serio. De todas formas, no queriendo tentar a la suerte, contuvo las carcajadas y se conformó con reír por lo bajo mientras se ocultaba tras su jarra.

—¿Qué tal una partida de cartas para subir ese ánimo? —preguntó el herrero después de tomar un buen trago de cerveza.

—¿He oído cartas? —preguntó Ashton Melham, conde de Clifford, situado justo detrás de ellos.

Angus y Nerian se volvieron al reconocer la voz del recién llegado.

—Ya tiene quien le desplume esta noche —se mofó Worth del dueño de la forja.

—Eso aún está por ver —añadió McDonald con una sonrisa torcida en los labios.

—¿No va a jugar, señor Worth? —preguntó extrañado el conde.

Nerian negó con la cabeza.

—En esta ocasión me limitaré a observar.

—No le suponía un cobarde —lo provocó Angus buscando que se les uniera.

—Prefiero considerarme prudente —se defendió Nerian con un amago de sonrisa en los labios.

Teniendo en cuenta su estado de ánimo, aquellos dos le harían perder hasta la última moneda que llevaba encima, incluso la camisa si McDonald lograba enredarlo en alguna de sus disparatadas apuestas.

Nerian los había acompañado hasta la mesa con la esperanza de distraer su mente de unos pensamientos que, sabía, no le conducían a ninguna parte. Tenía claro que no podía hacerse ilusiones respecto a la señorita Bowler. Sin embargo, la tenía siempre presente en sus pensamientos y de sobra daba por hecho lo contraproducente que eso podía llegar a ser. Si se dejaba llevar, si permitía que el corazón tomara parte, terminaría por desear un imposible. En realidad, ya lo deseaba. ¿Por qué si no, de repente, volvía a sentir la imperiosa necesidad de formar una familia? ¿Y para qué negarlo?, cada vez que la idea del matrimonio surgía en su mente lo hacía acompañada del dulce rostro de Lorianne Bowler. Pero no podía ser y bien lo sabía.

La señorita Bowler estaba destinada a hacer un buen matrimonio, a casarse con alguien de su posición, y eso no iba a cambiar por mucho que él... Sensato, no quiso completar la reflexión y, aun así, su corazón se saltó un latido en señal de protesta.

¿Deseaba casarse y tener hijos? Entonces debía ser realista y lo más cabal sería fijarse en alguna de las muchachas del pueblo; había varias que aún no estaban prometidas. Agnes Long, sin ir más lejos.

El padre de la muchacha había sido quien le prestara los toldos untados con grasa, y esa misma mañana la joven se había presentado para ayudarlo con el desaguisado que las goteras habían provocado en el interior de la casa. Sospechaba, por cómo la moza solía mirarlo, que estaría dispuesta a permitir que la cortejara.

Acodado sobre la mesa, mirando distraído los naipes que los otros iban dejando sobre ella, Worth se toqueteó la barbilla con las yemas de los dedos, considerando seriamente la idea de pretender a Agnes.

Conocía a la muchacha desde hacía años y sabía que era responsable, ordenada y voluntariosa, además de hermosa. Tenía unos bonitos ojos azules, el cabello muy rubio, una deslumbrante sonrisa y un cuerpo perfecto lleno de curvas.

Sin embargo, tanta belleza no le provocaba el más mínimo sentimiento, y él no buscaba solo una mujer con la que compartir casa, comida y colchón, ni a la que poder lucir por el pueblo. Deseaba una mujer a la que poder amar y respetar: una compañera. Una mujer que le hiciera sonreír con su sola presencia, que lo hechizara con sus bonitos y expresivos ojos pardos, que con una de sus

tímidas sonrisas lograra acelerarle el corazón, que le hiciera reír con su ingenio y conmovirse con su ternura. Una cuyo menudo y delicado cuerpo lo hiciera estremecer al sentirlo entre sus brazos y cuya boca supusiera la más dulce y prohibida de las tentaciones.

Se supo perdido.

—¿Qué le ocurre esta noche, Worth? —le preguntó Angus extrañado.

Lord Clifford lo observó con interés.

—Nada. —Cabeceó, después se frotó la cara y expulsó una bocanada de aire buscando despejarse—. Solo estaba... pensando.

—Olvídese del maldito tejado —le aconsejó Angus—, a la primera oportunidad nos...

—Sospecho que no era un tejado lo que tenía en mente —opinó Ashton, consiguiendo la atención de los otros dos.

—¿Y en qué otra cosa podría estar pensando con esa cara de an...? ¡Que me aspen si se trata de una mujer! —exclamó el de la forja entendiendo lo que el otro insinuara, pero sin llegar a creerlo.

—Gracias. —El tono mordaz de Nerian hizo reír por lo bajo a Clifford y le confirmó a Angus lo acertado de su hipótesis.

—¡Entonces es cierto! Ese gesto abatido se debe a una mujer. —Los ojos de Angus brillaron con picardía, quizá también porque esa noche los tres habían tomado alguna pinta de más—. ¿Y cuál es el problema? ¿Está casada, prometida tal vez? —se mofó, buscando provocarlo.

—Es una dama. —Los otros dos tardaron un par de segundos en captar el significado de la escueta respuesta de Nerian.

—Vaya —soltó Angus ya sin rastro de humor en la voz al comprender el origen del abatimiento de su amigo.

Se hizo el silencio en la mesa y los tres bebieron de sus jarras, como sopesando la fatalidad de aquella elección.

—No se preocupe, hombre, estas cosas igual que vienen se van —soltó desenfadado el conde intentando restar seriedad al asunto e infundirle ánimos a Worth.

—Y lo dice el que se ha enamorado como un adolescente —dijo Angus socarrón, borrando de golpe la sonrisa del otro.

—No estamos hablando de mí —respondió esquivo, sin ganas de sacar a relucir su relación con lady Eleanor.

—¿Y de quién hablamos?, me pregunto —inquirió Angus observando entonces a su interlocutor con mirada sibilina.

—Justo estaba pensando en proclamarlo a los cuatro vientos —consiguió bromear Nerian.

—Pero estamos entre amigos, hombre —insistió Angus soltando una nueva carta sobre la mesa. La partida aún no había terminado y no pensaba dejarla a medias cuando iba ganando.

—Estoy pensando... —terció Ashton mientras estudiaba sus propias cartas—, si se trata de una dama, entonces cabe la posibilidad de que sea una de las alumnas de...

—¡Muérdase la lengua, hombre! —bufó el herrero airado—. Un hombre de bien como Worth no

cometería semejante loc... —La mueca que de repente apareció en el rostro de Nerian debió ser bastante elocuente, porque el herrero continuó diciendo—: ¡Adiós! Pues sí que estamos en un lío.

—¿Estamos? —quiso saber Nerian, enarcando la ceja izquierda.

—¿Para qué sirven los amigos si no es para compartir las penas? Con una buena pinta de cerveza, claro. ¡Dottie! —llamó el herrero a la muchacha para pedir otra ronda—. Mire, Worth, lo que tiene que hacer...

—Ahórreselo —lo cortó este con un gesto de la mano—. No necesito consejos porque no hay nada que hacer al respecto.

—¿Porque se trata de una dama? —inquirió Clifford más serio—. No creo que la condición o estatus de una persona sea impedimento si sus sentimientos son honestos.

—Pero lady Eleanor no es una alumna —apuntó Worth entendiendo que el conde se basaba en su propia experiencia.

—El condestable tiene razón; no es lo mismo. En su caso sería una fuente de conflictos, y total, tampoco es que haya hecho algo tan tonto como enamorarse, ¿verdad? —Otra elocuente mueca de Nerian respondió a eso—. ¡Por el amor de Dios! Si se ha sonrojado como una señorita —exclamó incrédulo el herrero pasándose las manos por la cara.

Ashton le dio una palmada en la espalda a Angus, que parecía muy decepcionado, y después se giró con seriedad hacia Nerian.

—No permita que lo adecuado o lo correcto le impidan conseguir a la muchacha —le recomendó sin necesidad de que Worth confirmara sus sentimientos—. Los rumores se acallan con el tiempo —añadió el conde encogiéndose de hombros.

—No son solo los rumores —suspiró Nerian—. ¿Qué clase de vida puedo ofrecerle? —Demasiado tarde Nerian se dio cuenta de que había formulado la pregunta en voz alta; definitivamente esa noche se le había ido la mano con la cerveza, de otro modo no estarían manteniendo aquella conversación.

—Lo de las goteras tiene solución, hombre —añadió Angus, pero ya no con ánimo de burlarse de él, sino por quitar hierro al asunto y demostrarle su apoyo.

—Puede darle la oportunidad de un matrimonio unido y feliz. ¿Le parece poco? —Fue la respuesta de Clifford. Nerian no contestó, pero lo observó pensativo—. He aprendido que, para muchas personas, hombres o mujeres, eso tiene más valor que cualquier fortuna, posición o respeto social.

Con un leve asentimiento de cabeza, Worth tomó un buen trago de cerveza. No se volvió a mencionar nada sobre el tema ni mucho menos desveló el nombre de su amada —pues ya no podía seguir fingiendo lo contrario—, pero tampoco admitió que fuera a seguir los consejos de uno u otro.

## Capítulo 8

—Confío en que todas habrán recordado traer sus abanicos. —Con esas palabras hizo lady Valery notar su presencia al entrar en el aula para que cada cual ocupara su lugar—. ¿Le ocurre algo, señorita Bowler? —preguntó suspicaz al ver que Lorianne alzaba la mano con timidez.

—Me lo he dejado en el dormitorio —reconoció apurada. Tras las prácticas de equitación habían subido a cambiarse, y con las prisas se le había quedado olvidado sobre la cómoda.

—Vaya a por él, pero no se demore —dijo paciente. Lori se puso en pie de forma apresurada—. Lo que no implica que salga trotando pasillo adelante como un potro desbocado, señorita —añadió al intuir las intenciones de la joven.

Un coro de risas ahogadas se escuchó al instante. Valery se contuvo para no poner los ojos en blanco. Aunque, siendo su prometido criador de caballos, suerte tendría si además de reír no hacían también algún chascarrillo a costa del símil que había empleado.

Lori, desatendiendo el consejo de la profesora, corrió por el pasillo hasta llegar al vestíbulo, allí moderó el paso y se dirigió hacia la escalera principal. Subió el primer tramo con aparente calma, pero en cuanto alcanzó el rellano y giró hacia uno de los brazos en que se dividía la escalera, se alzó la falda y subió de dos en dos los peldaños. Llegó arriba sin resuello, pero no se detuvo, continuó corriendo en dirección a su dormitorio.

No bien sobrepasó la puerta del cuarto de Christine, escuchó el inconfundible sonido del picaporte al abrirse. Quiso detenerse en seco, pero la inercia de la carrera le impidió hacerlo a tiempo.

—¿Señorita Bowler?

Lorianne reconoció la voz de inmediato y no supo si alegrarse porque no se trataba de alguien de la escuela o maldecir por el lamentable espectáculo que acababa de ofrecer al conde de Telford. Consternada, cerró los ojos y apretó los labios. Respiró hondo y contó hasta tres antes de vaciar los pulmones, componer una sonrisa y girar sobre sí misma.

—Buenas tardes, lord Telford —lo saludó todo lo correcta que fue capaz dado lo agitado de su respiración.

—Parece que lleva un poco de prisa. —Ocultó lo mucho que le desagradaba su comportamiento tras una estudiada y perfecta sonrisa.

—Le pido disculpas, sé que no debería...

—Por favor, no es necesario que se justifique conmigo. Estoy seguro de que existe un buen motivo para que ande tan apurada.

—Olvidé mi abanico para la clase de protocolo de lady Valery. —Sintió la necesidad de explicarse, a pesar de lo gratificante que encontró que el conde no la censurara.

—Pues vaya a por él, no me gustaría que la regañaran si se retrasa por mi causa —dijo comprensivo.

—¿Cómo se encuentra Christine? —quiso saber Lori antes de continuar. Se había asomado a primera hora de la mañana y al encontrarla dormida no quiso molestarla, después había estado atareada con las clases y ni tiempo de volver había tenido.

—Mucho mejor. De todas formas, continúa débil, ha pasado casi toda la mañana fuera de la cama. —Se obligó a ensanchar la mueca de sus labios como si en verdad se alegrara—. Ahora se ha quedado dormida, pero el doctor...

—Aldrich —apuntó Lori al verlo dudar.

—Cierto, soy un auténtico desastre con los nombres. —A Lorianne el comentario le resultó chocante, puesto que el suyo lo había recordado sin problema—. Como le decía, el doctor cree que si durante la noche continúa sin fiebre, mañana podrá salir a dar un breve paseo por el jardín.

—¡Qué maravillosa noticia!

—Sin duda lo es. Tal vez... le apetezca acompañarnos, siempre y cuando no tenga nada mejor que hacer, por supuesto.

—Estaré encantada.

—A Christine le alegrará saberlo. Ahora corra a por su abanico o se perderá la clase —añadió con un humor que no sentía, pero que consiguió hacer reír a la muchacha.

—Hasta mañana, entonces, milord.

—Hasta mañana, entonces, señorita Bowler —repitió para mayor diversión de la joven. En cuanto esta se giró, Stuard hizo desaparecer la estúpida sonrisa que adornaba sus labios y sin volverse ni una sola vez se dirigió hacia la escalera.

Al llegar ante la puerta de su dormitorio, Lori miró hacia atrás, pero el pasillo ya estaba vacío. Pudiera ser que lord Telford también llevara prisa, consideró alzándose de hombros.

\*\*\*

—No entiendo por qué tenemos que practicar de nuevo algo tan tonto como sostener un abanico —escuchó Lorianne protestar a Margaret al regresar al salón de clase.

—Posiblemente porque he visto a labriegos manejar sus azadas con más delicadeza y elegancia que a ustedes sus abanicos. —Aunque había empleado un tono más bien ligero, el comentario surtió el efecto deseado y evitó el pequeño motín que Valery sabía estaba a punto de desencadenar la queja de lady Margaret—. Bien, si ya tienen claro el objetivo de la actividad de hoy, podemos empezar. —Dio un paso atrás para poder observarlas a todas y realizar las correcciones oportunas

— Abran sus abanicos, pero no olviden que la clave está en la sutileza de los movimientos. — Desplegó el suyo con gracia para mostrarles cómo hacerlo. Las chicas trataron de imitarla con diferentes grados de éxito—. Deben evitar los giros bruscos, los aspavientos al... ¿Se puede saber qué hacen? —interrumpió la explicación al ver a Becca y Rosemary ocultas tras los abanicos, cuchicheando entre ellas.

Una decena de cabezas se giraron para mirarlas llenas de curiosidad.

—Nos preguntábamos... —titubeó Becca—, si conoce el lenguaje secreto del abanico.

—¿Existe un lenguaje secreto? —exclamó Constance sorprendida.

—Yo me pregunto qué tiene de secreto un código que todo el mundo conoce —soltó Noelle mordaz.

—¿Tú lo conoces? —le susurró Constance a su amiga cada vez más asombrada.

—Llevas razón, no tiene sentido decir que es secreto —apuntó Mariana, pensativa.

—¿Y cómo puede saber el destinatario del mensaje que la señal es para él y no para otra persona? —cuestionó Lorianne desconcertada.

—Nos estamos desviando de la lección de hoy, señoritas —les advirtió Valery, intentando volver a encauzar la clase.

—Me quedaré sin saber de qué se trata —rezongó Constance.

—De acuerdo —suspiró resignada la profesora—. Hablemos del lenguaje secreto del abanico. —El grupo aplaudió entusiasmado—. No durante toda la clase —apuntó para calmar los ánimos—. En primer lugar, sospecho que se han formado una idea equivocada sobre este código *secreto* —matizó la última palabra—. Ciertamente existe, que la mayoría lo conoce y que se emplea; de su efectividad hablaremos en otro momento —aclaró antes de continuar—. Pero no esperen entrar en un salón abarrotado y encontrar a las mujeres haciendo señas con sus abanicos para comunicarse con alguien situado en el extremo opuesto. Este sistema requiere sutileza, pues como bien ha señalado lady Noelle, son muchos los que lo conocen. La discreción es primordial para que el mensaje llegue a la persona adecuada sin ser detectado por otros. De ahí la importancia de saber emplear el abanico —insistió en ese punto—. Y, por supuesto, el receptor de dicho mensaje ha de saber de antemano que irá dirigido a él. Un pretendiente, un... amante —añadió reticente, segura de la reacción de las muchachas a las que les faltó tiempo para reír por lo bajo con picardía—, siempre sabrá que es el destinatario, tal vez por una mirada previa o un anterior encuentro.

—¡Qué emocionante! —exclamó Hester.

—¿Nos mostrará alguna de esas señas? —quiso saber Mariana.

—Quizá en otro momento. —Las protestas no se hicieron esperar—. Antes deben aprender a utilizar este bonito artilugio como las damas que son —cortó de raíz el alboroto en ciernes—. Una vez me hayan demostrado que saben hacerlo, tal vez se lo muestre.

—Pero...

—No pienso arriesgarme a que a alguna se le ocurra cometer la torpeza de ponerlas en práctica en el próximo baile y que todos los presentes se percaten de ello. Y no insistan —atajó entonces la

queja de Margaret—. Ahora, retomemos la clase.

—Sí, lady Valery —dijeron a coro con cierto retintín.

—Abren sus abanicos —pidió la profesora abriendo el suyo para ocultar su sonrisa. Aquella costumbre de las alumnas, lejos de molestarle, le resultaba divertida.

—Necesito comprar hilos para la clase de costura —le susurró Amanda a Lorianne ocultándose también tras el abanico.

Lori asintió, entendiendo que deseaba que la acompañara.

—Lorianne, no lo sostenga con tanta rigidez —señaló lady Valery antes de acercarse a Tiberia para corregir la posición de su mano.

\*\*\*

La directora no les puso impedimentos para que se acercaran al pueblo, por supuesto acompañadas de alguna de las doncellas. Por suerte para ellas, Doll, al verlas pertrechadas con capa y sombrero, se había ofrecido voluntaria para acompañarlas, y ella misma se lo había comunicado a la gobernanta, liberándolas de tener que enfrentarse a Bulldog Burton.

A pesar de la presencia de algunas nubes, el sol había logrado hacerse un hueco entre ellas y resplandecía con fuerza, demasiada para el mes de octubre; incluso hacía calor, tanto que a Lori le estorbaba la capa y le sobraban los guantes.

—Volverá a llover —vaticinó la doncella mirando al cielo con los ojos entornados y el ceño fruncido para protegerse de la luz.

—¿Con este sol? —inquirió Lorianne escéptica, alzando también la vista.

—Precisamente, porque el sol *pica* demasiado, lo sé —respondió Doll convencida.

—¿No debería ser al revés, que este sol tan potente augurara buen tiempo? —cuestionó Lorianne su teoría, intuyendo más o menos el significado de aquel *pica* que empleara la doncella, porque lo estaba sufriendo.

—Yo solo sé que cuando *ese* calienta como lo hace en este momento —dijo señalando hacia arriba—, llueve. Verán que llevo razón. —Ninguna de las dos se atrevió a contradecirla—. Solo espero que no sea pronto o mi Rudy terminará calado hasta los huesos —añadió dirigiendo la mirada hacia la izquierda, a algún punto al final de la calle que, desde el cruce de King's Road, transcurría por detrás del ayuntamiento hasta desembocar en el camino de Londres.

—¿Acaso tienen goteras en la forja? —inquirió Lorianne sorprendida cuando se adentraban en la plaza.

—No es allí donde las hay, sino en el tejado del señor Worth. —A Lori se le aceleró el pulso al oírla mencionar al condestable—. Mi Rudy y el señor McDonald lo están ayudando a repararlo y tienen tarea para un buen rato. Si no les importa... —titubeó Doll al detenerse las tres frente al establecimiento de Bella Gibbs. Amanda dedujo cuáles serían las siguientes palabras de la doncella y comprendió, entonces, por qué se había apuntado al paseo por decisión propia—. Me

gustaría pasar a saludar a Rudy mientras hacen sus compras.

—Podrías a-acompañarla para ver a Showy —le sugirió Amanda a su amiga, extrañada de que la idea no se le hubiera ocurrido a ella.

A Lorianne se le iluminó el rostro.

Había estado tan distraída que apenas había pensado en la perrita y se moría por verla.

«¡Solo a ella!», se dijo desterrando a toda prisa la imagen de unos ojos verdes que se había colado en su mente.

—Reconozco que me gustaría, pero no pienso dejarte sola —dijo en cambio con determinación.

—Me las apañaré. —Esbozó una sonrisa de agradecimiento—. Ve a verla, en un m-momento me reuniré con vosotras.

—¿Estás segura? —Contuvo su entusiasmo, queriendo asegurarse de que Amanda se sentía cómoda con la situación.

—Totalmente, ve tranquila —consiguió decir sin atascarse.

\*\*\*

Apenas doblaron la esquina, Lorianne distinguió a los dos hombres que, encaramados en lo alto de unas escaleras, trabajaban en el tejado del *cottage*. No le costó determinar cuál de ellos era el señor Worth, las diferencias entre ambos resultaban demasiado obvias para tener dudas. De hecho, sus ojos se habían posado sin vacilar sobre la ancha espalda cubierta solamente por una camisa que, como pudo comprobar a medida que acertaban la distancia, llevaba remangada justo por debajo de los codos, dejando expuestos los fuertes antebrazos. De inmediato la asaltó el recuerdo de aquellos brazos en torno a su cintura, de lo cerca que había estado de aquel magnífico cuerpo y lo tentadora que había resultado su boca. Un cosquilleo le trepó por la espalda. Le ardieron las mejillas y tuvo la seguridad de que el señor Worth adivinaría la causa de su rubor.

De repente, visitar a Showy no le pareció tan buena idea. Caminando más despacio, miró atrás y barajó la posibilidad de volver sobre sus pasos para reunirse con Amanda. Demasiado tarde. Doll, con el brazo en alto, agitaba la mano para captar la atención de su prometido.

Nerian ajustaba los haces de paja nueva allí donde acababa de reparar una de las goteras, y a su izquierda Rudy hacía lo mismo con otra de las calvas por la que había logrado colarse el agua. Habían tenido que sustituir parte de la capa superior y reforzar la urdimbre que la sostenía. McDonald había ido al colmado a comprar material por si hubiera que afianzar también la trama del otro faldón.

—Alcánceme ese manajo —le pidió Nerian al empleado de la forja, extendiendo una mano mientras con la otra continuaba acomodando los que ya había colocado, asegurándose de no dejar huecos entre ellos.

Al no recibir la brazada de hierba seca y suponiendo que Hobson estaba ocupado o no lo había escuchado, se estiró para tratar de cogerla él mismo y descubrió al hombre mirando hacia el

camino con una tonta sonrisa de oreja a oreja en la cara. Worth, por curiosidad y sin enderezar la postura, miró por encima de su hombro para averiguar qué o quién provocaba aquella expresión de felicidad. También sonrió al ver a la doncella de Minstrel House que, efusiva, saludaba a su novio.

—Buenas tardes, señor Worth —dijo Doll alzando la voz.

—Buenas tardes, señorita Braxton —le respondió él risueño, reparando en la presencia de otra persona unos metros por detrás. Por inercia, giró aún más —con una torsión casi imposible— para ver de quién se trataba. Descubrir a la señorita Bowler toparse con sus ojos y, sobre todo, percibir su rubor a pesar de la distancia, colocó en su cara un gesto tan contento y amplio como el de Rudy.

Se disponía a saludarla cuando escuchó el alborotado coro de ladridos; eso debería haberlo alertado. Demasiado tarde notó que la escalera se movía bajo sus pies al paso de los perros. Sin tiempo para recuperar la postura o aferrarse al tejado, Nerian perdió el equilibrio y cayó hacia atrás, estrellándose contra el suelo y golpeándose la cabeza. El dolor fue instantáneo, y tan intenso que perdió el conocimiento.

A Lorianne se le heló la sangre en las venas al verlo bracear para evitar la caída, y, paralizada, contempló con horror cómo se precipitaba desde lo alto de la escalera. En ese instante su corazón dejó de latir y la presión que notaba en el pecho le dificultó el meter aire en los pulmones. Fueron apenas unos segundos los que el condestable tardó en llegar al suelo, sin embargo, para ella fue el lapso más largo y angustioso de toda su vida.

El grito de Doll la hizo reaccionar, y con el corazón latiendo de nuevo, aunque encogido de preocupación, ignoró a los perros que se arremolinaban a su alrededor y echó a correr hacia el *cottage*.

Rudy, acongojado, jurando por lo bajo, descendió de la escalera a toda prisa.

—Ve en busca del doctor Aldrich —le ordenó a su prometida.

Doll asintió, y dando media vuelta, corrió hacia la casa situada apenas unos metros más allá, rezando para que el doctor se encontrara en ella.

—¿Está...? —Arrodillada ya junto al cuerpo inmóvil de Nerian, con la respiración entrecortada, Lori no pudo terminar la pregunta; el miedo a la respuesta y el nudo de preocupación que le oprimía la garganta se lo impidieron.

—Se ha desmayado —la tranquilizó Rudy a pesar de su propio nerviosismo—, este hombro no tiene buena pinta y el golpe en la cabeza ha sido muy fuerte.

Lorianne se estremeció al recordar el sonido que había hecho el cráneo del señor Worth al chocar con el suelo: seco, rotundo. ¡Jamás lo olvidaría! Y si algo le llegaba a suceder no se lo podría perdonar, porque en cierta forma era la responsable de la caída. Su presencia lo había hecho volverse hacia ellas, quedando en una posición inestable, y los perros, que salieron en estampida a recibir las, habían tropezado con la escalera provocando el aparatoso accidente.

En ese momento, los cachorros se habían acercado y jugaban entre ellos, ajenos a lo que ocurría

a su alrededor. Showy, sin embargo, se había aproximado y, olisqueando la cabeza de su amo, se había tumbado con el hocico apoyado sobre el brazo inerte de este.

—Será mejor que me los lleve dentro —señaló Rudy Hobson cargando a los tres revoltosos perros a un tiempo, y desapareciendo en el interior de la casa.

Lorianne, impotente, con los nervios a flor de piel, y queriendo asegurarse de que continuaba respirando, bajó la mirada hasta el pecho que la camisa entreabierta dejaba al descubierto. El movimiento, apenas perceptible, la impulsó a desprenderse de los guantes y, con determinación, posar la mano sobre el pectoral en busca del latido. El ensortijado vello le hizo cosquillas en la palma y un escalofrío le trepó por el brazo; lo ignoró, concentrándose en las lentas pero fuertes palpitaciones. Showy gimoteó.

—Se pondrá bien —susurró Lorianne para tranquilizar a la perra, y a sí misma también, acariciando la cabeza del animal y resistiéndose a apartar la otra mano del fornido pecho del señor Worth; necesitaba saber que su corazón continuaba funcionando, aunque sus párpados permanecían cerrados.

Mientras contemplaba el rostro en apariencia sereno del señor Worth, Lorianne deseó con toda su alma que abriera sus increíbles ojos verdes y que la mirara como solía hacer, consiguiendo que le subieran los colores. Sin ser consciente de ello, porque su mirada se había posado sobre aquellos labios que a punto habían estado de besarla, sus dedos acariciaban con pequeños círculos la cálida piel del fornido torso masculino.

—Ahí viene el médico —anunció Rudy al salir de la casa, con la vista puesta en el camino.

Lorianne miró en la misma dirección y, aliviada, comprobó que el señor Hobson estaba en lo cierto y el doctor Aldrich, con su maletín de piel en la mano, corría hacia ellos seguido de cerca por el señor McDonald. Detrás, con la preocupación pintada en el rostro, se acercaban también Amanda y Doll.

Lorianne, pendiente de la llegada del galeno, se sobresaltó cuando una mano grande y fuerte cubrió la suya. Su mirada voló hacia el rostro del condestable sabiendo que había recuperado el conocimiento y la observaba.

Sus ojos se encontraron, y el corazón que, hasta ese instante, había latido con normalidad bajo la pequeña mano de la muchacha, de repente, enloqueció contagiando su locura al de Lorianne.

Una mueca de dolor atravesó el rostro de Worth. Lorianne, sin pensar en lo que hacía, le acarició la frente mientras le sostenía la mirada.

—Permítame, señorita —la instó Aldrich a apartarse. Lori se hizo a un lado, llevándose consigo a Showy sin reparar en la mirada que Angus McDonald le estaba dedicando—. Parece que se ha dislocado el hombro. Tendré que colocárselo.

## Capítulo 9

Angus, apoyado en el quicio de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho, observaba a Worth con una sonrisa torcida en los labios. El otro, recostado sobre la cama, con el brazo izquierdo en cabestrillo para inmovilizar el hombro, comenzaba a sentirse incómodo con el silencioso escrutinio del herrero y la diversión que denotaba la mueca de su boca.

—¿Hay algo en mi aspecto que le resulte gracioso, McDonald? —preguntó Nerian malhumorado, a pesar de que el simple hecho de fruncir el ceño le causó dolor. Sentía la cabeza a punto de estallar y el hombro le ardía como un demonio.

—Era ella, ¿verdad? —preguntó Angus, ignorando a propósito la del otro.

—No sé a qué se refiere —rezongó esquivo Nerian, masajeándose la dolorida articulación; se estremeció al recordar la forma en que Aldrich la había manipulado para devolver el hueso a su sitio y el dolor que había sentido cuando lo consiguió.

—¡No me venga con esas, Worth! Sabe de sobra a quién me refiero. ¿O acaso el golpe en la cabeza le ha hecho perder la memoria? Aunque no tuve esa sensación hace un rato ahí fuera, cuando me los encontré mirándose como un par de tórtolos.

—¿Qué dice, majadero?

—¡Señor!, ha vuelto a ponerse encarnado —se carcajeó divertido Angus. Jamás hubiera sospechado que un hombre como el condestable pudiera ser tan pudoroso—. Va a ser verdad que se ha enamorado.

—Lo de la discreción no va con usted, ¿eh, McDonald? —le recriminó sardónico.

—No hay nadie que pueda escucharme —se justificó encogiéndose de hombros.

—¿Se ha marchado ya... todo el mundo? —La breve pausa delató el interés real de Worth.

—Muy acertado ese *todo el mundo* —apuntó con sorna el herrero—. En un instante se reunió ahí fuera tanta gente que bien podríamos haber organizado una merienda —añadió consciente de que al demorar su respuesta estaba poniendo a prueba la paciencia de su maltrecho amigo; la adusta mirada que este le dedicó lo confirmaba—. Si quería saber de la muchacha, ¿por qué no lo ha preguntado directamente? —En esa ocasión el gesto del otro fue de advertencia y Angus supo que se estaba extralimitando—. De acuerdo —desistió—, dejaré de provocarlo, pero solo porque está hecho unos zorros —señaló socarrón, sonriendo de medio lado.

—Gracias. —Lo fulminó con la mirada.

—Y sí, las muchachas de la escuela también se han marchado. —Otra cosa sería improbable—. Pero debe saber que la morena no ha querido irse hasta saber cómo se encontraba. Parecía realmente afectada. —No había rastro de burla en ese comentario, tampoco lo hubo al ver el gesto de alegría que había aparecido en el rostro de Nerian. Algo que Worth se apresuró a corregir para evitar las mofas de McDonald.

—Lo que me preocupa ahora es el tejado. —Cambió de tema a propósito y se masajeó los ojos con las yemas de los dedos intentando deshacerse de la sensación de mareo que lo acompañaba—. Si vuelve a llover...

—¡Olvídese del condenado tejado! —lo increpó Angus—. Rudy se ha encargado de tender de nuevo las lonas y mañana por la tarde nos pondremos los dos otra vez a la faena y remataremos el trabajo —sentenció dando por zanjada la cuestión.

—No quisiera que desatendiera su negocio por mi causa.

—Descuide, no lo haré, y ahora despreocúpese y descanse, que es lo que debe hacer —le aconsejó serio.

—Gracias, le debo...

—¡Ah, no!, conmigo no se ponga tierno. Eso déjelo para su... dama. —Con las mismas, Angus dio media vuelta y desapareció de la entrada del dormitorio.

Nerian no pudo evitar soltar una carcajada, aunque se arrepintió al momento cuando una punzada de dolor le atravesó de lado a lado el cráneo. Aun así, se sentía de buen humor. Tal vez porque al recobrar el sentido había sido a la señorita Bowler a quien encontrara a su lado. Se estremeció al recordar su tacto y el delicado roce de sus dedos sobre la piel.

Ignoraba qué la había impulsado a posar la mano sobre su pecho sin pudor alguno, pero fuera cual fuese el motivo, no podía más que alegrarse. En ese instante, saber de su preocupación, encendía una pequeña llama de esperanza en su pecho.

\*\*\*

—Lorianne... —La directora realizó una pausa. Sabía del afecto, quizá excesivo, que la muchacha sentía por la perrita del condestable Worth, pero su petición resultaba bastante irregular—. No puedo concederte el permiso que...

—Por favor, lady Eleanor. —La súplica de la alumna no la tomó por sorpresa—. Me siento responsable de lo ocurrido.

—Entiendo tu preocupación, pero no creo que debas sentirte culpable por el infortunado accidente del señor Worth. —Alzó la mano para contener la réplica de la joven—. Según tengo entendido fueron los perros los que provocaron el accidente.

—Precisamente —aseveró Lori—, los cachorros salían a recibirnos y tropezaron con la escalera. De no habernos presentado sin previo aviso, nada de eso hubiera ocurrido.

Eleanor tenía que reconocer que, en cierta forma, la muchacha llevaba razón: su decisión había

sido poco acertada, y las consecuencias, desastrosas.

—Espero que al menos la experiencia te haya servido de aprendizaje y la próxima vez que planes una visita, te asegures de anunciar tu llegada con antelación suficiente.

—El señor Worth ha de guardar reposo como consecuencia del golpe en la cabeza y la lesión de su hombro —volvió a la carga Lori pasando por alto la observación de la directora, dispuesta a no darse por vencida—, entre tanto alguien debe hacerse cargo de los perros y yo...

—Te sientes responsable, lo sé, me lo acabas de decir —se le adelantó, aunque sin dar muestras de impaciencia.

—Podría ir a la hora del almuerzo y estaría de vuelta para la siguiente clase. Lady Amanda está dispuesta a acompañarme y creo que a Doll tampoco le importaría —soltó intentando mantener la compostura a pesar del desasosiego que bullía en su interior desde que todo ocurriera. Ni saber que el señor Worth se recuperaría había logrado aplacar su agitación. Sospechaba que la causa era sentir el contacto de su mano cubriendo la suya y aquella última mirada que cruzaran. Quiso creer que el recuerdo del instante compartido durante el baile continuaba afectándola. De ahí la intensidad de lo que había sentido.

Terminaría por pasársele, resolvió desechando aquellos pensamientos, decidida a obtener el consentimiento de la directora.

Eleanor la observaba con interés, quizá hasta con algo de suspicacia, pues tras su discurso, Lorianne se había quedado callada. Pudiera parecer que a la espera de una respuesta, sin embargo, se dio cuenta, por lo distraído de su mirada, que algo la inquietaba.

La directora aprovechó el silencio de la joven para meditar su decisión. Tal vez, como aseguraba, su interés se centrara solo en los perros. En ese caso nada habría de malo en ceder a su petición. Ella, como todos en el pueblo, apreciaba al señor Worth y su conciencia no le permitía negarle ayuda cuando la necesitaba, aunque estaba segura de que los vecinos de Minstrel Valley no desatenderían al buen condestable. De todas formas, dudaba que saber esto hiciera cambiar de parecer a Lorianne, que parecía dispuesta a expiar su culpa de aquella manera.

—No será necesario que renuncies al almuerzo. —Un destello de esperanza iluminó la mirada de la muchacha—. Puedes ocuparte de los animales del señor Worth durante el descanso del mediodía.

—Muchas gra...

—Pero... —la interrumpió—, has de estar de regreso para la primera clase de la tarde. Al menor retraso revocaré el permiso —le advirtió Eleanor con un tono que no admitía discusión. Lorianne asintió con un rápido movimiento de cabeza que delataba su contento—. Sobra decir que has de ir acompañada. Ahora puedes retirarte a descansar. —Conteniendo a duras penas la sonrisa que tiraba hacia arriba de sus labios, se puso en pie—. Y... Lori, espero no tener que arrepentirme de haber tomado esta decisión.

La joven, aunque negó con un gesto, se marchó sin comprender el motivo del aviso.

Como directora, Eleanor se había sentido en la obligación de advertir a la muchacha; pero

como mujer, además enamorada, no podía dejar de pensar que Lorianne, en su empeño por lograr el que consideraba un matrimonio perfecto, no veía más allá de su idea y se estaba negando la oportunidad de descubrir el amor. Porque estaba convencida de que no solo era amistad lo que había detectado en las miradas de la joven y del señor Worth cuando unos meses atrás, de camino a casa de la abuela Joan, ellas dos se habían encontrado con él. Tal vez se equivocara y en verdad se trataba de simpatía, pensó la mujer con una expresión en su rostro que contradecía aquel último pensamiento.

\*\*\*

Apoyado contra el respaldo del sillón y aunque un poco mareado, Nerian releyó por cuarta vez la nota que Johnny le había entregado a primera hora de la mañana y consultó la hora en el reloj colocado sobre la repisa de la chimenea. Calculó que debía estar a punto de llegar y un cosquilleo de anticipación le recorrió el cuerpo. Era la primera vez que la señorita Bowler anunciaba su visita. Ciertamente que en otras ocasiones no era a él a quien deseaba saludar y nunca había pasado de la entrada. Suponer que en esa ocasión sí lo haría, le había llevado a ignorar la recomendación de Aldrich de guardar reposo. No hubiera sido correcto recibirla estando en la cama, y por mal que se encontrara, prefería soportar el dolor que ponerla en semejante aprieto o peor aún, que decidiera marcharse.

Impaciente, volvió a comprobar la hora. Showy, tumbada a sus pies, percibió su agitación y levantó la cabeza para mirarlo. Nerian estiró el brazo para rascarle la cabeza. En ese instante, la perra se puso en pie, miró hacia la puerta de la sala y comenzó a mover la cola. Worth supo que la señorita Bowler había llegado.

El sonido de la aldaba se lo confirmó. Al levantarse, quizá demasiado rápido, el mareo se intensificó. Una punzada de dolor le atravesó el hombro.

Fuera, Lorianne mantenía las manos entrelazadas, ocultas bajo la capa, intentando aparentar una tranquilidad que estaba lejos de sentir. Tras una noche plagada de extraños sueños y momentos de desvelo, estaba inquieta. Tanto que durante la clase de costura varias veces se había pinchado los dedos con la aguja; la de baile mejor no la recordaba, pues su actuación ese día había sido lamentable. Y el almuerzo, si de ella hubiera dependido, se lo habría saltado, y no solo por salir cuanto antes hacia la casa del condestable, sino porque los nervios le habían cerrado el estómago y solo había sido capaz de tomar un par de bocados. De no haber tenido que aguardar por Doll, se habría marchado sin comer. Así de ansiosa se sentía. Al parecer también distraída, pues al abrirse la puerta el corazón le brincó en el pecho y volvió a hacerlo al notar la ausencia de color en el rostro de Worth.

—¡Por el amor de Dios, va a desmayarse! —exclamó preocupada al tiempo que, sin detenerse a pensar si lo que hacía era o no correcto, le rodeó la cintura con el brazo instándolo a caminar hacia el interior de la casa—. Apóyese en mí.

De no haberse encontrado tan mal ni afectado por el abrazo de la joven, que pegaba el diminuto cuerpo contra su costado, Nerian se habría reído de lo absurdo que resultaba que la muchacha, pequeña como era, pretendiera cargar con alguien de su tamaño. Pero no, no estaba en condiciones de reír y mucho menos de protestar. Aunque tampoco estaba al borde del desmayo como ella suponía. Se había mareado al levantarse y llegar hasta la puerta había sido todo un reto. De todas formas, solo necesitaba tomar asiento y esperar a que la sensación de vértigo desapareciera.

—Tal vez un té le sentaría bien —apuntó Doll, que los seguía de cerca por si fuera necesaria su ayuda; de no haber llevado el hombre el brazo izquierdo en cabestrillo se habría situado en aquel lado para sostenerlo entre las dos.

Una vez acomodado en el sillón, Nerian reclinó la cabeza contra el respaldo y cerró los ojos. Lori, sin perderlo de vista, se inclinó para acariciar el lomo a Showy que aguardaba la carantoña agitando la cola.

—Necesitaríamos agua y un paño —comentó al reparar en las gotas de sudor que comenzaban a aparecer en la frente del señor Worth.

—En la cocina... Al fondo a la derecha —apuntó Nerian con tono apagado, sin molestarse en abrir los ojos.

—Ahora mismo lo traigo. —La doncella se apresuró a realizar el encargo.

Lorianne, entre tanto, se despojó de los guantes, la capa y el sombrero, los dejó sobre una de las sillas situadas junto a la ventana que miraba hacia el camino y regresó junto al condestable.

—Le aflojaré el pañuelo —le advirtió al tiempo que, con dedos temblorosos a causa de la proximidad, o tal vez de ciertos recuerdos, deshacía el nudo del lazo saltándose con ello varias normas de conducta. Pensó en quitarle también la chaqueta, pero hubiera sido excesivo. Y verlo de nuevo en mangas de camisa, demasiado turbador, reconoció, conteniéndose para no mirar la porción de piel que había quedado expuesta al quitarle el pañuelo. Aunque no necesitaba mirarlo para recordar el tono o la perfección de sus formas. Porque un torso como el suyo tenía que ser a la fuerza un ejemplo de perfección, pensó mientras observaba con detenimiento los marcados pómulos, la nariz recta y el sólido mentón.

—Gracias —musitó Nerian alzando los párpados para mirarla apenas un instante; enseguida tuvo que volver a bajarlos porque la habitación continuaba moviéndose a su alrededor. Frustrado, masculló por lo bajo un juramento.

El movimiento de sus labios atrajo la atención de Lori. También estos eran... bonitos no era la palabra adecuada, no para un hombre de aspecto tan recio y masculino como el señor Worth, se dijo. Los sabía suaves, porque los había sentido sobre su frente; cálidos y sinceros cuando sonreía, y además muy apetecibles, concluyó sonrojándose. Aun así, se sintió tentada a acariciarlos al ver que los fruncía quizá a causa del dolor. Incluso alzó la mano para hacerlo.

—Aquí está el agua, señorita Bowler —anunció Doll.

Lori dejó caer la mano y se volvió hacia la doncella que en ese instante entraba en la salita. Si la otra percibió su rubor no dijo nada, solo depositó el cuenco sobre una mesilla auxiliar.

Lorianne humedeció el lienzo, lo escurrió y, tras apartar unos mechones que se habían pegado a la frente, lo colocó sobre ella. Su cabello, rubio oscuro con reflejos que llegaban a parecer grises, también era bonito.

—¿Se siente un poco mejor? —le preguntó por cambiar el rumbo de sus pensamientos.

—Mucho mejor, gracias —respondió Nerian con un tono más grave de lo habitual; Lori lo achacó al malestar. Worth sabía que se debía al suave roce de sus dedos; hasta ese extremo se sentía afectado si era ella quien lo tocaba.

—Si les parece, iré a ocuparme de los cachorros —dijo Doll—. Me han sentido trastear en la cocina y tremendo alboroto han montado allí atrás.

—Me había olvidado de ellos —reconoció Lorianne abochornada.

—No se apure, señorita, yo me encargo. Vamos, Showy —llamó Doll a la perra para que la acompañara al patio trasero, donde se encontraban el resto de los canes. Showy aguardó la señal de su amo para seguir a la doncella.

De nuevo a solas, Lori se removió nerviosa y, buscando mantenerse ocupada, retiró el paño, lo introdujo de nuevo en el agua y regresó para pasarlo con suavidad sobre la frente del hombre que, poco a poco, iba recuperando el color.

La ternura del gesto lo sacudió por dentro. Aun a riesgo de volverse a marear, abrió los ojos. Lorianne interrumpió lo que estaba haciendo y, despacio, apartó la mano, no así la mirada.

«¿Y qué decir de sus ojos?», pensó arrobada. No solo se trataba de aquel llamativo y cambiante color verde suyo lo que los hacía increíbles; la intensidad con que la miraba era, desde siempre, lo que la hacía sentir nerviosa; porque nunca nadie la había hecho como él.

—Me alegra que haya venido —rompió Worth el silencio con un susurro ronco.

—No debería. —Sacudió la cabeza y clavó la vista en el suelo—. Por mi causa ha estado a punto de desmayarse. Tendría que estar acostado, guardando reposo, y mi visita le ha obligado...

—Créame —la interrumpió estirando la mano para rozar apenas la de ella—, incluso si me hubiera desmayado, habría merecido la pena.

—¿Cómo puede decir eso? —Lo miró sorprendida y con el pulso acelerado por la caricia, o quizá por sus palabras.

—Resulta agradable tener visita cuando uno se encuentra convaleciente —dijo sin atreverse a confesar lo que en verdad sentía.

—Por supuesto.

¿Era decepción lo que Nerian había detectado en su voz? Su sonrisa tampoco desprendía la alegría de otras veces.

Worth se puso en pie despacio y se acercó a ella, tanto que Lori necesitó echar la cabeza hacia atrás para mirarlo. Ambos fueron conscientes de que se encontraban en la misma posición que la noche del baile en el mercadillo. Regresó entonces el anhelo a sus ojos y el deseo a sus bocas.

Nerian le acarició la mejilla y, despacio, deslizó los dedos hacia sus labios. Los perfiló con el dedo corazón. Lori cerró los ojos al tiempo que un quedo suspiro de emoción escapaba de su

pequeña y sonrosada boca. ¡Era tan perfecta y apetecible!, pensó Worth sucumbiendo de nuevo a la tentación de acercarse a ella. Recibir la caricia de su aliento le hizo olvidar la prudencia, y antes de arrepentirse la besó.

Lorianne gimió al sentir la suave presión de su lengua y se le aflojaron las rodillas cuando esta se movió junto a la suya. Necesitó aferrarse a sus hombros para sostenerse. Nerian gruñó de dolor, pero no le permitió apartarse, la retuvo junto a él deslizando la mano por su espalda hasta alcanzar su cintura. Fue entonces, cuando sus cuerpos se encontraron, que la caricia se tornó vehemente, incitante y codiciosa. Lori, con una legión de hormigas marchando dentro de su estómago, quiso participar del beso; imitó sus movimientos con timidez al principio y cierta torpeza también. Excitado con su respuesta, Worth estrechó el abrazo y se amoldó a la cadencia que le marcaba. Jadearon a la vez cuando sus bocas encajaron a la perfección.

—Menudos tragaldabas que están hechos esos tres —decía Doll entre risas, de camino a la sala de estar sin imaginar el remolino de sensaciones que allí se experimentaba.

Al escucharla, Lorianne recordó que no estaban solos. Respirando de forma entrecortada, se apresuró a dar un paso atrás para poner distancia entre ellos. Aturdida aún, con el corazón acelerado y sofocada, lo miró de soslayo. El condestable aparentaba serenidad, aunque la tensión de su mandíbula y la oscuridad de su mirada delataban su agitación. Saberlo tan afectado como ella misma no la ayudó a apaciguar el revuelo que se había formado en su interior, al contrario, pareció que iba en aumento. Se mordió el labio para contener un nuevo gemido.

Nerian vio el gesto de la muchacha y deseó ser él quien lo mordiera. Se encendió aún más de solo imaginarlo.

—Vuelve a tener mala cara, señor Worth —señaló preocupada Doll al entrar en la salita, precedida por Showy. La perra pasó junto a la pareja para ir a enroscarse frente a la chimenea—. Creo que debería meterse cuanto antes en la cama y seguir las indicaciones del doctor. Ese golpe que se dio ayer en la cabeza... —Meneó la suya torciendo el gesto, dando a entender que aquello no era nada bueno—. Tiene que cuidarse y descansar. Y por los perros ni se preocupe, nosotras nos encargamos, ¿verdad, señorita Bowler?

—¿Eh?... Ah, sí. —La voz le salió desafinada. Carraspeó para aclararla—. Por supuesto, nosotras nos ocuparemos de ellos —añadió ignorando los alocados latidos de su corazón—. Ahora debemos marcharnos, prometí llegar puntual para la siguiente clase. —Evitó mirarlo mientras recuperaba la capa, el sombrero y los guantes. Si lo hacía, corría el riesgo de entrar en combustión como consecuencia del sofocante calor que sentía.

—Hasta mañana, señorita Bowler. —Aunque los perros no necesitaran tanta atención como ella parecía creer, no sería él quien le quitara de la cabeza la idea de volver al día siguiente.

—Hasta mañana, señor Worth —se despidió, dedicándole una última y ávida mirada que lo sacudió por dentro.

\*\*\*

Si las clases de la mañana habían sido un desastre, las de la tarde fueron aún peores. Ensimismada, Lorianne había estado a punto de caerse del caballo durante la práctica de equitación. Más tarde lady Valery la había tenido que corregir varias veces mientras repasaban la forma correcta de saludar. Por suerte ese día no le tocaba servir el té o habría terminado desparramado sobre la alfombra.

Agradeció a Jane la taza que le entregó y removió su contenido distraída. Era incapaz de dejar de pensar en el beso del señor Worth. ¡Su primer beso!

Había sido tan dulce, y a la vez tan excitante, que aún notaba el revoloteo en el estómago y la presión en los labios. Se sentía ligera y le apetecía sonreír todo el tiempo. ¡Y al día siguiente regresaría!

«No, no, no, olvídale», se dijo cortando de raíz el pensamiento que había comenzado a tomar forma en su cabeza. Lo de esa tarde no podía volver a ocurrir. Si regresaba a casa del condestable era con un propósito concreto: ofrecerle su ayuda, no su boca. Un escalofrío le recorrió de abajo arriba la espalda y le erizó el vello de la nuca de solo imaginar que volviera a suceder. ¿Qué podía haber de malo en un beso?

—¿Y a ti qué te parece, Lori? —escuchó a medias la pregunta de Margaret.

—¿Qué me parece...? —inquirió, deseando que alguien completara su pregunta y averiguar sobre qué o quién estaban hablando sus compañeras.

—El conde de Telford —apuntó Becca.

—Noelle opina que es atractivo y...

—¡Maldición! —exclamó Lorianne apurada al darse cuenta de que ese día no solo no había visitado a Christine, sino que también había olvidado el paseo que el conde le propusiera para esa misma tarde—. Me vais a disculpar, pero tengo un compromiso —se excusó de camino a la puerta olvidándose del té.

—¿Un compromiso?

—¿Con quién?

—Con el conde de Telford —añadió con intención justo antes de abandonar la salita.

El revuelo que generó su respuesta se escuchó incluso desde mitad de la escalera.

Cuando llegó frente a la puerta del dormitorio de Christine, se tomó un instante para revisar su aspecto. Satisfecha, golpeó un par de veces la madera con los nudillos.

—Señorita Bowler, qué agradable sorpresa. —Abrió Stuard la puerta, pero sin hacerse a un lado para que pudiera entrar.

—Buenas tardes, lord Telford —saludó sin olvidar la venia—. ¿Cómo se encuentra Christine?

—Mejor, aunque se acaba de quedar dormida. Me temo que era demasiado pronto para el paseo que ayer planeamos. —Compuso una mueca de aflicción—. Una verdadera lástima —añadió con aire distraído, como si se tratara de una reflexión hecha en voz alta sin querer—. Me preguntaba si usted... —hizo una pausa.

—¿Sí? —lo animó Lori a continuar, pues tuvo la sensación de que no se decidía.

—No importa, olvídelo. —Sonrió condescendiente—. Necesito tomar un poco el aire y estirar las piernas, pero no sería justo por mi parte pedirle que me acompañara cuando seguro tiene cosas más interesantes que hacer.

—En realidad, no —señaló risueña. El paseo le sentaría bien; la ayudaría a deshacerse del atolondramiento, incluso hasta lograría apaciguar el ritmo de los latidos de su corazón.

De no ser un caballero y detestar además toda muestra pública de entusiasmo, Stuard habría celebrado su suerte.

—En ese caso, ¿sería tan amable de acompañarme? —preguntó por puro formalismo, ofreciéndole su brazo después de haber cerrado la puerta tras la que supuestamente Christine dormía.

Sabía que no disponía de tiempo y debía actuar con rapidez si quería seducirla. Pronto sus visitas se verían limitadas, incluso dejarían de tener sentido una vez que Christine se recuperara por completo, y entonces, acercarse a la señorita Bowler sería bastante más complicado, por no decir imposible.

## Capítulo 10

Los jardines traseros de Minstrel House, protegidos del exterior por un muro de piedras de un gris más pálido que las del resto de la tapia —se creía que tomadas de unas viejas ruinas romanas levantadas cerca de allí—, solían encandilar a quienes los visitaban por lo amplios que eran y lo bien cuidados que estaban. A Lorianne le gustaba especialmente caminar por entre los parterres que, enmarcados por una magnífica y centenaria rosaleta, siempre —sin importar la estación— ofrecían un espectáculo de aromas y colores gracias a las flores de temporada que el señor Randall cultivaba en el invernadero. Sin embargo, esa tarde permitió que fuera su acompañante quien eligiera el recorrido del paseo. El conde, atraído quizá por el rumor de la fontana dedicada a la diosa Minerva, guio los pasos de ambos hacia la glorieta central.

—Qué lástima que Christine no haya podido acompañarnos —comentó Lorianne, buscando alejar de sus pensamientos al condestable Worth y centrar su atención en lord Telford—, estoy segura de que tomar el aire le habría sentado bien.

—Quizá mañana se sienta con fuerza suficiente para intentarlo —repuso Stuard. El ligero alboroto que se escuchó a sus espaldas hizo que mirase hacia atrás con discreción. Un grupo de alumnas se había asomado a una de las ventanas de la planta baja y, pendientes de ellos dos, hablaban entre risas. «¿Qué clase de modales les inculcan en esa escuela?», se cuestionó molesto por la falta de decoro de las muchachas—. Al parecer, nuestro paseo ha generado expectación —comentó impostando una sonrisa.

Lorianne también había escuchado el jolgorio. Con menos sutileza que su acompañante, miró por encima de su hombro hacia el edificio. No pudo reprimir la risa al encontrar a parte de sus compañeras apostadas en la ventana de la salita lavanda.

—Me confieso responsable de la curiosidad de mis amigas, milord —respondió divertida sin dejar de sonreír.

—Con su comentario ha logrado despertar la mía. —La miró interrogante el conde.

—Tendrá que disculparme, lord Telford, pero no considero correcto desvelar la conversación que se mantuvo en la salita durante el té. —Se detuvieron junto a los bancos que rodeaban la magnífica fuente.

—Me agradan su discreción y la lealtad que demuestra hacia sus compañeras —comentó reflexivo—. Me agrada usted, señorita Bowler —añadió apartándole del rostro un fino mechón de

cabello que había escapado del recogido. Lorianne, aunque no se apartó, se removió inquieta ante el giro de la conversación y el exceso de confianza por parte del caballero—. Disculpe, no pretendía incomodarla.

—Me ha sorprendido, eso es todo —se justificó con una sonrisa algo forzada.

—No comprendo el motivo. Estoy seguro de no ser el primero que le dice que es usted una joven encantadora. De hecho... —Hizo una pausa, avanzando un paso hacia ella—, la encuentro sumamente atractiva, señorita Bowler.

—Milord..., no sé qué responder a eso —manifestó, turbada por lo extraordinario de la situación. Dos hombres en un mismo día le decían... No, el condestable no le había dicho nada, solo la había besado, recordó notando en el pecho un pellizco que no se detuvo a analizar.

—Dígame que estaría dispuesta a concederme la oportunidad de pretenderla y me daré por satisfecho. —Se atrevió Bradbury a coger su mano, sin perder detalle de su reacción.

—¿Pretenderme? —repitió desconcertada, con un parpadeo que ratificaba su confusión—. Yo...

—Está bien, no es necesario que me conteste ahora; pero si le soy sincero, no dispongo de mucho tiempo. Christine se recupera y mis obligaciones en Londres me reclaman. Si me he decidido a dar este paso es porque tengo la certeza de que formaríamos una pareja muy bien avenida.

Esas últimas palabras captaron la atención de Lorianne. Al advertirlo, Stuard se sintió más seguro de lograr su objetivo. Después de todo, tendría que estar agradecido a Christine por la información que le había facilitado sobre su querida amiga.

«Formaríamos una pareja bien avenida», repitió la joven para sí con menos entusiasmo del que había esperar. ¿Por qué, si aquel siempre había sido su objetivo, no le parecía tan buena propuesta? No dudaba que la unión con el conde fuera a ser como le aseguraba. Además, el hombre le agradaba; incluso le resultaba atractivo. Entonces, ¿dónde estaba el problema? Demasiado precipitado todo, justificó así su indecisión. Había sido tan inesperada la proposición que apenas le había dado a asimilarla. Aunque tal vez no tendría que haberla tomado por sorpresa, pues Christine ya le había hablado de la buena opinión que el conde tenía sobre ella.

Stuard comenzaba a impacientarse con el silencio de la muchacha. Se sentía estúpido allí parado, sosteniéndole la mano mientras ella meditaba su respuesta.

—Quizá tendría que haberle hablado de amor —manifestó Bradbury, decidido a terminar cuanto antes con todo aquel teatro—. Pero no he querido insultar su inteligencia mencionando un sentimiento que, ambos sabemos, es imposible que exista en este momento. —Temió haber sonado demasiado directo, aun así, continuó—: El afecto nace con el paso del tiempo y gracias a la convivencia; surge cuando el respeto es mutuo —sentenció solemne—. Tal vez no es esto lo que una muchacha espera escuchar, pero deseo que se sienta libre de tomar una decisión basándose en la verdad.

A Lorianne le costaba creer que el breve discurso del conde se ajustara de manera tan perfecta

a su forma de pensar y que, además, le estuviera ofreciendo la clase de compromiso que siempre había deseado. Uno basado en la confianza y el respeto. Se sintió tentada a aceptar la propuesta de inmediato, pero el recuerdo de unos suaves labios acariciando los suyos la hizo cambiar de opinión.

—Valoro su sinceridad, milord, y sus palabras no podrían parecerme más adecuadas —comenzó, bajando la vista a la mano que aún sostenía la suya. Si bien el contacto no le desagradaba, tampoco provocaba la menor reacción en su cuerpo—. Aun así, creo que sería precipitado tomar una decisión sin apenas conocernos.

—Comprendo —dijo Telford obligándose a ocultar su disgusto—. Le propongo entonces que aprovechemos mi estancia en Minstrel Valley para... conocernos. ¿Qué opina? —inquirió consciente de la importancia que la joven concedía a que se tuviera en cuenta su parecer.

—Creo que es lo más acertado —respondió aliviada. En verdad necesitaba poder pensar con tranquilidad.

—No sabe cuánto me complace que hayamos llegado a un acuerdo —comentó antes de depositar un beso sobre la mano desnuda de Lorianne—. Solo le pido una cosa —añadió, evitando que Lori alcanzara a evaluar el efecto de aquellos labios sobre su piel y, mucho menos, a compararlos con otros—: discreción. Al menos hasta que haya tomado una decisión. —La vio asentir. Satisfecho y confiado, le propuso regresar a la mansión.

\*\*\*

Durante la cena, Lori había tenido que lidiar con las preguntas de algunas de sus compañeras. Creía haber salido airosa contando una verdad a medias sobre su paseo con el conde. Mintió, eso sí, al explicar que la conversación había girado en torno al estado de salud de Christine. De esa manera había logrado apaciguar el interés de sus amigas, que nada de especial o romántico encontraban en caminar junto a un hombre si se hablaba de otra mujer, aunque se tratara de la hija de este. Por suerte, habían encontrado otro tema de conversación más interesante y la habían dejado tranquila. Al terminar, había conseguido escabullirse a su dormitorio alegando jaqueca. Solo Jane y Amanda la habían seguido para interesarse por su estado y ver si necesitaba alguna cosa.

Unas horas más tarde, tumbada bocarriba, con las sábanas hasta la barbilla, Lorianne paseaba la mirada por las sombras que el fuego de la chimenea proyectaba sobre el dosel de su cama. Intentaba poner un poco de orden en sus pensamientos, porque no podía considerar la propuesta del conde si entre medias recordaba el apasionado abrazo del condestable.

Abandonó la cama, frustrada al no conseguirlo. Se acercó a la ventana y apartó el pesado cortinón de color verde que la cubría. Fuera se había levantado un fuerte viento y las primeras gotas comenzaban a caer, anunciando otra noche de lluvia.

«¿Por qué me ha tenido que pasar esto?», se lamentó, pegando la frente al cristal. En un mismo

día, dos hombres habían puesto su mundo patas arriba. Porque si el beso de Worth había sido maravilloso, no lo era menos la posibilidad de comprometerse con Telford. De hecho, sabía que aquella era una oportunidad única, y estaría demostrando ser muy necia si la desperdiciaba. Aún le maravillaba que sus ideas sobre la convivencia y el matrimonio coincidieran con las propias, y que le hubiera hablado de confianza y respeto. ¡Era tan inusual! ¿Cómo rechazar al hombre que parecía cumplir todos sus requisitos? Un hombre, además, con posición e ingresos. No la movía la ambición, pero también eran detalles importantes que tener en cuenta. Como el hecho de que Christine era su única hija y él necesitaba un heredero. Si llegara a casarse con lord Telford, sería esposa y madre de un futuro conde, calculó de regreso a la cama.

Lo mirase por donde lo mirase, Stuard Bradbury, conde de Telford, era un buen partido.

«Aunque no es tan apuesto como el señor Worth», se coló el pensamiento en la cabeza de Lorianne, poniéndole el estómago del revés y avivándole el pulso. Quiso achacar la reacción de su cuerpo a lo feo que resultaba comparar a ambos hombres. De todas formas, y a pesar de que las comparaciones eran odiosas, no podía negar lo evidente: el condestable poseía un físico mucho más imponente que el padre de su amiga.

En cualquier caso —caviló— este último, de diferente manera, también resultaba bastante imponente. Ciertamente no era tan joven, alto y fuerte como Worth, pero estaba segura de que con sus excelentes maneras, su aspecto siempre impecable y, sobre todo, su porte distinguido —tal vez hasta un poco arrogante—, acaparaba las miradas de muchas damas en los salones de Londres. Poseía, además, un aire de autoridad, innata en los de su clase, que lo hacía aún más interesante, reconoció Lorianne contemplando de nuevo el juego de luces y sombras creado por las llamas.

«El señor Worth también desprende autoridad, aunque la suya viene dada por el cargo», reflexionó de forma inconsciente, incluyendo de nuevo al condestable en sus pensamientos.

Recordó entonces lo indiferente que la había dejado el contacto del conde y la audaz respuesta de su cuerpo cuando el otro la había tenido entre sus brazos. Evocó también la solidez del pecho masculino y la firmeza de sus músculos. Se estremeció entre las sábanas al pensar en el calor de sus manos. Jadeó al recordar el sabor de sus besos. Sofocada, Lorianne acarició el contorno de sus propios labios imitando el gesto de Worth. Cerró los ojos imaginando que eran los dedos del joven, y no los suyos, los que perfilaban su boca. Gimió de deseo al revivir las sensaciones que él había despertado en su cuerpo. Un roce, una mirada... su sola presencia... la agitaban y le hacían ser consciente de partes de su cuerpo en las que una dama ni siquiera debía pensar.

Resopló, acalorada, al tiempo que rodaba sobre el colchón para acomodarse de costado. Frustrada, rodeó la almohada con los brazos. ¿Por qué fantaseaba con las caricias de un hombre, cuando unos minutos antes consideraba la proposición de otro? Porque había descubierto el deseo y vislumbrado la pasión que se escondía tras un beso, reconoció Lorianne, preocupada por cómo afectaría eso a las decisiones que tomara en adelante.

Sin embargo, dudaba que la falta de reacción ante un roce fuera motivo suficiente para rechazar a un pretendiente, más cuando ya había determinado que el caballero en cuestión cumplía todas

sus expectativas, razonó sensata. Lo absurdo sería aceptar a otro por el simple hecho de hacerla vibrar. De todas formas, siendo sincera, pensó que no le importaría tener al señor Worth como pretendiente, notando un cosquilleo en el estómago. A fin de cuentas, se trataba de un hombre afable, honesto y ecuánime por el que sentía un gran aprecio, sin olvidar que además compartían una bonita y sincera amistad. Tuvo la certeza de que aquel sí sería un matrimonio bien avenido.

A destiempo, se dio cuenta Lorianne de lo ridículo de su reflexión. De entrada, y siendo realista, dudaba que su padre lo aceptara como futuro yerno. No se trataba de un hombre elitista, ni mucho menos daba prioridad al dinero, pero, como cualquier padre, quería lo mejor para ella. Un representante de la ley, por respetable que este fuera, no encajaba en los planes de su progenitor. Pudiera ser que su madre, más tolerante en lo que a ella se refería, opinara de diferente manera y la apoyara si el señor Worth fuera el hombre de su elección.

Por otro lado, debía tener presente que él en ningún momento había manifestado, ni insinuado siquiera, que tuviera intención de cortejarla.

«Tal vez no ha encontrado el momento adecuado para mencionarlo», pensó... ¿esperanzada? No pudo evitar sorprenderse, pues ignoraba el origen de tan repentino anhelo. Tras meditarlo unos minutos, se rindió ante lo evidente y lo achacó —una vez más— a los instantes compartidos y a las sensaciones que había sentido entre los brazos del condestable. Sin ella pretenderlo, una tímida sonrisa adornó su rostro al pensar que al día siguiente volvería a visitarlo.

Con ese último pensamiento en la cabeza, desterrados definitivamente de su mente el conde de Telford y los compromisos, Lorianne cerró los ojos y se dejó arrullar por el crepitar de la leña en la chimenea y el silbido del viento en el exterior, y se quedó dormida.

\*\*\*

Hacia rato que la lluvia, arrastrada por el viento, golpeaba con fuerza los cristales de la ventana del dormitorio de Worth, manteniéndolo despierto. En realidad, no eran los sonidos propios de la borrasca los que le impedían conciliar el sueño, ni los esporádicos ronquidos de los cachorros tumbados frente a la chimenea. Ni siquiera la posibilidad de que aparecieran nuevas goteras le preocupaba, pues estaba seguro de que McDonald y Rudy habían reparado el tejado dejándolo como nuevo. La causa de su desvelo era aquella amalgama de euforia, incertidumbre y deseo que circulaba por sus venas, y el delirante latir de su corazón. Era el recuerdo de un beso el que lo mantenía insomne y le hacía plantearse cuestiones a las que no osaba enfrentarse.

Sabía que, más pronto que tarde, tendría que afrontar la realidad pero, por el momento, solo podía pensar en que al día siguiente la señorita Bowler regresaría a visitarlo. Imposible no imaginarla de nuevo entre sus brazos, correspondiendo a sus besos. Si la preocupación de la muchacha había logrado encender una pequeña llama de esperanza en su pecho, su respuesta había avivado el fuego hasta hacerlo abrasador.

Quizá había llegado el momento de confesar sus sentimientos a la señorita Bowler.

«Lorianne». Pronunció su nombre en silencio, acariciando cada fonema como si se tratara de las discretas curvas de su cuerpo. Sonrió al evocar su imagen menuda y delicada, la misma que desde hacía meses protagonizaba sus sueños, se colaba en sus pensamientos y anidaba en su corazón, junto con su dulce sonrisa y aquella forma suya de ser que había terminado por enamorarle. O tal vez se había prendado de ella la primera vez que hablaran, hacía de eso varios meses...

Lady Margaret y la señorita Bowler, tratando de localizar a las gatas extraviadas de la señora Crown, habían encontrado además a una perrita a punto de parir. Showy, la había bautizado la muchacha mientras la otra regresaba a la plaza a solicitar su ayuda. Aún recordaba la tierna estampa que ofrecía la joven agachada al borde del camino, con las manos desnudas, brindando consuelo a la futura mamá y pendiente de las gatitas. Fue al incorporarse ella que sus miradas se encontraron también por vez primera y quedaron enganchadas.

Había sido lady Margaret, al hacer las presentaciones, la encargada de romper el hechizo que los mantenía atrapados, recordándoles después que debían llevar a Snow y Holly con su dueña y socorrer a la perrita preñada.

Sí, corroboró Nerian para sus adentros, con seguridad aquella mirada había sido la causante de todo. Después, poco a poco, al ir descubriendo su carácter alegre y divertido, además de aquella faceta atenta y responsable que tanto le gustaba de ella, el sentimiento había ido creciendo sin apenas ser él consciente. Unas semanas atrás incluso hubiera asegurado que se trataba del afecto propio de la amistad. En ese momento sabía que no era así, al menos en su caso.

Reapareció entonces la incertidumbre, y con ella la temida bofetada de realidad que le obligó a poner los pies sobre la tierra: los padres de la dama jamás consentirían aquella relación. Y no necesitaba conocerlos para estar seguro de ello; era cuestión de lógica. Los Bowler costeaban la preparación de su hija con el fin de encontrarle un marido, cuando menos, de su misma condición. Un noble, si eran ambiciosos. En cualquier caso, no un condestable de pueblo.

Debía aceptar que poco importaba lo que pudiera sentir la señorita Bowler o cuán desprendida fuera; a buen seguro, tampoco ella estaría dispuesta a sustituir los lujos y las comodidades a los que estaba habituada por la rústica sencillez de aquella casa y de la vida que él podría ofrecerle con sus ingresos.

«Por otro lado, ¿qué puedo perder si lo intento?», se preguntó con renovada determinación.

Prefería afrontar un más que posible rechazo que vivir arrepentido pensando que tal vez había perdido la oportunidad de ser feliz junto a la mujer que amaba. Necesitaba salir de dudas y, después de todo, también le debía una explicación por haberla besado.

Otra cuestión sería encontrar, no el momento, sino la manera de decírselo. Suspiró, consciente de lo mal que se le daba manejar los asuntos del corazón.

## Capítulo 11

Con el paso de los días, su estancia en Minstrel Valley se hacía cada vez más enojosa. Tal vez el hecho de vivir prácticamente aislado, con Christine como única compañía, era lo que en realidad le hastiaba. La muchacha, con sus intentos de entablar conversación, resultaba irritante. Por otro lado, tampoco le entusiasmaba la idea de relacionarse con los nobles que por uno u otro motivo residían en el pueblo. Y por supuesto, juntarse con los vecinos quedaba descartado.

De no ser por su empeño en seducir a la hija de Bowler, ya habría regresado a Londres. A fin de cuentas, Christine ya estaba casi recuperada. Si la muchacha continuaba alargando su convalecencia era a petición suya. La muy tonta sería capaz de enfermarse de nuevo solo por complacerlo. Pero el caso era que ya no soportaba pasar el día encerrado entre cuatro paredes. Por ese motivo, esa mañana decidió bajar a desayunar en lugar de hacerlo en su habitación, como solía.

Desde lo alto de la escalera, Telford recorrió el local con la mirada, deteniéndose apenas en la pareja que ocupaba la mesa más próxima al mostrador. Por su indumentaria, tenían aspecto de estar de paso, o tal vez aguardaban el coche de punto para salir de viaje. En cualquier caso, le eran indiferentes. No ocurrió lo mismo con el hombre de rasgos orientales que, sentado en el extremo opuesto del local, leía con interés el periódico. Aunque vestía como un caballero, Bradbury lo observó con desdén, dudando que lo fuera. Su cabello, demasiado corto, no seguía la moda del momento, y el moretón que adornaba su mejilla más bien apuntaba a que se trataba de un hampón de poca monta. El conde no pudo evitar preguntarse qué hacía un asiático en un pueblo como Minstrel Valley.

—Buenos días, milord. —El alegre saludo de Dottie delató su presencia, obligándole a apartar la vista del extranjero e iniciar el descenso—. En un instante pensaba subirle el desayuno —comentó la joven antes de que el conde alcanzara el último peldaño.

—Hoy no será necesario, gracias. Lo tomaré aquí mismo —respondió desabrido, dirigiéndose a la mesa situada junto a una de las ventanas sin aguardar una posible respuesta por parte de la moza.

Esta, acostumbrada a lidiar con toda clase de personas, no se tomó a mal la estirada actitud del noble, y entró en la cocina para hacer su trabajo. Fueron otro par de ojos los que, al escuchar la antipática respuesta, se apartaron durante unos segundos del periódico y, displicentes, escrutaron

al conde antes de retomar la lectura de las noticias.

Telford, ajeno a la mirada del oriental, se reclinó contra el respaldo de la silla y, sin nada mejor que hacer mientras esperaba a que le sirvieran el desayuno, miró hacia afuera. El paisaje que enmarcaba la ventana —una pequeña porción del lago Minstrel— se veía borroso y algo distorsionado por las gotas de lluvia que resbalaban sobre el cristal. El persistente aguacero no solo le impedía disfrutar de las vistas, también estorbaba a sus planes, pensó malhumorado. Tendría que buscar otra manera de encontrarse a solas con la señorita Bowler, puesto que caminar de nuevo por los jardines de la escuela quedaba descartado. Siempre podía utilizar a Christine como carabina, caviló, acariciando la idea de reunirse con la muchacha en una de las salitas de Minstrel House.

—¿Va a salir a pasear con este día, lord Mersett?

La pregunta del posadero acaparó por completo la atención de Telford, y sus ojos se volvieron hacia el oriental, que se dirigía hacia la salida, colocándose el gabán. Supo entonces de quién se trataba.

—Es solo agua —respondió el otro con un tono ligero que no concordaba con la estática expresión de su rostro.

El conde lo observó hasta que abandonó el local. Aunque no lo conocía personalmente, sí había oído hablar de él. ¿Quién, en Londres, no lo había hecho? Al verlo allí, tendría que haber imaginado que era el pariente de lady Acton. Le había despistado el morado del pómulo. De todas formas, por lo que sabía, no era la primera vez que se le veía con la cara marcada.

Era evidente que el individuo carecía de modales. Por mucho que se vistiera como un aristócrata, jamás sería uno de ellos.

—Aquí tiene, milord —dijo Dottie dejando sobre la mesa una fuente repleta de comida y un cestillo con pan y galletas.

—Gracias —respondió contemplado el abundante desayuno. El olor del pastel de carne y las salchichas estimuló su apetito y le hizo salivar. Tenía que reconocer que, al menos, la cocina de aquel deprimente lugar era excelente—. ¿Podría acercarme el periódico? —inquirió sin levantar la vista del plato.

—Por supuesto, pero le advierto que *The Reformer* llega a Minstrel Valley con un día de retraso —le informó mientras que iba en busca del periódico que lord Mersett había estado leyendo.

—Estoy al tanto, gracias —repuso cuando la muchacha le hizo entrega de la gaceta.

Con la tranquilidad del que no tiene prisa, Bradbury dio buena cuenta de su almuerzo al tiempo que leía la prensa. Mientras lo hacía, no prestó atención a los clientes y huéspedes que iban ocupando el resto de las mesas. Ni siquiera al percibir la llegada de un carruaje apartó la vista de las hojas que sostenía a la altura de los ojos; tampoco cuando la puerta se abrió, dando paso a un nuevo cliente.

—Necesito una habitación. —Se escuchó decir a la recién llegada.

Fue el tono exigente que empleó la mujer el que le hizo interrumpir la lectura y posar la mirada en la figura que se acercaba al mostrador. La estudió con interés.

Aunque no le veía el rostro, por el timbre de voz y la tersura de su cuello, supuso que aún era joven. Vestía de negro bajo la costosa capa. Incluso el coqueto sombrerito, que apenas ocultaba su rubia cabellera, era del mismo color. Telford dedujo que estaba de luto.

—En realidad, necesitaré dos habitaciones. Una para mí y otra para mi doncella —puntualizó cuando el posadero se acercó a ella.

Hasta ese instante, Stuard no había reparado en la muchacha que esperaba junto a la entrada con la cabeza gacha.

—Aguarde un momento, señora —le pidió Tom antes de entrar en la cocina, en busca de su hija, supuso el conde. Pues solía ser ella la que se encargaba de los cuartos.

—Lady Fernsby, si no le importa —aclaró, altanera, elevando el tono para que el dueño del establecimiento pudiera escucharla, y el resto de los presentes también.

«Fernsby», repitió para sus adentros lord Telford, intentando hacer memoria. «El nombre me suena y, sin embargo, estoy seguro de no conocer a la *dama*», la calificó con sorna y cierto desdén, seguro de que no lo era de nacimiento. Carecía de elegancia y educación, aunque pensó que era preciosa cuando al girarse ella para examinar el local pudo verla de frente. Poseía unas facciones perfectas y unos llamativos ojos azules que, durante un breve instante, le sostuvieron la mirada.

—Buenos días, milady. —Apareció Dottie para atender a la mujer—. Si me acompaña, le mostraré las habitaciones.

—¿Disponen de bañera? —inquirió lady Fernsby, siguiendo a Dottie tras haber hecho una señal a su doncella—. Me gustaría descansar un rato, y después darme un baño.

Telford puso los ojos en blanco ante aquel exceso de información en un lugar público.

—Me encargaré de ello —contestó solícita la otra.

—Bien. También me gustaría saber dónde puedo encontrar al condestable, Nerian Worth. Le conoce, ¿verdad? —interrogó antes de llegar a lo alto de la escalera y desaparecer por el pasillo que conducía a los dormitorios.

La consulta de la *dama*, o los motivos que esta pudiera tener para entrevistarse con aquel desconocido por el que preguntaba, no despertaron la curiosidad de Telford. Sin embargo, sí recordó quién había sido Fernsby: un destacado miembro de la nobleza rural que había fallecido recientemente. La mujer no podía ser otra que la joven viuda del barón. No cabía duda de que el viejo, a la hora de escoger esposa, se había dejado guiar por la entropierna.

«De otro modo no se explica que eligiera a una mujer cuyos modales dejan bastante que desear», concluyó Telford regresando su atención al periódico.

\*\*\*

De tanto en tanto, Lorianne dirigía la mirada hacia la ventana, esperando descubrir que la lluvia había cesado.

—¿Tienes pensado salir con este tiempo? —le preguntó Jane por lo bajo.

Todo el mundo en la escuela estaba al tanto de lo que le había ocurrido al condestable, y también sabían que Lorianne tenía permiso para visitar a los perros.

—¿Para qué están los paraguas? —respondió Lori en el mismo tono y una mueca despreocupada en los labios.

La otra, sonriendo a medias, sacudió la cabeza y se centró de nuevo en las explicaciones de la profesora, consciente de que su amiga no atendía a razones cuando se trataba de Showy, y nada de lo que ella pudiera decir le haría cambiar de parecer.

Lorianne sabía que los caminos estarían encharcados y que el bajo de su vestido terminaría empapado, en el mejor de los casos. No le importaba. Por nada del mundo anularía la visita al señor Worth, pensó notando que le ardía el rostro y se le encogía el estómago de emoción. Porque no se engañaba, la excitación que sentía nada tenía que ver con Showy y sus cachorros.

Tampoco podía negar que le daba un poco de vergüenza verlo de nuevo. Porque no sabía cómo comportarse ni qué decir. De todas formas, la curiosidad era mayor que el pudor, y el deseo también. Tembló de solo imaginar que el señor Worth volviera a besarla. Aunque se lamentó de que con Doll presente fuera a ser imposible que eso ocurriera. Tendría que buscar la manera de zafarse de la doncella.

—El próximo día hablaremos sobre Alexander Pope y sus poesías, y por hoy hemos acabado. —La señorita Melinda Culier anunció así el final de la clase de literatura.

En tanto Jane se acercaba a la profesora para hacerle alguna consulta, Lorianne recogió sus libros y salió del aula a toda prisa.

Continuaba sin apetito, pero tenía la sensación de que cuanto antes entrara al comedor, antes podría volver a salir de él. Algo que, por supuesto, sabía que no era cierto, y mucho menos posible.

—Señorita Bowler —la llamó Doll, bajando apurada la escalera del ala este, situada entre el aula y el comedor.

—¿Ha ocurrido algo, Doll? —le preguntó Lori, preocupada al ver el gesto apenado de la doncella.

—Me temo que hoy no podré acompañarla a casa del señor Worth —contestó pesarosa al llegar junto a ella—. Pero Lucy irá en mi lugar —se apresuró a decir al ver la decepción en el rostro de la muchacha—. La señora Burton no ha puesto ningún inconveniente —añadió, para tranquilidad de Lorianne.

—Muchas gracias, Doll —dijo, dedicándole una de sus dulces sonrisas.

Por dentro, Lorianne daba saltos de alegría. Porque, si bien era cierto que Doll le agradaba sobremanera, en esa ocasión prefería que fuera la otra doncella quien la acompañara al pueblo. A cambio de una pequeña retribución, Lucy no tenía problema en concederles un poco de libertad y

guardar silencio al respecto. Contenta por el inesperado golpe de suerte, Lorianne se reunió con el resto en el comedor. Al final había sido la última en entrar.

\*\*\*

Nerian, impaciente, paseaba de un lado a otro de la sala de estar, frotándose el hombro de vez en cuando. Los mareos habían remitido, pero el dolor de la articulación aún era intenso. Quizá la tensión que agarrotaba sus músculos tuviera algo que ver. Intentó serenarse, debía hacerlo si no quería parecer un mozalbeta inexperto cuando llegara el momento de sincerarse con la señorita Bowler.

Porque pensaba hacerlo. Necesitaba hacerlo.

Deteniéndose junto a la ventana, observó el camino. Continuaba lloviendo. Tal vez el mal tiempo le había hecho cambiar de opinión, y temió que ese día no lo visitara al no verla aparecer.

Tras varios minutos contemplando el camino, a punto ya de perder la esperanza, Nerian divisó, a lo lejos, dos figuras femeninas. La distancia y los paraguas con los que se protegían de la lluvia le impedían identificar a las mujeres que se aproximaban al *cottage*. Sin embargo, tuvo la certeza de que una de ellas era Lorianne Bowler. La forma en que latía su corazón lo confirmaba.

«Y que, por la hora, y la dirección de la que vienen, es poco probable que se trate de otras personas», se mofó de sí mismo, apartándose de la ventana para que no lo descubriera espiando su llegada. No reparó en el ostentoso carruaje que en ese instante se detenía delante de la casa.

Antes de dirigirse a la entrada, tiró de la casaca con la única mano que tenía disponible, y toqueteó el nudo del pañuelo para asegurarse de que continuaba más o menos en su sitio.

Showy corrió hacia la puerta principal y ladró con fuerza. Los cachorros quisieron unirse a su madre, y también abandonaron la salita ladrando. Nerian encerró a los pequeños alborotadores en la cocina; extrañado por la reacción de la perra —que parecía tensa—, le ordenó sentarse. El animal obedeció al instante, pero no se relajó. Tampoco movió la cola, como siempre que detectaba la presencia de la señorita Bowler.

«¿Me habré emocionado para nada?», se preguntó Nerian, temiendo haberse equivocado.

Decidió salir de dudas. A fin de cuentas, si eran ellas, no tardarían en llegar, y él solo se habría adelantado a recibirlas para evitarles aguardar bajo la lluvia. Si no era como esperaba, le sentaría bien el aire fresco para atemperar el ánimo. ¡Que falta le hacía!

Apenas había colocado la mano sobre el picaporte cuando escuchó los golpes de la aldaba. ¡Qué mal había calculado la distancia! O qué prisa se habían dado por llegar, se dijo, asombrado, al tiempo que abría la puerta. Su decepción fue mayúscula al descubrir que quien esperaba bajo el saledizo del alero no era la señorita Bowler, sino una mujer rubia, vestida de negro, que enfrentaba su mirada con una tenue sonrisa.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo...? —Se interrumpió de golpe al reconocer a la joven—. ¡¿Maisie?! —exclamó perplejo.

—¡Oh, Nerian!—sollozó de repente ella, abalanzándose sobre él para rodearle el cuello con los brazos.

Worth tuvo que apretar los labios para no gritar de dolor. La perra, aunque no se movió, gruñó por lo bajo.

—¿Qué haces aquí, Maisie? —preguntó sin salir de su asombro, cuando la molestia del hombro le permitió hablar sin que su voz sonara áspera.

—Ha sido todo tan horrible desde que te fuiste —gimoteó sobre el hombro lesionado del hombre.

—Tranquilízate y cuéntame qué ha ocurrido —pidió Worth, apartándola con suavidad.

—Te he echado tanto de menos —confesó sin dejar de llorar.

Conmovido por la aflicción de su vieja amiga, Nerian le secó las mejillas con el dorso de la mano.

\*\*\*

A tan solo unos metros, junto a la trasera del carruaje, Lorianne presenciaba aturdida la escena que tenía lugar ante la puerta del condestable, preguntándose quién sería la mujer a la que contemplaba con tanta ternura mientras le acariciaba el rostro.

No alcanzaba a escuchar lo que hablaban, pero el corazón se le detuvo cuando la mujer le devolvió la caricia, antes de echarle los brazos al cuello. Que él le rodeara el talle con su brazo le cerró la garganta, impidiéndole respirar.

De casualidad, vio a Showy sentada en el recibidor, golpeando el suelo con el rabo, pendiente de su amo. Parecía querer formar parte del efusivo saludo, pensó sintiéndose traicionada. Ignoraba la identidad de aquella dama y por qué el condestable la abrazaba, pero no pensaba quedarse para averiguarlo. Había visto lo suficiente para saber que estaba de más allí.

—Regresemos a la escuela, Lucy. El señor Worth tiene visita, y no parece necesitar nuestra ayuda —dijo con la voz estrangulada, girando sobre los talones para volver por donde habían llegado. Parpadeó para aclarar la visión que, de repente, se le había empañado.

La doncella se encogió de hombros con indiferencia y caminó tras la envarada muchacha, que parecía llevar más prisa incluso que al salir de Minstrel House.

El impaciente ladrido de Showy puso sobre aviso a Nerian, que volvió la mirada hacia el camino en el instante mismo en que Lorianne desaparecía de su vista por culpa del coche.

«¡Por todos los demonios del infierno!», masculló entre dientes. La aparición de Maisie lo había tomado por sorpresa, y su desconsolado llanto había terminado por desarmarlo de tal manera que hasta olvidó que no era la visita de su antigua vecina la que había estado esperando.

—Ve, Showy. —La perra, ladrando sin descanso, salió disparada en pos de la muchacha. De haber podido, él también habría corrido tras ella—. Tendrás que disculparme, Maisie —dijo, apartándola de nuevo, esta vez con algo más de urgencia—, pero ahora mismo tengo...

—¿Disculpate? ¿Por qué? —inquirió de corrido, sin hipidos que entrecortaran su voz—. ¿A dónde vas? —Lo agarró del brazo para impedir que se alejara.

—Solo me llevará unos minutos —sentenció Nerian, intentando liberarse del agarre.

—No puedes dejarme plantada de nuevo —protestó la viuda, aferrándose con fuerza a la manga de la casaca.

—Suéltame, Maisie —ordenó tajante Worth. Ella lo miró desafiante, negándose a dejarlo ir—. Maisie —repitió amenazante.

Lady Fernsby lo soltó con rabia y apretó los labios furiosa al ver que se alejaba a toda prisa.

Nerian sorteó el carruaje, esperando encontrar a la señorita Bowler entretenida con Showy. Consternado, comprobó que la perra regresaba trotando y que Lorianne estaba a punto de llegar al final de la calle.

Pensó en correr para darle alcance, pero el sentido común le impidió hacerlo. No podía comprometerla de aquella manera, así que reprimió el impulso de seguirla. Tampoco sería el lugar adecuado para ofrecerle una explicación.

«Mucho menos para hablarle de mis sentimientos», reconoció frustrado, regresando sobre sus pasos con Showy a su lado.

La frustración se tornó en mal humor al descubrir que Maisie continuaba donde la había dejado.

—¿A qué has venido? —volvió a preguntar, sin molestarse en ocultar su enojo.

Ya en una ocasión, los caprichos de aquella mujer le habían cambiado la vida, no permitiría que lo hicieran de nuevo.

## Capítulo 12

—**A** buscarte.

Había sido la contundente respuesta de Maisie que Nerian, de pie junto a la chimenea, aún intentaba digerir. Le costaba creer que, durante todos aquellos años, hubiera mantenido viva la fantasía de que entre ellos había existido algún tipo de relación. Tal vez se había aferrado a esa idea para sobrellevar su matrimonio con el barón Fernsby, o eso quiso reflexionar mientras buscaba la mejor manera de decirle a la mujer que ocupaba su sillón que debía olvidarse de él y continuar con su vida.

—Deberíamos trasladarnos a Londres —propuso con tono desenfadado la viuda, interpretando a su antojo el silencio de Worth—. Con mi renta no tendrías que volver a trabajar y podríamos...

—Me gusta mi trabajo, Maisie —la interrumpió molesto. Le ofendía que lo creyera capaz de vivir como un mantenido, sin mencionar que intentaba organizarle la existencia.

—Entonces solicita el traslado a la ciudad. Porque no pienso quedarme en este pueblucho —comentó, paseando la mirada por la sencilla salita de manera un tanto despectiva.

Nerian, incrédulo, se presionó el puente de la nariz con los dedos para serenarse. Maisie no había cambiado en absoluto, continuaba siendo la niña rica y caprichosa de antaño, que nunca aceptaba una negativa ni admitía la realidad si esta no encajaba con lo que ella tenía en mente.

—No tengo intención de renunciar al cargo ni mucho menos de trasladarme a Londres, Maisie.

—Pero...

—A mi lado terminarías siendo desdichada. —Optó por no contradecirla directamente.

—¿Ya no me amas? —gimoteó haciendo pucheros.

En esa ocasión, Nerian no se dejó engañar por sus lágrimas.

—Han pasado muchos años, nuestras vidas han cambiado y nosotros también. —Evitó responder a su pregunta, seguro de que sería imposible hacerle entender que jamás la había amado—. El destino quiso que tomáramos caminos diferentes...

—No fue el destino, sino mi padre —bufó desdeñosa.

—Cierto, en este caso el destino tenía nombre y apellido —aseveró jocoso, sonriendo por primera vez desde que la joven viuda había aparecido ante su puerta—. Y tú, aun siendo su hija, te llevaste la peor parte al verte obligada a casarte con Fernsby.

—No fue tan malo después de todo —reconoció esquiva—. El viejo me daba cuanto le pedía.

—Se encogió de hombros.

—Me alegra saberlo. Yo, por mi parte, le estoy agradecido, porque aquí soy feliz.

Al menos lo había sido hasta saberse enamorado de Lorianne Bowler, pensó para sus adentros, preocupado por la reacción de la joven y lo que pudiera haber interpretado al verlo junto a su vieja amiga.

—¿Nada de lo que diga o pueda ofrecerte te hará cambiar de parecer? —insistió, no queriendo darse por vencida.

Nerian negó con un gesto. Maisie suspiró mohína.

—No me necesitas. Ahora eres libre de hacer lo que desees. Ya no dependes de tu padre ni de tu esposo. Disfruta de esa independencia que por lo general se les niega a las mujeres, y demuestra que eres capaz de tomar tus propias decisiones.

—No te hacía tan liberal —sonrió con dejadez.

—Valoro a las personas por su carácter, no por su género ni por lo que poseen —sentenció solemne.

—Siempre has sido un hombre sensato, Nerian.

A Worth el comentario le sonó más a reproche que a halago.

—Lo soy, al menos la mayor parte del tiempo —confesó, pensando en la descabellada decisión que había tomado con respecto a la señorita Bowler.

—Me alegra saber que no siempre lo eres. —Una enigmática sonrisa asomó a sus labios. Nerian la observó con el ceño fruncido, seguro de que algo tramaba—. ¿Sabes?, creo que me quedará una temporada en Minstrel Valley —anunció poniéndose en pie con renovado buen humor—. Por cierto —continuó indolente—, ¿cómo te encuentras? —Cambió de tema a propósito—. La muchacha de la posada mencionó que habías sufrido un accidente. ¿Por eso llevas el brazo en cabestrillo? —inquirió ajustándose los guantes sin mirarlo, demostrando así el poco interés que sentía por su estado.

—Me encuentro mejor, gracias —respondió educado, tragándose el sarcástico comentario que tenía en mente.

—Estupendo —dijo de camino a la puerta.

Nerian la acompañó.

—Maisie, en cuanto a lo de permanecer en el pueblo —titubeó—, considero que no es...

—Soy una mujer libre que toma sus propias decisiones —lo cortó—. Tú mismo lo has dicho hace un momento.

—Cierto. También tienes derecho a equivocarte —señaló mordaz.

—Eso aún está por ver —sentenció retadora justo antes de abandonar la casa.

Nerian resopló exasperado. Aquella mujer resultaba insufrible.

\*\*\*

Lorianne había echado a andar como si le fuera la vida en ello, sin mirar atrás. Le había costado incluso detenerse un instante cuando Showy la alcanzó, pero lo hizo. No habría sido justo ignorar a la perrita solo por estar enojada. Aún lo estaba. Porque aquello que bullía en su interior, oprimiéndole el pecho mientras, con la ayuda de Lucy, se despojaba del vestido con el ruedo enlodado, no podía ser más que un descomunal enfado. No recordaba haberse sentido nunca tan... «¡Tan estúpida!». Furiosa y estúpida. Así se sentía, por incauta. ¡Si hasta había fantaseado con que ese hombre la pretendiera! Resopló airada al recordarlo, sin importarle lo que la doncella pudiera pensar.

Aquel beso le había nublado la razón, tanto, que a punto había estado de ponerse en evidencia, de jugarse su reputación —y la de la escuela—, con su disparatado plan de presentarse sola ante la puerta del señor Worth. Por suerte, no le había dado tiempo a liberar a Lucy de sus obligaciones, salvándose así de hacer el más espantoso de los ridículos. Se le encendieron las mejillas de solo imaginar lo que habría pasado si la pareja, en lugar de encontrarse en la entrada, hubiera estado en el interior de la casa, y ella hubiera aparecido sin acompañante.

En la decepción que la embargó al presenciar la tierna escena y el pellizco que había notado bajo las costillas al ser testigo del abrazo, prefería no pensar. A fin de cuentas, la noche anterior, ella misma había llegado a la conclusión de que el beso del condestable había sido fruto de las circunstancias. Carecía de lógica entonces buscar otro motivo que lo justificara. Porque además, en vista de lo ocurrido, era evidente que no lo había.

Lo mejor sería recordar el apasionado beso del señor Worth como una anécdota más de su paso por la escuela —olvidarlo sería imposible— y centrarse en su propósito de encontrar un pretendiente a la altura de sus expectativas, decidió, tratando de ignorar el nudo que le oprimía la garganta.

Mientras Lucy terminaba de abotonarle el vestido de sedoso popelín verde, se coló en su mente la imagen del conde de Telford. Excitada con la perspectiva de un nuevo encuentro con el condestable, había relegado al padre de su amiga a un segundo plano, olvidando por completo lo conveniente de su propuesta.

—Gracias por todo, Lucy. —Ensimismada, Lori despidió a la doncella que, con una discreta venia y satisfecha con la propina recibida, abandonó la habitación.

«Lo más inteligente sería aceptarla», pensó Lorianne. Resuelta, se dirigió al escritorio. Sin concederse tiempo para reflexionar, se hizo con un pliego de papel dispuesta a escribir a sus padres. Debía comunicarles su decisión antes de hablar con el conde. Porque, pese a que estaba segura de que en ese caso nada tendrían que objetar, necesitaba contar con su aprobación.

Redactó la carta de forma concisa y sin demasiado entusiasmo. Lo achacó al revoltijo de emociones que aún la invadía, por lo que no quiso darle importancia. Se le pasaría, además, sabía que estaba haciendo lo correcto. Porque lord Telford se ajustaba con bastante precisión a lo que siempre había deseado.

«Entonces ¿por qué me siento tan alicaída?», se preguntó en el mismo instante en que alguien

llamaba a su puerta, interrumpiendo sus pensamientos.

Colocó la pluma en su lugar, dejó la carta tal cual estaba sobre el escritorio y fue a ver de quién se trataba.

—¡Christine! —exclamó, gratamente sorprendida, al abrir y encontrar a su amiga en el pasillo—. ¿Qué tal te encuentras? —preguntó, aunque la ausencia de ojeras y el tono sonrosado de su tez apuntaban a una considerable mejoría.

—Bien, gracias —respondió la otra con una sonrisa.

—Pero pasa, no te quedes ahí plantada —pidió apartándose para dejarla entrar.

—En realidad... —vaciló—, venía a preguntarte si te apetece acompañarnos a mi padre y a mí en la salita dorada. Hace un rato te vimos llegar del pueblo, y como aún dispones de tiempo antes de la siguiente clase... —Dejó la frase en el aire considerando innecesario añadir más.

Indecisa, Lorianne dirigió la mirada hacia la hoja de papel que descansaba sobre el escritorio. Tras un par de segundos, se encogió de hombros y se volvió hacia Christine.

—Os acompañaré encantada —dijo, obligándose a sonreír. Después de todo, el correo no se enviaría hasta la mañana siguiente y disponía del resto de la tarde para dejar su carta junto al resto de la correspondencia. Le interesaba más pasar tiempo al lado del conde, se dijo a la vez que cerraba la puerta de su dormitorio.

Bajaron utilizando las escaleras de servicio del ala oeste, y al pasar ante la salita lavanda escucharon un coro de risas, pero no se detuvieron para averiguar qué era lo que tanto divertía a sus compañeras. Se disponían a entrar en la sala dorada cuando la puerta de la biblioteca, situada justo enfrente, se abrió, dando paso a la directora.

—Buenas tardes, lady Eleanor —la saludaron las muchachas al unísono.

—Buenas tardes, chicas. Me alegra comprobar que ya te encuentras mucho mejor, Christine. —Sonrió cálida Eleanor—. Confío en que en unos días estarás del todo recuperada y podrás retomar las clases.

—Supongo que sí —respondió la muchacha con una mueca torcida en los labios.

—Veo que la idea te entusiasma. —Aunque continuaba sonriendo al hablar, el irónico comentario de la directora consiguió sacarle los colores a Christine que, avergonzada, bajó la vista al suelo. Eleanor miró entonces a Lori y, extrañada, frunció el ceño—. Te hacía aún en el pueblo. ¿Ha ocurrido algo para que ya estés de vuelta?

—El señor Worth tenía visita y no quise importarlo con mi presencia —soltó seca y de carrerilla Lorianne, con las mejillas tan encendidas como las de su amiga.

—¿Piensas volver mañana? —preguntó con naturalidad, pero atenta a la respuesta de la alumna. Lorianne era una muchacha de maneras serenas y carácter dulce, y nunca le había ofrecido una contestación tan envarada.

—No lo creo. —Eleanor elevó las cejas interrogante—. Me pareció que el señor Worth se encontraba bastante recuperado.

—Me alegra saberlo. —Eleanor esbozó una sonrisa a pesar de lo poco convincente que había

sonado la excusa de la joven.

—Si nos disculpa, lady Eleanor, mi padre nos está esperando —intervino apurada Christine.

—Por supuesto, adelante —las animó a marcharse, observando a Lorianne.

Cuando las muchachas entraron en la salita dorada, la directora volvió a fruncir el ceño. No era habitual ver a Lori tan seria. Tenía el presentimiento de que algo había ocurrido durante la visita al señor Worth, y pensaba averiguarlo. Más tarde hablaría con la doncella que la había acompañado.

\*\*\*

—Buenas tardes, señorita Bowler —la saludó Telford, cogiendo su mano y depositando un beso sobre ella, con la mirada fija en Lorianne.

—Buenas tardes, milord —respondió, analizando el efecto que el gesto tenía sobre su cuerpo.

Ninguno.

—Hace un momento le comentaba a Christine que tal vez le gustaría almorzar con nosotros el domingo en The Old Flute —comentó, sosteniendo aún la mano de Lori y guiándola hacia el sofá situado en el centro de la llamativa estancia, en la que cada objeto, tejido o mueble tenía, al menos, unas pinceladas de color oro.

Christine, unos pasos por detrás, miró a su padre con los ojos muy abiertos a causa de la sorpresa. Era la primera noticia que tenía al respecto, pero, contenta porque este hubiera decidido convidarla a comer en la posada, no se atrevió a contradecirlo, no fuera a cambiar de parecer.

—Es usted muy amable, milord, y estaré encantada de aceptar su invitación —dijo correcta, y aliviada en parte, cuando logró liberar su mano.

Como en el jardín, el contacto del conde no le produjo rechazo, pero por algún motivo, no se había sentido del todo cómoda. Sí le alegró, sin embargo, que no le preguntara acerca de su visita al pueblo.

—Estupendo —sonrió forzado Stuard al ver que Christine, muy risueña, tomaba asiento junto a su amiga. Él permaneció de pie.

—Si para entonces ha dejado de llover, sería agradable dar un paseo por el pueblo —propuso animada la hija del conde—. Incluso podríamos visitar las ruinas del castillo.

Aunque Telford hubiera preferido que Christine guardara silencio, tenía que reconocer que la idea de visitar Scott Hill le gustaba.

—Qué buena sugerencia..., querida. —Le costó mostrarse afectuoso, tanto como soportar la cara de felicidad de su hija—. ¿No le parece, señorita Bowler? —Sus pupilas volvieron a clavarse en las de Lorianne.

—Ciertamente, milord. Porque, aunque no se trate de un paraje mágico y misterioso ni sea el más romántico rincón del valle...

—A usted le parece un lugar maravilloso que cuenta con unas vistas inmejorables —concluyó

Telford por ella, con una sonrisa sesgada en los labios.

—Posee buena memoria, milord —lo halagó Lorianne, devolviéndole el gesto, admirada.

Le había sorprendido que el conde se acordara de la conversación que días atrás habían mantenido acerca de las ruinas, y más aún que recordara sus palabras.

—La suya también es encomiable, señorita Bowler —le reconoció a su vez, pues había repetido con bastante precisión el comentario que él había hecho en aquella primera conversación.

—Entonces, decidido, el domingo iremos de excursión a las ruinas —intervino Christine, un poquito resentida porque Lori estuviera acaparando la atención de su padre.

—Después del oficio religioso —señaló Lori con fingida seriedad y mejor ánimo.

—Por supuesto —imitó Christine el tono solemne de la otra. Ninguna de las dos reparó en la desagradable mirada que Telford les dedicó—. ¿También nos acompañará a la iglesia, padre? —se atrevió a preguntarle Christine.

—Por supuesto. —Ocultando su desdén, repitió la respuesta de esta para seguirles el juego, y dio resultado, porque las dos se echaron a reír encantadas.

«¡Qué criatura más simple!», pensó despectivo Stuard. Un par de palabras amables eran suficientes para contentar a su hija y, después, poder manejarla a su antojo.

Bowler no le parecía tan dócil ni manipulable. De hecho, de no ser hija de quien era, hasta podría llegar a gustarle la muchacha. Una lástima.

—También sería divertido organizar un picnic junto al lago —propuso esperanzada, Christine. Contar con la presencia de su padre y hacer planes juntos era algo tan novedoso para ella que le costaba creer que no se tratara de un sueño. Uno del que no quería despertar.

—Tal vez en otra ocasión.

La seca respuesta de Telford chafó en parte la ilusión de la muchacha. Lori supuso que la negativa del conde obedecía a la falta de tiempo, pues, más pronto que tarde tendría que regresar a Londres.

El bullicio procedente del pasillo le recordó a Lorianne que el descanso llegaba a su fin y debía reunirse con el resto de alumnas para la clase de equitación que, a causa de la lluvia, ese día sería teórica.

—Tendrán que disculparme, la siguiente clase está a punto de comenzar y debo irme ya —anunció Lori poniéndose en pie.

—Yo también me marcho —dijo Telford consultando su reloj de bolsillo.

—¿Tan pronto? —protestó mustia Christine levantándose y caminando también hacia la salida.

—He de revisar unos documentos que debo enviar a Londres cuanto antes. —De haberse encontrado a solas con su hija, Telford le habría reprochado que, por culpa de su insensatez, se veía obligado a desatender sus asuntos y permanecer en aquel aburrido pueblo. Pero no lo estaba, y tenía que guardar las formas, sobre todo delante de Bowler—. Te veré de nuevo mañana y... ¿podiera ser que a usted también, señorita Bowler? —inquirió al tiempo que abría la puerta y las invitaba a salir con un caballeroso gesto.

A Christine no le pasó desapercibido el ligero rubor de su amiga ni la mirada que su padre le dedicaba a esta mientras avanzaban por el pasillo.

—Se te hace tarde, Lorianne —apuntó huraña.

—Es cierto, y no deseo que el profesor, el señor Bissop, me reprenda por llegar la última. —  
Sonrió apurada—. ¿Cenarás esta noche en el comedor, Christine? —preguntó una vez llegaron al recibidor.

—Es probable. —¿Qué sentido tenía permanecer en su cuarto si su padre no la acompañaba?

—Entonces te veo luego. Hasta mañana, lord Telford —se despidió del conde con intención.

—Hasta mañana, señorita Bowler —respondió Stuard, esbozando una imperceptible sonrisa de satisfacción, observándola mientras se adentraba en el pasillo del ala este que conducía al aula—.  
Que descanses..., querida. —La última palabra le quemó la lengua al salir, pero necesitaba tener contenta a Christine.

## Capítulo 13

Al día siguiente de la visita de la viuda de Fernsby, y a pesar de no encontrarse del todo restablecido, porque el hombro aún le dolía, Nerian había regresado al trabajo. Conocía a Maisie y sabía que no tardaría en volver a aparecer, y lo último que deseaba el condestable era verse comprometido por la presencia de su antigua vecina. Por ese mismo motivo tampoco había permanecido mucho en el puesto de guardia. De hecho, le constaba —porque Bella Gibbs y la señora Cotton se lo habían contado— que también allí se había presentado a lo largo de aquellos días. Por eludir a Maisie se había mantenido alejado de Legend Square, y también por ver si tenía la suerte de encontrarse con la señorita Bowler durante las rondas, pero no la había tenido.

Aunque el tiempo había mejorado y en varias ocasiones se había cruzado con otras alumnas de la escuela, a ella no la había visto. Un par de veces había estado a punto de preguntarles a las muchachas por su compañera, incluso se había descubierto buscando algún pretexto con el que poder presentarse en Minstrel House; en ambos casos había prevalecido el sentido común, por lo que continuaba sin saber nada de la joven.

Que no hubiera regresado, ya no por él sino por los perros, le hacía sospechar la conclusión a la que la señorita Bowler había llegado tras encontrarlo en los brazos de Maisie. Estaba seguro de que había malinterpretado la escena. ¡Y el día anterior la había besado! Ni se atrevía a pensar la opinión que se habría formado de él. Por ese motivo necesitaba verla, para aclararle lo ocurrido, y si no existía la más mínima posibilidad de que correspondiera sus sentimientos, al menos, que no lo creyera un sinvergüenza.

De todas formas, no podía evitar pensar que, si se había molestado, tal vez fuera porque también sentía algo. Con esa esperanza aguardaba el momento de verla llegar a Saint Mary. Solo le restaba encontrar la manera de poder hablarle a solas. Se le aceleró el pulso al ver que los coches de la escuela se acercaban a la plaza.

\*\*\*

En el interior del carruaje, Christine parloteaba animada mientras el resto de las chicas, quizá por lo temprano de la hora o porque su destino era la iglesia, guardaban silencio. Lorianne no pudo evitar sonreír ante el entusiasmo de su amiga. Hacía días —desde que lo habían planeado— que

no hacía más que hablar de la excursión a las ruinas del castillo y del almuerzo en la posada. Por supuesto, el conde se había encargado de hablar con la directora y esta les había dado permiso.

Por su parte, Lorianne se encontraba cada vez más cómoda en compañía de lord Telford. Las tardes anteriores, durante los descansos, se había reunido con los Bradbury en la salita dorada y había disfrutado de la conversación amena e inteligente del conde. Si bien era cierto que, en ocasiones, este se mostraba un tanto severo con Christine —tal vez por tratarse de su hija se veía en la obligación de ser más estricto—, con ella se había comportado de manera muy correcta en todo momento, compartiendo opiniones y valorando sus puntos de vista sobre los temas que debatían. Le agradaba el interés con que siempre la escuchaba.

Lori cada vez estaba más segura de haber tomado la decisión acertada al enviar la carta a sus padres. Aunque al final, con la cabeza algo más fría y sabiendo que la había escrito guiada por el enfado, había decidido no precipitarse y no mandarla hasta pasados unos días, y eso había hecho. Esa misma mañana, justo antes de salir hacia la iglesia, la había dejado con el resto del correo, que alguien —posiblemente Johnny— se encargaría de llevar más tarde a The Old Flute para su posterior envío. En unos días recibiría la respuesta de sus padres y entonces podría aceptar la propuesta del conde de Telford, o eso calculó con suma tranquilidad, sin un solo cosquilleo ni un latido de más, como siempre había imaginado que sería. Así preveía también su vida junto al conde: apacible, agradable y sin sobresaltos, ignorando la extraña sensación de vacío que se acababa de instalar en su estómago.

—¡Aquel es el landó de mi padre! —festejó Christine al identificar el vehículo situado en Church Street, a escasos metros de la casa del padre Ellis.

Lorianne también miró hacia afuera, y si el corazón se le estrelló contra las costillas no fue por saber que su más que probable futuro marido se encontraba allí, sino porque sus ojos se habían parado sobre la alta y recia figura que aguardaba cerca del portón de la iglesia, pendiente de los carruajes de la escuela. Notó también que se le encendían las mejillas, que el sosiego la abandonaba y que el enojo regresaba al recordar el mimo con el que Worth había acariciado el rostro de aquella mujer.

Apartó la vista porque no quería mirarlo, como tampoco había querido pensar en lo ocurrido entre ellos ni en lo que había presenciado después, aunque no siempre lo había conseguido. Más de una vez, en medio de una clase o en mitad de la noche, la habían asaltado los recuerdos y de nuevo volvía a sentirse estúpida. Sobre todo, por concederle más importancia de la que tenía.

—Lori, vamos —la instó a descender del carruaje Christine, que no quería hacer esperar a su padre.

—¿Te encuentras bien? —inquirió Jane.

Tanto ella como Amanda la observaban con un interés que rayaba la preocupación.

—Sí. —Sonrió sin gracia—. Solo estaba pensando. —Sacudió la cabeza—. No era nada importante —sentenció antes de apearse, sin ver la incrédula mirada que intercambiaron sus dos mejores amigas.

Sabían que algo le ocurría a Lori, y su reciente amistad con el conde de Telford resultaba, cuando menos, excepcional. Aun así, respetaron su silencio.

Lorianne, incómoda porque notaba la mirada del señor Worth sobre ella, siguió a Christine para reunirse con el conde, que se mantenía apartado de los vecinos que acudían al oficio religioso. Tras el saludo de rigor, Telford les propuso entrar a la iglesia.

Al ver que Lorianne se aproximaba, Nerian, sin comprender qué hacía la joven en compañía de aquel hombre ni por qué este continuaba en Minstrel Valley si su hija ya se había recuperado, se adelantó unos pasos para salirle al encuentro.

—Buenos días, señorita Bowler.

Un escalofrío trepó por la espalda de Lori y le recorrió los brazos hasta alcanzar las puntas de los dedos al escuchar la grave voz del condestable delante de ella. Había intentado pasar desapercibida manteniendo la cabeza baja y el rostro oculto por el ala de la capota, pero era evidente que su estrategia no había dado resultado.

—Buenos días, señor Worth. —Por educación, se obligó a alzar la vista hacia el rostro masculino. Si le sorprendió descubrirlo con el ceño fruncido, más lo hizo comprobar que no era a ella a quien Worth miraba, sino a Telford.

¿Acaso le molestaba verla en compañía de otro hombre? «¡Menuda desfachatez la suya!», pensó, tan indignada que hasta el estómago se le encogió.

—Necesito hablar con usted —le dijo Nerian, enfrentando al fin su mirada, pero sin modificar su expresión.

Lorianne nunca lo había visto con un gesto tan huraño, incluso el color de sus ojos se había tornado más oscuro. Su expresión resultaba más intensa que de costumbre, pero no se dejó amedrentar y, aunque se sonrojó, no bajó la vista como solía hacer.

—El oficio está a punto de comenzar, no creo que sea el momento adecuado. —La voz le salió firme a pesar de lo mucho que le afectaba mirarlo a la cara.

—Solo le robaré unos minutos —insistió Nerian suavizando el tono, acariciándole el rostro con la mirada.

—La señorita le ha dicho que no es el momento —intervino arrogante Telford.

El condestable apretó la mandíbula con rabia y clavó los ojos en los del otro que, desafiante, le sostuvo la mirada.

—Le ruego que no se inmiscuya en lo que no le concierne, caballero. —Evitó a propósito el título.

—Milord o conde de Telford, como prefiera —señaló petulante Bradbury—. Y sí me concierne puesto que acompaño a la señorita.

Nerian ardió de coraje cuando el lord le confirmó que Lorianne iba con él.

—La tenía por una mujer independiente y con voz propia, señorita Bowler —soltó ácido Nerian, volcando, sin pensar, toda su rabia sobre la muchacha—. Es evidente que me equivocaba —añadió, y con las mismas, dio media vuelta y se marchó, negándole a esta la posibilidad de

replicar. Se sentía demasiado furioso y decepcionado como para quedarse a escuchar cualquier respuesta que ella pudiera darle. Atender al sermón del padre Ellis tampoco le apetecía.

Lori, indignada por el hiriente comentario de Worth, también frunció los labios. Por supuesto que no necesitaba que nadie hablara por ella y mucho menos que salieran en su defensa, se dijo, volviéndose airada hacia el conde.

Stuard maldijo para sus adentros al darse cuenta del error que acababa de cometer.

—Lamento haberme inmiscuido, no pretendía ofenderla y ni un solo instante he considerado que no fuera capaz de manejar la situación por usted misma. —A duras penas logró sonar amable, pero su disculpa parecía haber apaciguado a la muchacha—. En ocasiones me dejó llevar por lo que me inculcaron desde la cuna y olvido que los tiempos han cambiado y que las mujeres ya no necesitan de caballeros que libren sus batallas —alegó con convincente solemnidad.

—No se disculpe —pidió Lori con un amago de sonrisa en los labios—, entiendo que lo hizo con buena intención. —Cierto que le había molestado que se entrometiera, pero lo que en verdad le resquemaba era la injusta acusación del condestable. Jamás lo hubiera creído capaz de un ataque tan ruin.

—¿Entramos ya? —preguntó impaciente Christine, que comenzaba a estar harta de la atención que su padre dispensaba a Lori cuando era por ella por quien continuaba en Minstrel Valley.

—Será lo mejor —asintió el conde, posando la mano sobre la espalda de Lorianne para hacerla avanzar.

Disgustada por el desagradable enfrentamiento, Lorianne ni cuenta se dio del gesto y, abstraída, se dejó guiar hacia uno de los bancos.

Sin embargo, Christine sí reparó en el detalle. También en la sesgada sonrisa de satisfacción de su padre, y no le gustó.

\*\*\*

Nerian, enojado como estaba, se había alejado a grandes zancadas, con la mandíbula apretada y la vista al frente, por lo que no había reparado en el carruaje que en aquel instante entraba en la plaza, procedente de Old London Road. Tampoco vio a la mujer que descendía de este a toda prisa y corría tras él.

—Nerian —lo llamó lady Fernsby, alzando la voz para hacerse oír—, aguarda.

Worth masculló un juramento al escucharla. Tentado estuvo de apurar el paso y continuar, porque lo último que deseaba en ese instante era verla. Aun así, se detuvo al dejar atrás la zona adoquinada de Legend Square. Llenó los pulmones y después expulsó el aire con fuerza, antes de volverse para enfrentar a la viuda.

—¿Qué quieres, Maisie? Tengo un poco de prisa —mintió para deshacerse de ella.

—¿Dónde te has metido todos estos días? —le recriminó haciendo caso omiso de su pregunta—. Si no te conociera, creería que me has evitado a propósito.

—¡Sí, qué bien me conoces! —espetó sarcástico.

—Había pensado que podríamos...

—Maisie —la interrumpió—. Ignoro lo que tienes en mente, pero sea lo que sea mi respuesta es no. —Decidió ser tajante o, de lo contrario, sospechaba que no se libraría nunca de ella—. No digas nada, por favor. —Alzó la mano para atajar la protesta de la viuda. Esta, aunque guardó silencio, torció el gesto, descontenta—. Necesito que me escuches. —La rubia, entonces, enarcó una ceja y sonrió jactanciosa—. Que me escuches de verdad —repitió, tan desabrido que le hizo perder la sonrisa.

—No es necesario que me hables como si fuera una niña —espetó ofendida.

—Entonces, compórtate como una mujer —rebatió sin contemplaciones.

Durante unos segundos se sostuvieron la mirada, enfadados ambos.

—Adelante, te escucho —concedió, agria, y por vez primera siendo ella misma, sin artificios ni engaños.

Nerian la observó sorprendido. Había desaparecido el barniz superficial que daba lustre a su imagen y, de repente, parecía otra mujer, más madura y rota. Una que ocultaba su dolor tras una máscara de frivolidad.

—Maisie, yo... —Worth se quedó sin palabras. Siempre había sospechado que el suyo no había sido un matrimonio fácil a causa de la diferencia de edad, pero lo que veía en ese instante en su rostro, en sus ojos, revelaba todo el daño que aquella unión le había ocasionado—. Lo lamento mucho, de haber sabido que...

—No habrías podido hacer nada —lo interrumpió sin emoción en la voz—. No te tortures, no tiene caso. Además, ya te dije que tampoco había sido tan malo. —Sonrió sin humor.

—Me cuesta creerte. —Ella se encogió de hombros—. Sé que nada de lo que diga cambiará el pasado ni te hará olvidar lo que sea que hayas tenido que soportar, pero quiero que sepas que mi hombro siempre estará disponible. Éramos amigos y me gustaría pensar que lo seguimos siendo.

—Solo amigos. —Worth asintió. Maisie sonrió apenada y durante unos segundos guardó silencio—. Al morir Fernsby, y a pesar de todo, me sentí muy sola. Entonces pensé en ti. Siempre supe que no me amabas —continuó adelantándose al condestable—, pero creí que, tal vez, ahora podría ser diferente. Me equivoqué. —Volvió a sonreír con tristeza.

—¿Qué me dices de tu padre? —preguntó Nerian, considerando innecesario añadir más a la última afirmación de la joven.

—Aún no le he perdonado que me obligara a casarme con el viejo. —Un velo de pesar empañó su mirada.

—Quizá este sea el momento de hacer las paces, ¿no te parece? Sé que... no se encuentra bien de salud. —Su madre se lo había contado en su última carta, unas semanas atrás.

—Eso he oído. —Suspiró ella con gesto cansado.

—Ve a verlo. Estoy seguro de que os hará bien a los dos —sugirió Worth, convencido de lo acertado de la propuesta.

—Siempre has sido un buen hombre. —En esa ocasión sí se trataba de un cumplido—. Tal vez te haga caso y lo visite —reflexionó en voz alta—. Y ahora será mejor que regrese a la posada. Debo hacer el equipaje. —Worth asintió y juntos caminaron hacia el lugar donde aguardaba el carruaje—. Te deseo lo mejor, Nerian —dijo cuando se detuvieron junto al coche.

—Y yo a ti, Maisie. —Sin importarle quién pudiera verlos, la rodeó con el brazo y depositó un beso en su frente—. Cuídate, y si me necesitas, ya sabes dónde encontrarme.

—Siempre y cuando no salgas corriendo a esconderte —comentó con una sonrisa de suficiencia en los labios.

Nerian soltó una carcajada.

—¡Qué bien me conoces! —concedió al tiempo que le ofrecía su brazo como punto de apoyo.

Una vez en el interior del vehículo, la viuda le guiñó un ojo a modo de despedida.

Nerian, de bastante mejor humor que hacía un rato, esperó hasta que esta abandonó la plaza para marcharse también, pero en lugar de dirigirse directamente hacia el lago como tenía previsto antes de que Maisie apareciera, decidió ir a buscar a los perros. Estaba seguro de que a Showy le encantaría lanzarse al agua desde el embarcadero.

\*\*\*

Como se esperaba de ella, porque una dama jamás muestra sus emociones, y a pesar de que el enojo aún circulaba por sus venas, Lorianne se había mantenido erguida y con expresión serena durante el servicio religioso. Además, puesto que nadie de la escuela había presenciado su breve enfrentamiento con el señor Worth, quiso aparentar normalidad para no suscitar curiosidades que, más tarde, acarrearían preguntas a las que seguro no querría o no sabría contestar. Debía pensar en su futuro y centrarse en el hombre sentado a su lado, el resto carecía ya de importancia. Estaba dispuesta a escuchar el sermón del párroco y, después, a disfrutar de la jornada programada con los Bradbury.

El escaso interés de Christine por el ejercicio les había obligado a ir en carruaje hasta las inmediaciones de Clifford Manor, de allí en adelante no les quedó más remedio que continuar a pie. Con el paso de los años, la vegetación había ido ganando terreno, y la colina, otrora dominada por la fortaleza de los Scott, se había convertido en un bosque de hayas, fresnos y olmos que escondía en su interior las ruinas del castillo. Fragmentos de la antigua muralla diseminados por entre los troncos de las hayas y camuflados entre la maleza, cúmulos de piedras labradas en mitad de un claro o restos de mampostería cubiertos de verdín, podían verse a medida que se ascendía la loma. En la zona más alta, abrazadas por la hiedra y el musgo, se mantenían en pie, orgullosas, las únicas paredes que habían sobrevivido al paso del tiempo y el abandono. Y en el centro de aquella especie de fantasmagórico laberinto, allí donde en otra época se alzaba la torre del homenaje, solo quedaban un montón de enormes bloques de caliza gris.

La imagen era preciosa y sobrecogedora a la vez, al menos así lo sentía Lorianne cada vez que

tenía ocasión de contemplarla. Había sido aquella parte de las ruinas la que había plasmado sobre el papel. Sin embargo, y a pesar de la espectral belleza del lugar, lo que verdaderamente cautivaba a Lori, poco dada a dejarse llevar por fantasías ni leyendas, eran las vistas desde la cara oeste de la colina. En esa zona, del otro lado de un murete de sillería, un claro en la ladera permitía contemplar aquella parte del valle.

En esa época del año, cuando los árboles vestían los colores del otoño y aún conservaban la mayor parte de sus hojas, el espectáculo resultaba impresionante. Los tonos ocres, anaranjados e incluso rojizos del follaje se combinaban entre sí como los hilos de un fascinante y ancestral tapiz. Fue a ese punto de las ruinas hacia donde Lorianne dirigió sus pasos nada más alcanzar la cima. Telford caminaba a su lado en silencio; y por detrás, ya sin resuello, con la capa doblada al medio sobre el brazo, iba Christine.

—Yo me quedo aquí —anunció sofocada la hija del conde, sentándose sobre el primer sillar que encontró cerca.

Su padre y su amiga se giraron al escucharla.

—¿En serio? Pero si solo tienes que andar unos pocos metros. —Se le acercó Lori para animarla a continuar. Telford, en absoluto interesado por el estado de la joven, decidió explorar el lugar por su cuenta.

—No podría dar un paso más ni aunque mi vida dependiera de ello. —Fatigada, resollaba como un animalillo herido. Quizá aún no estaba del todo recuperada y el paseo había sido excesivo para ella, pensó Lori consternada—. Solo necesito descansar un momento, después me reuniré con vosotros —dijo Christine para tranquilizar a la otra y que, al igual que su padre, continuara también con la excursión. Estaba deseando quedarse a solas para así poder dar buena cuenta del bizcochito de jalea de manzana que, cuidadosamente envuelto, llevaba en el bolsillo del vestido.

—De acuerdo. Ya sabes dónde encontrarme —dijo Lorianne antes de reanudar la marcha hacia su rincón predilecto de las ruinas, contenta por disponer de unos minutos a solas.

Apoyada contra la sólida tapia, atrapada como siempre por la belleza del lugar y la paz que le transmitía, Lori inspiró hondo hasta llenar los pulmones y después, despacio, expulsó el aire. Se centró en la fascinante gama de colores con que la naturaleza engalanaba la arboleda que bajaba hasta el valle, en las verdes praderas y las montañas que se divisaban a lo lejos, en el trino de los pájaros y en el olor a tierra húmeda, resina y vegetación que saturaba el aire. No quiso pensar en nada más, no en aquel sitio.

Cuando Telford se reunió con ella un rato después, lo hizo en silencio, y durante un instante también contempló el paisaje. Tenía que reconocer que en verdad las vistas eran estupendas, pero no era observar el panorama lo que le interesaba estando a solas con Bowler. No sabía cuándo volvería a presentársele otra oportunidad igual. Tampoco se olvidaba de que Christine estaba cerca y podría aparecer allí en cualquier momento. Por eso no se lo pensó dos veces y se situó frente a Lori.

—Alguien ha debido escuchar mis plegarias, porque me ha concedido quedarme a solas con usted..., Lorianne —susurró su nombre con intención, acortando la distancia entre sus cuerpos.

Lori supo que pensaba besarla y, aun así, no pudo evitar tensarse cuando los labios de Telford se posaron sobre los suyos. Se relajó en parte al notarlos suaves y amables, pero no se atrevió a responder —su cuerpo tampoco lo hizo—, y mucho menos a tocarlo, pues él mantenía sus manos lejos de ella, apoyadas sobre la pared de piedra a la altura de sus hombros. Como todo lo que guardaba relación con el conde, el beso, aunque agradable, carecía de emoción. La boca de Telford moviéndose sobre la suya no le transmitía pasión, ni siquiera entusiasmo, no había sentimiento en el beso de su pretendiente. Quiso achacarlo a la escasa confianza que aún se tenían o quizá la causa era su falta de respuesta, caviló sin ánimo de participar y ver si de esa manera la cosa mejoraba.

A Telford le estaba costando horrores mantener aquella cadencia pausada y anodina cuando la impasividad de ella no hacía más que alimentar el odio que ardía en su interior. No había ni un ápice de deseo en sus venas, solo rabia y rencor, y muy a gusto le hubiera hecho pagar allí mismo la afrenta de su padre. Sin duda habría disfrutado acabando con la inocencia y la mojigatería de aquella niñata insulsa que ni capacidad para calentar a un hombre tenía. Además, allí, en aquel lugar tan especial para ella, nadie la hubiera oído gritar. ¡Qué lástima no estar solos!

«De no estar aquí Christine...», dejó el pensamiento a medias, porque otro comenzó a formarse en su cabeza. Fueron las pequeñas manos de Bowler, presionando contra su pecho para apartarlo, las que lo sacaron de sus cavilaciones y le permitieron darse cuenta de que Christine se acercaba.

Sin ceremonias ni miramientos, interrumpió el beso, se hizo un paso atrás y con las mismas le dio la espalda a la joven, negándole la posibilidad de ver el desprecio que incendiaba su mirada y la sonrisa, a buen seguro perversa, que adornaba sus labios.

—Deberíamos regresar o se hará tarde para almorzar —propuso Christine.

## Capítulo 14

Con el cuaderno de dibujo sobre el regazo, lapicero en mano, Lorianne intentaba poner toda su atención en los trazos que realizaba en el papel. Por lo general, cuando dibujaba, se abstraía de tal manera que olvidaba que a su alrededor había gente. Por ello, al regresar a la escuela tras el almuerzo en la posada y enterarse de que algunas de sus compañeras estaban organizando una salida al lago, había decidido unírseles. La tarde era soleada, y ella necesitaba evadirse durante un rato de la realidad para dar descanso a su mente, pero no lo estaba logrando.

La conversación que Mily, Becca y Tiberia mantenían a tan solo un par de metros de ella, sentadas también sobre el césped frente a Conway House, la distraía a cada momento. Los gritos de alborozo de Margaret, Hester y Mariana cada vez que una de ellas conseguía hacer rebotar una piedra sobre la superficie del agua, tampoco la ayudaban a centrarse en el esbozo que intentaba realizar de la desembocadura del río Oldruin y del puente del Pasatiempo.

Perdida la concentración, y hasta las ganas de dibujar, fijó la mirada en Rosemary y su prometido —lord McEwan— que paseaban muy juntos cerca de la orilla. ¡Se les veía tan enamorados! Le sorprendió la nostalgia que encerraba aquel pensamiento, más aún que apareciera acompañado de la imagen de unos ojos verdes. Confundida, y un poco enojada también, Lorianne sacudió la cabeza para deshacer la visión. No era el condestable quien debía aparecer en su mente, sino lord Telford. Se recordó que estaba a un paso de convertirse en su prometida. Porque albergaba la esperanza de que no hubiera cambiado de opinión después de lo ocurrido en Scott Hill. Aunque le preocupaba que, tras la aparición de Christine, el conde hubiera permanecido en silencio, pensativo y un tanto distante el resto de la mañana. Temía haberlo decepcionado con su pasividad durante el beso.

Ojalá hubieran contado con unos minutos a solas antes de despedirse. Entonces podría haberle dicho que la había tomado por sorpresa o que le había podido la timidez. Ninguna de las dos excusas era cierta, y habría sido feo mentirle, más aún cuando pretendía una relación basada en el respeto y la confianza. Eso no se conseguía con embustes.

¿Cómo justificar entonces su falta de reacción? Le sorprendió descubrir que no sabía cómo hacerlo. Ignoraba el motivo por el que no había sentido ni un mínimo cosquilleo ante el contacto del conde. Tal vez no hubiera sido el momento adecuado o, quizá, saber a Christine cerca la había cohibido. A fin de cuentas, su amiga no estaba al tanto de las intenciones de su padre para con

ella, y la situación habría sido, cuando menos, embarazosa si los hubiera sorprendido, reflexionó Lori, no del todo convencida. Incluso así, y a falta de un argumento mejor, decidió aceptar ese y no pensar más en ello.

Con seguridad, la próxima vez que la besara sería diferente, se dijo sin demasiado entusiasmo.

—Lori —escuchó la llamada apremiante de Becca—. Recoge tus cosas, que nos vamos.

Tan ensimismada estaba en ese instante que ni cuenta se había dado de que sus compañeras caminaban ya hacia Conway House para alcanzar el camino delantero y regresar a la escuela.

—No se demore, señorita Bowler, o llegarán tarde para el té —apuntó Lucy, tan seria como de costumbre.

Lorianne cerró el cuaderno a toda prisa, se puso en pie y, casi al tiempo que echaba a andar, recogió la capa que había dejado sobre el césped al llegar. Estaba a punto de alcanzar al resto cuando vio aparecer a Constance y Noelle por el lado opuesto de la mansión. Esta última se llevó el dedo índice a los labios para indicarle a Lori que guardara silencio.

—Un día de estos te meterás en un lio —le susurró a Noelle cuando se le acercaron, segura de que había vuelto a convencer a Constance para rondar la casa del señor Catesby.

—¿Qué sentido tiene la vida sin un poco de riesgo? —inquirió Noelle con una sonrisa pícaro.

—Tú sabrás lo que haces y si merece la pena —sentenció Lorianne, encogiéndose de hombros. No era la más indicada para cuestionar las escapadas de su compañera.

—¿A quién le toca servir el té? —quiso saber Tiberia justo cuando el grupo alcanzaba King's Road.

—A mí —respondió Noelle torciendo el gesto, olvidando la mordaz réplica que a punto había estado de soltarle a Lori.

—¡Maldición! —exclamó esta unos metros más adelante, parada en mitad del camino y revisando, apurada, los bolsillos camuflados entre los pliegues de su falda.

—Modere su lenguaje, señorita Bowler —la increpó Margaret, imitando el tono severo de lady Valery.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Constance, deteniéndose también e ignorando las risas de diversión que la parodia de la profesora había provocado al resto.

—Me he dejado los guantes junto al lago —respondió consternada Lorianne.

—Eso no es ninguna novedad —apuntó Rosemary sin sorprenderse lo más mínimo por el olvido. Ninguna lo hizo.

—Tal vez, si me apresuro, podría regresar a por ellos y...

—Imposible —la interrumpió la doncella—. Lo siento por usted y sus guantes, señorita, pero no puede regresar sola. Además, vamos con el tiempo justo.

Por más que le pesara, Lori sabía que Lucy llevaba razón y que no podían retrasarse o las regañarían a todas por su causa, así que no insistió. Tendría que ocultar las manos bajo la capa para evitar que la reprendieran a ella.

\*\*\*

—No te preocupes, seguro que mañana aún continuarán donde los dejaste —trató de animarla Emily después de que terminaron el té y lady Valery hubo abandonado la salita lavanda.

—O no —dijo Mariana poco optimista.

—Espero que sí, porque me los regaló mi madre la última vez que estuve en Londres. Se disgustaría si supiera que ya no los tengo.

—Opino igual que Emily, mañana seguirán en el mismo sitio —sentenció Jane convencida. Un par de guantes sobre el césped no llamarían la atención de nadie, salvo que se pasara junto a ellos.

—En qué estado los encuentres será otra cuestión. —Todas las miradas se volvieron hacia Christine. Ella, Amanda y Jane se habían quedado en la escuela y se acababan de enterar del nuevo despiste de su amiga—. ¿Qué? Lo más probable es que la piel se estropee con la humedad del rocío —aclaró un poco a la defensiva.

—No había pensado en eso. —Resopló abatida Lorianne—. Ya puedo darlos por perdidos.

—A no ser... —comenzó Margaret pensativa.

—¿Qué? —la instó Hester a continuar, intrigada.

—A no ser que salgas esta noche a recuperarlos —prosiguió Margaret, incitando a Lori con la mirada.

—Estás de suerte, esta noche habrá luna llena —apuntó Noelle, sonriendo desafiante.

—¿Cómo voy a salir en plena noche? —preguntó incrédula Lorianne—. Si alguien se llegara a enterar podrían expulsarme de la escuela —alegó para descartar la idea.

—Tampoco serías la primera que lo hace —señaló Emily, cruzando una discreta mirada con Rosemary.

—Algunas de nosotras podríamos vigilar para que puedas salir y entrar sin que te descubran —sugirió Margaret.

Lori, en silencio, contempló los rostros expectantes de sus compañeras. Vio que Amanda negaba con un movimiento de cabeza.

—¿No será que tienes miedo de salir sola? —la provocó Mariana.

—Por supuesto que no. ¿Qué podría temer? Pero no me parece prudente...

—Tal vez te encuentres con la Dama Blanca vagando junto al lago —apuntó Christine con tono lúgubre.

—Menuda tontería, los fantasmas no existen. El de la Dama Blanca tampoco —sentenció convencida.

—No se atreverá —repuso socarrona Noelle—. Lori es demasiado aburrida para embarcarse en este tipo de aventura.

—No soy aburrida —protestó ella, ofendida.

—Demuéstralo —la retó Margaret con los ojos brillando de emoción.

—Lori, te meterás en problemas —le advirtió Jane, tan sensata como Amanda.

De nuevo se hizo el silencio en la salita. Todas estaban pendientes de la respuesta final de la señorita Bowler.

—Está bien, lo haré —contestó tras meditarlo unos segundos.

Les demostraría que podía ser tan atrevida como la que más. ¿Qué podía salir mal si alguna de ellas hacía guardia para cubrirle las espaldas y que no la sorprendieran al regresar? O eso se preguntaba para animarse y no desdecirse y que así no volvieran a tildarla de sosa. Vio que Amanda y Jane, contrariadas, negaban al mismo tiempo, mientras el resto festejaba su decisión.

—Será una noche divertida —dijo Hester emocionada, imaginando ya el trajín que habría esa madrugada por los pasillos de la mansión, con la agitación añadida de no ser descubiertas.

\*\*\*

Tras escabullirse por la puerta trasera de la finca —testigo de muchas otras escapadas—, y arrebujada con una sencilla capa de color pardo ribeteada con terciopelo negro, Lori avanzaba pegada al muro exterior de Minstrel House con el corazón latiendo con fuerza, los ojos bien abiertos y el oído pendiente de cualquier sonido que pudiera delatar la presencia de otra persona en los alrededores. Dudaba que a esa hora nadie en su sano juicio saliera a pasear, pero toda precaución era poca. Solo se escuchaba el murmullo de las aguas del río y el crujir de sus pasos sobre la hierba y alguna que otra hoja seca llevada hasta allí por el viento.

Como habían acordado que haría, Lorianne bordeó la tapia hasta llegar a la cara sur de esta. Desde allí se internó en el bosque que cubría el terreno hasta Forest Road. Lo atravesó sin entretenerse y siempre atenta al entorno. Cuando llegó al extremo opuesto, y antes de cruzar al otro lado del camino, se aseguró de que este estuviera desierto. Después, corrió para alcanzar la arboleda que, desde allí, se extendía hasta Conway House.

Con la respiración agitada por la tensión, ocultándose tras los árboles a medida que avanzaba, se acercó despacio hacia el cobertizo del conde, lugar en el que lord McEwan le había pedido matrimonio a Rosemary. Una vez se aseguró de que estaba vacío, continuó adelante por la arboleda hasta toparse con la mansión de lady Conway; allí todas las luces estaban apagadas. Entonces, se apresuró para llegar al lugar en el que esa tarde había estado sentada.

Noelle había estado en lo cierto, era una suerte contar con la luna llena, de lo contrario le habría sido imposible localizar sus guantes. Aun así, le llevó unos minutos ubicar el lugar exacto en el que los había olvidado. Fue entonces, al recogerlos, cuando levantó la vista y la vio: una figura femenina, cubierta por completo con una capa de color claro, dirigiéndose despacio hacia el lago.

Lori se quedó petrificada ante la fantasmal visión. Cuando la figura se volvió hacia ella, aterrada, quiso gritar, pero ni un solo sonido brotó de su garganta. Solo pudo dar media vuelta y correr. Embargada por el pánico, corrió como nunca lo había hecho en su vida. Podía sentir el

enloquecido latir de su corazón, aunque habría jurado que la sangre se le había helado en las venas al ver la espectral imagen.

Le costaba respirar a causa del esfuerzo y le ardían los pulmones, pero siguió corriendo, apartando ramas y pisando hoyos que a punto habían estado de hacerla caer. Se arrepentía, ¡vaya si se arrepentía!, de haber accedido al desafío de sus compañeras. Iba a morir allí mismo, en el pequeño bosque de lady Conway, o tal vez la Dama Blanca la arrastrase hasta las profundidades del lago para jamás volver a emerger. Porque estaba segura de que era ella. ¡Acababa de toparse con el fantasma de lady Anne Scott!

\*\*\*

Nerian nunca se había considerado una persona temperamental. Tenía carácter, por supuesto, pero también poseía el temple suficiente para mantenerlo bajo control. Por eso, su reacción de aquella mañana ante la iglesia lo tenía desconcertado. ¡Se había sentido tan despechado! Nunca hubiera esperado que la señorita Bowler consintiera a un petimetre como aquel entrometerse en sus asuntos. ¿Qué derecho tenía aquel patán a interceder por ella? ¿Estaría interesado en la muchacha? ¿Y ella, sentiría algún tipo de afecto por el maldito conde?

Las preguntas no habían dejado de repetirse una y otra vez en su cabeza, hasta el punto de robarle por completo el sueño. Permanecer en la cama se la había antojado imposible e inútil, por lo que había decidido salir a dar un paseo con el que despejarse. La noche era fresca, y quizá el relente pudiera apaciguar sus confusas emociones y reconducir sus ideas. ¡Falta le hacía!

Sin prisa, había dirigido sus pasos hacia King's Road. Tenía intención de llegar hasta el puente del Pasatiempo, un lugar tranquilo desde el que se podía contemplar tanto la escuela como el lago. Casi había alcanzado su destino cuando escuchó extraños sonidos a su derecha, procedentes del bosquecillo que lindaba con Forest Road y se extendía hasta Conway House.

Preocupado, se internó entre los abedules y agudizó el oído. Fuera lo que fuese, se movía con rapidez y avanzaba en su dirección. Podría tratarse de un animal salvaje, en cuyo caso, más le valdría salir corriendo de allí en cuanto lo divisase; pero también podría tratarse de un ladrón o cualquier otro tipo de maleante. De ser así, tenía la obligación de interceptarlo y hacer todo cuanto pudiese por detenerlo. Solo esperaba que el hombro no le causara problemas llegado el momento, pensó, preparado para lo que pudiera pasar. Inmóvil, para no delatar su posición antes de tiempo, con los sentidos alerta y los músculos en tensión, aguardó dispuesto a actuar. Los apresurados pasos se escuchaban cerca.

En cuestión de segundos, como Nerian esperaba, una figura —demasiado menuda para ser un hombre— envuelta en una capa oscura, apareció entre los árboles. Si descubrir que era una mujer lo había sorprendido, averiguar de quién se trataba, cuando un haz de luz lunar incidió sobre las delicadas facciones, lo dejó pasmado.

«¡No puede ser!».

Con el corazón a punto de salirse del pecho avanzó hacia ella a grandes zancadas y, justo cuando la joven tropezó con algo y se precipitó hacia delante, la interceptó de forma un tanto brusca. Lorianne se estampó contra su pecho con un chillido asustado a la vez que él la envolvía entre sus brazos para sujetarla con fuerza y evitar que ambos cayeran.

—Señorita Bowler —no logró decir más. Descubrirla allí había sido más de lo que su atiborrada mente había logrado asimilar. Había sentido un miedo irracional al verla salir huyendo de entre los árboles.

—Gracias a Dios —musitó, con una sensación de alivio tan intensa al reconocer la voz del señor Worth que a punto estuvo de echarse a llorar. Ni cuenta se dio de que él aún la sostenía de los brazos.

Había tropezado con el bajo de la falda y pensado —primero— que se abriría la cabeza al estrellarse contra el suelo, y después, al sentir que alguien la sujetaba evitando la caída, que la Dama Blanca le había dado alcance.

—¿Se puede saber qué hace aquí? —La pregunta escapó de la garganta de Nerian impregnada de reproche. No se le ocurría ningún buen motivo por el que una dama pudiera estar sola en el bosque en plena noche, de modo que su enfado fue inmediato. Quería una explicación. Y la quería ya.

—He creído ver... —balbuceó con dificultad Lori. Estaba exhausta por la carrera y apenas lograba llenar de aire los pulmones, pero aún le quedaban fuerzas para lanzar una nerviosa mirada hacia su espalda—. Dios mío, me he dado un susto de muerte —dijo, mirándolo de nuevo.

—¿Y qué esperaba que ocurriera de noche en el bosque? —le espetó Worth, conteniendo las ganas de zarandearla—. ¿Se da cuenta de lo peligrosa que puede ser esta zona a estas horas?

Los ojos del condestable destellaban furiosos, y el tono de su voz había variado de forma notable. Tras la sorpresa inicial, Lori cayó en la cuenta de lo inadecuada que era su presencia allí. No sería fácil justificarla sin parecer una boba.

—Yo... tenía algo que hacer —se excusó Lori con expresión contrita y mordiéndose el labio inferior con un gesto de duda.

Esas palabras, pronunciadas con un toque de recelo y lo que a él le pareció una buena dosis de culpabilidad, evocaron en Nerian un pensamiento que se extendió por su cerebro como una sustancia corrosiva. Solo se le ocurría un motivo por el que una dama se expondría a abandonar los seguros confines de la escuela en medio de la noche: una cita secreta.

—¿Estaba sola? —inquirió, tras un instante de silencio, con una voz seca que le costó reconocer como propia. Al contemplar la expresión confundida de ella, incrementó ligeramente la fuerza con la que la sujetaba por los brazos y repitió la pregunta—. ¿Ha venido sola?

—Yo... —Lori no pudo evitar recordar la imagen que había presenciado y miró una vez más por encima de su hombro. No había ni rastro de la Dama Blanca. Nerian, sin embargo, al verla mirar hacia el interior del bosque, fue al conde de Telford al que imaginó saliendo de entre los árboles—. Preferiría no tener que darle explicaciones.

Worth tuvo que cerrar los ojos para contener la rabia que se prendió en su pecho. De todas las cosas que hubiera esperado de ella, que se citase con el conde en plena noche y de un modo tan imprudente habría sido la última, pero que se lo ocultase de aquel modo, que además lo mirara desafiante... aquello casi consiguió hacerle perder los papeles.

—Sí, estoy seguro de ello —masculló con rabia.

Lori sintió que se le envaraba la espalda ante aquel tono desdeñoso, comprendiendo de repente la conclusión a la que él había llegado. No tenía ningún derecho a insinuar que ella estaba allí por motivos indecorosos. A pesar de que su corazón no se había recuperado de la impresión sufrida, tenía la suficiente entereza como para no dejarse avasallar. Además, ¿quién era él para cuestionar sus compañías? Él, que besaba a una joven para al día siguiente fundirse en un apasionado abrazo con otra mujer.

—No debería confundirse, señor Worth —le advirtió con creciente ira, al tiempo que se revolvía para que la soltara y poder apartarse de él—. No todas las personas adolecen de la misma falta de principios en lo que a abrazos efusivos en lugares públicos se refiere. —Mientras lo decía, era muy consciente del beso que había recibido apenas unas horas antes, pero eso el señor Worth no tenía por qué saberlo.

Nerian la miró perplejo por el ataque. Aquella noche la señorita Bowler no dejaba de sorprenderlo. ¿Le estaba reprochando su abrazo con Maisie cuando esa mañana no había querido escuchar sus explicaciones? Y lo más importante, ¿significaban sus palabras que no había tenido una cita con Telford? Decidió responder a lo primero.

—Ese es un golpe bajo —manifestó tras un sonoro suspiro.

—¿Y lo que usted insinúa no lo es? —inquirió, controlando la punzada de tristeza que le atravesó el pecho. A fin de cuentas, ¿qué podía importarle lo que el condestable pudiera opinar de ella?

«¡Oh, desde luego que lo es!», pensó Nerian. Debía reconocer que se había extralimitado, aunque no diría nada al respecto hasta obtener una contestación de ella.

—Sigo sin escuchar una explicación sobre su presencia en el bosque, señorita Bowler —insistió terco.

—Yo tampoco he escuchado ninguna con respecto a la suya. ¿Se había citado con alguien, señor Worth? —No lo creía ni por asomo, pero quiso darle a probar un poco de su propia medicina.

«La osadía de la señorita Bowler no conoce límites», se dijo Nerian con impaciencia. ¡Y se veía tan bonita con aquel gesto arrogante en su delicado rostro! Se fijó también en que la capa apenas lograba ocultar el hermoso vestido color aceituna. El escote era redondeado y dejaba a la vista la parte superior de sus nacarados senos. Tragó saliva con la sensación de haber perdido parte de su ira.

—No podía dormir y salí a dar un paseo —admitió, distraído por el aspecto tan encantador que mostraba con el cabello un tanto alborotado y la respiración aún agitada.

—¿Mala conciencia, tal vez? —preguntó mordaz Lorianne. Aunque era consciente de que

estaba dejando salir una parte bastante mezquina de sí misma, no pudo evitarlo. Le había dolido mucho ver cómo abrazaba a aquella mujer a la puerta de su casa, y le fastidiaba sobremanera que se atreviera a pedirle una justificación sobre cualquier cosa.

—Lorianne... —le advirtió en voz baja.

No debía ponerlo a prueba. No debería retarlo de ese modo. No a un hombre que estaba sometido a tanta presión y a tantas emociones contradictorias. Y, para finalizar, no cuando el deseo por ella estaba empezando a desdibujar cualquier otro razonamiento en su cabeza.

—Vamos, señor Worth. Sea valiente —lo desafió, aun creyendo que el condestable le echaría una buena regañina, que le gritaría o incluso la llevaría de vuelta a la escuela, a rastras, por su impertinencia.

Pero no fue eso lo que ocurrió.

Sus palabras terminaron con la poca paciencia de Nerian que, consciente de que se sentía tan enfurecido como excitado por la provocación de Lorianne, la agarró del brazo y tiró de ella hasta que sus cuerpos quedaron pegados. Sorprendida por su reacción, Lori apenas pudo hacer otra cosa que boquear, con los ojos muy abiertos.

—Eso haré —respondió con aspereza antes de arrojarse sobre ella y sellarle los labios con los suyos.

## Capítulo 15

Sin más aviso que aquella escueta y abrupta aceptación, el condestable la había agarrado, inclinado la cabeza sobre ella y tomado posesión de sus labios con fiereza. Lori quiso resistirse. ¡Debía hacerlo! Convencida de ello, posó las manos contra el robusto pecho del hombre y lo empujó —le pareció— con decisión. No debía permitirlo. Él no merecía que se rindiese, pero el sabor de aquella boca era tan embriagador y la vehemencia con que la poseía tan excitante que, a los pocos segundos, con las piernas temblorosas y un buen barullo en las entrañas, estaba respondiendo a ese rudo contacto.

Olvidó, entonces, el miedo que había sentido aquella noche, el enojo por los reproches de él y hasta el lugar en el que se encontraban. Imposible no hacerlo cuando aquel arrollador beso era incluso mejor que el primero que habían compartido. Lo sabía porque decenas de veces lo había recreado en su mente, cuando hubiera querido silenciar su recuerdo.

Nerian, que hacía rato que había dejado de notar el dolor del hombro y echado a un lado sus modales y la prudencia, gruñó excitado al intuir la vacilante respuesta de Lorianne. Animado por esta, la rodeó con sus brazos y, apretándola contra su cuerpo, dejó salir todo el deseo que por ella había acumulado a lo largo de aquellos meses y que en ese instante amenazaba con hacerle perder el control.

Codicioso, asedió sus labios con urgencia, casi con desesperación. Sosteniéndola con firmeza, la hizo retroceder hasta que su espalda topó con el blanquecino tronco de un abedul.

Ella no protestó. Se sentía muy atrevida por estar compartiendo un beso tan fogoso, aunque no pudo más que sorprenderse cuando Worth comenzó a mordisquear su boca y dejó sentir sobre ella el tacto de su lengua. Lorianne no sabía exactamente cómo responder a algo tan osado... «Y agradable», pensó separándose y jadear. Él aprovechó el momento y, conteniéndose a duras penas para no asaltar el interior de su boca, profundizó el beso.

La invasiva caricia conmocionó a Lori durante un breve instante, hasta comprobar lo apasionado e íntimo que era aquel nuevo contacto y lo sensual que le resultaba. Embriagada por la sensación que la recorría de arriba abajo, elevó las manos —frías como un carámbano— hasta tocar la ardiente piel de su cuello, y después enredó los dedos en el grueso y ensortijado cabello del condestable, permitiendo a su cuerpo amoldarse a la fuerte musculatura masculina.

El frío de aquellos dedos sobre su nuca, y deslizándose por entre su pelo después, lo hizo

estremecer hasta lo más profundo, pero el juego de temperaturas, la suavidad de sus formas ajustándose a la perfección a su cuerpo, aquel aroma suyo que podría reconocer en cualquier lugar y lo delirante de saberse, en parte, dentro de ella, logró excitarlo aún más. Quiso provocar los mismos temblores que asolaban su cuerpo, el mismo ardor que inflamaba su sangre, el mismo anhelo que albergaba su corazón. Incapaz de apartarse de ella, subyugado como estaba por las inexpertas caricias de su lengua, Nerian deslizó las manos bajo la capa de Lorianne y, ávido, recorrió sus caderas y la grácil cintura. Jadeó agonizante ante la redondez de sus nalgas y la apretó aún más contra su pelvis. El gemido femenino que vibró en su boca se extendió por su pecho, amenazando con hacerlo estallar.

Lori, sumida en una delirante espiral de sensaciones, anhelos y emociones, palpitando toda ella de deseo al sentir la presión de las palmas extendidas sobre su trasero y la dureza que empujaba contra su vientre, imitaba audaz los movimientos de aquella lengua que, con descaro, buscaba la suya y la incitaba a continuar. Sollozó cuando una de las manos de Worth ascendió por su espalda y rodeó su talle para situarse al abrigo de su pecho. La caricia fue tan ardiente como la mirada que él le dedicó al interrumpir el beso para observarla. Lori creyó que se derretía ante esos ojos verdes en los que, más que ternura, encontró crudo deseo.

Nerian la contempló fascinado. Se veía tan voluptuosa con la mirada iluminada, la respiración desacompañada y los labios hinchados por el desenfrenado beso, que se le antojó la criatura más perfecta y deseable que jamás hubiera visto.

Lori jadeó con fuerza cuando las dilatadas pupilas de Nerian buscaron el límite de su escote, y su mano, atrevida, las acompañó. La yema del pulgar se paseó por el borde del vestido antes de colarse bajo la tela y rozar un lugar que hizo que todo su cuerpo se pusiera en alerta.

—¡Oh, Dios! —musitó Lorianne, cerrando los ojos. Le ardía la piel allí donde él la tocaba.

Nerian también cerró los ojos y apretó la mandíbula; su entrepierna se había endurecido de un modo doloroso al escuchar la ahogada exclamación de la joven. A pesar de su inocencia, sabía que bajo el aparente recato se escondía una mujer apasionada. Había tenido ocasión de comprobarlo, volvía a ser patente. Lorianne estaba mostrando la mujer que llevaba dentro, y él hacía rato que había dejado de lado la sensatez del hombre responsable que era. Con un movimiento audaz y arriesgado, Nerian soltó los primeros botones que cerraban el frente del vestido. Los pechos, pequeños y firmes, liberados en parte de la presión del ajustado corpiño, cubiertos solo por la fina tela de la camisola, se asomaron impúdicos al improvisado escote. Nerian sintió que todo su cuerpo respondía a la sublime visión y cayó rendido ante la colosal sensualidad del cuerpo femenino.

Lori contuvo la respiración. No estaba del todo segura de lo que pasaría a continuación, pero deseaba descubrirlo. Deseaba volver a sentir el abrasador contacto de su mano y el sabor de sus besos llenándole la boca.

Adivinando la necesidad de la joven, Nerian mordisqueó su labio inferior, lo succionó y jugueteó con su lengua. Fue ella quien le salió al encuentro, perdiendo el escaso control que le

quedaba. Mientras se devoraban, los dedos de él regresaron sobre los botones del vestido, desabrochando los suficientes para que los senos escaparan de su encierro. Cubrió uno de ellos con la mano, apretándolo ligeramente, notando contra la palma la dureza de su vértice.

Con un nuevo mordisco en el labio inferior, Nerian puso fin al beso, pero no se alejó. Aún se entretuvo en lamer sus labios una última vez antes de arañar con los dientes la tierna barbilla de Lorianne. Entre tanto, desataba la cinta de la camisola, apartaba la fina tela y acariciaba la exquisita piel de los pechos mientras iba dejando un rosario de besos y lametones sobre el perfil de su rostro.

Lorianne, con la cabeza ladeada y la respiración atorada en la garganta, contuvo a duras penas un desgarrador y frustrado gemido. Su interior ardía, las piernas le fallaban y el centro de su placer palpitaba de necesidad. Se retorció contra el sólido cuerpo que se apretaba contra el suyo.

Tal vez si ella se hubiera mostrado más cohibida o asustada, Nerian habría tenido la cordura de detenerse, pero se veía incapaz de hacerlo con ella restregándose contra la dureza de su entrepierna y respondiendo con tanta pasión a sus besos. Incluso la forma en que introducía los dedos por su cabello y tironeaba de él se le antojaba deliciosa y provocadora, y lo único en lo que podía pensar era en hacerla suya.

No podía hacer tal cosa en medio del bosque. ¡No podía hacer tal cosa y punto! Incluso en su demencia lujuriosa era muy consciente de ello.

—Dime con quién has venido —preguntó con un susurro ronco, al tiempo que sus labios, sus dientes y su lengua jugueteaban con el lóbulo de la oreja de Lorianne. Necesitaba distraer su cerebro o terminarían rodando, desnudos, por el suelo.

—Sola. —Casi jadeó la respuesta, pues la mano de Worth continuaba acariciando sus pechos desnudos y su boca arrullaba su oreja, provocándole escalofríos que recorrían de arriba abajo su espalda y terminaban en las duras puntas de sus senos.

—Debería reprenderte por eso —amenazó Nerian, consciente de que sí le enfurecía que ella hubiera sido tan imprudente, pero estaba demasiado excitado como para hacer algo al respecto en ese momento, y entablar una conversación no parecía estar dando resultado. Continuaba igual de duro.

—Vine a recoger mis guantes —se justificó ella con la voz entrecortada.

—Ya hablaremos después de tu insensatez.

Con ese escueto comentario, negándose a considerar su propia imprudencia y colocando las manos de nuevo sobre el magnífico trasero de Lorianne, la alzó sin dificultad hasta tenerla a su altura.

En un primer momento, al ver que sus pies dejaban de tocar el suelo, Lori lanzó un gritito aterrado y le rodeó el cuello con los brazos. Quiso hacer otro tanto con las piernas, para no escurrirse, pero la falda se lo impidió. Sin detenerse a pensar, porque su cerebro tampoco habría podido hacerlo con claridad —no cuando el condestable le estaba devorando el cuello—, tiró hacia arriba del vestido y envolvió las caderas masculinas con sus piernas.

Nerian creyó que moriría abrasado por el fuego que incendiaba sus entrañas. No le importó. En aquel momento, con los pechos desnudos de Lorianne al alcance de su boca y el húmedo calor de su entrepierna apretándose contra su miembro, no podía razonar. Tampoco quería hacerlo, porque sabía cuál sería el único pensamiento que ocuparía su cabeza. ¡La deseaba! Como un hombre desea a una mujer, con toda la salvaje lujuria que ninguna otra había conseguido despertarle, pero también sabía que no podía tomar lo que no le correspondía, y que debía mesurar las demandas de su cuerpo.

No obstante, Lorianne no parecía muy proclive a escandalizarse ni parecía tener en mente detenerse aún, puesto que no protestó cuando acercó el rostro a sus pechos y les ofreció la atención que merecían y que, desde hacía rato, se moría por dispensarles. Tampoco se quejó cuando sus dedos se cerraron con fuerza sobre la prieta carne de sus nalgas y la empujaron hacia delante.

Con un sollozo, Lorianne arqueó la espalda ofreciéndole sus pechos y apretó las piernas en busca de una satisfacción que no sabía cómo conseguir, pero que comenzaba a ser necesaria. Nerian, negándose a meditar sobre lo que se disponía a hacer, deslizó una de sus manos hacia delante, hasta encontrar la abertura del calzón.

—Dios mío. —Lori se tensó y abrió los ojos de par en par al notar la caricia en una zona tan íntima de su cuerpo. Lo miró desconcertada, las pupilas dilatadas por el deseo.

—Puedo detenerme si lo deseas.

El grave susurro y la intensa mirada que Worth le dedicó la sacudieron por dentro.

Por toda respuesta, Lorianne tomó su rostro entre las manos e inició un beso que resultó devastador para ambos.

Nerian reanudó la caricia, se perdió entre sus pliegues y se concentró en darle placer. Lorianne comenzó a jadear de forma sonora al tiempo que contoneaba las caderas, frotándose contra él. La contempló hechizado cuando los gemidos fueron en aumento y la supo próxima a alcanzar el clímax. Su rostro se contrajo de puro gozo mientras Nerian se convencía de que jamás había visto nada tan hermoso en su vida como aquel fuego que la estaba consumiendo. Se quedó absorto durante largos segundos, amplificando su placer hasta que, extenuada, se recostó sobre su hombro.

Nerian, sin querer despertarse de aquel sueño, enterró el rostro en su cuello y aguardó hasta que el ritmo de su respiración comenzó a normalizarse.

—¿Te sientes bien? —le preguntó con voz rasposa mientras depositaba un par de besos sobre su sien.

Lorianne se limitó a asentir con un movimiento de cabeza y Worth no supo cómo interpretar su silencio. Con una caricia a lo largo del muslo apenas cubierto por la falda que se arrebujaba entre sus cuerpos, le hizo saber que iba a dejarla de nuevo en el suelo. Lori aflojó la presión que ejercía sobre sus caderas y deslizó las piernas hacia abajo. Al notarlas flojas y sin fuerza, temió que no la sostuvieran. Por suerte, él no la soltó hasta estar seguro de que podía mantenerse en pie.

—Lorianne —pronunció su nombre con devoción. Lori alzó el rostro hacia él y enfrentó su

mirada. La de ella continuaba vidriosa, y sus mejillas encendidas—. ¿Seguro que te sientes bien?

Quizá fue la preocupación que advirtió en su voz o la intensidad con que sus maravillosos ojos verdes la observaban, pero algo estalló en el interior de su pecho, expandiéndose por todo su cuerpo y colocando una sonrisa —tímida al principio— en sus labios.

—No me había sentido mejor en toda mi vida —reconoció, sonrojándose más de lo que ya estaba.

Nerian no pudo evitar soltar una carcajada y después le dio un beso sobre la nariz, que le hubiera gustado llevar a otros terrenos, pues continuaba tan excitado como un colegial, pero por esa noche ya había transgredido todos los planos decentes imaginables.

—Tenemos que marcharnos —anunció resignado.

—Sí, debo regresar a la escuela. —Lorianne también suspiró mientras se recomponía su aspecto.

Nerian la ayudó en la tarea, y rápido se imaginó un millón de noches en las que él podría desvestirla en el dormitorio de su casa. Tuvo que cerrar los ojos para apartar el fantasioso pensamiento de su cabeza.

—Te acompaño hasta allí.

\*\*\*

—¿Dónde demonios te has metido? —le susurró furiosa Noelle mientras Margaret, aliviada, se arrojaba contra ella para abrazarla con fuerza—. Has tardado tanto que nos disponíamos a ir en tu busca —añadió algo menos sulfurada la alumna de más edad.

A Lorianne no le había dado tiempo a cerrar la puerta de su dormitorio cuando aquellas dos habían aparecido. Lori comprendió que su enojo obedecía a la preocupación y no pudo reprochárselo. Se había demorado en exceso, y lo peor de todo: ni cuenta se había dado de ello. Le ardió el rostro al recordar lo que había estado haciendo.

—Temíamos que te hubiera ocurrido algo. —Margaret confirmó las sospechas de la recién llegada tras poner fin al efusivo recibimiento—. De haber sido así, jamás me lo habría perdonado —reconoció la instigadora del plan, visiblemente arrepentida.

—Estoy bien.

—Eso ya lo vemos —espetó Noelle—. Pero no me negarás que tu aspecto deja bastante que desear —dijo al reparar en lo alborotado que llevaba el cabello—. ¿Por qué has tardado tanto? —insistió suspicaz.

—No te habrás perdido, ¿verdad? —preguntó Margaret.

Un par de golpes quedos en la puerta la libraron de responder, pero un segundo después su habitación estaba más concurrida que un salón de baile en plena temporada y ella era el centro de atención.

—No tienes buena cara, parece que estuvieras indispuesta —apuntó Jane preocupada.

—Estoy bien, de verdad, es solo que... —Recordó lo ocurrido antes de encontrarse con Nerian Worth y palideció de golpe.

—Pero si pareces a punto de desmayarte —señaló Rosemary—. Quítate esas ropas y métete en la cama. Seguro que has cogido frío. —Ella misma la ayudó a desprenderse del vestido mientras alguna de las otras avivaba el fuego de la chimenea y alguien se encargaba de apartar las mantas para que se acostara.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó Hester.

Lori asintió, preguntándose si esta continuaría encaprichada con el condestable, aunque hacía días que no lo mencionaba, al menos no en su presencia.

—Estupendo, ahora cuéntenos qué ha pasado y si has recuperado los guantes —exigió Noelle impaciente, pero sin dar ya muestras de enfado.

—He visto a la Dama Blanca.

Doce pares de ojos, a cual más abierto, se posaron sobre ella. Durante unos minutos el silencio reinó en el dormitorio de la señorita Bowler.

—¿Te has dado un golpe en la cabeza o nos tomas por tontas? —Fue Noelle quien lo rompió.

—No me he dado ningún golpe ni os considero tontas, lo que digo es cierto. Vi a la Dama Blanca junto al lago. —Se estremeció al recordar la aterradora imagen.

—Por favor, dime que nos estás tomando el pelo —pidió Hester con el gesto descompuesto. Lori negó con un movimiento de cabeza—. ¡Ay, Dios! —Se acercó a Margaret y la agarró del brazo—. ¿Puedo dormir contigo esta noche? —La otra, consciente de lo miedosa que era su amiga, asintió y le pasó el brazo por encima de los hombros para tranquilizarla.

—¿Y qué hiciste al verla? —quiso saber Mariana.

—Echar a correr, porque del miedo ni gritar pude.

—Algo no me cuadra. ¿Si saliste corriendo, por qué has tardado tanto en llegar? ¿Acaso lo hiciste en la dirección que no era? —inquirió Noelle suspicaz.

Lorianne comenzaba a arrepentirse de haber mencionado al fantasma de lady Anne, porque Noelle con su interrogatorio empezaba a ponerla nerviosa y al final la pillaría en un renuncio.

—Cuéntenoslo desde el principio —pidió Tiberia tomando asiento a los pies de la cama.

Las demás la imitaron, dispuestas a escuchar su testimonio.

Reclinada contra la cabecera y con un suspiro de resignación, Lorianne dio comienzo al relato, mientras ni a medio kilómetro de allí, Nerian, desvelado por completo por los acontecimientos y, para qué negarlo, por la calentura que aún soportaba, sentado en el sillón frente a la chimenea, contemplaba las llamas mientras en su cabeza recreaba, una y otra vez, la expresión de éxtasis de Lorianne al alcanzar el orgasmo. Podría pasarse el resto de su vida procurándole placer solo por contemplar su rostro. De nuevo imaginó un millón de noches en las que poder perderse entre sus piernas, allí, en su cama, y por las mañanas poder despertarla con sus besos y empezar el día con ella entre sus brazos. Tuvo que cerrar los ojos para apartar esos pensamientos fantasiosos de su cabeza o al día siguiente le dolería algo más que el hombro.

Decidió que al día siguiente, con excusa o sin ella, iría a Minstrel House, y de una vez por todas, hablaría con Lorianne. Le ofrecería la explicación que aún le debía y le declararía su amor y que pasara lo que tuviera que pasar.

## Capítulo 16

Cuando las jóvenes damas abandonaron el dormitorio de Lorianne, faltaban apenas un par de horas para que el día comenzara. Aunque la señorita Bowler no se había extendido al narrar su encuentro con la Dama Blanca, el tema había generado un largo debate. Cada cual había aportado una teoría, pero al final no habían logrado ponerse de acuerdo sobre qué o a quién había visto la joven cerca del lago. Sin embargo, sí habían coincidido en que su compañera se había llevado un buen susto.

Fue al quedarse sola cuando Lori se dejó llevar por los recuerdos y revivió el momento compartido con el condestable. ¡Había sido todo tan repentino e intenso! Justificó así su total abandono ante los besos y las caricias de Nerian. Se sonrojaba de solo pensar en lo escandaloso de su comportamiento. De todas formas, y a pesar de lo mucho que había disfrutado entre sus brazos, no podía dejar de sentirse culpable cuando la imagen de lord Telford había aparecido en su mente.

La sensación de culpabilidad se había intensificado cuando, a primera hora de la mañana, recibió una nota del conde citándola junto al invernadero al finalizar las clases. No podía dejar de pensar que, en cierta manera, lo había traicionado. Porque si bien no lo había aceptado abiertamente, sí había consentido que la besara. Sin olvidar que ya había informado a sus padres sobre él y sus pretensiones. No podía desdecirse. ¿O sí podía?

Su familia entendería que hubiera cambiado de parecer, y en cuanto al padre de Christine... Seguro que no le recriminaría que lo rechazara. Era un hombre comprensivo, además de un caballero, y ella no quería dar aquel paso, el más importante de su vida, sin estar convencida de que en verdad deseaba hacerlo. En ese momento no lo estaba en absoluto. De hecho, se daba cuenta de que por más que le agradara el conde —que lo hacía—, este no le atraía lo suficiente, de lo contrario, no se habría arrojado a los brazos de otro hombre. Aunque este último continuara sin hablarle de los motivos que le impulsaban a acercarse a ella cada vez que se encontraban a solas.

De todas formas, su decisión de aceptar o no a Telford nada tenía que ver con Nerian Worth. Solo con ella y sus principios. No podría comprometerse con él sabiendo que era otro quien la hacía estremecer de placer.

Aprovecharía su cita para aclarar la situación y despedirse, pues daba por sentado que, con

Christine restablecida, nada lo retendría ya en Minstrel Valley.

\*\*\*

*Londres, 23 de octubre de 1837.*

—¿Ha llegado ya mi esposo, Draper? —le preguntó Hortense Bowler al mayordomo mientras se quitaba los guantes y el sombrero y se los entregaba a este junto con la capa.

—La aguarda en el despacho, señora —respondió él con una sonrisa amable en los labios—. Avisaré a Effie de su llegada.

—Gracias.

Con la tranquilidad que la caracterizaban, Hortense fue en busca de su marido para después dirigirse ambos al pequeño comedor de diario.

Desde hacía poco más de dieciocho años y salvo raras excepciones, Hortense y Peter Bowler almorzaban siempre juntos sin importar lo apretada que fuera la agenda de ella o lo atareado que estuviera él.

—Lamento el retraso, querido —se disculpó al entrar en el despacho; la puerta estaba abierta y no necesitó llamar—. Amelia te manda recuerdos —añadió al tiempo que se acercaba al robusto escritorio y lo rodeaba para depositar un beso sobre la frente de su esposo.

—Devuélveselos de mi parte la próxima vez que la veas —respondió Peter risueño—. Ten, es de Lori. —Le entregó un sobre aún cerrado en tanto él revisaba otro con aspecto de invitación. La *Little Season* había comenzado, y no eran pocos los que organizaban veladas musicales, cenas o bailes y contaban con su asistencia—. No he querido abrirla hasta que llegaras —dijo, viendo cómo su mujer se hacía con el abrecartas y, con un diestro movimiento, rasgaba el sobre y extraía el pliego de papel. Apoyando la cadera contra el escritorio, Hortense comenzó a leer la carta de su hija—. Dime que no escribe para pedir una nueva remesa de guantes —bromeó Peter, al ver que su mujer elevaba las cejas con evidente sorpresa.

—No exactamente. —Le tendió la hoja y él la cogió intrigado—. Tiene un pretendiente y piensa aceptarlo —añadió antes de que pudiera descubrir por sí mismo la noticia.

—¿Por fin cree haber encontrado a un hombre que se ajusta a sus...? —Se interrumpió de golpe y se puso en pie, repentinamente serio, al ver el nombre escrito en el papel.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Hortense preocupada—. ¿Conoces al conde de Telford?

—Solo de oídas —respondió con voz grave, el ceño fruncido y la mirada perdida.

Todos tenían un pasado, y el suyo no lo hacía enorgullecerse. Había sido un joven alegre y despreocupado, al que le gustaban demasiado las mujeres y que sabía cómo conquistarlas. A raíz de uno de aquellos juegos de seducción había llegado al mundo Lorianne. Su otro gran desliz: dejarse engatusar por una bonita pero también virginal mujer, que después había tenido que sufrir el desprecio y las vejaciones de un marido ultrajado que jamás le perdonó no haber sido el primero en su cama. Enterarse de la muerte de la joven y del calvario que había sido su corta vida

junto al conde de Telford había sido un duro golpe para él. Porque, aunque aquella muchacha le había mentado al asegurarle que ya no era virgen, no había podido dejar de sentirse culpable por todo lo que había sufrido a manos del conde. Saber que aquel hombre pretendía a su hija le provocó una desazón difícil de explicar.

—¿Qué ocurre, Peter? —lo interrogó angustiada Hortense. La expresión de su marido no auguraba nada bueno.

—Nos vamos a Minstrel Valley —soltó sin más explicaciones, tomándola de la mano para dirigirse hacia la puerta.

—Pero...

—No quiero a ese individuo cerca de nuestra hija —dijo con la mandíbula apretada y un tono oscuro en la voz que la hizo estremecer.

—¿Por qué? —insistió, cada vez más preocupada por la extraña reacción de su esposo.

—Te lo explicaré por el camino.

Entre ellos nunca había habido secretos. Hortense sabía de sobra la clase de vida que había llevado antes de dejarla embarazada, decidir hacer lo correcto y sentar la cabeza. Aunque ignoraba los turbios detalles de aquella otra historia ocurrida al tiempo que ellos dos iniciaban una vida en común.

\*\*\*

A ninguna de las muchachas le había sorprendido que Lorianne hubiera permanecido como ausente durante toda la jornada. Todas lo habían achacado a la impresión que había sufrido la noche anterior. Sin embargo, el encuentro con la Dama Blanca no era el motivo por el que Lori se mantenía callada. Buscar la manera más delicada de rechazar la propuesta del conde, mientras la asediaban los recuerdos de la experiencia compartida con Nerian Worth, era lo que la tenía ensimismada y ajena a cuanto ocurría a su alrededor.

Tanto era así que al terminar las clases y dirigirse a su dormitorio, ni cuenta se había dado de que Christine la seguía.

—¡Por Dios, Christine! Me has dado un susto de muerte —exclamó sobresaltada al ir a cerrar la puerta y toparse con su compañera a unos pasos de ella.

—Disculpa, no era mi intención. Pensé que me habías oído cuando dije que te acompañaba —se justificó al tiempo que entraba en la habitación sin esperar a que la invitara—. Anoche no me quedó claro si habías recuperado o no tus guantes —comentó paseando la mirada por la habitación con aire aburrido. El dormitorio era idéntico a los demás, a excepción del color; en aquel predominaban los tonos verdes combinados con *beige*.

—Los encontré, pero volví a perderlos en algún momento mientras corría por el bosque —le aclaró Lori que, después de cerrar la puerta, se había acercado al armario. Necesitaba coger una de sus capas, además de encontrar una excusa con la que poder librarse de Christine, pues el

conde no la había incluido en la cita.

Simuló repasar sus vestidos en tanto que buscaba qué decir para quedarse a solas y después salir al jardín sin ser vista.

—Qué mala suerte —comentó la otra, reparando en la hoja de papel extendida sobre la mesa de estudio, situada cerca de la ventana.

Desde su posición no podía leer el contenido de la nota, pero no tuvo problemas para reconocer la cuidada caligrafía de su progenitor. Estaba segura de no equivocarse. Apenas unas horas antes la había visto en la escuela que este le había hecho llegar para comunicarle que esa misma tarde regresaba a Londres, y que tardaría un par de días en volver a Minstrel Valley.

Picada por la curiosidad, y bastante molesta porque también le hubiera escrito a Lori, la miró de soslayo. Esta continuaba revisando su guardarropa. Con disimulo, se acercó para averiguar lo que decía la misiva. La invadió la cólera al descubrir que el conde y la que creía su amiga se veían a sus espaldas. Ignoraba con qué propósito, pero no le iba a permitir seguir acaparando la atención de su padre. No cuando al fin, después de tantos años de pasarle desapercibida, había logrado despertar su interés. Tal vez no la tratara con mucho cariño, pero lo haría, se prometió convencida, apretando los puños con rabia.

Tenía que pensar algo y rápido para evitar aquel encuentro.

Impaciente, miró a su alrededor en busca de una solución. De repente, una idea comenzó a tomar forma en su cabeza y una sonrisa, nada agradable, asomó a sus labios.

—¿Sabes? —comenzó, impostando un tono alegre—, me he dado cuenta de lo buena amiga que eres y lo bien que te has portado conmigo mientras estuve enferma —continuó, acercándose a Lori—, y por eso voy a confiarte mi más preciado secreto. Ven —dijo agarrándola de la mano y tirando de ella hacia la puerta—, acompáñame.

—Me siento muy halagada, Christine, pero ahora mismo preferiría...

—Solo será un momento —prometió con un peculiar brillo en la mirada, saliendo al pasillo y arrastrando tras de sí a su compañera—. Después no te molestaré más.

—De acuerdo, pero démonos prisa. —No quería hacer esperar a lord Telford. Seguro que no se tomaría a bien que se demorara, y además para darle un no por respuesta—. ¿A dónde vamos? —quiso saber al darse cuenta de que Christine se disponía a subir las escaleras de servicio del ala oeste hasta el segundo piso.

En esa planta se encontraban las dependencias privadas de lady Acton, a las que las alumnas tenían restringido el acceso, salvo si se las hacía llamar. Cuando eso ocurría, seguro que el motivo era bastante grave.

—¡Calla! —le ordenó con un seco susurro.

Lorianne elevó las cejas sorprendida por lo cortante del tono, pero, prudente, guardó silencio. El rapapolvo sería memorable si las descubrían allí.

Asomando apenas la cabeza, Christine espía el largo corredor en ambas direcciones. Cuando estuvo segura de que ninguna de las doncellas o Goliath, el criado de la anciana dama, andaban

cerca, tiró de Lorianne, y juntas corrieron hasta el siguiente tramo de escaleras que conducía al tercer piso. En los dos años que llevaba en la escuela, Lori nunca había subido a la última planta. Dudaba que alguna de sus compañeras, a excepción de Christine, lo hubiera hecho.

Aquella debía ser la única zona de la casa que no estaba iluminada, la oscuridad era casi absoluta, y ellas habían subido sin nada con lo que alumbrarse. Aun así, era evidente que Christine estaba habituada a moverse por aquel pasillo, porque sus pasos se percibían seguros. Al contrario que los de Lorianne que, sin soltarse de su mano, avanzaba insegura y con el brazo extendido para tantear la pared. Cada pocos pasos sus dedos rozaban la superficie de madera de una puerta. ¡Allí arriba había un sinfín de habitaciones! Cabía suponer que eran desvanes, en los que, seguro, se guardaban viejos muebles, cajas e infinidad de trastos inservibles.

—¿Es aquí donde te escondes? —susurró Lori.

Por debajo de algunas de las puertas se filtraba algo de claridad. Sus ojos, poco a poco, se habían ido adaptando a la penumbra e intentaba adivinar el final del estrecho pasillo. Parecía no tener fin.

—No me escondo —espetó molesta Christine sin molestarse en bajar la voz—. Es donde vengo cuando necesito estar sola —aclaró, suavizando el tono. Lo último que deseaba era incomodar a su *amiga* y que se negara a continuar.

—¿Y no te da miedo subir sola? —inquirió, notando que un escalofrío le trepaba por la espalda. No era especialmente aprensiva pero, después de lo que había visto junto al lago, tenía que reconocer que aquel lugar le parecía un poco siniestro.

—No.

—Pero si te ocurriera algo mientras estás aquí, nadie se enteraría —apuntó Lori, con un deje de censura en la voz.

—¿Qué podría pasarme? —cuestionó despectiva la hija del conde—. Aunque tienes razón. Tal vez soy un poco imprudente, pues si, como dices, algo me llegara a ocurrir, nadie podría escuchar mis gritos. De todas formas, ahora tú conoces mi secreto y sabrías dónde buscarme si tardara en aparecer.

Lori captó el tono animado de su voz, lo que no vio fue la insidiosa mueca que curvaba sus labios hacia arriba.

—Aun así, deberías dejar de venir. Si alguien te descubriera, tendrías problemas —le advirtió muy seria.

—Descuida, no lo harán. Ya hemos llegado —anunció, parándose ante la última puerta al final del pasillo.

Sin pérdida de tiempo, porque este apremiaba, tiró de la fina cinta que colgaba de su cuello y sacó la llave que siempre llevaba consigo, oculta bajo la ropa. Nunca sabía cuándo podría necesitar un momento de soledad, o cuando le entraría el hambre.

—¡Bienvenida a mi refugio! —La invitó a pasar con una reverencia.

Lori rio divertida por lo exagerado del gesto y entró después de devolverle la venia con humor.

—¿Cómo te hiciste con la llave? —le preguntó despreocupada, observando todo cuanto había a su alrededor.

Era un cuarto pequeño, de techo abuhardillado, que recibía la luz del sol a través de un bonito óculo ovalado. Lori supuso que no todos los desvanes tenían acceso a las balconadas que recorrían de atrás adelante ambas fachadas, y había acertado al imaginar que estaría lleno de muebles viejos y baúles.

En el centro, frente a la ventana oval, había un sillón orejero bastante ajado, una mesita auxiliar con los bordes desconchados y llena de polvo, y sobre ella un candil. Tuvo la certeza de que así lo había dispuesto su compañera para mayor comodidad.

—La verdad es que las vistas desde aquí son estupendas —comentó Lorianne al acercarse a la ventana circular—. Aún no me has dicho cómo conseguiste la llave de esta buhardilla —le recordó, mientras paseaba la mirada por los jardines traseros de la mansión.

Desde aquella altura, y con el sol aún sobre las montañas que rodeaban el valle, se veían aún más impresionantes.

«No cabe duda de que el señor Randall es un excelente jardinero», pensó, apreciando la simetría de los setos y la forma bien definida de los coloridos parterres.

—Estupendas, sí. Se puede ver hasta el invernadero, allí, medio oculto entre los árboles cercanos al muro.

Por inercia, los ojos de Lori volaron hacia el punto mencionado por Christine, recordando entonces su cita con lord Telford, pero sin percatarse de que la voz de la otra procedía del pasillo.

—Creo que deberíamos irnos —propuso, volviéndose en el mismo instante en el que la puerta se cerraba—. ¿Por qué has...? ¿Christine? —la llamó nerviosa al darse cuenta de que estaba sola en el cuarto. Corría hacia la salida cuando escuchó el giro de la llave en la cerradura—. ¡Christine! —insistió alzando la voz—. Abre. No tiene gracia. —Golpeó la madera con los nudillos—. ¡Que abras, te digo! —No recibió respuesta.

Angustiada, continuó aporreando la puerta, repitiendo el nombre de su amiga cada vez más alto y pasando de un estado de ánimo a otro con la misma rapidez que se despellejaba los nudillos.

—¡Maldición, Christine! ¡Abre la condenada puerta! —estalló furiosa, propinando una patada a la madera—. ¿Por qué lo haces? ¿No somos amigas? —Una idea le cruzó la mente—. No os creísteis que vi al fantasma junto al lago y esto es una especie de escarmiento o broma pesada...

—Nada de eso. —Escuchó por fin a Christine—. Nadie sabe que estás aquí y nada tiene que ver con tu absurda historia del fantasma.

—¿Por qué me has encerrado entonces? —El enojo comenzaba a decaer y se le quebró la voz.

—Porque te quiero lejos de mi padre —gritó enajenada la otra—. Sé que os encontráis a escondidas —le recriminó.

—Eso no es cierto —protestó con la voz teñida de sorpresa.

—Leí la nota que te envió, sé que te está aguardando junto al invernadero, pero no permitiré que lo alejes de mí —le aseguró entre sollozos.

Lori cerró los ojos y maldijo para sus adentros. Había cometido el error de dejar la carta a la vista y Christine la había leído, sacando sus propias conclusiones.

—No es lo que parece. Tienes que creerme —suplicó con la esperanza de hacerla reflexionar—. Si no quieres que vaya a su encuentro no iré. Me mantendré alejada de él, pero abre la puerta, por favor.

—¡Mientes! —gimoteó enfadada—. Si te dejo salir irás corriendo a contarle lo que he hecho y no querrá verme más. No permitiré que eso ocurra. No permitiré que te quedes con él —sentenció rotunda a pesar del llanto.

—Por favor, Christine, tienes que creerme —insistió—. No pretendo nada con tu padre, yo a quien quiero es al señ... —se interrumpió conmovida, con los signos vitales alterados y una sensación de vértigo tal que creyó que se iba a desmayar.

—Te callas porque no sabes qué decir, porque mientes —la acusó con rabia.

—No —reaccionó de golpe. La idea de quedarse allí arriba sola la aterraba demasiado como para pensar en nada más—. No te miento, Christine. Por favor, abre la puerta —suplicó de manera entrecortada.

—Ni lo sueñes. —La respuesta no había sonado al otro lado del panel y Lori supo que su amiga se marchaba.

—¡Maldita sea, Christine, vuelve! ¡Vuelve!—se desgañitó, descargando los puños con fuerza contra la madera—. ¡Estoy aquí! ¿Me escucha alguien? ¡Socorro! —Continuó gritando, dando golpes en la puerta y tirando de ella en un vano intento por hacerla ceder, hasta sentir que se le rompían las manos y le faltaba la voz.

Christine había tenido razón: desde allí nadie la oía. El desván quedaba demasiado apartado para que eso ocurriera. Notó un cosquilleo en la nariz y le tembló la barbilla.

—Tranquilízate. —La voz le salió áspera y necesitó tragar para aliviar el resquemor en la garganta.

A pesar de la angustia que le producía saberse atrapada en aquella parte de la casa, decidió ser racional para no dejarse llevar por el miedo. Quería creer que a Christine se le pasaría el enfado, recapacitaría y volvería a por ella. De no ser así —tembló al pensarlo—, el resto no tardaría en notar su ausencia y avisarían a lady Eleanor cuando no se presentara en el comedor para la cena. Entonces la buscarían y, posiblemente, al no dar con ella, llamarían al señor Worth.

Le temblaron las piernas al pensar en él y necesitó sentarse. ¿Sería cierto lo que había estado a punto de decir hacía un rato? Y si lo era, ¿cuándo había ocurrido? ¿Por qué no se había dado cuenta antes? Su mente empezó a funcionar a un ritmo frenético, repasando cada momento compartido con el condestable. Cada mirada, cada sonrisa. Sus sonrojos cada vez que se encontraban y el cosquilleo en el estómago cuando le hablaba; el respeto que le merecía como persona y la admiración que despertaba en ella como hombre; la apasionada respuesta de su cuerpo ante sus besos y el deseo de volver a sentir sus labios y la caricia de sus manos. Recordó la angustia punzante de verlo caer desde lo alto de la escalera y la posterior preocupación por su

estado, y la tonta excusa que había utilizado para hacerle una visita, y lo mucho que le había dolido encontrarlo en los brazos de otra mujer. Comprendió entonces la sensación de júbilo que había estallado en su pecho la noche anterior, cuando él le había preguntado si se encontraba bien.

Se estremeció al pensar cuán cerca había estado de comprometerse con otro hombre. ¡Lo ciega que estuvo! ¡Y qué tonta había sido! Se había obcecado de tal manera en perseguir sus ideales, desatendiendo los sentimientos, que ni cuenta se había dado de que tenía delante a la clase de hombre que siempre había deseado por esposo. Porque Nerian Worth, además de alterarle las entrañas con su verde mirada, sus maravillosas sonrisas y su más que evidente apostura, era un hombre sensato, responsable y trabajador, comprensivo y atento, al que le preocupaba el bienestar de sus vecinos, y que en más de una ocasión había demostrado su respeto y apoyo hacia las mujeres y sus derechos.

—Y me desea —murmuró, notando el conocido hormigueo en el estómago que, poco a poco, la hizo salir del atolondramiento en el que se había sumido al descubrirse enamorada. Porque la deseaba, de eso no tenía duda. Y pensó esperanzada que pudiera ser que también la amara, sintiendo cómo el corazón le saltaba alborotado dentro del pecho.

Tenía que ser ese el motivo del trato especial que siempre le había dispensado, y de que en sus últimos encuentros hubiera terminado pegado a su boca. Nerian era un hombre demasiado serio para dedicarse a seducir jovencitas por mera diversión. Lo suyo también debía ser amor. Sonrió nerviosa.

¡Tenía que salir de allí! Tenía que verlo. Tenían que hablar.

## Capítulo 17

Al llegar al otro extremo del pasillo, Christine se había tomado unos minutos para recuperar la compostura. Después de años rumiando a solas su amargura, escondiéndose para que nadie pudiera ver lo mucho que le afectaba la indiferencia de su padre y buscando consuelo en la comida, se había dejado llevar por la rabia, derrumbándose delante de otra persona por primera vez en su vida. Se había sentido tan traicionada por ambos que no había podido evitarlo, pero debía recomponerse y aparentar normalidad para no levantar sospechas. En cuanto había logrado tranquilizarse, regresó al primer piso y, extremando las precauciones, había entrado en el dormitorio de Lorianne para arrojar a la chimenea la carta del conde. A pesar de lo resentida que estaba, no podía permitir que el nombre de su padre se relacionara de ninguna manera con Lorianne. Después de eso, y habiéndose asegurado de que las lágrimas no hubieran dejado huellas en su rostro, fue a reunirse con el resto de sus compañeras.

Apenas llevaba unos minutos en la salita lavanda cuando lady Eleanor apareció preguntando por Lorianne.

—Se retiró a su cuarto nada más terminar las clases —apuntó Jane alzando la vista del libro que sostenía entre las manos.

Christine se removió inquieta en el sillón, pero por suerte todas estaban pendientes de la directora y no lo advirtieron.

—¿Serías tan amable de ir a buscarla, Jane?

—Ahora mismo —respondió solícita antes de abandonar la sala.

Las demás simulaban continuar con lo que estaban haciendo, cruzando entre ellas interrogantes miradas que ponían de manifiesto su temor a que la directora hubiera descubierto la salida nocturna de Lorianne. Eleanor, desconcertada aún por la conversación que había mantenido con los Bowler hacía un minuto, aguardaba pensativa a la alumna. Quizá no debería haberse sorprendido tanto, después de todo, estaba al tanto de que Lori solía acompañar a Christine durante las visitas del conde. Ella misma les había concedido permiso para almorzar el día anterior en la posada, pero jamás habría imaginado que Lorianne podría sentirse atraída por un hombre tan conservador y severo como lord Telford. Estaba deseando escuchar lo que la joven tuviera que decir sobre aquel asunto del compromiso.

—No está en su cuarto —anunció Jane apenas llegó a la entrada de la salita.

—¿Alguna sabe dónde puede estar? —preguntó la directora paseando la mirada sobre los rostros de las muchachas.

—Christine fue la última que estuvo con ella —señaló Margaret.

Todas las miradas se volvieron hacia la joven, y esta supo que aquel era el momento de confesar dónde había dejado a Lorianne.

—Me dijo que no se encontraba bien y que quería descansar un rato antes de la cena. La acompañé arriba, pero yo me fui a mi habitación —respondió con aplomo a la inquisitiva mirada de la directora, aunque el corazón estaba a punto de salirse del pecho a causa de la mentira. ¡Ya no había vuelta atrás!

—Gracias de todas formas, chicas. Si la veis y yo aún no la he localizado, decidle que vaya a la salita dorada, sus padres han venido a visitarla —dijo Eleanor, y se marchó, despertando la curiosidad de las alumnas, a las que no les pasó por alto lo inusual de la presencia de los Bowler en la escuela. Todas supieron que algo pasaba.

La directora revisó la biblioteca situada entre la salita de las alumnas y el despacho de lord Northcott, y el resto de gabinetes del ala oeste de la casa. Al no encontrar a la señorita Bowler en ninguno de ellos, Eleanor pidió ayuda a una de las doncellas para revisar el resto de las estancias de la planta baja y del primer piso.

\*\*\*

Extremando las precauciones para no ser visto, Stuard había entrado en la finca utilizando la puerta trasera del jardín; Christine la había mencionado unos días atrás, y conocer su existencia le había venido de perlas, porque nadie debía enterarse de que había estado en Minstrel House. En la posada lo creían de camino a Londres, y su hija también. La única que sabía que esa tarde estaría junto al invernadero era Bowler. Antes de llevar a cabo su plan tendría que asegurarse de que la muy mojigata no le hubiera hablado a nadie de su cita.

La seduciría allí mismo, en el interior del invernadero. Christine, inocentemente, también le había facilitado la información necesaria sobre los habitantes de la mansión y sus costumbres. Gracias a ella sabía que el jardinero no rondaba por aquella zona a esas horas. Después, una vez hubiera acabado con la muchacha, cuando le hubiera arrebatado la virginidad como su padre había hecho con su prometida, habría equilibrado la balanza y él podría regresar a Londres. Ella, si era lista, guardaría silencio, aunque poco le importaba que hablara o no. No tendría manera de demostrar nada; sería la palabra de la muchacha contra la suya. ¡Él era conde! Nadie la creería. Parecería un burdo intento de comprometerlo y llevarlo obligado ante el altar. Lo tenía todo bien pensado. Solo faltaba que ella apareciera.

Irritado por la falta de puntualidad de la joven, comprobó la hora en su reloj de bolsillo. Esperaría, porque quizá no le había sido posible abandonar la casa sin llamar la atención. Por otro lado, prefería esperar y así poder acabar de una vez con aquel asunto, pues no quería regresar

a Minstrel Valley.

Fue después de un buen rato, y a punto de perder los nervios por la tardanza de la joven, cuando Bradbury escuchó una voz masculina que llamaba a la señorita Bowler desde algún punto del jardín, no muy lejos de donde él se encontraba. A Stuard se le dispararon las alarmas y, sin pérdida de tiempo, corrió hacia la salida posterior. Se sintió humillado por tener que huir como un vulgar ladrón, pero no podían encontrarlo allí o sería su reputación la que quedaría en entredicho, pues no tenía manera de justificar su presencia en la propiedad de lady Acton cuando se le suponía en Londres.

Mientras Telford se alejaba maldiciendo por su mala suerte y odiando aún más a los Bowler, el señor Randall rastrea los jardines en busca de Lorianne.

En el interior de la casa se había desatado el caos.

\*\*\*

Nerian se había pasado el día de un lado para otro con el propósito de mantenerse activo y con la mente ocupada. Para ello, además de las rondas por el pueblo, había acarreado leña para la abuela Joan, había ayudado a arrear el ganado a un vecino e incluso le había echado una mano a la señorita Mignon con la poda de unos tallos demasiado gruesos de uno de sus rosales, pero su jornada había terminado y, como se había propuesto, con Showy a su lado, se encontraba en Minstrel House decidido a hablar con Lorianne.

Parado ante la impresionante fachada que combinaba la piedra gris con partes blancas, tironeó de la casaca del uniforme y cuadró los hombros, y se dispuso a hacer sonar un par de veces el aldabón.

—Tendrás que esperar aquí, ¿de acuerdo? —le susurró a la perra en el mismo instante en que la puerta se abrió. Parecía que estuvieran aguardando su llegada—. Buenas tardes...

—¡Gracias a Dios, pase!

Nerian frunció el ceño ante el apurado recibimiento de la señora Burton, seguro de que algo no iba bien en la escuela. Era la primera vez que veía nerviosa a la gobernanta.

—¡Señor Worth! ¡Qué providencial su visita! —Le salió al encuentro la directora. Tenía el gesto descompuesto y las manos, aunque las sujetaba a la altura del estómago, le temblaban de forma ostensible.

—¿Qué ha ocurrido, lady Eleanor?

—He revisado el establo y las cocheras de cabo a rabo, pero no está allí —anunció Johnny River en voz alta apareciendo en el recibidor salido de quién sabía dónde.

—Gracias, Johnny. Reúnete fuera con el señor Barry, por favor. —Nerian captó la angustia en la voz de la directora.

—De acuerdo —dijo el muchacho de los establos antes de marcharse tan rápido como había llegado.

—Si me cuenta lo que ha pasado, seguro que también podré ayudar.

—No hacía falta ser muy espabilado para saber que alguien de la escuela había desaparecido. Nerian solo necesitaba averiguar de quién se trataba para sumarse a la búsqueda.

El desasosiego que Nerian había percibido en el tono de lady Eleanor se reflejó también en su mirada cuando sus ojos volvieron a enfrentar los del condestable. Este se dio cuenta del titubeo que había precedido a sus palabras. Tuvo un mal presentimiento y todo su cuerpo se tensó.

—Se trata de la señorita Bowler —dijo con un hilo de voz apenas audible, pero suficiente para que el corazón de Worth dejara de latir durante una fracción de segundo. Cuando reanudó su función lo hizo de una forma brusca y descontrolada.

—Explíquese —exigió con la mandíbula apretada y una presión en el pecho que le impedía respirar con normalidad.

—Ignoramos dónde puede estar Lorianne. No la encontramos por ningún lado —completó la información Eleanor, rota por la preocupación.

Saber que era Lorianne a quien habían echado en falta lo golpeó con fuerza, aun así, no se dejó vencer por el pánico. Lo importante en ese momento era dar con la muchacha.

—¿Han revisado su dormitorio para ver si falta algo, una prenda de abrigo o alguna otra cosa? —preguntó con tono profesional, aunque se sentía morir por dentro.

—No se nos ocurrió —reconoció compungida la directora.

—Que alguien se encargue de hacerlo ahora —ordenó, tomando el control de la situación.

—Yo puedo hacerlo —se ofreció la dama que, en ese instante, acompañada de un caballero, se acercaban a ellos.

—Bien, suba entonces —le dijo a la mujer sin ceremonias ni el menor interés por saber quién era.

—Doy por hecho que han mirado en todas las estancias de la mansión —prosiguió Nerian, dirigiéndose de nuevo a lady Eleanor, una vez la desconocida enfiló hacia las escaleras.

—Sí. También se están inspeccionando los jardines, el señor Barry se encuentra en el exterior de la finca y algunas de las profesoras se han acercado al río para rastrear la orilla hasta el lago.

Worth asintió satisfecho por el despliegue que habían organizado.

—¿Han interrogado al resto de las alumnas?

—Sí, pero no saben nada. La última vez que la vieron...

—Me van a disculpar —la interrumpió Peter Bowler—. Sé que no es momento de presentaciones, pero me gustaría saber quién es usted.

Nerian lo taladró con la mirada, molesto por la intromisión.

—Nerian Worth, condestable de Minstrel Valley. ¿Y usted? —inquirió a su vez enarcando la ceja izquierda.

—Peter Bowler, el padre de la alumna... desaparecida.

A Nerian se le atragantó el aire en la garganta.

—La encontraremos, se lo prometo —fue cuanto pudo decir.

Peter lo observó con el ceño fruncido; a pesar de la desesperación que lo invadía, no le pasó desapercibido lo vehemente que había sonado la respuesta del hombre.

—Hágalo.

Worth asintió y, una vez más, se volvió hacia la directora.

—Si le parece bien, me gustaría hablar con las muchachas, quizá recuerden algo que podría darnos una pista.

—Con quien debería hablar es con el condenado de Telford —espetó Bowler con rabia mal disimulada.

—¿Por qué debería hablar con el conde? ¿Qué tiene él que ver con la desaparición de su hija? —quiso saber Nerian, notando que la sensación de ahogo regresaba al escuchar aquel nombre.

—Al parecer... —comenzó Eleanor, eludiendo la inquisitiva mirada del condestable—, la señorita Bowler escribió a sus padres para comunicarles su decisión de... aceptar al conde de Telford como... pretendiente formal.

Si saber que Lorianne había desaparecido lo había trastornado, aquello lo destrozó por completo. Casi podría jurar que había sentido cómo se le partía el corazón en mil pedazos.

—Y bien, ¿qué piensa hacer al respecto? —lo apremió Peter Bowler al ver que Worth se había quedado petrificado.

—¿Hay alguna posibilidad de que... su hija se haya marchado por voluntad propia? —lo interrogó Nerian cuando pudo recuperar el habla, dejando de lado los sentimientos. Más tarde, cuando la hubieran encontrado, ya tendría ocasión de lamentar su desengaño.

—Lo dudo. Lori es una joven muy sensata.

Nerian no estaba seguro de que fuera tan prudente como su padre aseguraba. No después de lo ocurrido la noche anterior, y menos aún después de escuchar a la directora.

—¿Entonces...?

—No me fío de ese hombre —sentenció sin más Peter.

A Nerian tampoco le había gustado la primera vez que lo vio, mucho menos ante la iglesia, pero se abstuvo de decirlo.

—Se hospeda en la posada. Iré a verlo y...

—He encontrado a este *pájaro* rondando por los alrededores de la finca. —Se escuchó a la entrada la potente voz del señor Barry.

—¿Cómo se atreve? Soy el conde de Telford y le puedo asegurar...

—¡Maldito hijo de puta! ¿Qué le has hecho a mi hija?

Nerian reaccionó rápido ante el estallido de Bowler y, dando un paso hacia delante, lo interceptó antes de que se abalanzara sobre Bradbury.

—¡Peter, por el amor de Dios! —exclamó horrorizada Hortense, mientras que bajaba las escaleras a toda prisa.

—¡Padre! —gritó casi al mismo tiempo Christine, saliendo del pasillo situado a la izquierda, al ver que el portero y el joven Johnny lo mantenían agarrado por los brazos—. Él no ha hecho nada.

—Llévesela de aquí —le ordenó Nerian a la señora Burton—. Y usted, tranquilícese —le exigió a Bowler sin soltarlo. Lo sentía temblar de coraje entre sus brazos.

—Yo me encargo de él —dijo la señora Bowler, posando una mano sobre el hombro de Worth para que liberara a su esposo.

Nerian miró a Bowler a los ojos y no lo soltó hasta que este asintió, aunque de mala gana.

—He revisado las pertenencias de Lori, todo parece estar en orden y sus capas continúan en el armario.

—Gracias, señora Bowler. —Nerian no se atrevió a decir más. Por desgracia, que las prendas de abrigo de Lorianne estuvieran en su lugar solo apuntaba a que no se había marchado por decisión propia.

—Señor Barry, Johnny, lleven al conde a una de las salitas, por favor, y asegúrense de que permanezca en ella hasta que yo vaya. —Nerian vio que Johnny cabeceaba muy serio.

—Pagarán por este atropello, me encargaré personalmente de que así sea —bramó Telford cuando los otros dos lo arrastraron hacia el corredor de la derecha.

—Cállese, y por su bien espero que la señorita Bowler se encuentre en perfecto estado o quien tendrá algo que lamentar será usted, Telford —dijo Nerian con voz oscura y amenazante.

Showy, que continuaba a la entrada de la mansión, comenzó a ladrar con fuerza y de manera insistente.

—¿A qué viene tanto escándalo? —quiso saber el hombretón que los miraba a todos desde lo alto de la escalera principal—. Están alterando a lady Acton con sus gritos.

—Me había olvidado de ella —reconoció consternada la directora al ver a Goliath—. Ha desaparecido una de las alumnas, señor Goody, pero no sé si será conveniente decírselo a lady Acton.

—¿Para qué soy bueno? —se ofreció de inmediato el criado, mirando al condestable.

—Suba a tranquilizar a la dama. Si le necesito mandaré a alguien en su busca. —La perra volvió a ladrar, avanzando unos pasos hacia el interior del recibidor—. Showy, fuera —le ordenó Nerian, enfadado porque eligiera aquel momento para mostrarse desobediente—. Voy a interrogar a Telford, no podemos perder más tiempo.

—Voy con usted —soltó Peter dando ya los primeros pasos.

—Preferiría hacerlo solo —lo detuvo Worth, impacientándose. Por el rabillo del ojo vio que Showy entraba en la casa, desatendiendo por completo su orden—. ¡Maldita sea, Showy! Fuera te digo —gruñó exasperado al ver que el animal, sin hacerle el menor caso, volvía a ladrar y corría hacia la gran escalera de mármol blanco—. ¡Showy! —alzó la voz enfadado.

—Déjela —le pidió Eleanor, dedicándole una mirada que Nerian interpretó al instante.

Con el corazón de nuevo acelerado, se apresuró a seguir a la perra que, mucho más rápida que él, ya había llegado al primer piso.

—¿Qué pasa? ¿Por qué ha consentido que el animal entre en la casa? —quiso saber el padre de Lori sin disimular su enojo por la pérdida de tiempo—. El condestable debería estar interrogando

al desgraciado de Telford y no persiguiendo a su perra por toda la escuela.

—Estoy segura de que si alguien puede encontrar a Lori esa es Showy —respondió Eleanor con un deje de esperanza en la voz.

—Entonces, ¿qué hacemos aquí parados? Vayamos tras ellos —sugirió Hortense emocionada, siguiendo los pasos de Worth.

## Capítulo 18

Aceptar sus sentimientos parecía haberle dado alas a Lori, que se notaba más ligera, animada y viva que nunca. Dichosa y con ganas de compartir su alegría con el mundo. Por desgracia, estar enamorada no le había concedido más fuerza ni resistencia, y aunque se había empleado a fondo con la puerta, no había conseguido abrirla. Había tirado de ella, le había asestado varias patadas, había golpeado la cerradura con un viejo candelabro y había utilizado la base de este a modo de mazo, estampándola repetidas veces contra el panel de madera, pero solo había conseguido mellarla y hacer saltar unas pequeñas astillas.

Frustrada, se había paseado de un lado al otro del desván, intentando no dejarse llevar por el desánimo o el pánico, en cambio la idea de que jamás la encontrarían y que moriría allí encerrada había comenzado a rondarle por la cabeza. Descubrir, por casualidad, el pequeño alijo de galletas y golosinas que Christine almacenaba en el cajón de una desvencijada cómoda, la ayudó a tranquilizarse en parte. Si comía con mesura, no moriría de hambre antes de que dieran con ella. Porque tendrían que hacerlo; tarde o temprano lo harían.

Había perdido la noción del tiempo e ignoraba si llevaba una o más horas atrapada en aquel lugar, pero estaba segura de que ya la habrían echado en falta y la estarían buscando. No podía ser que a nadie se le ocurriera subir a mirar al último piso. Por otro lado, ¿cómo iban a imaginarla allí arriba, si se suponía que todas las puertas estaban cerradas y las llaves estarían bien custodiadas por Bulldog Burton? Volvió a preguntarse de qué modo se habría hecho Christine con la dichosa llave.

De esa manera, barajando diferentes hipótesis sobre la forma en que su compañera la habría conseguido, intentaba mantener la mente distraída mientras mordisqueaba una galleta.

\*\*\*

Nerian, con el corazón a punto de estallar, más por la incertidumbre que por el esfuerzo, corría tras Showy maldiciendo para sus adentros por no haber pensado en servirse del olfato del animal. No poseía una habilidad especial para el rastreo, pero sí era cierto que podía detectar la presencia de Lorianne mucho antes de verla siquiera. Así de fuerte era el vínculo entre ellas.

Al llegar al segundo piso, Nerian miró hacia ambos lados del pasillo sin saber hacia dónde

debía dirigirse; había perdido de vista a la perra. Por suerte, esta regresó a por su amo, y juntos subieron las escaleras que conducían a la parte más alta de la mansión. La falta de luz obligó al condestable a reducir el paso y avanzar guiándose por el sonido que hacían las uñas de Showy sobre el suelo de madera.

—¡Lorianne! —la llamó, conteniendo después la respiración a la espera de una respuesta.

El corazón de Lori reaccionó de manera brusca al escuchar el sonido de una voz amortiguada por la distancia que pronunciaba su nombre. Se puso en pie de un salto, como si de repente el sillón quemara, y corrió hacia la puerta. ¡La habían encontrado!

—¡Estoy aquí! —dijo sin conseguir que su voz sonara lo suficientemente alta para hacerse oír.

Desesperada por hacer notar su presencia, y a pesar del dolor que ya sentía, una vez más, descargó los puños contra la madera. Del otro lado le respondieron con unos arañazos sobre el panel. Aterrada, con los ojos muy abiertos y clavados en la entrada, retrocedió unos pasos. ¿Qué clase de criatura era la que se encontraba en el pasillo? La imagen de la Dama Blanca apareció en su cabeza, y el pánico que había conseguido mantener bajo control se apoderó de ella. Iba a morir a manos del fantasma de la leyenda.

—¡Lorianne!

En esa ocasión la voz sonó más clara y potente, pero el miedo le impidió reconocerla.

Nerian, al escuchar los suaves golpes al final del pasillo, y oír cómo Showy rascaba con sus patas una de las puertas, había echado a correr hasta detenerse junto a la perra y había vuelto a pronunciar el nombre de la joven. Su angustia fue en aumento al ver que en esa ocasión no contestaba.

—Lorianne, soy Nerian. ¿Estás ahí? Responde, por favor —suplicó, aferrando la manilla y sacudiendo la puerta.

Fue al oírlo decir su nombre cuando Lori, desprendiéndose del miedo que la mantenía petrificada, y con lágrimas de alivio bañando su rostro, se abalanzó contra la puerta y volvió a golpearla.

—Sácame de aquí, por favor —suplicó, aunque dudaba que Worth pudiera escucharla; se había quedado completamente afónica de tanto como había gritado.

—Aléjate de la puerta, voy a intentar abrirla —le pidió, conteniéndose para no lanzarse contra la madera antes de que ella pudiera hacerse a un lado.

Lori se alarmó al escuchar el gruñido de dolor que precedió al fuerte pero ineficaz impacto.

Con la mano sobre el hombro y los dientes apretados, Nerian intentó sobreponerse al intenso dolor que le atravesaba la articulación. Solo a él se le ocurría cargar contra la puerta con el hombro lesionado. Se tomó apenas unos segundos antes de volver a intentarlo; esa vez fue su pie el que se estrelló con fuerza contra la madera. El marco, debilitado en parte por el primer golpe, cedió bajo la patada del condestable. Después, ignorando el dolor del hombro, apartó los restos astillados de la puerta y entró en el desván.

No había dado ni dos pasos cuando Lorianne se lanzó sobre él. Lo hizo con tanto ímpetu que

poco faltó para que terminaran los dos en el suelo.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó estrechándola entre sus brazos, conmovido por la fuerza con la que Lori se aferraba a él. Notó que asentía contra su pecho—. ¿Cómo terminaste aquí encerrada? —inquirió acariciándole la espalda tras hacerle una señal a Showy para que se sentara.

La perrita, como siempre, obedeció la orden y aguardó moviendo el rabo.

—Fue Christine, lady Christine Bradbury —dijo no sin esfuerzo.

—¿La hija de Telford? —Se tensó ligeramente al nombrar al conde y recordar lo que lady Eleanor había mencionado en el vestíbulo sobre las intenciones de Lorianne—. ¿Por qué lo hizo? —se obligó a preguntar, desatendiendo una vez más el dolor que sentía bajo las costillas y que resultaba más insoportable que el del hombro.

—Creo que por celos. —Carraspeó en un intento vano por aclarar la voz—. No soportó la idea de que el conde y yo fuéramos a vernos a solas. —Las palabras le arañaron la garganta al salir y necesitó tragar saliva para aliviar el resquemor.

Nerian no encontró consuelo para el zarpazo que su corazón acababa de recibir.

—Entones, es cierto —aseveró, apartándola de él con cuidado—, pensabas aceptarlo como...

—¡Lori! —exclamó sofocada la señora Bowler nada más alcanzar la entrada de la buhardilla.

—¡Mamá! —Aunque sorprendida, Lori corrió a abrazar a la mujer.

—¿Estás bien, tesoro? —le preguntó amorosa, apartándose ligeramente para mirarla y, con mimo, limpiarle los restos de lágrimas que humedecían sus mejillas.

Lori asintió.

—Papá —susurró a duras penas al ver que su padre también estaba allí.

El señor Bowler se acercó a ellas y, pasando el brazo sobre los hombros de su esposa, acarició el rostro de su hija con cariño.

La directora, que observaba la escena desde la entrada, respiró aliviada al comprobar que la joven parecía estar bien. Solo restaba averiguar cómo había acabado allí.

—Qué susto nos hemos llevado, preciosa.

—¿Cómo es que...? —Se le rompió la escasa voz que le quedaba y fue incapaz de continuar.

—Calla, no fuerces más la garganta —le dijo su madre—. Ya habrá tiempo para las explicaciones. Ahora necesitas salir de aquí y descansar —aseveró Hortense, guiando a su hija hacia el pasillo.

Lorianne, impotente, miró por encima de su hombro a Nerian. Necesitaba hablar con él, explicarle lo ocurrido y aclararle que no sentía nada por el conde, sino por él. Quiso transmitirle parte de sus sentimientos con una sonrisa, pero esta no provocó el menor efecto en Worth, que se limitó a despedirla con una sutil inclinación de cabeza.

—Gracias por todo, señor Worth —dijo Peter Bowler, interponiéndose, sin pretensión alguna, entre la pareja.

—El mérito no ha sido mío, sino de Showy —contestó Nerian, acariciando la cabeza del

animal.

—De todas formas, le estamos muy agradecidos —añadió, tendiéndole la mano.

—Solo hice mi trabajo —respondió circunspecto; aun así, estrechó la mano que el otro le ofrecía.

—¿Piensa interrogar a Telford? —inquirió Peter, gratamente sorprendido por la firmeza y seguridad que le había transmitido con su apretón de manos el condestable.

—Lo haré, aunque antes debo comentar otro asunto con lady Eleanor —dijo esto desviando la mirada hacia la directora, que continuaba junto al hueco de la puerta—. Si nos disculpa.

—Por supuesto. —Con una discreta venia, Bowler se giró para marcharse. Antes de hacerlo se volvió de nuevo hacia Nerian—. Por cierto, cuando hable con Telford, dígame que se mantenga alejado de mi hija. —No fue una sugerencia y la amenaza iba implícita en el mensaje.

—Se lo haré saber, descuide —le aseguro Worth, pero a él de nada le servía que el conde no volviera a acercarse a la señorita Bowler. A pesar de que aquella relación fuera imposible, ella había tomado una decisión que no lo incluía. Lo que no entendía era por qué se había abandonado a sus caricias si tenía en mente comprometerse con otro hombre.

—¿De qué quería hablarme, señor Worth? —La pregunta de la directora interrumpió sus cavilaciones.

—¡Ah, sí! Disculpe. —Bowler se había ido y estaban ellos dos solos—. Lo primero: le pido perdón por haber destrozado la puerta. No saber en qué estado se encontraba la señorita Bowler me impulsó a actuar sin pensar. Hubiera sido más sencillo, y menos doloroso —trato de bromear, aunque sus ojos continuaron apagados y sin brillo—, buscar la llave, pero...

—No lo lamente. Como dice, lo importante era comprobar cómo se encontraba la muchacha. —Le dedicó una sonrisa con la que pretendía restar importancia al incidente.

Nerian asintió con una seriedad poco habitual en él antes de compartir con Eleanor la información que Lorianne le había facilitado sobre su encierro.

—Eso que me cuenta es muy grave —señaló horrorizada después de escuchar al condestable—. Hablaré con Christine, pero debo poner al corriente de lo ocurrido a lady Acton.

—¿Cree que la expulsará de la escuela?

—Eso me temo —respondió visiblemente afectada por los acontecimientos y sus consecuencias—. Son demasiadas faltas y ninguna de ellas leve.

Eleanor no se había equivocado, a lady Acton no le tembló la voz al anunciarle a Christine que debía abandonar la escuela. La joven, que se había mantenido callada la mayor parte del tiempo, con la mirada baja, pero la postura erguida, se había marchado de la salita personal de la anciana dama sin mirarla ni emitir una sola protesta. Había aceptado el castigo con resignada dignidad.

—Cree que he sido demasiado dura —aseveró lady Acton cuando se hubieron quedado solas.

A Eleanor, que había permanecido de pie apenas un paso por detrás de la silla de ruedas de lady Acton, le sorprendió el comentario, pero sobre todo lo cansada que, de repente, sonó la voz de la mujer. En realidad, no debería extrañarse, pues por lo general, a esas horas, lady Acton ya

solía estar acostada.

—Ha hecho lo que debía. En la escuela hay normas y las alumnas saben a lo que se exponen si las incumplen. —El tono de la directora reflejó cierto pesar, porque después de presenciar el desprecio con el que el conde había tratado a su hija, unos minutos antes de que esta acudiera a la llamada de la fundadora de la escuela, no podía dejar de sentir lástima por la muchacha—. Lady Christine ha sobrepasado los límites de lo permisible y debía ser sancionada.

—Tiene razón, aquí formamos Damas Selectas, y una dama siempre cumple las normas, no se dedica a encerrar a sus compañeras en el desván —sentenció convencida—. Por cierto, ¿tiene idea de cómo se hizo con la llave? —inquirió suspicaz lady Acton enarcando ligeramente una de sus finas cejas.

—Le confesó al señor Worth haberla conseguido durante los preparativos del Baile de Primavera. Aquellos días la casa era un hervidero de gente y actividad, y en algún momento, entre todo aquel trajín, la señora Burton necesitó subir al tercer piso. Fue al bajar, cargada con una caja, cuando perdió el manojito de llaves y lady Christine las encontró. —Eleanor consideró innecesario añadir más.

Lady Acton cabeceó de forma tan sutil que la directora dudó si lo había hecho.

—¿Cómo se encuentra la señorita Bowler? —quiso saber la anciana, cambiando de tema.

—Un poco conmocionada y con afonía, pero bien. Su madre está ahora con ella en su dormitorio.

—Mañana me gustaría recibir a los Bowler y presentarles personalmente mis disculpas —dijo mientras hacía sonar una campanilla—. Ahora, si me disculpa, querida, necesito descansar. —Y dio por finalizada la conversación al tiempo que Sally, la doncella de personal de lady Acton, entraba en la salita.

\*\*\*

Una planta más abajo, otra doncella abrió la puerta de la habitación de la señorita Bowler para dejar pasar a la gobernanta.

—Tómese esto —le ordenó la señora Burton a Lorianne, colocándole sobre el regazo una bandeja con un humeante plato de sopa, una taza con algún tipo de infusión que olía a miel y una enorme y esponjosa porción de bizcocho—. Le hará entrar en calor y le aliviará esa ronquera que tiene —añadió tan seria como de costumbre.

Aun así, no dejaba de ser extraordinario que la misma Bulldog Burton le hubiera llevado la cena, pensó Lori contemplando toda aquella cantidad de líquido que, a buen seguro, le haría levantarse en más de una ocasión durante la noche.

—Gracias —le reconoció el detalle con un susurro, que era el volumen máximo que alcanzaba su voz—. Señora Burton, ¿sabe si el señor Worth continúa en la escuela? —preguntó antes de que la mujer se alejara de la cama y abandonara la habitación.

—Sí, aún sigue abajo.

—Gracias por todo, señora Burton. —En esa ocasión fue la señora Bowler la que habló, dedicándole una sonrisa desde el sillón que ocupaba junto a la cabecera.

—No las merece —respondió Martha Burton, curvando los labios hacia arriba ligeramente.

El gesto era lo más agradable que Lori había visto nunca en el rostro de la adusta gobernanta. ¡Estaba desconocida! Posiblemente, aquel despliegue de *amabilidad* se debiera a que se sentía, en cierta forma, responsable de lo ocurrido, caviló Lori. A fin de cuentas, había sido a ella a quien Christine le había birlado la llave del desván.

—Tómame pronto la sopa o se te enfriará —le dijo su madre una vez se quedaron solas.

Lori negó con la cabeza y, con mucho cuidado para no derramar ni una sola gota, colocó la bandeja a un lado del colchón y salió de la cama bajo la atenta mirada de su madre. Esta no dijo nada hasta verla sacar un vestido del armario y comenzar a quitarse el camisón que, hacía un rato, ella misma le había obligado a ponerse.

—¿Qué haces? No pensarás vestirme de nuevo, ¿verdad? —Hortense arqueó las cejas ante el cabeceo afirmativo de su hija—. Lo que sea que quieras hacer puede esperar hasta mañana —manifestó, acercándose a Lori—. Regresa a la cama y descansa.

—Estoy bien. —Qué poco convincente sonaba con aquel áspero hilo de voz—. Necesito hablar con el señor Worth.

—¿Con el condestable, para qué? —inquirió extrañada, en tanto Lorianne, que ya se había puesto la camisola y una enagua, se metía dentro del vestido—. Creo que nada de lo que puedas decirle vaya a cambiar la situación de esa muchacha. La han enviado a ver a lady Acton y será ella quien decida qué hacer.

—No es de Christine de quien quiero hablarle —dijo al tiempo que se colocaba de espaldas a su madre y, con un gesto un tanto apremiante, señalaba la hilera de botones que cerraba el vestido por detrás.

—Entonces, no entiendo a qué viene tanta prisa. —Lori, en lugar de responder, trató de abrocharse ella sola los diminutos botones—. ¿Qué ocurre, Lori? —insistió Hortense, agarrándola con suavidad del brazo para que se volviera hacia ella.

Lori, indecisa, le sostuvo la mirada y, con un suspiro de resignación, decidió que aquel era un momento tan bueno como cualquier otro para sincerarse con su madre.

—Me he enamorado —reconoció muy seria, pero con los ojos brillando de emoción.

—¿Cómo que te has enamorado? ¿De quién? ¿De Telford? —preguntó de corrido la señora Bowler, pasmada por la confesión de su hija.

Lori negó con la cabeza.

—De... —titubeó— del señor Worth. —A pesar del rubor que encendía sus mejillas, no bajó la mirada, atenta a la reacción de su madre.

La mujer parecía haberse quedado muda por la sorpresa.

—Pero... si —balbuceó confundida— nos escribiste diciendo que pensabas aceptar al conde

—consiguió terminar la frase.

—Cometí un error. —Tragó saliva para aclararse la garganta—. Por favor, mamá, necesito hablar con él —suplicó, dándole de nuevo la espalda para que le cerrara el vestido.

—No sé qué pensar de todo esto —caviló en voz alta, ignorando la petición de su hija—. Tampoco entiendo por qué es tan urgente que lo veas, ¿qué tienes que decirle? ¿No habrás cometido ninguna insensatez? —preguntó angustiada de repente. Ella mejor que nadie sabía lo fácil que era sucumbir a la tentación.

—¡Mamááá! —graznó horrorizada y con el rostro encendido al entender a qué clase de insensatez se refería su madre.

—¿Lo has hecho o no? —insistió Hortense sin importarle lo inadecuada que pudiera resultar aquella conversación.

—No —respondió, dando gracias por la afonía que había disimulado el temblor de su voz. Cierto que no había mentido, pero estaba segura de que su madre encontraría igual de escandaloso e indecente lo que Nerian y ella habían hecho en el bosque.

—¡Gracias a Dios! —suspiró aliviada—. Bien, ahora contesta a mi anterior pregunta. —Lori la interrogó con la mirada—. ¿Qué es lo que tienes que decirle al señor Worth con tanta urgencia? —repitió paciente.

—Que lo amo —sentenció rotunda.

—¿Acaso no lo sabe ya? —inquirió con la sensación de que, desde hacía un rato, no hacía más que sorprenderse cada vez que Lorianne decía algo.

Lori negó con un gesto.

—Cree que iba a aceptar a Telford...

—Lo ibas a hacer —apuntó incisiva Hortense.

—No sabe que cambié de parecer y que es a él a quien quiero —continuó ignorando el comentario de su madre.

—Entiendo que desees aclarar la situación y sacarlo del error para evitarle sufrimiento, pero, tesoro, no se va a morir de amor. Y, además —la atajó antes de que pudiera protestar—, te estás olvidando de algo tan importante como es el contárselo a tu padre. No le gustaría ser el último en enterarse, te lo aseguro. —Lori, contrariada, torció el gesto—. Te propongo un trato —dijo captando al instante el interés de Lori—: tú te vuelves a meter en la cama, te tomas la sopa y descansas, y a cambio yo, esta noche, hablaré con tu padre y trataré de predisponerlo a favor del señor Worth.

—De acuerdo, pero mañana...

—Mañana será otro día, ahora a la cama —dijo, ayudándola a despojarse del vestido.

Lorianne, aunque no del todo resignada, pero sí destemplada, se apresuró a ponerse el camisón y meterse bajo las mantas. La sopa, además de estar deliciosa, tenía la temperatura justa para ayudarla a entrar en calor. Mientras ella daba buena cuenta del contenido de la bandeja, Hortense se acercó a la ventana; Peter hacía rato que se había ido a reservar habitación en la posada y no

podía tardar en regresar.

Vio aparecer un carruaje, pero no era el suyo. El coche se detuvo frente a la entrada principal y unos minutos después, el conde de Telford, seguido de cerca por una cabizbaja Christine, subía junto a su hija en él para abandonar —se temía— definitivamente Minstrel Valley. No pudo evitar sentir un poco de lástima por aquella muchacha. Estaba segura de que lo ocurrido aquella tarde había sido producto de las carencias afectivas que sufría; solo había necesitado ver la mirada de desprecio que Telford le había dedicado a la joven en el vestíbulo para saber que no la quería. Ojalá encontrara pronto un marido que, por lo menos, la tratara bien.

Hortense dejó de pensar en los Bradbury cuando el condestable apareció en su campo visual. Lo vio descender la escalera y caminar hacia la salida acompañado de su perra. No podía negar que el hombre tenía buena planta y unos rasgos muy atractivos. Lorianne había hecho una buena elección, y no solo por lo buen mozo que era. Se había fijado en que allí todos parecían apreciarlo y eso decía mucho en su favor. A ella también le había agradado, y estaba segura de que a su esposo terminaría por gustarle la idea de tenerlo como yerno, porque este valoraba a las personas por su valía y honradez y no por el peso de su bolsa. Además, Peter adoraba a su hija y haría lo que fuera por verla feliz.

## Capítulo 19

Cuando Peter regresó de la posada, Lorianne ya estaba acurrucada bajo las mantas y a punto de quedarse dormida. No queriendo despabilarla, y bastante más tranquilos que unas horas atrás al verla a salvo y muy a gusto en su cama, los Bowler se despidieron de su hija dándole cada uno un beso en la frente. Lori, con los ojos cerrados, les dedicó una sonrisa amodorrada. Antes de que sus padres llegaran al vestíbulo, ya se había dormido.

Esa noche, y a pesar del revuelo que se había formado en la escuela con la desaparición de una compañera y la posterior expulsión de otra, ninguna de las alumnas se acercó al dormitorio de Lorianne. No sería por falta de ganas. Porque todas, o gran parte de ellas, estaban muertas de curiosidad y deseando conocer más detalles sobre lo ocurrido, pero entendían que Lori necesitaba descansar, y se habían conformado con especular entre ellas sobre los motivos de Christine para encerrar a una de sus amigas en el desván.

Entre tanto, Lorianne dormía plácidamente. Al menos hasta que su sueño se plagó de inquietantes pesadillas en las que el fantasma de una mujer la perseguía por un oscuro corredor que parecía no tener fin. Se despertó sobresaltada y con la respiración agitada. Talmente parecía que hubiera estado corriendo de verdad. Le llevó unos minutos serenarse y darse cuenta de que solo había sido un mal sueño, pero se sintió incapaz de volver a conciliar el sueño.

Desvelada, pensó en Nerian y, poco a poco, renació en su interior la apremiante necesidad de ofrecerle una explicación. Recordó el acuerdo al que había llegado con su madre, y durante un rato continuó en la cama, decidida a respetarlo. Fue al imaginar lo que estaría pensando Worth de ella —seguro que nada bueno—, cuando decidió que no podía esperar al día siguiente. Tenía que aclarar cuanto antes las cosas entre ellos, y saber, de una vez por todas, si sus sentimientos eran correspondidos por él. Todo apuntaba a que así era, pero necesitaba salir de dudas. Sabía que hasta no tener la certeza de que también la amaba, no podría volver a pegar ojo.

Saltó de la cama con determinación y sacó del armario el mismo vestido de color rosado con ribetes de color frambuesa que había elegido estando allí su madre. Contraria, recordó que necesitaba ayuda con los botones. De inmediato pensó en Amanda.

Con la capa que había usado la noche anterior doblada sobre el brazo, y con cautela, se encaminó al dormitorio de su amiga. Entró sin llamar, se acercó a la cama y le sacudió el hombro con suavidad. La otra se despertó sobresaltada, y Lori, con el índice sobre los labios, le pidió que

guardara silencio.

—¿Qué ocurre? —preguntó Amanda, somnolienta.

—Necesito que me abroches el vestido —susurró Lori, dándole la espalda.

—¿A dónde vas a estas horas? —preguntó con el ceño fruncido.

—Tengo que hablar con Nerian —respondió, mirándola por encima del hombro.

—¿Desde cuándo es Nerian y no el señor Worth? —inquirió suspicaz.

En ese momento, Lori lamentó no haberle mencionado antes la propuesta del conde ni sus encuentros con *el señor Worth*.

—Es demasiado largo de contar y ahora no dispongo de tiempo. Solo te diré que me he enamorado de él. —Como hiciera con su madre, señaló la hilera de botones con un gesto que demandaba inmediatez. Amanda, sin embargo, pasmada por la noticia, permaneció inmóvil—. Date prisa, por favor.

—No irás a cometer una estupidez, ¿no?

A Lori no le sorprendió la pregunta. Amanda era así de sensata.

—No, solo necesito hablar con él —repitió, volviéndose de nuevo para mirarla—. Ayúdame, por favor.

—Lo haré, pero no apruebo lo que vas a hacer. Parece que no hayas tenido suficiente con dos sustos. —Suspiró resignada, terminando de cerrar el vestido—. De todas formas, te guardaré el secreto... —hizo una pausa—, y si llegara a ser necesario, trataría de cubrirte las espaldas.

—Gracias, tú sí que eres una amiga —dijo dándole un fuerte achuchón.

—Vete con cuidado y regresa antes de que puedan descubrirte.

Aunque la casa estaba en silencio, Lorianne puso especial cuidado en no hacer ni el más mínimo ruido hasta llegar al jardín trasero. Después, corrió hacia la salida posterior, rezando para que no estuviera cerrada. Respiró aliviada al comprobar que continuaba abierta. Al parecer nadie había considerado necesario cerrarla o, simplemente, se habían olvidado de hacerlo. Fuera como fuese, lo importante era que podía salir.

En lugar de utilizar el camino, tuvo la precaución de avanzar por entre los árboles siempre que le era posible, no fuera a ser que alguien pudiera verla desde alguna casa. Cuando llegó a la del condestable, con el corazón a punto de salirse del pecho, golpeó la puerta con la aldaba y, conteniendo la respiración mientras miraba hacia los lados, aguardó a que le abriera.

\*\*\*

Nerian estaba a punto de meterse en la cama cuando escuchó que alguien llamaba a su puerta. Habían sido solo un par de golpes, y demasiado suaves para tratarse de algo urgente. Aun así, se puso de nuevo el pantalón y, de camino a la entrada, con un candelabro en la mano, terminó de ponerse la camisa, preguntándose quién podría necesitarlo a medianoche. Delante de él iba Showy agitando la cola. Dejó el portavelas sobre la consola de la entrada, y antes de abrir tuvo que

ordenarle a la perra que se apartara de la puerta. Cuando lo hizo y descubrió quién estaba al otro lado, se sintió a un paso de sufrir un ataque al corazón.

—¿Se puedes saber qué haces aquí?! —Tiró de la muchacha hacia el interior de la casa y, nervioso, miró hacia ambos lados de la calle antes de cerrar la puerta—. ¿Te has vuelto loca? —la encaró furioso. Lori le sostuvo la mirada con los ojos muy abiertos por lo brusco del recibimiento—. ¿Cómo se te ocurre aparecer en plena noche? ¡Y habrás venido sola! —Resopló y se pasó la mano por el cabello. El movimiento hizo que la camisa, puesta de cualquier manera, se entreabriera dejando a la vista buena parte del torso masculino. Lori lo advirtió y, sonrojada, solo se atrevió a echar una rápida ojeada al musculoso pecho—. Podría haberte visto algún vecino, o haberte topado con algún maleante. Ayer te encuentro en el bosque y hoy te paseas por el pueblo a medianoche.

Lori solo escuchó la primera parte de la frase porque su cerebro decidió obviar el resto y centrarse en cuatro palabras: encuentro en el bosque. Evocó el momento de intimidad compartido y un escalofrío le trepó por la espalda. Sintió un cosquilleo en el vientre y sus ojos bajaron hasta la porción de piel que la camisa no cubría. Recordó lo suave y cálida que era esta al tacto, y que el ensortijado vello le había hecho cosquillas en la palma de la mano cuando quiso comprobar que su corazón continuaba latiendo tras caer del tejado. Deseó tocarlo de nuevo, volver a sentir aquellas cosquillas y notar sus fuertes y enloquecidos latidos. Sin pensar ni escuchar lo que fuera que Nerian decía, alzó la mano, la posó sobre el fornido pectoral y, poniéndose de puntillas, pegó sus labios a los de él.

Nerian solo necesitó unos segundos para recuperarse de la sorpresa, después, aunque una parte de sí mismo le decía que se apartara de ella y la acompañara de regreso a la escuela, la estrechó entre sus brazos, dispuesto a perderse en su boca y no pensar que más tarde, cuando se fuera, le tocaría volver a remendar su corazón. Gruñó al notar un ligero regusto a miel y, sin prisa, se dedicó a saborearla. La sintió rendirse ante la lenta y sinuosa cadencia del beso y un jadeo áspero escapó de su garganta cuando le succionó el labio inferior y después lo acarició con la lengua, con la misma suavidad con la que ella deslizaba las yemas de los dedos sobre su tórax. Tembló de deseo cuando sus pequeñas manos se aventuraron bajo la camisa para acariciarle los hombros, las costillas y de nuevo el torso. Quiso tocarla también, quiso poder deleitarse de nuevo con semejante visión y sentir la presión de sus piernas alrededor de las caderas. La idea de tenderla sobre su cama cruzó veloz por su cabeza, entrando en conflicto consigo mismo. Sin separar su cara de la de ella, trataba de decidir si llevarla o no al dormitorio.

La respuesta se la ofreció Lorianne al interrumpir el beso y retroceder un par de pasos para alejarse de él. La miró dolido y sin entender su caprichosa actitud.

—No —musitó Lorianne con dificultad—. Yo... yo no he venido a esto —se recordó en voz alta, con la respiración agitada y la mirada vidriosa por el deseo—. Nerian, yo... siento de veras...

—No es necesario que te disculpes, solo ha sido un beso —la interrumpió sin ganas de

escuchar excusas ni pueriles justificaciones.

—No es el beso lo que lamento, lo que siento es haberme equivocado al pensar que en un matrimonio perfecto no habría cabida para el amor. Siento haber creído que podría casarme con Telford cuando a quien amo es a ti. Y por eso estoy aquí, porque no podía conciliar el sueño sabiendo que me creías interesada en el conde, cuando eres tú a quien amo —repitió temiendo que no la hubiera entendido la primera vez, pues la miraba sin decir nada.

Sin saber si dar crédito o no a las palabras de la muchacha, Nerian avanzó los pasos que ella había retrocedido, le envolvió el rostro con sus manos, y con el corazón a punto de estallar de felicidad, buscó la verdad de sus palabras en aquellos ojos pardos que, desde siempre, atraían a los suyos como dos potentes y preciosos imanes.

—Estamos de suerte —dijo sin dejar de mirarla mientras en su boca comenzaba a formarse una sonrisa—, porque yo también te amo, Lorianne. —Le acarició la mejilla y después los labios que acababa de saborear—. Y no creo que haya en toda Inglaterra un hombre que se sienta tan dichoso y asustado como yo me siento en este instante. —Lori frunció el ceño y lo interrogó con la mirada—. Sí, asustado, porque jamás había sentido por ninguna otra lo que siento por ti; porque sé que eres la mujer a la que quiero ver cada día al despertar y también al acostarme; porque necesito que seas la madre de nuestros hijos y porque quiero hacerte feliz el resto de nuestras vidas, y lamento no haber reunido el valor suficiente para decírtelo antes, porque también soy consciente de que cuanto soy, cuanto poseo, no es suficiente para ofrecerte. Te amo con locura, Lorianne, pero solo de amor no se vive. Y además tus padres...

—Soy yo quien decide con quién deseo casarme y la clase de vida que quiero llevar. No deseo una llena de lujos y comodidades si para obtenerla tuviera que renunciar a tu amor. —También le acarició el rostro y sonrió—. Y mis padres respetarán mi decisión, porque me quieren y solo desean verme feliz.

—¿De verdad crees que lo serás aquí, conmigo? —Siempre le había parecido tan improbable que le costaba asimilar que sus anhelos, sus ansias de formar una familia, al fin estaban a punto de hacerse realidad.

—Lo seré, porque estaré a tu lado. No importa si es aquí o en cualquier otro lugar —afirmó poniéndose de puntillas—, porque estaremos juntos —susurró sobre su boca.

—Estaremos juntos —le confirmó devolviéndole el suave beso—. Y juntos decidiremos qué hacer en cada momento del resto de nuestras vidas.

—Con esta última declaración ha terminado de conquistarme, señor Worth —sentenció con fingida solemnidad. Después, sonrió emocionada, con un resquemor en la garganta que nada tenía que ver con la ronquera que la aquejaba. No solo había encontrado al hombre que se ajustaba a la perfección a sus expectativas, sino que además se amaban.

—De haber sabido que tan poca cosa la enamoraría, hace tiempo que se lo hubiera dicho, señorita Bowler —bromeó, imitando el tono formal de Lori, para después darle otro beso algo más apasionado que el anterior—. Te quiero con locura, Lorianne —añadió, prendido de su

mirada y sin rastro de humor en la voz.

—Te quiero con locura, Nerian —repitió, rodeándole el cuello con los brazos y reclamando sus labios.

Nerian no se hizo de rogar, y aunque su intención era besarla con calma para disfrutar de su dulce sabor, no fue capaz. En cuanto sus lenguas se encontraron y Lorianne enterró los dedos en su pelo, apretándose contra su cuerpo, se apoderó de ambos la necesidad de sentirse, de acariciarse, de saber que se deseaban con la misma intensidad y que los consumía el mismo fuego.

Sin mediar palabra, la alzó en brazos y, sorteando los cuerpos de Showy y uno de los cachorros que dormía junto a su madre, la llevó al dormitorio y cerró la puerta al entrar. Ninguno de los dos se molestó en pensar qué iba a pasar o hasta dónde pensaban llegar con aquel desenfrenado anhelo. Simplemente se dejaron llevar, y unos minutos después sus ropas cubrían el suelo de la habitación, iluminada por las llamas de la chimenea. De pie, frente al fuego, se descubrieron desnudos por primera vez, y fue en ese instante, cuando volvieron a mirarse fijamente tras haber recorrido las perfectas formas del otro, que supieron que no se detendrían. Antes de rodar sobre el colchón, enredadas las piernas y las lenguas, ya se habían aprendido todas y cada una de las curvas de sus respectivas anatomías y el sabor de la piel que las recubría.

Sobre las sábanas, las caricias se volvieron más audaces, los besos más hambrientos y los gemidos vehementes. Dilataron el momento hasta que sus cuerpos, arrebatados, exigieron satisfacción y negársela ya no era una alternativa. Palabras de amor y deseo susurradas entre jadeos y gruñidos. Ansia contenida que clamaba por ser liberada, y una explosión de placer que los catapultó hasta lo más alto envueltos en llamas.

Entrelazados, exánimes y con los ojos cerrados, se dieron tiempo para recuperar el aliento, que el corazón se les sosegara y, poco a poco, bajar de la nube en la que se sentían flotar. Los dedos de Nerian se pasearon perezosos sobre el muslo que descansaba sobre su cadera, y Lori le respondió acariciándole la espalda.

—Podría quedarme así hasta el fin de los días. —Se le había secado la garganta y la voz le salió aún más rota y rasposa.

—Me alegra saberlo, porque no quiero dejarte marchar —sentenció Nerian apretándola contra él y besándola en el cuello. Lori rio divertida.

—¡Humm! Ojalá pudiera quedarme, pero no creo que las normas de la escuela contemplen el ausentarse durante la noche —apuntó con humor, aunque consciente de que debía regresar cuanto antes.

—¿Ni aun estando bajo la custodia de un representante de la ley? —inquirió Nerian haciéndose el remolón. En verdad le gustaría no dejarla salir nunca más de su cama.

—Lo dudo —volvió a reír, notando que se le encendían las mejillas al pensar que justo allí era donde estaba, *bajo* un representante de la ley.

—Está bien, si no queda más remedio, te acompañaré hasta la escuela.

Incapaces de mantener las manos lejos el uno del otro ni las bocas separadas, la tarea de

vestirse resultó lenta y complicada, mucho más que desprenderse de las ropas. Fue al sonar el reloj colgado en la sala de estar cuando se dieron cuenta de lo tarde que se había hecho. Mientras Nerian le ajustaba la capa sobre los hombros y la aseguraba con una lazada, Lori volvía a trenzarse el cabello que, tan solo un rato antes, había estado desparramado sobre la almohada.

Llegar a Minstrel House también les llevó más de lo habitual, pues en alguna ocasión, y a pesar de ir justos de tiempo, sucumbieron a la tentación de besarse entre los árboles. Despedirse frente a la puerta trasera tampoco fue sencillo, porque ninguno de los dos deseaba hacerlo, conscientes de que la peor parte aún estaba por llegar.

\*\*\*

—¿Qué hora es? —preguntó amodorrada Hortense al sentir a Peter moverse por la pequeña habitación de la posada.

—Todavía es pronto. Vuelve a dormirte —le sugirió este poniéndose el gabán.

—¿A dónde vas, entonces? —insistió su esposa, disimulando un bostezo con la mano.

—A dar un paseo. Después subiré el desayuno —afirmó antes de darle un beso en los labios y dedicarle un guiño que la hizo sonreír con picardía.

—Está bien, pero no te demores con el *paseo* —dijo haciendo hincapié en la última palabra.

Peter soltó una carcajada.

—Será...breve, te lo prometo.

—Y correcto —le exigió más con la mirada que con el tono. Lo vio asentir, aunque no de muy buena gana.

Hacer de padre protector le gustaba demasiado, y en algunas ocasiones se le iba de las manos, como con aquel muchacho que había osado pedir la mano de Lorianne después de haber bailado con ella una sola vez. Los gritos de Peter se habían escuchado por toda la casa y al pobre chico le había faltado pasillo para correr. De todas formas, el señor Worth no era un jovencito inexperto y asustadizo al que Peter pudiera amedrentar con su ceño fruncido y sus incisivas preguntas. Esos trucos servían para ahuyentar a los enamorados del amor y a los que andaban a la caza de una heredera, no para enfrentar a un hombre como aquel.

\*\*\*

Nerian, incapaz de pegar ojo, no había podido evitar preguntarse cómo se tomarían los Bowler que su hija se hubiera enamorado de un condestable. Quería ser tan optimista como Lorianne y creer que aceptarían su decisión por el simple hecho de saberla feliz, pero le costaba hacerlo. En ello seguía pensando cuando, tras sonar un par de aldabonazos, abrió la puerta y se encontró de frente con el padre de Lori.

—Buenos días, señor Worth. —Nerian le devolvió el saludo como procedía—. Espero no

llegar en mal momento, pero me gustaría mantener una breve conversación con usted. —Nada en la expresión de Peter Bowler delataba su estado de ánimo y, en cambio, mucho de ella ofrecía una pista sobre el motivo de su visita.

—Adelante —lo invitó a pasar, señalando la modesta sala de estar—. Puedo ofrecerle un...

—No se moleste, gracias. Como le he dicho, seré breve, mi esposa me aguarda para desayunar.

Aunque Bowler se mantuvo impertérrito al hablar, a Nerian no le pasó desapercibido el centelleo que iluminó sus ojos.

—Entonces, usted dirá —dijo Nerian, con una tranquilidad que estaba lejos de sentir.

—¿Ama usted a mi hija?

Nerian se atragantó con su propia saliva por lo directo de la pregunta.

—Sí —reconoció sin más cuando logró recuperarse—. ¿Le supone algún problema? —se atrevió a preguntar, pero en su voz no había rastro de suspicacia ni mucho menos desafío. Tenía muy presente con quién estaba tratando.

—En principio... no. Dependerá de si logramos entendernos —añadió Peter ante la inquisitiva mirada que su interlocutor le estaba dedicando.

—¿Sabe Lorianne algo de esto? —preguntó tenso.

—No, y será cosa suya que lo sepa o no —señaló Bowler con una sonrisa sesgada en los labios.

Por supuesto que no sería él quien le hablara a su hija sobre aquella conversación, pero si aquel hombre conocía a Lori lo suficiente, sabría que era algo que debía compartir con ella. Satisfecho, vio que Worth asentía sin titubear. Solo le restaba averiguar qué planes tenía para el futuro.

Casi una hora más tarde, portando una enorme bandeja de desayuno, Bowler entraba en el dormitorio de la posada.

—¿Qué tal ha ido? —quiso saber Hortense, estirando las mantas para que Peter dejara la bandeja sobre el colchón. Les encantaba desayunar juntos en la cama, ya que era algo que pocas veces se podían permitir.

—Tenías razón, me gusta ese hombre, aunque es un poco terco y va a costarme convencerlo de que se trasladen a Londres —dijo comenzando a desnudarse—. ¿Qué? Alguien tendrá que llevar el negocio cuando yo no pueda hacerlo —dijo en respuesta a la muda pregunta de su esposa.

## Epílogo

*Minstrel Valley, 31 de octubre de 1837.*

—Buenas tardes, Effie —saludó risueña Lorianne a la doncella. La mujer no llevaba ni una semana en Minstrel Valley, pero se estaba adaptando sin problema.

—Buenas tarde, criatura —le devolvió contenta el saludo, haciéndose a un lado para que ella y la joven que la acompañaba pudieran pasar—. ¿No debería estar en clase, señorita? —le preguntó intentando parecer severa, sin conseguirlo.

—Después del almuerzo disponemos de tiempo libre, Effie —le respondió, mirando hacia el fondo del pasillo después de comprobar que no había nadie en la sala de estar. Se preguntó dónde estaría Nerian, pues tampoco lo había visto en el puesto de la vieja guardia.

—Tiempo que usted emplea para venir a ver a su enamorado —apuntó la doncella con un guiño que consiguió hacer sonrojar a Lori—. Vamos, vamos, no se ponga colorada —dijo la mujer, de camino a la cocina—. ¿Aquí iba a venir a ver si no?

Lorianne y Lucy fueron tras ella. Al llegar, la encontraron mirando por la ventana con cara de satisfacción.

—Ahí lo tiene —cabeceó apuntando hacia afuera—. Por fin me ha hecho caso y está partiendo leña para el invierno.

Lori, ocultando su diversión, y haciéndole una señal a Lucy para que se quedara en la cocina con Effie, se dirigió a la pequeña parcela que Nerian, en un futuro no muy lejano, deseaba convertir en un jardín.

A pesar del viento helado que soplaba desde hacía unas horas, lo halló en mangas de camisa. Reprimió la tentación de acariciarle el brazo, pues sabía que Effie debía continuar junto a la ventana.

—¿Piensas cortar leña para todo el pueblo? —se mofó al reparar en la pila de madera que tenía delante.

Nerian, al escucharla, apoyó el hacha contra uno de los leños y se acercó a ella, intentando abrirse paso entre los perros.

—A veces pienso que tu padre me detesta y me ha enviado a esa mujer para hacerme la vida imposible. —Resopló con cara de pocos amigos.

—Sabes tan bien como yo que eso no es cierto —dijo intentando no reírse—. Tampoco es

cuestión de que no confíe en nosotros. —Se le adelantó sonrojada, pero con una pícaro sonrisa en los labios. Nerian quiso besarla allí mismo, pero se contuvo. En lugar de eso, le ofreció su brazo para dar un brevísimo paseo. Lori se desprendió con rapidez del guante y apoyó la mano sobre la tibia piel del antebrazo de su prometido—. Traer a Effie fue la única condición que mi padre impuso para poder quedarme en Minstrel Valley y terminar el curso —le recordó conciliadora—. De otra manera, sabes que me hubiera llevado de vuelta a Londres.

—Tienes razón, y eso habría sido mucho peor que bregar con Cancerbero o tenerte cerca y no poder besarte. —Lori se carcajeó por la comparación de la doncella con el perro de tres cabezas, guardián de las puertas del Tártaro, al tiempo que sentía un cosquilleo en el estómago por el tono sugerente con el que Nerian había pronunciado aquellas últimas palabras.

—Sí, no vernos habría sido mucho peor —afirmó sonriendo aún, permitiendo que la guiara hacia la parte delantera de la casa con demasiada parsimonia.

Apenas sobrepasaron la fachada posterior y quedaron fuera del campo de visión de Effie, Nerian, parapetándose tras el arbolito que crecía junto a la pared lateral de la casa, la estrechó entre sus brazos y la besó como si dispusieran de todo el tiempo del mundo. Lorianne, sintió que se le aflojaban las rodillas y se echó a su cuello. Nerian gruñó, no habría sabido decir si de placer o frustración, cuando Lori le mordisqueó el labio y después se lo acarició con la lengua. Profundizó el beso, incrementando también el ritmo. Entonces fue Lori la que gimió.

—¿Señorita Bowler, señor Worth? —los llamaba Effie desde la entrada. Nerian masculló un juramento sobre los labios de Lorianne, que resopló contrariada por la interrupción.

—¿Qué te parece si la encerramos en una de las buhardillas de Minstrel House y tiramos la llave al lago? —preguntó Nerian apoyando la frente contra la de Lorianne.

—No me des ideas —suspiró resignada, cuando Nerian la besó en los labios y después en la sien—. Serán unos meses muy largos —protestó reanudando la marcha, antes de que la mujer apareciera en su busca.

—Algo se me ocurrirá —le prometió Nerian con un guiño.

—¡Ah, están ahí! —exclamó Effie asomándose a la esquina, como Lori sospechó que haría.

—Trataré de robarle una llave a la señora Burton —susurró Lorianne con disimulo, consiguiendo que en esa ocasión fuera Nerian quien se carcajeara.

—Y yo que te tenía por una dama tímida y sensata —murmuró aún entre risas.

—Ha sido el amor el que me ha vuelto audaz —respondió Lori con el mismo tono alegre.

—¡Ay, el amor! —suspiró la doncella al escuchar a medias las palabras de la joven—. Le dije que ocurriría, niña.

—Es cierto, lo hiciste y en aquel momento no te creí —aseveró risueña Lorianne, caminando hacia la parte delantera del *cottage* con Nerian a su lado.

—No importa, como tampoco importaba cuáles hubieran sido sus planes, al final, es el corazón, y no la cabeza, el que toma este tipo de decisiones —manifestó con la seguridad que la caracterizaba cuando hablaba de sentimientos, observando a la pareja con satisfacción. El

embeleso le duró apenas un instante—. Señor Worth —dijo, recuperando el brío—, si ha terminado con la leña, tal vez podría...

—Lo que sea que quiera pedirme, tendrá que esperar, señora Murray —la interrumpió Nerian con suavidad, pero haciéndose a toda prisa con la casaca del uniforme—. Debo regresar al trabajo —añadió, contento de tener un motivo con el que poder librarse de la mujer y sus encargos. Desde que se había instalado en la casa, no había dejado de dar órdenes, y cada vez que Lorianne aparecía, no los dejaba ni un minuto a solas.

—Váyase, y no se preocupe, no era nada demasiado importante —dijo condescendiente—. Tiempo habrá de disponer la casa para convertirla en un verdadero hogar antes de que se cansen —caviló en voz alta Effie.

—Lucy, nos marchamos ya —llamó Lori a la criada de Minstrel House, cruzando con Nerian una divertida mirada de complicidad—. Que tengas buen día, Effie —se despidió de la mujer dirigiéndose los dos hacia el camino, con Showy a su lado y seguidos de cerca por Lucy.

—Igualmente, señorita. Señor Worth, no olvide recoger el encargo que le hice a la señora Gibbs —añadió la mujer, alzando la voz para hacerse oír.

—Descuide, no lo olvidaré —le aseguró resignado, avanzando muy juntos hacia Legend Square—. Lo que no tengo tan claro es si resistiré todo un año bajo las órdenes de la señora Murray. —Suspiró de forma exagerada, consiguiendo hacer reír a Lori.

—Lo harás, porque el amor todo lo puede —dijo, rozándole los dedos con los suyos. Nerian aprovechó el gesto para entrelazar sus manos, sin que le preocupara el hecho de pasar ante el colmado de Bella Gibbs—. Al menos eso me dijo Effie, que sabe mucho sobre el tema.

—Eso me ha parecido entender hace un momento. También que de no ser por tu corazón, no me habrías elegido —le recriminó jocoso. Paseaban sin prisa por la plaza a esas horas casi desierta.

—Lo habría hecho de todas formas —respondió Lorianne sin vacilar—. Tarde o temprano, mi cabeza también se habría dado cuenta de que cumplías todos los requisitos para ser el esposo perfecto. Y creo que mi cuerpo —continuó, bajando el tono—, ya lo sabía —confesó al detenerse ante la entrada del puesto de guardia. Notó que Nerian le apretaba un poco más la mano—. De hecho, estoy casi segura de que lo intuyó la primera vez que estuvimos frente a frente —reconoció Lori, sosteniéndole la mirada.

—Recuerdo el momento con claridad. —Sonrió acariciándole la mejilla con ternura, la vista clavada en la de ella—. Lady Margaret y tú buscabais a las gatitas de la señora Crown.

—Encontramos también a Showy —añadió—. Margaret fue en busca de ayuda y, entonces, regresó contigo. ¡Dios mío!, aún me sonrojo cuando pienso en mi reacción al verte. Me comporté como una tonta, enroscando entre los dedos uno de los mechones que asomaba por el borde de la capota, mientras te miraba con los ojos entornados. —Evocó el instante entre divertida y abochornada.

—Tampoco he olvidado eso, porque me quedé enganchado en tus preciosos ojos castaños y me pareciste la muchacha más adorable que jamás había visto. Me enamoré como un tonto de usted,

señorita Bowler. —Lori se estremeció por lo íntimas y sugerentes que habían sonados aquellas últimas palabras y, por supuesto, por la intensidad con la que sus maravillosos iris verdes la contemplaban. Adivinó en ellos confianza y respeto, pero sobre todo, amor.

Pensó en los momentos compartidos con Nerian y, con un cosquilleo de anticipación en la boca del estómago, también en los que estaban por llegar.

—Nunca deje de mirarme de esa manera, señor Worth —le pidió emocionada y segura de que su vida, de ese día en adelante, sería tan perfecta como el hombre que la acompañaba.

FIN

## Agradecimientos

Poco puedo añadir a lo que ya han dicho las compañeras que me preceden, sin embargo, yo también quiero dar las gracias a Bethany Bells por haber ideado este proyecto, por haber creado un pueblo de la nada y por dejarse las pestañas para que cada cosa estuviera en su sitio en Minstrel Valley. A ella y a Lola Gude también les tengo que agradecer que pensaran en mí para formar parte de esta maravillosa locura que tanto me ha aportado.

Por supuesto, gracias a la editorial por apoyar el proyecto desde el minuto uno y volcarse con él como lo está haciendo. Detrás de cada novela, de cada portada, de cada pequeño detalle, hay un equipo que trabaja duro, y me consta que con entusiasmo, para que todo salga perfecto.

Gracias también a nuestra madrina, Nieves Hidalgo, porque ha estado apoyándonos desde el principio y dándonos ánimos. ¡Eres la mejor y te queremos, madrina!

No puedo olvidarme de mis compañeras que, desde hace meses, no solo se han ganado mi amistad, sino también mi respeto y admiración por su capacidad para trabajar en equipo, su implicación y la dedicación y entrega con la que han hecho; por su generosidad a la hora de compartir información, datos o hacer concesiones en sus historias en beneficio de otras o del proyecto en general; y, sobre todo, por su calidad como personas. He tenido el placer de trabajar con un grupo de gente maravillosa, y eso lo llevaré siempre conmigo. ¡Gracias, chicas, sois las mejores!

Y claro, gracias a ti, lector/a, por darle una oportunidad a la serie, por seguirnos, por darnos tu opinión sobre cada una de las novelas y gracias, también, por sentirte parte de Minstrel Valley.

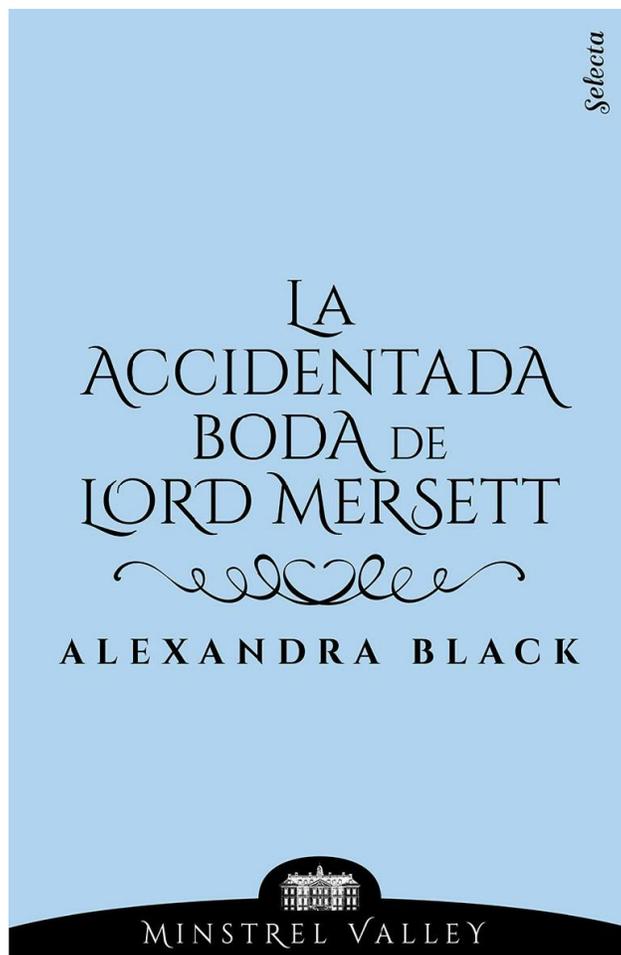
Si te ha gustado

*Un pretendiente para la señorita Bowler*

te recomendamos comenzar a leer

*La accidentada boda de Lord Mersett*

de *Alexandra Black*



Un chino en Minstrel Valley

Landford House había permanecido más de diez años cerrada a cal y canto. Aquel cierre la había llevado a un estado tal de abandono que apenas quedaba nada de la soberbia elegancia de la que hiciera gala en el pasado. La hermosa enredadera que cubría sus paredes lo invadía todo, y ya ni siquiera se veían las ventanas. Quizá por eso los más desaprensivos la habían saqueado en varias ocasiones y así, lo que no se llevó el paso del tiempo, lo hicieron los ladrones. Aunque no apareció nadie para pedir cuentas por aquellos actos vandálicos. De hecho, los dueños ni siquiera recibieron la noticia de la atroz invasión de su casa.

Nadie entendía el porqué de la repentina marcha de sus propietarios, aunque todos suponían que se debía a que la hija pequeña de los Landford había huido con un hombre que no era el agrado del conde. Este, sintiéndose traicionado, la había repudiado, prohibiendo incluso que se mencionase su nombre frente a él. Algunos sospechaban que aquel asunto había sido el principio del fin de los Landford, que una mañana se habían subido en su carruaje y regresado a Londres, dejando atrás su hogar.

Lord Landford, que adoraba a aquella hija, se había convertido en un hombre amargado y huraño que ni siquiera hablaba con sus vecinos y que, si se veía obligado a hacerlo, los trataba mal. Y, aunque nunca había gozado del afecto de la gente, desde la desaparición de esta, las pocas simpatías que se hubiese granjeado a lo largo de los años desaparecieron por completo.

Lady Landford, que rara vez se dejaba ver si no era con su esposo, se había encerrado en la casa y nadie había vuelto a verla. Todo el mundo decía que estaba enferma y que era incapaz de levantarse de la cama a causa del disgusto por lo sucedido.

Lady Annabella Landford, la causante de todo aquello, había sido muy querida en el pueblo y nadie habría imaginado jamás que fuese capaz de hacer algo tan terrible. Aunque, como se solía decir por ahí, uno nunca sabe de lo que es capaz hasta que se enamora. Y en Minstrel Valley sabían mucho de amores fatales, pues había una estatua en Legend Square dedicada a los amantes más trágicos de la historia del pueblo.

Tal vez fuese por los antecedentes de la casa, que cuando una cuadrilla de albañiles, jardineros y criados llegó a Landford House para acometer las labores de restauración, esta se convirtió en el centro de todas las conversaciones.

Durante varios días, el salón de la posada se había convertido en un hervidero de jóvenes en busca de trabajo, pues estaban contratando empleados que ayudasen como refuerzo a los trabajadores llegados de Londres. Hombres y mujeres hacían cola frente a la mesa que un tal señor Wadlow ocupaba con el beneplácito del posadero, que veía en la llegada de los nuevos inquilinos una posibilidad de hacer más dinero, ya fuese con los empleados que se alojaban allí, ya fuese con aquellos que se reunían después del trabajo con intención de averiguar más sobre aquel señor Wadlow y los nuevos propietarios de Landford House.

Gracias a sus habilidades sociales, Bella Gibbs había atraído al colmado a una joven londinense llamada Marianne, que de buen grado les había contado todo lo que sabía a cambio de

unas cintas para el cabello y algunas fruslerías más que la señora Gibbs había usado como moneda de cambio por los últimos chismes.

Al parecer, la casa se estaba arreglando para una mujer viuda. Una tal señora Crown, que, hasta donde sabía, no tenía ningún parentesco con los condes de Landford. Sí sabía, sin embargo, que su señora tenía buena relación con lady Landford, a quien le había comprado la casa. Según decían, se habían conocido después de que la señora Crown perdiese a su esposo, aunque no sabía mucho más al respecto. Sin embargo, sí podía contarles que, hasta hacía un año, más o menos, vivía en Cross Hill y que tanto su marido como su hijo habían fallecido víctimas de la terrible epidemia de sarampión que había asolado el pueblo. O tal vez la muerte del esposo se debiese a otra cosa, no estaba segura. Lo que sí era cierto era que las dos muertes habían sido consecutivas y que su señora no había logrado recuperarse todavía. La describía como un cadáver andante, que ni se alimentaba en condiciones, ni vivía como un ser humano. Nadie entendió a qué se refería, aunque ella no fue capaz de explicarlo de modo que los demás comprendiesen lo que quería decir.

Cada cosa que Marianne decía, aumentaba el interés del público reunido en el colmado para escuchar las últimas noticias sobre Landford House. Todos querían conocer a la tal señora Crown, pero mientras no llegaba, se conformaban con lo que tenían al alcance de la mano: Aaron Wadlow, el hombre que se hacía cargo de todo lo relacionado con Landford House. Por lo que sabían gracias a Marianne, era el administrador de la señora Crown y también había algún tipo de relación de parentesco entre ellos.

El hombre, que debía rondar los treinta, era tan atractivo que algunas jóvenes —las más atrevidas— hacían todo lo posible por tropezarse con él «por casualidad». Las que no tenían el valor de hacerlo, se conformaban con mirarlo de lejos. Aunque, todo había que decirlo, era más frío que un témpano de hielo. Guapo a rabiar, con aquel cabello rubio cortado a la moda, unos enormes ojos azules y esa mirada concedora que lanzaba a muy pocas mujeres, pero más frío que el invierno.

A decir verdad, si era como decían o no, nadie lo sabía, pues era tan reservado que apenas habían logrado escuchar su voz.

La curiosidad de los lugareños se vio satisfecha una mañana de octubre, cuando un carruaje se detuvo frente a Landford House y una pareja bajó de él. Y, a pesar de que la señora Crown había sido el centro de todas las conversaciones de Minstrel Valley hasta entonces, no fue ella quien llamó la atención de los curiosos que se reunían a diario alrededor de la casa para ver cómo avanzaban las obras. De hecho, apenas la vieron, pues fue su acompañante quien atrajo todas las miradas. Nunca, en todos los siglos de vida del pueblo, había pisado su suelo alguien como él. Era extraordinariamente alto, llevaba el cabello muy corto y vestía como un noble lo que, tal y como descubrieron minutos más tarde, en realidad era. Pero su rostro, o más bien sus ojos, no eran algo que hubiesen visto con anterioridad. Rasgados y oscuros, eran lo más exótico con lo que se habían topado nunca. Sin embargo, a pesar de lo fascinante que les resultaba, no pudieron evitar caer en lo mismo que cae la gente a lo largo y ancho del mundo: el miedo a lo desconocido.

Todos reconocieron que no carecía de porte aristocrático y que, les gustase o no, poseía cierto atractivo, al menos si hacían caso a algunas de las jóvenes que se habían concentrado en el colmado de Bella Gibbs para compartir impresiones en una junta extraordinaria que nadie había convocado.

Alguien llevó la noticia al coronel Grenfell, que conocía mucho mundo gracias a sus años en el ejército, y que, de todos los habitantes del pueblo, era la persona más adecuada para valorar la situación. Este, mientras daba un paseo, se había acercado a la casa de la nueva vecina y había comprobado que el noble en cuestión estaba dando órdenes a los albañiles, pues el trabajo no estaba quedando del todo a su gusto. O al de la señora Crown, en palabras del conde.

El coronel Grenfell, tras despoticar sobre la posibilidad de que el mundo llegase a su fin por la presencia de un chino en Minstrel Valley y añadir que, además, la nobleza británica estaba corrupta por aceptar a semejante aberración entre sus filas, reconoció que, hasta donde él sabía, era el único hijo del marqués de Leavenfield y que, además, sus rasgos no eran casualidad, sino que era chino. «Pero chino chino», en sus palabras. Al parecer, no quería hacer mención a que la mitad de la sangre que corría por sus venas era británica.

Durante unas horas, el coronel Grenfell había pasado a convertirse en la única fuente de información fiable sobre China y los chinos, así que él había aprovechado su momento de gloria para alardear sobre sus tiempos en el ejército y sus hazañas constantes, fuesen reales o no.

A pesar de que aquel hombre chino había causado un gran revuelo en Minstrel Valley, cuando se marchó a la tarde siguiente, pasó al olvido y solo se recordaba de cuando en cuando si alguien lo mencionaba. El interés se había centrado de nuevo en la viuda, que apenas salía de casa. Algunas personas importantes de la comunidad habían acudido a darle la bienvenida, mas no habían sido recibidos debido al delicado estado de salud de la dama.

Pronto tuvieron más temas de conversación gracias a la nueva habitante del pueblo, pues la joven viuda, que ya de por sí despertaba un gran interés por su encierro voluntario, había decidido quitarse la vida arrojándose al río Oldruin desde el Puente del Pasatiempo. Por suerte, el señor Angus McDonald, el herrero, que andaba cerca de allí, había logrado salvarla arrojándose al agua tan pronto como la había visto caer. Decían los testigos que la mujer había peleado con él para librarse de su ayuda, pues no quería seguir viviendo. Y, por si aquello fuese poco, un par de semanas después lo intentó de nuevo y usando el mismo método. Al verla caer, la hija del quesero, Deirdre O'Neill, había corrido a avisar al condestable Nerian Worth de lo sucedido y este la había sacado del agua. En esa ocasión, fue más difícil que en la anterior, pues la viuda trataba de volver al agua a pesar de los intentos del condestable por evitarlo. Al final, Deirdre había logrado alejarla del río abrazándola con fuerza y diciéndole que todo estaría bien. Aquella imagen de la mujer en los brazos de la niña irlandesa se había quedado grabada en la retina de los curiosos que se habían reunido alrededor de la suicida, sin más intención que curiosear y buscar algo de qué hablar.

Para sorpresa de todos, tres días después había llegado otro carruaje a Landford House y de él

había descendido una mujer muy hermosa de aspecto adusto que tomó las riendas de la casa y que, al igual que la señora Crown, había llegado para quedarse. Y, una semana más tarde, se había presentado allí el conde chino montado en un caballo negro que se había convertido en el terror de los habitantes de Minstrel Valley.

Nadie entendió el porqué de su regreso, pues no se le veía entrar en la casa de la viuda. Tampoco relacionarse con la mujer cuando salía a pasear por el pueblo acompañada de la recién llegada o de la misma Deirdre. Aunque sí sabían, eso sin lugar a dudas, que había pagado los arreglos de la casa y de la quesería de Ronan O'Neill tras las últimas lluvias. La situación de los irlandeses había mejorado de forma considerable desde la llegada del conde, hasta el punto de que Ronan se había traído consigo a su sobrina de Londres tras asistir a la boda de su hermano, pues su padre no podía —o no quería— hacerse cargo de ella tras su segundo matrimonio. Así había llegado Barbara O'Neill a Minstrel Valley.

El regreso del chino no fue bien recibido por todo el mundo. Los extranjeros siempre producían desconfianza, pero la presencia de este llevaba ese recelo más allá, pues nunca habían tenido la posibilidad de relacionarse con un chino y todo en él les producía miedo. Desde el caballo negro como la noche, hasta su rostro serio y su carácter reservado, no había nada que calmase la intranquilidad de los lugareños.

La presencia del extranjero se relacionó con algunas de las desgracias acaecidas en la zona, como la muerte de la vaca de Thomas Andrews. El animal había muerto de viejo, pero como la señora Cotton, la beata del pueblo, había lanzado algunas indirectas sobre las desgracias que traían sobre Minstrel Valley los extranjeros en general, y los chinos en particular, todos se volvieron hacia el recién llegado para hacerlo responsable de cualquier cosa que sucediese. Algunos incluso se santiguaban al verlo pasar, aunque a él parecía no importarle demasiado lo que sucedía a su alrededor. O, cuando menos, no lo demostraba.

Las idas y venidas del conde se hicieron cada vez más frecuentes y esto, unido al resurgir de las historias de avistamientos de la Dama Blanca cerca del lago, creó una especie de paranoia colectiva de la que se libraron muy pocos hasta que, tres años más tarde, lo vieron aparecer acompañando a lord Northcott y a lady Acton, que regresaba a Minstrel House tras muchos años de ausencia. El hecho de que fuese pariente de una familia tan querida en Minstrel Valley, apaciguó un poco los malos sentimientos que el pueblo hubiese albergado hacia él, aunque todavía quedaban muchos que no eran capaces de aceptar su presencia, pues no sabían el porqué de sus continuas visitas.

Lord Mersett no gustaba. Ya fuese por lo misterioso que resultaba o por su mestizaje, era bien recibido por pocos. Aunque, gustase o no, había llegado a Minstrel Valley para quedarse.

## Capítulo 1

*Minstrel Valley, noviembre de 1837*

—¿Todavía rechazas la idea del matrimonio, Derek?

Lord Mersett detuvo el avance y suspiró. Apenas llevaban cinco minutos de paseo y lady Acton ya había sacado el tema del matrimonio. Tendría que haberlo imaginado, ya que incluso su padre lo torturaba con el asunto paseando a jóvenes casaderas frente a sus narices. Estaba empeñado en que le diese un heredero y él no estaba interesado ni en las jóvenes, ni en la paternidad.

Tomándose su tiempo para buscar una respuesta adecuada, rodeó la silla de ruedas de lady Acton y colocó bien la manta de piel que le cubría las rodillas y que se había deslizado hacia un lado unos minutos antes. Derek pensó que la señorita Chatham, la dama de compañía de lady Helena, lo regañaría con ganas si veía que la manta no estaba bien colocada, pues se había opuesto con firmeza a aquel paseo y había sido él quien había insistido en que debían aprovechar el sol, por muy invernal que fuese, ya que dentro de nada ni siquiera podrían asomar la nariz a la ventana debido a la lluvia y el frío.

—Sí, prima Helena, todavía la rechazo.

Podría haber respondido cualquier otra cosa, algo destinado a tranquilizarla y zanjar el asunto, pero prefería ser honesto. Quizá su respuesta no le traería paz, pero al menos no se sentiría culpable por haberle mentido. Porque adoraba a la anciana. La adoraba de verdad. Se habían conocido tras su regreso a Inglaterra y, de algún modo, habían creado un vínculo afectivo muy fuerte. Por eso evitaba aquellos temas que podrían ponerlos en una situación incómoda, aunque no podía hacerlo siempre, y que le preguntase directamente por algo tan delicado lo disgustaba más allá de lo imaginable, porque era de las pocas cosas en las que se mantenía firme frente a ella y no le gustaba verse obligado a comportarse de ese modo. No con lady Acton.

La dama suspiró y Derek reanudó la marcha empujando aquel enorme y pesado armatoste.

—¿Es por *ella*?

Lord Mersett dio un respingo al escuchar aquella alusión directa a la mujer que lo mantenía anclado a Minstrel Valley. Lady Helena siempre evitaba el tema y trataba de no mencionarla durante sus conversaciones, así que no sabía cómo responder a aquello.

Dudó. Podía mentir, claro. Quizá debería inventar alguna mentirijilla para tranquilizarla, pero la anciana era su debilidad y se sentía incapaz de hacerlo.

—En parte —respondió sin poder ocultar su incomodidad.

Lady Acton, que nunca mostraba sus sentimientos, pues no era correcto, suspiró otra vez y Derek supo que se sentía decepcionada. Lo lamentaba, mas no tenía otra respuesta. No quería engañarla y, además, no podía darle órdenes a su corazón, que había decidido que quería seguirla

a *ella* y a ninguna otra.

—Derek, he tratado de mantenerme al margen de tus asuntos, pero estoy preocupada. *Ella* no es adecuada para ti. Estoy segura de que es una mujer admirable y que sus sentimientos hacia ti son tan honestos como los tuyos hacia ella, pero no es... —Dudó unos segundos—. Una persona equilibrada.

—Prima Helena...

El tono de advertencia de Derek no detuvo a la anciana, que había decidido que aquel era el momento de decir todo lo que había callado durante tanto tiempo.

—Lo siento, Derek. Todo el mundo sabe que ha intentado suicidarse dos veces, que se pasea por ahí sin sombrero y, en ocasiones, sin guantes, que a veces camina por el pueblo acompañada del herrero o del quesero, incluso del condestable. Nunca acude al servicio de los domingos, está relacionada con la Liga de las Mujeres y... —Hizo un gesto vago con la mano—. Sus extravagancias son tantas, que no me siento capaz de enumerarlas.

Lord Mersett sonrió. Sí, *su* Daphne era una mujer peculiar y ese era uno de sus muchos encantos. Detestaba las limitaciones que se imponían a las mujeres por haber nacido en el lado más desfavorecido de la sociedad y se oponía a ellas sin importarle si era juzgada por ello o no.

—Lo sé. Por eso la amo —dijo henchido de orgullo.

—¿Y por qué no te casas con ella, entonces?

—Porque para ella sería un suicidio social y no deseo eso. Tiene una buena vida aquí y no quiero que mi amor la convierta en una paria.

Lady Acton guardó silencio unos instantes y Derek sonrió con tristeza. Estaba seguro de que buscaba algo que decir al respecto, palabras de ánimo o una negación rotunda a su afirmación, pero no encontraba la forma adecuada de hacerlo. Los dos sabían que ni siquiera su posición lo convertía en un objetivo apetecible para el matrimonio y que, si lord Leavenfield podía presentarle a algunas damas interesadas en el matrimonio, era porque sus familias estaban en una situación desesperada y no encontraban otra solución para huir de la pobreza. Todas eran jóvenes con título cuyos parientes masculinos habían dilapidado la fortuna familiar y vivían con la vergüenza de ver a los acreedores esperando frente a sus casas. Sí, sabía por qué se comportaban con aquellos modales encantadores y por qué sus familias se endeudaban un poco más para que luciesen apetecibles frente a sus ojos, aunque todos sus esfuerzos eran en vano. Él estaba interesado en una mujer independiente que poseía su propia fortuna y cuyo interés en él era genuino, y no era capaz de ver nada más.

—Entiendo que tu situación es complicada —dijo lady Acton con cautela—, aunque estoy segura de que hay muchas damas interesadas en ti. Eres un hombre atractivo, eso es innegable.

«Usted sabe tan bien como yo que solo me ven como a un sucio mestizo», pensó Derek con amargura.

Desde su regreso a Inglaterra, cinco años atrás, había escuchado todo tipo de insultos referidos a su aspecto y a su posición. Las jóvenes aristócratas siempre lo miraban con desdén, dando a

entender que sería el último hombre en el que se fijarían, aunque su vida dependiese de ello. Algunas habían tenido que renunciar a su orgullo para acercarse a él con intención de salvarse a sí mismas y a los suyos, pero era demasiado tarde. El daño ya estaba hecho y él nunca perdonaba una afrenta.

Daphne, sin embargo, lo había aceptado desde el principio. No había mostrado sorpresa, fascinación o repulsa. Nada de lo que hacían otros británicos se aplicaba a ella. Era amable, considerada y curiosa. Muy curiosa. Había nacido en China y crecido allí, ya que su padre había huido de Inglaterra con la hija de una de las familias más poderosas del país. Cuando tenía catorce años, su madre había fallecido durante el parto de su segundo hijo y, tanto ella como su padre, habían tenido que enfrentar una doble pérdida. Y, poco después, Andrew Townsend, incapaz de soportar el dolor por las muertes de su amada esposa e hijo, se había suicidado.

Por suerte, Daphne tenía a Aaron Wadlow, el protegido de su padre, a su lado. Este contaba entonces con diecinueve años y, tras hacerse cargo de las cosas que el señor Townsend había dejado pendientes en Shanghái, había viajado con ella hasta Macao, donde se encontraba lord Leavenfield preparándose para regresar a Inglaterra con su hijo. Henry Lee, que acababa de heredar el título, había recibido la noticia de la muerte de su amigo con mucho dolor y, tal y como le solicitaba Andrew Townsend en la carta que le había dejado, se había hecho cargo de ambos.

Tan pronto como las miradas de Derek y Daphne se cruzaron en aquel primer encuentro, ambos supieron que nunca habría nadie más en sus corazones. Ella tenía catorce años y él quince. Sin embargo, aquello era algo difícil de explicarle a alguien que, como lady Acton, había vivido su vida siguiendo unas normas muy estrictas que no dejaban nada al azar.

—Seguro que sí, prima Helena —dijo para zanjarse el asunto—, pero soy yo quien no está interesado en ellas.

Ella, al escuchar la severidad de su tono, decidió no seguir hablando del tema. No lo olvidaría, por supuesto, aunque no lo presionaría más de lo necesario, pues si lo hacía acabaría huyendo y su compañía le gustaba demasiado como para prescindir de ella.

—¿Has escuchado el rumor que corre por la escuela?

Derek alzó las cejas, sorprendido por el repentino cambio de tema.

—No, prima Helena.

—Dicen que quieres adoptar a Johnny.

Lord Mersett sonrió.

—Nunca he hablado de adopción, sino de mecenazgo. Johnny es un chico muy inteligente y creo que tendrá un gran futuro si se le da una oportunidad. Es una pena que sus capacidades se pierdan entre las caballerizas del señor Bissop y hacer recados para todo el mundo.

—Siempre has sido muy protector con ese niño, pero nunca has querido decirme por qué. ¿Y ahora hablas de mecenazgo? No es que me oponga a tus deseos, ya que Johnny es muy querido por las niñas de la escuela, pero no entiendo tu decisión.

Derek rio.

—Yo tampoco la entiendo —confesó sin dejar de sonreír—. Nos conocimos cuando llegué al pueblo y siempre me he sentido del mismo modo hacia él, aunque al principio huía de mí porque me tenía miedo.

—Quizá temía a esa bestia que montas. El señor Bonder se ha quejado a Marcus porque siempre lo dejás a su cargo y no es capaz de meterlo en la cuadra.

—Lo sé, Olivia me regañó hace unos días por ser tan desconsiderado con el «pobre hombre». Se ha quejado a todo el mundo, pero todavía no me ha dicho nada a mí. Cuando lo haga, me haré cargo de Zhui yo mismo. Mientras tanto... bueno, se lo dejaré a él.

—¡Derek! —lo regañó lady Acton—. ¿Y si lastima al pobre señor Bonder?

—Zhui es un caballo con temperamento, pero sabe cuáles son los límites.

—Hablas de él como si fuese un niño con carácter, pero es un caballo. ¿Cómo va a saber un caballo cuáles son los límites?

—Todos los animales poseen una inteligencia extraordinaria. Zhui molesta al señor Bonder porque sabe que le tiene miedo. Con el señor Bissop, por ejemplo, es más tranquilo. Y estoy seguro de que, si usted se acercase a él, prima Helena, se comportaría como un caballero.

Lady Acton carraspeó para ocultar la risa. El tono jocoso de Derek la había animado tras el conflicto de hacía unos minutos. Siempre lamentaba separarse de él tras mencionar el matrimonio, porque ninguno de los dos se encontraba cómodo tras ese tipo de conversaciones. Por suerte, él solía zanjar el asunto con alguna broma que aligeraba el ambiente. Era un buen hombre y quería que encontrase a una buena mujer, pero era el futuro marqués de Leavenfield y su posición acarreaba ciertas responsabilidades a las que debía hacer frente, y una de ellas era, precisamente, casarse con una mujer adecuada. Daphne Crown habría sido perfecta para él en otras circunstancias, mas en aquellas, ni su pasado ni su presente la hacían una esposa deseable para él.

Lady Helena reconocía el valor de la viuda y su generosidad con los necesitados, sabía que en el pueblo era apreciada y que sus excentricidades no habían sido un problema para integrarse en la sociedad de Minstrel Valley. Sin embargo, lady Acton temía que aquella inestabilidad emocional que la había llevado a tratar de terminar con su vida dos veces, la condujese a hacer algo similar en el futuro. No quería que Derek se hundiese en la tristeza más absoluta por su pérdida o que sus hijos, en caso de que los tuviesen, se quedasen sin madre. Ahora parecía bastante recuperada y estable, aunque no podía tener la certeza de que siguiese siendo así en el futuro. Sus antecedentes familiares tampoco la hacían una esposa aceptable, y eso era algo que no podía pasar por alto. Además, si algún día llegaran a casarse, ella tendría que abandonar buena parte de sus particularidades y no estaba segura de que fuese capaz de hacerlo. Y, por mucho que le doliese el sufrimiento de Derek, no podía convertir en marquesa de Leavenfield a una mujer incapaz de comportarse como era debido.

Lo que lord Mersett necesitaba para afianzar su posición en la sociedad era a una esposa con el poder y los contactos necesarios para abrirle aquellas puertas que otros le habían cerrado. La señora Crown no podía hacerlo y tampoco tenía nada que ofrecerle, salvo su amor y una inmensa

fortuna.

Suspiró con tristeza. Quizá si Derek no fuese mestizo, las cosas serían más fáciles para ambos.

—No se preocupe tanto por mí, prima Helena —dijo el conde de repente, como si le hubiese leído el pensamiento—. Puedo hacer frente a cualquier cosa y superar cualquier obstáculo que la vida me ponga en el camino.

Ella asintió, convencida de que así sería, pero con el corazón encogido por el miedo a que aquel amor tan intenso que sentía hacia Daphne Crown lo llevase a un sufrimiento indecible.

Pasaron un rato en silencio. Él concentrado en empujar la pesada silla y ella sumida en sus pensamientos. Al llegar al muro que delimitaba la escuela, Derek se detuvo de nuevo para asegurarse de que lady Acton estaba cómoda y no tenía frío y, justo cuando estaba rodeándola para iniciar otra vez la marcha, vio movimiento cerca de donde se encontraban. Se volvió para comprobar quién trataba de entrar a la escuela por aquella puerta que solo conocían quienes vivían en Minstrel House y se llevó una gran sorpresa al ver aparecer a varias alumnas seguidas de Johnny. El grupo se movía con rapidez, pues las chicas llegaban tarde a clase, y ninguna percibió la presencia de la pareja.

Encabezaba la marcha lady Margaret Ashbourn, seguida de cerca por la honorable Hester Kaye, lady Rosemary Lowell, la señorita Lorianne Bowler, lady Noelle Montague, lady Constance Catesby y lady Jane Walpole. Cerraba el grupo Johnny, que sonreía como un bobo, emocionado por la compañía de todas aquellas jóvenes. Derek enarcó las cejas sin dejar de mirarlos y no se movió del lugar donde estaba, con la esperanza de que diesen la vuelta y no se acercasen a ellos, pues lady Acton podría llamarlos al orden y él quería proteger a Johnny a toda costa. Las muchachas podrían librarse con una regañina, pero temía que Johnny fuese quien cargase con el peso de las acciones de las chicas. Ya había sucedido en alguna ocasión, aunque nunca de mano de las profesoras o de lady Acton, sino de la señora Burton, el ama de llaves, que intentaba inculcarle sentido común al muchacho. ¡Como si alguien de dieciséis años tuviese conciencia de lo que significaba el sentido común!

La primera en verlo fue lady Margaret, que se detuvo de golpe, sorprendida. Su minuto de pánico provocó un desastre, pues las demás chicas, que iban apuradas y mirando hacia atrás para comprobar que las seguían sus compañeras de fechorías, no vieron que la cabecilla se había detenido y tropezaron con ella. Una tras otra acabaron rodando por el suelo. Solo Johnny, lady Noelle y lady Jane lograron esquivar el peligro gracias a que iban un poco más rezagados. De los tres que todavía permanecían en pie, solo lady Noelle lo miraba desafiante. Las demás peleaban en el suelo en un revuelo de faldas y enaguas en un infructuoso intento de incorporarse. Derek las observó un par de minutos hasta que, incómodo por lo que mostraban sin darse cuenta, carraspeó y levantó a la primera que fue capaz de sujetar por la cintura sin llevarse una patada o un puñetazo. Resultó ser la señorita Bowler que, azorada e incapaz de mirarlo, lo ayudó a poner en pie a sus compañeras.

—Derek, querido, ¿qué sucede?

El conde miró burlón a las damas y se volvió hacia lady Acton.

—Nada, prima Helena, solo son un grupo de gorriones que regresan a la jaula.

Les hizo un gesto para que se apresurasen y, tras lanzarle una mirada de advertencia a Johnny, reanudó la marcha empujando la silla.

Las jóvenes, con distintos grados de sonrojo debido a la escena más que a haber sido sorprendidas haciendo algo que no debían, corrieron hacia la escuela. Lady Acton sonrió.

—¿Gorriones, Derek?

—Sí, no esperaba ver gorriones en Minstrel Valley en esta época del año, pero ya ve, prima Helena, el mundo parece llegar a su fin, pues vuelan incluso en invierno.

Lady Acton soltó una risita.

—¿Cuándo dejarás de comparar la escuela con una jaula? Y las muchachas no son gorriones.

—Bueno... reconozca que las pobres no tienen libertad alguna. Ya sea la escuela o su casa, viven enjauladas.

—Es para protegerlas, Derek. Son jóvenes e inocentes y...

—Prima Helena, todas las mujeres son capaces de defenderse si se les enseña cómo. Vivir tan protegidas las convierte en niñas toda su vida.

—Entonces tendríamos que convertir el mundo en un lugar seguro para ellas. Que no se vean obligadas a enfrentar ningún tipo de peligro y que puedan vivir en paz.

—El mundo no es perfecto, prima Helena.

—No, no lo es. Por eso hay que protegerlas. Quizá algún día la lucha de tu amada señora Crown dé sus frutos y las mujeres puedan vivir de otro modo, pero de momento esto es todo lo que tenemos. Es posible que para la mentalidad de un hombre sea difícil de entender, pero la vida no es fácil para nosotras.

—Lo sé. Sé que no es fácil, sin embargo, siento que la escuela no deja de ser una extensión de la jaula que sus padres crean para ellas.

—Tienes una forma muy peculiar de pensar, Derek.

—¿Usted cree?

—Sí. Y está claramente influenciada por esa mujer.

Derek se encogió de hombros, a pesar de que la anciana no podía ver su gesto. No le importaba en absoluto estar influenciado por Daphne. De hecho, le agradaba la idea.

—Tal vez —respondió—. Parece que empieza a refrescar, deberíamos volver antes de que la señorita Chatham salga a buscarnos, o me dejará las orejas rojas con sus regaños.

Lady Acton rio y asintió, conforme. Estaba cansada y empezaba a notar el frío, pues el sol se había ocultado ya.

Hicieron el trayecto de regreso en silencio. Dentro, los esperaba la señorita Chatham con una pose que no auguraba nada bueno. Siempre lo regañaba. Tanto si el clima era bueno como malo, en cuanto se alejaba de la casa con lady Helena lo amonestaba sin piedad. Derek creía que el verdadero problema lo tenía con él, ya que con Marcus y Olivia era mucho más amable. Aunque

—y no estaba seguro de esto—, quizá ellos le prestasen más atención cuando les decía que no debían salir de paseo con lady Acton.

—Le dije que no saliese, que el clima es frío y lady Acton está delicada y puede resfriarse. ¡Mírela! Tiene las mejillas sonrojadas a causa de la temperatura. Debería ser más cuidadoso, lord Mersett, se lo digo cada vez que la visita. ¿Qué hará si se enferma?

Derek puso los ojos en blanco. Su prima tenía un problema de corazón, no de pulmones y, hasta donde sabía, excepto por la vista, estaba bien. Pasear y disfrutar del aire fresco era saludable para todo el mundo y siempre se aseguraba de que no pasase frío. ¿Qué clase de desalmado creía que era?

—No enfermará, no se preocupe —respondió mientras apartaba la manta de las rodillas de la anciana—. Mantenerla encerrada no le hace ningún bien.

—Puede tomar el aire en la terraza, sin exponerse a...

—¡Por favor! —exclamó lady Acton, más divertida por la discusión que molesta por que estuviesen hablando de ella como si no estuviese presente—. Derek, entiende que la señorita Chatham está preocupada por mi salud, no seas tan terco. Señorita Chatham, me encuentro bien y lord Mersett se preocupa de que esté cómoda y abrigada, no se preocupe tanto. —Extendió los brazos para que Derek la alzase como hacía siempre y, cuando lo hizo, sonrió—. Goliath, usted nunca dice nada. ¿Quizá cree que lord Mersett no debería llevarme de paseo?

El aludido cogió la pesada silla de ruedas como si fuese igual de liviana que el delgado cuerpo de lady Acton y se encogió de hombros.

—Si usted es feliz mientras pasea con lord Mersett, entonces no tengo nada que decir.

Derek se echó a reír.

—¿Ve, señorita Chatham? —preguntó volviéndose hacia la dama de compañía—. La felicidad de lady Acton está por encima de todo.

La mujer no respondió, sino que subió la escalera detrás de él en silencio. Una vez en el piso que lady Acton había habilitado como su vivienda, la depositó con delicadeza en la silla antes de besarla en la mejilla.

—Volveré la semana que viene. —Lanzó una mirada de reojo a la señorita Chatham—. Seré un buen chico y jugaré con usted a las cartas en lugar de exponerla al frío, tal y como desea la señorita Chatham.

La anciana sonrió y le palmeó la mano.

—Gracias por el paseo, Derek.

—Ha sido un placer, milady.

Tras despedirse de Goliath y de la señorita Chatham, que le respondió a regañadientes, bajó las escaleras y buscó a Johnny por toda la finca. Si alguien debía regañarlo, ese sería él. No podía seguir haciendo travesuras con las alumnas de la escuela. Dos años atrás era divertido, el año anterior pasable, pero ya tenía dieciséis años y sabía que empezaba a mostrar interés en las mujeres, le había visto mirarlas y percibía los cambios en su expresión. Adoraba a las jóvenes y

lo entendía. Empero él seguía siendo el chico de los recados y tenía que acabasen por echarlo del colegio, pues pronto se convertiría en un hombre. En su caso se estaba retrasando un poco la madurez, pero no tardaría en llegar y, en ese momento, los juegos se terminarían.

Lo encontró cerca de los establos y el muchacho, al verlo avanzar hacia él intentó huir, aunque Derek logró sujetarlo por el cuello del abrigo. Estaba tan delgado que no fue difícil para él alejarlo del suelo. Tampoco era demasiado alto, así que apenas tuvo que hacer esfuerzo alguno para retenerlo.

—¿A dónde vas?

—Lord Mersett, no hicimos nada malo, de verdad —gimió el adolescente—. Ayer había una camada de gatitos abandonada en el bosque y quería enseñársela a las señoritas, nada más.

—¿Una camada de gatitos? ¡Qué tierno! —dijo Derek, burlón. Lo dejó en el suelo y lo empujó hacia el lugar donde lo había visto con las alumnas—. Vamos, quiero verlos. ¡Me encantan los gatos!

El muchacho se sacó la raída gorra marrón que llevaba siempre puesta y la retorció entre las manos, incapaz de mirarlo a la cara.

—Ya no están.

—Ya no están, ¿eh?

—No, milord.

Lo tomó de la barbilla y lo obligó a mirarlo a los ojos.

—Tenemos que hablar muy seriamente.

—¡No hice nada malo! —se defendió Johnny.

Derek le revolvió el cabello y sonrió.

—Ya lo sé. Pero tenemos que hablar igualmente. ¿Recuerdas mi ofrecimiento? —El muchacho asintió—. Pues creo que va siendo hora de que lo aceptes. No puedes pasarte la vida aquí.

Johnny negó con la cabeza.

—No puedo vivir de limosnas. No quiero hacerlo.

—¿Y planeas vivir toda tu vida siendo el chico de los recados de Minstrel House y un ayudante más en las caballerizas Bissop?

Johnny se sonrojó, iracundo.

—Es mejor eso que vivir de limosnas.

—Admiro tu orgullo, aunque no he hablado en ningún momento de caridad. Planeo convertirte en el sucesor de Aaron Wadlow al frente de mis negocios. Es una mejor opción para ti... —Lo miró unos instantes en silencio, mientras buscaba un argumento definitivo para convencerlo—. Para ti y para la familia que seguro quieres formar con Deirdre. ¿Crees que una mujer inteligente y culta como ella querrá casarse con alguien sin futuro como tú?

El joven se envaró, enfadado porque lo había atacado en un punto sensible.

—Ella no aprecia la inteligencia en los hombres, o no se habría fijado en Angus McDonald.

Derek se atragantó con su propia saliva al escuchar las palabras de Johnny. Cuando se recuperó

de la impresión, lo miró jocosamente.

—¿Estás diciendo que el herrero es tonto? No es que tenga la más mínima intención de desdeñarte, pero creo que lo que le interesa a Deirdre es algo muy diferente de su cerebro. Dudo que ninguna mujer de Minstrel Valley sepa siquiera que el señor McDonald tiene uno. —Johnny lo miró sin comprender—. No importa, Johnny, no importa. Solo deja que te dé un consejo: Deirdre necesita a su lado a un hombre que pueda hacerla feliz, que valore su inteligencia y sepa respetarla, no a uno que la obligue a trabajar de sol a sol porque no puede mantenerla. Se marchitaría poco a poco. No ha nacido para ser campesina y tampoco para llevar una vida dura. Piensa en ello y en mi oferta. Sería una pena que desperdiciases tus capacidades llevando esta vida.

Le revolvió el cabello de nuevo y entró en los establos, donde Jarvis Bonder protestaba por la presencia de Zhui ante Dunhcan Bissop, que le decía que no era para tanto.

—Se lo digo yo, señor Bissop, este caballo ha salido del infierno. Como que me llamo Jarvis Bonder que es así.

Derek sonrió, divertido, mas la expresión del jefe de establos al verlo era cualquier cosa menos divertida.

—Lord Mersett...

Dunhcan Bissop se volvió.

—¿Va a seguir torturando al pobre señor Bonder con su caballo, milord? —preguntó con fingida severidad.

Derek palmeó el lomo de Zhui, que resopló contento por la presencia de su dueño.

—Pero ¿qué dice, señor Bissop? Este muchacho es manso como un corderito.

—¿Está seguro de que Zhui no significa Satán en chino? —inquirió el señor Bissop alzando una ceja, burlón.

Mersett se echó a reír y montó su caballo.

—Zhui era un caballo de guerra que no abandonó a su dueño cuando todos los demás lo hicieron. —Sonrió—. No tiene nada que ver con Satán, señor Bissop. Me decepciona usted, pensaba que no escuchaba los rumores del pueblo.

—No los escucho, aunque es inevitable darse cuenta de cómo los lugareños se santiguan cuando lo ven pasar a lomos de esa hermosa bestia.

—Creo que no lo hacen por el caballo, señor Bissop —dijo dando la vuelta a la montura—. Dejo a su imaginación el porqué de ese gesto.

Se despidió con la mano y emprendió el camino hacia el pueblo al galope.

**Continúa la rompedora serie de «Minstrel Valley», creada por trece autoras de Selecta. Ambientada en la Inglaterra de la Regencia en un pequeño pueblo de Hertfordshire, descubrirás una historia llena de amor, aventuras y pasión.**

**Mientras que ella solo buscaba al hombre adecuado... encontró el amor.**



Para **Lorianne Bowler** el amor está sobrevalorado y su visión del matrimonio nada tiene que ver con fantasías románticas. El respeto mutuo y la confianza son las bases sobre las que desea cimentar su matrimonio y solo aceptará por esposo al caballero que cumpla sus expectativas al respecto.

Sabe que su paso por la escuela de señoritas de lady Acton, los conocimientos adquiridos en ella y el apoyo de las ladies patrocinadoras, la convertirán en una dama Selecta y le abrirán muchas puertas... tras una de ellas, espera encontrar al

que será su futuro marido.

A **Nerian Worth**, condestable de Minstrel Valley, le gusta su trabajo, cuenta con el respeto de los vecinos y ha hecho grandes amigos en el pueblo, pero desde hace tiempo siente que algo falta en su vida. A sus treinta y dos años necesita asentarse, una familia, hijos... amor.

Conocer a la dulce señorita Bowler reavivará sus ansias de casarse... Pero enamorarse no forma parte de los planes de futuro de Lori y la aparición de un candidato al que la muchacha parece mirar con buenos ojos, dejará al condestable en clara desventaja.

**Dos hombres, sentimientos encontrados y una decisión que Lorianne no sabe cómo tomar, porque su corazón se ha empeñado en hacer valer su opinión.**

**Ana F. Malory** escribe también como Ana Fernández. Nació en Gijón, Asturias, un 23 de agosto de 1970, aunque creció en Piedras Blancas, una pequeña población cercana a Avilés. “Mi afición por la escritura viene de un momento de mi vida que en el que tenía demasiado tiempo libre. Así que un día cogí papel y lápiz y comencé a escribir una historia romántica, de esas que tanto me gustaba leer desde hacía ya muchos años. Una historia me llevó a otra y así hasta que me encontré con cinco relatos que guardé con mucho cariño, pero sin intención ninguna de que pudieran ser leídos por alguien. Unos años después sentí deseos de compartirlos y, tras muchas dudas y repasos, decidí colgarlos en internet y me sorprendió muy gratamente la buena acogida que tuvieron.”

Edición en formato digital: diciembre de 2019

© 2019, Ana F. Malory

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17616-22-9

Composición digital: [leerendigital.com](http://leerendigital.com)

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |



megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](https://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Un pretendiente para la señorita Bowler

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Epílogo

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Ana F. Malory

Créditos